

ECOS DEL CARACOL

Textos de La Cofradía

Salvador Camacho Sandoval / Mario Cruz Palomino
Gustavo Meza Medina / Juan Carlos Delgado López
(Coordinadores)




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES



AGUASCALIENTES
GOBIERNO DEL ESTADO

Contigo al 100

ECOS DEL CARACOL

Textos de La Cofradía

ECOS DEL CARACOL

Textos de La Cofradía

Coordinadores

Salvador Camacho Sandoval
Mario Cruz Palomino
Gustavo Meza Medina
Juan Carlos Delgado López



AGUASCALIENTES
GOBIERNO DEL ESTADO

Contigo al 100

ECOS DEL CARACOL

Textos de La Cofradía

Primera edición 2021 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad No. 940
20100 Aguascalientes, Ags., México
editorial.uaa.mx/

D.R. © Instituto Cultural de Aguascalientes
Dirección Editorial
Rivero y Gutiérrez 110
20000 Aguascalientes, Ags., México
editorial@aguascalientes.gob.mx

(Coordinadores)

© Salvador Camacho Sandoval
Mario Cruz Palomino
Gustavo Meza Medina
Juan Carlos Delgado López

Rafael Francisco Aguilar Lomeli
Juan Manuel Aranda Mata
Jaime Arteaga Novoa
Luis Avelar González
Rolando Bernal Acevedo
Rómulo Bernal Acevedo
Salvador Camacho Sandoval
Alejandro Collazo
Adán Contreras Alonso
Mario Cruz Palomino
Juan Carlos Delgado López
Derly Estrada Dávila
Javier García Zapata
José de Jesús González Rivas
Zeus Hamlet Guerra Armas
Rogelio Guerra Espinoza
José de Jesús Gutiérrez Romo
Eliás Lomeli Llamas

María Gabriela Méndez Parga
Gustavo Meza Medina
Víctor Moreno Ramos
Abel Oliva Mares
Armando Quiroz Benítez
José Ramírez Oliva
Demetrio Rodríguez Orozco
Fortino Valdivia Magdaleno
Armando Alonso de Alba
Efraín Alcalá López
María Magdalena Aranda Delgado
Fátima Aranda Montoya
Manuel de Jesús Ávila Villareal
Karla Andrea Camino Gutiérrez
Jesús Consuelo Tamayo
José de la Torre Alcocer
Nathalia F. Jaramillo
José Trinidad Guerrero Castorena
Julio Miguel Llanes López
Carmen Lucía Meza Martínez
Jeannette Brigitte Nájera
Caleb Olvera Romero
Claudia Patricia Quezada Rodríguez
Claudia Soraya Rodríguez Reyes

ISBN 978-607-8834-12-9 UAA
ISBN 978-607-9444-86-0 ICA

Hecho en México / *Made in Mexico*

A los maestros y hermanos cofrades
que han partido a la bohemia eterna
y fueron actores principales
en la fundación de este grupo literario:
Jesús González Rivas y Rolando Bernal Acevedo.

A quienes le siguieron en ese camino
de letras pintadas en el universo:
Luis Avelar González, Jesús Gutiérrez Romo,
Rafael Aguilar Lomelí y Abel Oliva Mares.

Agradecimientos

Al maestro Rolando Bernal Acevedo, quien, con sus enseñanzas, ejemplo e inspiración del maestro Jesús González Rivas, tuvo la iniciativa de crear en 1994 La Cofradía. Agradecemos su entusiasmo y herencia que nos animan y congregan hasta hoy en torno a la palabra, la música y la fraternidad.

A los que desde el inicio o poco después se unieron a las caminatas de lectura de los maestros Rolando y Chuy para disfrutar de la literatura y luego fomentar la creación, entre ellos Demetrio Rodríguez Orozco, Baudelio Chávez, Antonio Rodríguez Orozco, Mario Cruz Palomino y Armando Quiroz Benítez.

A Jaime Arteaga Novoa, Fortino Valdivia Magdaleno y Rómulo Bernal Acevedo por su trabajo editorial, y a Juan Manuel Aranda Mata, Brigitte Nájera y Luis Avelar González por su cuidadosa revisión y corrección de estilo.

A todos los que han participado en nuestras sesiones, hombres y mujeres que han sabido compartir su tiempo hacia la lectura, la creación literaria y la música con libertad y respeto, al aportar su creatividad y alegría en bohemias memorables y productivas.

A la Universidad Autónoma de Aguascalientes por abrir sus puertas y ofrecer sus beneficios a la comunidad, pues ha asumido la extensión universitaria como una de sus funciones sustantivas. Gracias al Dr. Francisco Javier Avelar González, González, al Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera, a la Mtra. Martha Esparza Ramírez y a todo el equipo editorial de la institución.

Al Instituto Cultural de Aguascalientes por su apoyo y su interés en incorporar a su programa editorial este libro y porque ha tenido la convicción de abrir espacios a experiencias culturales como la nuestra. Gracias al Mtro. Carlos Reyes Sahagún y a la Lic. Araceli Suárez Aroche.

A todos los lectores que a partir de este momento ya forman parte, de algún modo, de este grupo literario.

ÍNDICE

Prólogo	13
Cofrades. Primera generación	31
Rafael Francisco Aguilar Lomelí (†)	33
Juan Manuel Aranda Mata	39
Jaime Arteaga Novoa, “Jaime de Lucía”	51
Luis Avelar González (†)	65
Rolando Bernal Acevedo (†)	81
Rómulo Bernal Acevedo	91
Salvador Camacho Sandoval	97
Alejandro Collazo	113
Adán Contreras Alonso	121
Mario Cruz Palomino	133
Juan Carlos Delgado López	151
Derly Estrada Dávila	161
Javier García Zapata	165
J. Jesús González Rivas (†)	171
Zeus Hamlet Guerra Armas	185
Rogelio Guerra Espinoza	189
José de Jesús Gutiérrez Romo (†)	203
Elías Lomelí Llamas	209

María Gabriela Méndez Parga	221
Gustavo Meza Medina, “Gustavo de Victoria”	231
Víctor Moreno Ramos	241
Abel Oliva Mares (†)	245
Armando Quiroz Benítez	255
José Ramírez Oliva	261
Demetrio Rodríguez Orozco	271
Fortino Valdivia Magdaleno	285
Cofrades. Segunda generación	291
Armando Alonso de Alba	293
Efraín Alcalá López	307
María Magdalena Aranda Delgado	313
Fátima Aranda Montoya	323
Manuel de Jesús Ávila Villareal	329
Karla Andrea Camino Gutiérrez	335
Jesús Consuelo Tamayo	343
José de la Torre Alcocer	353
Nathalia F. Jaramillo	365
J. Trinidad Guerrero Castorena	375
Julio M. Llanes	381
Carmen Lucía Meza Martínez	389
J. Brigitte Nájera	393
Caleb Olvera Romero	399
Claudia Patricia Quezada Rodríguez	411
Claudia Soraya Rodríguez Reyes	415

PRÓLOGO

La amistad y el arte nos salvan

—¿Qué miras, papá?

—Estoy buscando lógica terrestre, sentido común, gobierno honesto, paz y responsabilidad.

—¿Todas esas cosas están allá arriba?

—No. No las he encontrado. Ya no están ahí. Y nunca volverán a estarlo. Quizá nunca lo estuvieron.

—¿Eh?

—Mira el pez —dijo papá señalando el agua.

Quise iniciar mi texto con este diálogo entre un padre y su hijo del relato “El picnic de un millón de años”, del libro *Crónicas marcianas* que publicó Ray Bradbury, impactado por los absurdos y brutalidad de la Segunda Guerra Mundial. En la escritura fantástica del autor, el papá se llevó a toda su familia al planeta rojo, para huir de una posible catástrofe mundial. La fantasía se había convertido en realismo épico y no era para menos, pues así lo mostraban las atrocidades de la guerra y las amenazas de una confrontación entre las dos grandes po-

tencias triunfadoras: Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

En el prólogo a la versión española del libro, Jorge Luis Borges escribió: “¿Qué ha hecho este hombre de Illinois, me pregunto, al cerrar las páginas de su libro, para que episodios de la conquista de otro planeta me llenen de terror y de soledad? ¿Cómo pueden tocarme estas fantasías, y de una manera tan íntima?”. Luego, se responde diciendo que toda literatura es simbólica, que hay unas pocas experiencias fundamentales y que es indiferente que un escritor, para transmitir las, recurra a lo fantástico o a lo real; a la invasión de Bélgica en agosto de 1914 o a una invasión del planeta Marte. En este libro, dice Borges, de apariencia fantasmagórica, Bradbury expresó sus preocupaciones, “sus largos domingos vacíos, su tedio americano, su soledad...”. Y, ciertamente, para el autor del diálogo entre el padre y el hijo antes señalado, había una preocupación por lo que ocurriría a finales de la primera mitad del siglo xx. La desesperanza no sólo estaba en las consecuencias de los encuentros bélicos y mortales, sino también en lo irracional de la vida cotidiana, porque, para Bradbury, “vivimos en un mundo que nos absorbe con sus normas, con sus reglas y la burocracia, que no sirve de nada”.¹

Pero, ¿por qué iniciar esta introducción con esta reflexión sobre un cuento de ciencia ficción? Por mi hijo Adán supe que el verdadero propósito de este género literario es precisamente poder vernos a nosotros mismos en el espejo de un futuro imaginado y, quizás, posible. Por eso huimos y nos refugiamos en lugares cómodos que estén a nuestro alcance y buscamos a quienes sean como nosotros y sepan compartir lo que tengan. Mientras nos absorbe el mundo “con sus normas, con sus reglas y la burocracia”, buscamos una salida digna y confortable, que no afecte a terceros y que nos permita seguir el camino de

1 Bradbury, Ray, *Crónicas marcianas*, España, Edición Planet, 2015.

los anhelos más profundos que tenemos como seres humanos. En situaciones difíciles y a veces insalvables las personas buscamos otros mundos posibles e imaginados; nos encontramos con quienes comparten nuestros gustos y nuestros sueños, luego somos amigos. Y en este afán, volteamos también al mundo de las artes para hacer literatura y canto; otros se involucran en el teatro o se embelesan con las artes plásticas. Nos envuelven ecos del caracol.

Con estos andares y estas querencias nació, en 1994, La Cofradía, conformada por un grupo de personas que optamos por la compañía franca y generosa, creativa y alegre. El nombre fue puesto de manera lúdica, aludiendo a las hermandades cristianas o a los gremios medievales, y así se quedó. En aquellos inicios, sus integrantes se sabían capaces de emprender una tarea literaria entre conocidos para mejorar los poemas, cuentos y ensayos que muchas veces se escribían en la sombra y con legítima timidez. Luego, con más determinación, el grupo fue creciendo y apareció la música, la declamación, las artes plásticas. En este mundo de bohemia, imaginación y creatividad, con los años se fueron construyendo lazos animosos de camaradería y amistad.

En 2020 llegó un virus que cambió nuestras vidas. No fue en una ciudad, ni en un continente, sino que llegó y violentó todo el planeta. De pronto, los especialistas del sector salud se convirtieron en los primeros combatientes que se enfrentaron a un enemigo muy peligroso, invisible y, pareciera, invencible. Son héroes y heroínas que, como aquí lo señala José de la Torre, en esta batalla algunos pierden la vida. La pandemia no termina aún y, como lo señala en su escrito Armando Alonso, ha provocado que vivamos tiempos aciagos, marcados por un drama social cuyas contradicciones han sido acentuadas por este mal. Nos duele en lo profundo tanta tragedia, nos desgarrar el alma. Junto con César Vallejo también nos preguntamos: “Mas ¿no puedes, señor, contra la muerte,/ contra el límite, contra

lo que acaba?/ ¡Ay, la llaga en color de ropa antigua,/ cómo se entreabre y huele a miel quemada!”.² Es curioso, paradójico, pero frente a la trágica muerte de muchos nos damos cuenta de la presencia luminosa de la vida.

Ahora las ciudades son diferentes, la gente camina como si no estuviera; hay temores, muerte y desesperanza. La crisis del coronavirus ha transformado las condiciones de vida de las pequeñas y grandes ciudades. ¿Acaso vivimos esa desesperanza de la que nos refieren Bradbury y Borges? Ojalá, cuando la tormenta pase, estas ciudades y poblados ya no vuelvan a ser las mismas. ¿Habrá posibilidades de ser mejores, de reivindicar y construir otra vida?, ¿o vamos hacia el abismo? Hay soledad, encierro forzado y nos refugiamos en la familia; también usamos la tecnología para comunicarnos como no lo habíamos hecho antes. Frente a la oscuridad, algunos nos aferramos a la vida y valoramos lo que tenemos y a quienes están a nuestro lado. Es tiempo para el ensimismamiento, la reflexión y, en la vida del día a día, para las tareas humildes y grandiosas, como la lectura y la escritura. En esa realidad de tenebrosidad y luces, algunos integrantes de La Cofradía siguen inquietos, expectantes, activos, aferrados amorosamente a una frágil esperanza.

La impronta normalista

La iniciativa de crear La Cofradía provino de un grupo de profesores normalistas, entre ellos, Rolando Bernal Acevedo, Armando Quiroz Benítez, José de Jesús González Rivas, Luis Avelar González, Jesús Gutiérrez Romo y los hermanos Antonio y Demetrio Rodríguez Orozco. Uno de los primeros lugares de reunión fue el Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes (CRENA), donde se reunían formalmente a las

2 Vallejo, César, *Los heraldos negros. Antología*, México, Grupo Editorial Tomo, 2002, p. 54.

ocho de la noche, ya cuando la escuela se encontraba sin alumnos y era posible la plática libre y amena. Allí se compartían experiencias de sus primeros días como maestros, así como opiniones sobre temas de interés para todos, en especial literarios, que al final dejaban un sabor de boca que perduraba hasta que se encontraban nuevamente semanas después.

Yo conocía a varios de estos profesores y sabía de su interés por la literatura y la declamación, actividades artísticas que, como docentes, habían adquirido en su paso por las escuelas normales. Ahora se sabe con mayor claridad que en dichas escuelas, particularmente en las normales rurales, desde inicios del siglo xx se formaba a los futuros maestros no sólo en las materias que debían enseñar, ciencias y técnicas de la educación, sino también en las artes. Fue con esta tradición –que tiene una de sus raíces en el renacimiento cultural mexicano de la posrevolución– que las escuelas normales formaron maestros ávidos de participar en actividades artísticas. Para muchos, el arte ya es parte esencial de su vida y esto se puede decir de quienes crearon La Cofradía. No hubo casualidades sino un continuo, como un río caudaloso que es imposible detener.

A principios de los años ochenta conocí al profesor Jesús González Rivas, él estudiaba una maestría en la Universidad Autónoma de Aguascalientes y yo una licenciatura en educación. De Armando Quiroz, sabía que era egresado destacado de la primera generación del CRENA y habíamos coincidido haciendo nuestros pinitos como docentes en la comunidad de Paso Blanco, del municipio de Jesús María, Aguascalientes. Un par de años más tarde conocí a Rolando Bernal, él era profesor del CRENA y me abrió las puertas de la institución para aplicar cuestionarios a docentes y estudiantes como parte de mi trabajo de tesis. Siempre lo recordaré como un maestro inteligente y carismático, sensible a las inquietudes de sus alumnos y especialista en la novela histórica mexicana, además de crítico agudo e irónico de la burocracia del sistema educativo mexicano.

Me invitaron a las reuniones de La Cofradía y supe que la dinámica de sus actividades se había transformado, pues se pasó de la lectura de textos ajenos a la escritura de los propios en cualquier modalidad: poesía, cuento, novela o ensayo; el propósito era escribir para luego “tallerear”, es decir, analizar y proponer mejoras, de manera que con el tiempo se vio la conveniencia de publicar algunos trabajos. Así nació un primer folleto al que coloquialmente bautizaron como “La hojita diocesana”, la cual se editaba cada lunes o martes para ser entregada a los compañeros el viernes de reunión. Javier García Zapata, quien se unió al grupo unos meses después, era uno de los encargados de darle formato a dicha hojita. Rolando Bernal, Armando Quiroz y Luis Avelar, además de aportar escritos, eran los correctores de estilo; analizaban y decidían qué texto debía de publicarse y seguramente distinguían, como lo hacía Octavio Paz, que “mientras el poema se presenta como un orden cerrado, la prosa tiende a manifestarse como una construcción abierta y lineal”,³ y más.

Con el paso del tiempo se fue perdiendo el atractivo de hacer las reuniones en el CRENA, por lo que los concurrentes propusieron hacerlo en sus casas, con la intención de juntarse cada mes. Allí, observa el profesor Mario Cruz Palomino, tenían un ambiente favorable para el trabajo del taller, donde leían y comentaban “los poemas, los cuentos, las crónicas, los palíndromos, los artículos periodísticos, sonetos irónicos que cruzaban como dardos envenenados entre ciertos compañeros, víctimas de las telarañas trasnochadas y de los efluvios etílicos de la más alta graduación”.⁴ Entre el entusiasmo también escuchaban –y seguimos escuchando– elogios merecidos e inmerecidos; en general, me atrevo a decir que somos generosos en los comentarios, aunque para algún crítico severo de literatura, como en la obra de *La bohemia* de Giacomo Puccini,

3 Paz, Octavio, *El arco y la lira*, México, FCE, 1973, p. 69.

4 Cruz, Mario, *Breve semblanza del grupo “La Cofradía”*, sin publicar, 2019, p. 1.

tal vez varios escritos sólo sirvan para alimentar la chimenea y aminorar el frío de las noches de invierno, y así concluir que “el papel se convierte en cenizas y la inspiración sube a los cielos”.⁵ Pero no importa, porque para los cofrades el camino recorrido a una Itaca literaria, retomando a Kavafis, ya fue placentero.⁶ Ellos no viajan por llegar, viajan por ir, diría otro escritor, Eduardo Galeano.

En 1993 algunos integrantes coincidimos trabajando en el Instituto de Educación de Aguascalientes y allí supe de la conformación del grupo. Poco a poco fueron invitados otros compañeros profesores que sabían o tenían el gusto por la literatura. No recuerdo en qué año ingresé a La Cofradía, quizás fue 1995, pero ahora pienso que fui privilegiado, porque no soy profesor normalista y no hago literatura, aunque puedo decir con franca cursilería que ella, desde hace años, ha sido alimento de mi vida. La dinámica de los compañeros siguió siendo la misma, como se hace en otros grupos semejantes: se tiene una reunión donde los asistentes llevan sus textos para que luego se lean en voz alta y entre todos se comenten y hagan sugerencias de mejora. El grupo creció, entraron jóvenes y no tan jóvenes, todos hombres y generalmente profesores de formación normalista; algunos, además de escribir, cantaban, declamaban, hacían teatro, coordinaban programas de televisión y radio, dibujaban y pintaban.

Con el tiempo, pasamos de “un peregrinar casi religioso de mes a mes”, siempre un viernes por la noche, a reuniones “cuando se pudiera y en donde se pudiera”. Hubo quienes afianzaron el nombre de “La Cofradía”, porque creyeron que se apegaba a las características del grupo: *co-fratter-con herma-*

5 Ver <http://gg.gg/o4s9wg>

6 “Cuando emprendas tu viaje a Itaca/ pide que el camino sea largo,/ lleno de aventuras, lleno de experiencias./ No temas a los lestrigones ni a los cíclopes/ ni al colérico Poseidón...”. Fragmento del poema “Itaca” de Kavafis, el cual señala la importancia del trayecto y no sólo del fin. Ver <http://lassandalias-deulises.com/camino-a-itaca-poema-kavafis/>

nos, cuyo significado es hermandad, esto es, hermanos en la creación literaria y en general en cualquier actividad artística que requiriera de invertir tiempo en reuniones de personas que persiguiesen los mismos objetivos. Al profesor Mario Cruz y a otros compañeros también les dio por condensar este activismo en un símbolo, en un ícono, que fue el caracol partido por la mitad, a partir de una leyenda indígena de Quetzalcóatl, que hace referencia a la unidad y a la infinitud del conocimiento, además de la fertilidad y la vida.

¡Viva la bohemia!

A mi parecer, hay otro rasgo sobresaliente de La Cofradía que ha estado ahí desde sus primeros años: la bohemia, es decir, la presencia de un ambiente relajado y alegre, un tanto contracultural o subcultural, donde compartimos las artes, el vino y la risa. No hablamos de deportes y menos de política. Nos reunimos cuando se puede en casa de alguno de los integrantes y, en ocasiones, en una noche de bohemia, la vida se vuelve despreocupada y llega la risa maravillosa y constante que contagia y libera, ésa que, como dijera el poeta Miguel Hernández, nos pone alas. El lugar de reunión francamente no ha sido tan importante, hemos estado en casas del centro de la ciudad o en algunas ubicadas en colonias lejanas y escondidas; a veces, ese lugar de encuentro ha estado fuera de la ciudad, incluidas un par de ellas a los pies del Cerro del Muerto. Las reuniones han tenido lugar en terrenos baldíos, talleres mecánicos, azotehuelas frías, patios traseros, salas ordenadas, auditorios formales, patios de escuelas, casas de campo... El lugar, en fin, es lo de menos, la reunión la hacen los cofrades, plenamente dispuestos a compartir, a con-vivir.

Y con este afán de abrirse al mundo literario, integrantes de La Cofradía mantuvieron relaciones con profesores del

pueblo mágico de Nochistlán, Zacatecas. Allí, en varias ocasiones, visitamos a José Ramírez Oliva, Elías Lomelí y Carlos Minero. También nos hemos reunido en el pueblo Estación Genaro, Zacatecas, gracias a la generosidad de la familia del profesor Mario Cruz Palomino. En ambos lugares hemos tenido anfitriones que jamás vamos a olvidar, y no queremos hacerlo. Luego, la red se extendió y algunos compañeros forman ya parte de grupos más formales de literatos que habitan en ciudades lejanas.

Hay compañeros que se acercan más a ese estereotipo francés de la *bohémien* y tienen un estilo de vida acorde a ese cliché, con valores diferentes a los de la mayoría de la gente. Por eso no es casualidad que, en algún momento, hayan llegado amigos de los amigos al grupo, con ideas no convencionales, que representan un enriquecimiento intelectual atípico y expresiones artísticas alternativas; aunque luego sigan su camino. Ellos son “almas abiertas”, dijera el poeta español Emilio Carrere, que con razón protestan contra ese fuerte dolor de la vida, que es dolor social creado por el egoísmo y la estupidez. Vienen de otros territorios y beben de esos vinos que en estas tierras no se saben beber. También ellos forman parte de la historia de este grupo.

La tradición que cobija a los integrantes de La Cofradía es la de maestros normalistas destacados. Su formación es la de una izquierda cultural que desde México supo de dictaduras militares en el sur y se solidarizó con las luchas libertarias enarbolando la imagen del Che Guevara; aprendiendo las canciones de la nueva trova cubana y el canto nuevo latinoamericano. Algunos de ellos son férreos seguidores de la reivindicación del mundo indígena y, desde luego, rechazan toda idea del encuentro entre dos mundos, al sostener la tesis de la dominación bárbara y sanguinaria del conquistador español. Desde una postura latinoamericanista, varios compañeros leyeron, leímos, la poesía de Pablo Neruda, Mario Benedetti, Roque Dalton,

César Vallejo y Nicolás Guillén; las crónicas y narraciones de *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, y se fascinaron con la obra de Juan Rulfo. Y no es para menos, sobre todo cuando varios profesores iniciaron su trabajo en comunidades rurales pobres muy parecidas a las que este autor describe en sus célebres obras *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Algunos, incluso, asumieron el compromiso académico de analizar profesionalmente esta obra.

Muchos de ellos tuvieron como maestro –en el aula o fuera de ella– al profesor José de Jesús González Rivas, a quien siempre le guardamos respeto y admiración. Con él hubo recuerdos de las primeras experiencias como docentes en comunidades apartadas, con él siempre hubo un consejo generoso y atinado. Pasa el tiempo y me convengo de que fue un profesor ejemplar que ofreció mucho a sus alumnos y a su comunidad. Era de esos “viejos jóvenes” que el presidente chileno Salvador Allende citó en su famoso discurso de Guadalajara en 1970.⁷ Lo recuerdo como buen anfitrión, sonriendo por las ocurrencias de los compañeros cofrades, sus antiguos estudiantes que lo respetaban y que parecían ser todavía aquellos adolescentes que se preparaban para ser profesores de primaria.

Años de cambios

El tiempo pasó muy rápido. Hace ya un cuarto de siglo que inició La Cofradía y la amistad, el gusto por reunirnos para compartir literatura y la música continúan. La pandemia no detuvo el entusiasmo y los viernes por la noche se abre la puerta virtual para la reunión. De vez en vez, expresiones de artes plásticas y escenas histriónicas se asoman y los encuentros entre amigos se vuelven caleidoscopios. Sabemos de los problemas que ocu-

7 Allende, Salvador, “Hay jóvenes viejos y viejos jóvenes... y en éstos me ubico yo”, *Beers & Politics*, 1970. <http://gg.gg/o4saq>

rren y nos duelen, vamos con las transformaciones del mundo, escuchamos detenidos su palpitación, pero el grupo permanece creativo y optimista. Sus integrantes, parafraseando una línea de un poema de José Emilio Pacheco, prefieren esa poesía que es como un diario en donde no hay proyecto ni medida.

Cuando La Cofradía inició, recién había caído el muro de Berlín y, con él, se habían derrumbado la Unión Soviética y el término de la Guerra Fría; algunos hablaron, incluso, del “fin de la historia”. En esos primeros años de los noventa, mientras se creaban expectativas con el acuerdo de paz entre los gobiernos de Israel y Palestina, al mismo tiempo que se creaba la Unión Europea, en 1994, en un país pobre de África, Ruanda, se vivía uno de los genocidios más sangrientos de la historia contemporánea. En América Latina sólo dos países no tenían elecciones democráticas: Cuba y México, pero la corrupción y el narcotráfico ya permeaban en varios países de la región. En nuestro México hubo asesinatos en la élite gubernamental y en la jerarquía eclesiástica. También algunos vieron un futuro prometedor con la firma del Tratado de Libre Comercio, pero, por estar pensando en el norte, nos atrapó el sur, con indígenas de comunidades chiapanecas que se levantaron en armas para luchar por justicia y una paz verdadera.

Fueron años de rebeldía y esperanza que se colaron discretos en La Cofradía. Algunos optaron por la “literatura comprometida”; la poesía como arma política que denuncia y convoca, que lucha y tiene fe en un mejor porvenir. Rogelio Guerra, uno de ellos, frecuentemente nos compartía textos cargados de indignación por la injusticia y la desigualdad social; luego, yo cantaba “Para la libertad”, con letra de Miguel Hernández y música de Joan Manuel Serrat, y “Cómo gasto papeles” del cubano Silvio Rodríguez. Años más adelante, Zeus Guerra, en plena juventud, vendría a ofrecer la cara *rockera* de esa rebeldía y de esa esperanza, y Adán Contreras, desde la

literatura, desde su agudeza intelectual, prefería el humor y la irreverencia. Había llegado la nueva generación.

Casi desde el principio, el maestro Alejandro Collazo puso el rasgo musical al grupo y las reuniones de diciembre en su casa han llegado a ser parte de un ritual, porque es él y su familia quienes ofrecen, como pocos, su espacio y su corazón. Collazo toca la guitarra, canta y sabe actuar; nunca pasa desapercibido, su presencia es chispa que crea incendios. Él es el autor de la canción “Y sigo aquí”, que se ha convertido en el himno del grupo y que invariablemente se canta con enjundia en las reuniones. ¡Qué importa si desafinamos, lo que vale es el sentimiento personal compartido! No se diga más.

Además del profesor Mario Cruz, Gustavo Meza ha sido, durante estos últimos años, un compañero clave que sabe convocar y compartir. También canta y toca la guitarra, pero es mejor para escribir versos, historiar la educación mexicana y contagiar a sus alumnos del amor que profesa por las artes y la cultura. Por esto su insistencia para motivar a que algún compañero abra la puerta de su casa un viernes por la noche o un fin de semana. Así lo ha hecho Fortino Valdivia Magdaleno, de quien aprendí en los años setenta, por medio de su hermano Benjamín, lo que leían y escuchaban estudiantes rebeldes de algunas normales mexicanas. De igual manera, generoso ha sido Juan Manuel Aranda, no obstante su agudeza para corregir hasta el punto y coma más perdido del texto. Con él siempre se aprende y se degusta un buen mezcal. A Jaime Arteaga, “Jaime de Lucía”, sin duda, hay que reconocerle no sólo sus finas atenciones en su casa, sino sus cuentos que con asiduidad y entusiasmo comparte en cada reunión. Es como un hermano mayor que disfruta sin comparación estos encuentros.

En fin, con este grupo la amistad está reivindicada, aunque ésta parecería ser, como dijera el cantor argentino Alberto Cortez, un barco frágil de papel que le hace frente a la más

violenta tempestad,⁸ expresada en ese mundo absurdo y egoísta del que nos refiere Bradbury y que hoy parece fortalecerse en un territorio globalizado y neoliberal. Por ello, frente a la adversidad estructural y cotidiana, nosotros anteponeamos las buenas relaciones humanas que se cultivan de una mejor manera si, al mismo tiempo, participamos en el mundo de las artes y la cultura.

Celebrar la vida

En la república de las letras de Aguascalientes, los integrantes de La Cofradía, como lo he reiterado, han participado como creadores y difusores de la literatura. Han viajado a otros lugares y han contagiado la fiebre por leer y escribir. Ahora, algunos están entusiasmados porque han sido invitados a encuentros internacionales de poetas, donde su participación como grupo y en lo individual es reconocida. Y así como algunos salen, también hay quienes llegan como visitas al grupo. Recuerdo en este momento al cubano Julio M. Llanes y a Nathalia Jaramillo, quienes nos visitaron desde Nueva Zelanda. En este libro ellos dos también tienen un lugar especial.

Como maestros creativos y activos, varios cofrades gustan y saben llegar hacia las nuevas generaciones, por eso desde hace algunos años se asiste a bachilleratos de la ciudad para compartir el trabajo que se hace en La Cofradía. Esto surgió por iniciativa del maestro Mario Cruz Palomino, entonces director del Bachillerato “Jesús Reyes Heróles”. En estos planteles, los cofrades leen sus textos, declaman, cantan y dialogan con los jóvenes. Las veces que he asistido a estas reuniones me quedo

8 “Un barco frágil de papel,/ parece a veces la amistad/ pero jamás puede con él/ la más violenta tempestad/ porque ese barco de papel,/ tiene aferrado a su timón/ por capitán y timonel:/ un corazón”. Cortez, Alberto, “A mis amigos”, YouTube <http://gg.gg/o4sba>

gratamente sorprendido de la respuesta de los estudiantes y de la gran capacidad que tienen mis compañeros profesores de establecer un puente extraordinario de comunicación, donde hay conocimiento y afectos intensos. En la Universidad Politécnica de Aguascalientes, por invitación del entonces rector Eulogio Monreal, hubo encuentros literarios que recordaron que la formación de profesionales en el mundo de la tecnología también debe incluir humanidades.

Integrantes de La Cofradía han procurado difundir su obra, y parte de ella ha sido publicada. En un repaso rápido y con ciertas lagunas de las cuales me disculpo, ahora sabemos de publicaciones de algunos de ellos: Luis Avelar González escribió *Entre la flor y la estrella*, Armando Quiroz Benítez, *Alegorías del desdén* y Chuy Gutiérrez Romo, *Aprendiz de lagarto*; a su vez, Rolando Bernal publicó decenas de artículos sobre historia. Estas publicaciones fueron apoyadas por el Instituto de Educación de Aguascalientes y corregidas por Javier García Zapata, Rolando Bernal y Armando Quiroz, quienes integraban el consejo editorial. El maestro Jesús González Rivas escribió los libros *Maestros en la Revolución Mexicana* y *Tres tiempos*, con ilustraciones de Mario Cruz Palomino. Con añoranza y reconocimiento hemos de referirnos al maestro Rafael Aguilar Lomelí, cofrade asiduo durante muchos años; escribió poemas a la juventud y a los pueblos olvidados del progreso.

Más tarde, Rogelio Guerra, declamador y actor sobresaliente, publicó *Villa gobernador* y Fortino Valdivia, además de ser artista gráfico, que ganó la Bienal de Pintura en la UAA, publicó *Ya muerto nunca* y *Cristálidas de terciopelo*. Jaime Arteaga, prolífico escritor, ha publicado varios libros, entre los cuales podemos mencionar: *Maratón*, *Chichimecas, españoles y mulatos*, *El Chan del agua*, *El hotel quemado* y *Relatos de una época*. Por su parte, Gustavo Meza tiene en su currículum *Azúcar derretida*, *Abs. música sacra*, *Las espinas de Vasconcelos* y *Cinco de vino tinto*, además colaboró en la impresión de los

libros de Demetrio Rodríguez Orozco y de Jesús González Rivas. De manera breve, pero destacada, Juan Carlos Quiroz asistió a las reuniones de La Cofradía y destacó con sus escritos: *Versos para morir despacio*, uno de sus primeros libros; luego vinieron otros: *No había mar*, *Tauromaquia* y *Crónica de navegación (los demonios)*.

Al grupo se unieron en los primeros años, y han asistido casi de manera permanente, Juan Manuel Aranda Mata, Jaime Arteaga Novoa, Alejandro Collazo, Gustavo Meza Medina, Fortino Valdivia Magdaleno y Salvador Camacho. Más adelante se incorporaron Derly Estrada, Zeus Guerra Armas, Adán Contreras Alonso, Juan Carlos Delgado, Rómulo Bernal Acevedo y Víctor Moreno Ramos; y muy recientemente han asistido a las reuniones, entre otros, Manuel “El Meño”, Omar Ramos Tiscareño, Caleb Olvera Romero y J. Trinidad Guerrero Castorena “Trino”. Hemos tenido el gusto de que el poeta y amigo Armando Alonso haya asistido a una reunión y haya hecho comentarios y recomendaciones atinadas. Con el encierro provocado por la pandemia del COVID-19 se incorporaron nuevos escritores a los encuentros virtuales. Aquí se publican textos de José de la Torre Alcocer, Karla Andrea Camino, Claudia Patricia Quezada Rodríguez y Jesús Consuelo Tamayo.

Mención aparte merece la incorporación de mujeres al grupo, donde destaca la maestra Gaby Méndez Parga, quien fue coordinadora de programas de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011, en Radio Universidad. También han estado en el grupo Arely Jocelyn Jiménez Hurtado, Brigitte Nájera, Yolanda Padilla Rangel, Soraya Rodríguez Reyes, Magdalena Aranda Delgado, Fátima Aranda Montoya y Carmen Lucía Meza Martínez. Son mujeres activas y brillantes, con rostros que parecen llamarada, diría Gabriela Mistral.⁹ Su presencia, como se puede comprender, ha trastocado la dinámica de La

9 Cuneo, Ana María, “Gabriela Mistral: reflexiones sobre la mujer”, *Revista Chilena de Literatura*, núm. 47, 1995, pp. 115-121. <http://gg.gg/o4sdg>

Cofradía; ellas han compartido una mirada luminosa que no había estado presente en las reuniones del grupo y también han enriquecido con sus textos y su universo vital nuevas temáticas y otras formas de acercarse a las artes.

Las mujeres y los jóvenes, sin lugar a dudas, han dado ánimo renovado al grupo. Las publicaciones y los intercambios han sido, al mismo tiempo, la fuerza que revitaliza a quienes seguimos asistiendo a las reuniones. Es a partir de este grupo que también han surgido otras actividades, como la participación en programas de televisión y radio que tuvo Jaime Arteaga; en las presentaciones en escuelas de educación media y universidades en el estado; en el acompañamiento fiel y solidario de las tareas que cada uno de nosotros realiza como trabajadores y profesionistas.

Ahora estas y otras voces se reúnen en esta antología plural y fraterna, con el apoyo de una institución educativa que le ha apostado a la literatura como una extraordinaria herramienta para la formación integral de sus alumnos, además de contar con carreras de pregrado y posgrado dedicadas a la creación y al estudio profesional de las artes. Gracias a la Universidad Autónoma de Aguascalientes, mi segunda casa, es que el lector tiene *Ecos del caracol* en sus manos. La diversidad de temas, estilos y géneros presentes en este volumen permiten un acercamiento flexible y sugestivo. Son 42 autores, 42 voces, 42 universos que se mueven con imaginación lúdica y creadora. Quienes aquí escriben se saben herederos históricos de miles y miles de voces, se proyectan con arrojo y sueños hacia un futuro incierto y retador, deseosos, quizás, de que en este mundo convulso el arte nos pueda salvar.

Junto al arte están las relaciones humanas que tienen lugar en espacios y tiempos determinados, encuentros de personas concretas con nombres y apellidos: Jesús González Rivas, Gabriela Méndez Parga, Rómulo Bernal Acevedo, Juan Manuel Aranda Mata, Gustavo Meza Medina, Mario Cruz Palomino,

Luis Avelar González, Jaime Arteaga Novoa... Es por esto que me convengo cada vez más de que si bien, en un principio, el propósito de La Cofradía era reunirnos para participar en el mundo de las artes, ahora, después de un cuarto de siglo, los integrantes del grupo también nos juntamos para celebrar la vida, que es maravillosa –no obstante la cara oscura de la luna–, convencidos, diría Aldous Huxley, de que “la gloria y la maravilla de la pura existencia pertenecen a otro orden, más allá del poder de expresión que tiene el arte más elevado”.¹⁰ Y eso, francamente, no tiene precio: ni se compra ni se vende.

Salvador Camacho Sandoval

10 Escribiendo esta introducción, Sofia Camacho me leyó estas líneas del libro, que me gustaron y que ahora retomo para terminar. Huxley, Aldous, *Las puertas de la percepción*, México, EMU, 2009, p. 34.

COFRADES.
PRIMERA GENERACIÓN

RAFAEL FRANCISCO AGUILAR LOMELÍ (†)

“*M*aestro de corazón, poeta eterno”, así lo nombraron como homenaje a su trayectoria en Rincón de Romos, Aguascalientes, su ciudad, donde la Escuela Normal de ese municipio lleva su nombre. Realizó estudios normalistas y de posgrado en la URSS, fue director de varias instituciones, entre ellas la Escuela Normal Superior “Prof. José Santos Valdés”. Su obra como poeta y profesor es reconocida local, nacional e internacionalmente.

La Cofradía

Vamos andando sortilegio
en tanto los imponderables repletan el hastío.
Ellos fornican cada noche
con las ventajas de los emolumentos
que nadie acordó otorgarles.
Ellos prostituyen la luz del día
mientras nosotros amamos la candidez albarina.
Ellos saben de plusvalía
cuando cuentan nuestras lágrimas a partir del yermo.

Son salvajes del progreso
cual caléndulas insatisfechas pregonando moralejas.
Son los sepultureros del sueño y los recuerdos
que nos escrituró el viento.
Son las groseras máscaras del desdibujo en aras de forma
cuando nosotros apuramos un beso.

Ladrones de nuestros versos
porque han comprado sin subasta los sentimientos
y cerebros.

Amigos: nos queda la compañía
de la inteligencia en absurdo
y apostamos por el duelo.

Ganaremos la cofradía
con estandartes de palabras submarinas
cuando los enterradores dormiten en su gloria efímera.

Recordaremos las voces íntimas
engarzadas por el rosario infinito de nuestras penas
y los aterradores del equilibrio que rima

sólo quedarán en prisión
sin candela
ni resina.

El retorno

Hoy quiero abrir mi corazón
para cantar un poema
dedicado al viento.

Aquel soplo permanente
que acarició las espigas
cuando miraban al cielo
sin el complejo de la distancia
y sobre valles sembrados de lágrimas
entre surcos como receptáculo por la vida.

Ahí te dediqué una esperanza
recordándote la gratitud del alba redentora
que aún despunta de pie
al sentirse acariciada con tus besos oxigenados.

Viento mío en las miradas
de un viaje irretornable
dibujando el fin del universo en nuestros ojos:
Hazme llorar las purpúreas flores
de mi aliento
y comprende la insensatez por querer acusarme
en deseo.

Hazme canto entre los muertos
que siguen el porvenir por verme con ellos
hilvanando los versos adjetivados

cuando los cofrades han perturbado
en sus incansables vituperios.

Hazme como tú para volar hasta el cerebro
de la justicia enmudecida
y luego retórname en vaivén al compás de la hora
contando los segundos traicioneros.

Por fin
viento mío
hazme fortalecer la risa ante los diluvios
que se acantonan en este corazón
destinado al ridículo de los hombres aventurados.

Los adolescentes de la Sierra Fría

Dormiste con ilusiones frescas
por la instancia de un beso.
Allá, de frente a lo primigenio.
En la Sierra Fría con el agua diamantina
en torrentes nuevos.
La llama en fuegos
del primer incendio.
El sudor de los
compulsivos movimientos
y al final el grito en quejidos mudos
del recuerdo.
Valores de plenitud.
Tumulto de ascenso.
Porvenir de la historia
en celestes laureles.
Novicio con impulsos
de amplios deseos

vaciándose en
autogratificaciones inspiradas.
Consigo el retrato
de imágenes arcaicas.
Adjunto al instinto y la misma plegaria.
La almohada bajo la luna de plata.
Las manos ausentes
besando el contorno
de Venus brillante.
Roce austero de invisible experiencia.
Adelante el sino
buscando un consuelo.
Los juegos de cada crepúsculo
cuando al sol acompaña al retorno.
Un sueño intermedio.
Los brazos encienden
las chozas humeantes.
Pasaje de siglos.
Internalización de la regla.
Prohibidos los gestos.
La fragua candente.
Luchas desbordadas
detienen los cuerpos.
Y tu impulso e intento vivientes
estrenan jadeantes la realización del
recuerdo.

JUAN MANUEL ARANDA MATA

Profesor egresado de la Escuela Normal en San Marcos, maestro de español por la Escuela Normal Superior “José Santos Valdés” y maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. También es destacado profesor del CBTris 39 y autor de varios textos como poeta y cuentista. Se ha especializado en el estudio de la obra de Juan Rulfo y le gusta que le apoden “El Chiricahua” y “Juan Manuel Aranda Pérez Rulfo y Vizcaíno”.

La visión de Lot

A Franke y a todos los que ahí estuvieron.

Las tropas alemanas asedian Moscú, como desde hace dos años; la resistencia civil de los rusos se debilita peligrosamente. Rommel ha producido bajas considerables en el ejército inglés del norte de África. Europa central es sometida con brutalidad por la Wehrmacht y la Luftwaffe; en todos los frentes los mariscales se cubren de gloria para el Tercer Reich. Se sospecha que una flota de submarinos nucleares nazis se encuentra apostada en el Golfo de México; la tensión ante un ataque inminente a territorio estadounidense pone los pelos de punta a toda la región. Nuestro vecino del norte aún no le declara la guerra a Alemania. Los países del Eje navegan viento en popa hacia la conquista del planeta entero. Los Aliados todavía no entran en batalla...

Reportó para el gentil auditorio, la XEW, la voz de la América Latina desde México.

—Apaga ese radio, que no me deja dormir. Mañana treparemos todo el azogue que tenemos en los peroles al camión de Petronilo y al de Albertillo muy de madrugada; ya duérmete, Franke, nos espera una chinga dura.

—¡Pero hombre, Velas! Siempre renegando de todo. La hubieras escogido de patrón y no de barretero. Desde el cuarenta le estamos sacando las tripas a Canoas y todavía con tus renegaderos.

La XEW le da la hora: son las 7:45 de la noche.

“En las calles de Canoas se empezaba a escapar por las ventanas de los billares, las vinaterías y los salones de baile, la música de los gramófonos y esa luz amarillenta de las lámparas de carburo y los aparatos de petróleo, anunciando la bonanza en su jugo. Cruzábamos las calles en busca de diversión para distraer el cansancio que ya traíamos cuajado en las espaldas y ese Velásquez con sus reniegos ¡de lo que se perdía!”

—Jesús, Guadalupe, David y Juan, vayan al camión de Petronilo. Franke, Velas, Concho y mi Toño, al de Albertillo. Son las cuatro y media y no nos debe agarrar el sol con los toneles en el jacalón. No se les olvide que el tren llega a Loreto a las nueve.

“Ese Güero nos trataba como sus esclavos; pero si no ha sido por él, nada habríamos ganado allá, enterrados en el cerro, todo el día, cada uno con sus ilusiones y su labor. ¡Ah, esas minas de Canoas! Cómo le dieron vida a toda esta región, en la que poco más de diez años antes nos comíamos hasta las suelas de los huaraches de pura hambre”.

—¿Cuántos toneles traer, mexicanos?

—Dieciséis en cada camión, patrón.

—Ah, Petronilo, le están flojeando mucho. La *blitzkrieg* requierre de más mercurrio. Parra la prróxima ttraigan mucho más. Redoblen esfuerzos. ¡Suban los toneles al vagón amarillo!

“Loreto era un puro llano, con la estación de tren como un chipote y lo demás puras nopaleras tupidas. Después de que todo acabó en Canoas, Petronilo puso la primera tienda y una bodega que le alquilaba a los del tren a la orilla de la vía; mientras acá ya la Normal había echado sus primeras generaciones...”.

—Pero, tú nomás oyendo, anda, tómale al pocillo, que la patada de mula quedó de media cuadra.

“En Canoas lo conocíamos por el Alemán, aunque nadie sabía sus generales ni dónde había dejado enterrado su ombligo y casi nadie lo había visto. Eso sí, él era quien le daba los centavos al Güero para que nos pagara el azogue de la semana”.

—Oye, Güero, tú que estás más leído, ¿le entiendes a las palabras raras del Alemán? ¿pa’ qué cosa necesita mucho azogue?

—¡Sepa la chingada! Ni yo le entiendo. Con que nos siga pagando bien lo de la joda diaria, que diga misa.

—Apresúrense a subir a los camiones porque hay que ir a repartir la raya y se nos acaba el sábado en el camino.

—Oye, Franke, ¿cómo les estará yendo a nuestros paisanos en la guerra? Dicen que salieron bravos. ¿Qué oyes en el radio?

—En cada noticia dice algo el presidente Ávila Camacho y siempre habla bien del Escuadrón 201 y de todos los que fueron a ayudarle a los gringos en la trifulca.

—Dejarán de ser de nuestra raza... ¡Salú!

—Ese Marcelino cada vez le pone menos mezcal y más refresco a las revolturas.

—Vamos apurándole a las últimas para dormir temprano. Mañana es día de ir a visitar a la familia y de llevar el chivo.

“Ya son como las nueve de la noche y Canoas como de día. ¡Bendito sea Dios! Era un pueblo próspero, con sus tiendas de ropa y de calzado, sus talleres y sus puestos de comida, sus billares, todo su comercio. Con decirte que estaba mejor que ahorita Loreto. Todo era muy sano, hasta que llegó esa vieja de San Luis, a quien apodábamos La Peluda, con sus muchachas, y puso el cabaret cerca de la iglesia, nos empezó a ir de la chingada. Ya no ahorrábamos y casi ni trabajábamos por estar metidos tragando vino y coqueteando con las de La Peluda, y comenzaron los préstamos con todo el que no frecuentaba ese lugar. Para acabarla de amolar, El Gallego también contrató mujeres de quién sabe dónde y puso su cabaret junto al otro; eso fue el acabose... Pero tómale, nomás me estás coyoteando; ésta quedó menos cargada, como de cuadra completa”.

—¡Qué! ¿Ya nos llegó la guerra hasta acá?

—¿Qué pasa?

—¡Corran! Acaban de tronar la veta de Moisés y la de Pánfilo. El Güero y Petronilo están avisando que subamos a las lomas, lejos del mineral.

“Aquello comenzó a encenderse y a llenarse de ruidos muy fuertes. Nomás se miraba la corredera de gente con sus itacates a lomo de burro, atravesando las calles alumbradas por las explosiones. Eran como las diez de la noche”.

—Queridos hermanos, lo que acaba de suceder en las minas de Canoas es una muestra más del poder infinito de nuestro Padre Celestial; pues, al igual que en Sodoma y Gomorra, hizo llover azufre y fuego para destruir la maldad que ahí habitaba y purificar a su pueblo.

—¡Ah! El señor curita de Asientos tan propio en sus sermones.

—Arrea más ese burro, ahorita que vamos cuesta abajo, para llegar a oír las noticias de las seis.

—Acomoda los huacales, no se vaya a tirar el bastimento.

Acabamos de recibir un cable de que en el sureste zacatecano y en otros puntos muy discretos de nuestro país, agentes norteamericanos infiltrados descubrieron y destruyeron abastecimientos de mercurio que se embarcaban a Veracruz con rumbo a Alemania desde finales de 1939; información que les proporcionaron algunos de los encargados de los minerales...

Mientras tanto, el Escuadrón 201, al mando del general Antonio Cárdenas Rodríguez, sigue causando bajas en el frente del Pacífico, pues según un parte del alto mando militar de los Estados Unidos, ya son varios cientos de aviones japoneses derribados por nuestros bravos aguilucho...

Informó para el respetable, la XEW, la voz de la América Latina desde México.

—¿Tú crees que ese señorito del radio sabía más que el señor cura? ¡Cuándo! Esos a veces echan mentiras; si no los conociera. Además, su palabra no vale más que la palabra de Dios... Anda, tómale al pocillo, nomás haciéndote pendejo.

—¿Sabes?, el Güero y Petronilo siempre me dieron mala espina.

Reclamo póstumo

*Este mundo, que lo aprieta a uno por todos lados,
que va vaciando puños de nuestro polvo aquí y allá,
deshaciéndonos en pedazos.*

Juan Rulfo

¿Por qué tardó tanto en volver, profesor? Con todo el aprecio que nos teníamos y me dejó solo contra ese par de abigeos de mis compadres. Con usted y la malicia siempre tan suya, no me hubieran llevado a la ruina y a ese final tan triste. Seguro Felicia mi vecina ya le contó todo.

Usted sí era gente de ley, a luego se lo noté cuando nos autorizó una carrera de caballos en el carril de Las Cochinillas que usted mandó hacer a un lado de la escuelita y sólo necesitábamos de su venia; ya traíamos atravesados a unos de El Aguaje y queríamos darles en el hocico. A todos nos pedía el cinco por ciento de la apuesta principal y yo todavía le di mil pesos más para las obras de ampliación. Con la amistad resultante de lo ya dicho, me sentía todavía más fuerte; pero nos dejó a la buena de Dios, profesor.

Algunos sábados le mandaba caballo, con todo y un rifle Winchester, para que llegara temprano al día siguiente y nos acompañara a almorzar. Luego, recorríamos cabalgando mis potreros y los animales nomás hormigueaban, según su dicho.

Andaba con usted por el puro gusto de su plática, hasta me parecía curioso, porque podría ser mi hijo y ya manejaba muy bien eso de las habladas y los trinetes, que a muchos como yo nos costó toda una vida en agarrar.

Me dio risa cuando usted y mi hijo mayor fueron a balacear a unos de La Trinidad, porque se la hicieron de pedo en un baile; mis hombres me pidieron autorización para echarles la mano, pero me negué; ustedes no necesitaban vejigas para nadar, faltaba menos.

Cuando traía el brete de cambiar su trabajo a otro pueblo algo lejos de aquí, me llené de pesar; pero no se lo demostré, eso no es de hombres. Sólo pensé que no habría más pláticas ni domingos a caballo ni carreras ni nada.

Un día se me apersonaron Augusto y Jesús a comprarme unas reses. Ya sabía de ellos y, aunque eran borrachos, mujeriegos y pendencieros, no me importó, mientras me pagaran el ganado al momento; hasta me los hice compadres. Augusto acompañó a Lupillo cuando salió de la telesecundaria y, después, Jesús a Rocío cuando acabó la primaria. Al poco tiempo ya los tenía comiendo en mi casa.

No pasó mucho cuando comenzaron a perderseme vacas y caballos, primero de a pocos, luego por docenas. El colmo fue el día de San José, en 1993. Mientras todos gozábamos la pólvora y la danza de la única fiesta grande de la región, se llevaron cerca de trescientas reses de los cerros de Santiago y otras tantas del rumbo de Santa Ana. Estaban conmigo bebiendo mezcal, ni cómo cargarles el muerto. Luego, supe que tenían una banda de arreadores en todas las rancherías, por eso no se sospechaba de ellos.

Todavía no les recelaba, pero, cuando agarraron los federales al Ratón, del pueblo de La Estrella, mi compadre Jesús se peló al Norte y mi compa Augusto desapareció de estos rumbos. Tiempo después supe que el primero había muerto del azúcar y el segundo le había pegado a la lotería, ¡pos cómo no!, con tanto animal conseguido de mis potreros.

Por todo eso me llegó el empacho con tanta bilis. Con usted no se me hubiera juntado y con unos mezcales me la desatoraría. Me acuerdo de su cantaleta: “Para todo mal: mezcal, y para todo bien, también y, si ya no hay remedio, nos chingamos litro y medio”.

Sabe Dios de dónde sacaba tanto, profesor.

Los animales que me quedaron se los repartí pronto a mis hijos. Ajustaron para comprarse casa cada uno en San Luis, Pinos, León, Zacatecas y Fresnillo.

La Felicia también ya le platicaría que se me hacía buen partido para yerno y que ella hasta consiguió unos calcetines cuando me amortajó, porque me quedé sin un centavo y en las últimas me dio por delirar. Es retereargüendera mi vecina, no le crea todo.

¿Ya vio cómo está la casa grande de la comarca? ¡En las puras ruinas!, como yo.

Sólo me quedé con mis dos dientes de oro; a ver si no viene mi compadrito y también se los lleva, así como es de alcanzado.

Por fin ya estoy acá, en donde lo espero, profesor, para ser otra vez amigos, ¿o qué?

Que en paz descanse
Mónico MENA A.
1912 – 1995
de
esposa, hijos, nietos y amigos

Las plañideras

Eran muy temidas, hermanas y primas. Todos les huíamos cuando no queríamos que el dolor ajeno nos invadiera; cuando no disfrazábamos nuestra melancolía con la quejumbre de los otros.

Casi en cualquier velorio se aparecían. En las familias, donde había algunas diferencias, detonaban las disputas mientras se velaba al muerto, pero llegaban las plañideras con sus responsos y lloriqueos y se lavaban las afrentas con chubascos

y se derrite más arriba
en ardientes promesas;
tú, el viento de la tarde
que sale galopando de mi boca
para avivar
en tu interior el fuego.

Abrir los ojos,
apagar la luz del escenario
para ir a tientas a tu encuentro
sentir el tacto
de tus colores boquiabiertos
y la caricia desnuda
en la fría oscuridad de tu recuerdo.

Soleá grande a José Tomás

Ya llega José Tomás,
con el capote y la espada,
al ruedo con su cuadrilla;
lleva por delante el alma.

**¡Vamos,
detened la fiesta brava!**

En esa tarde alevosa,
la Monumental clamaba
la gloria para el gran diestro
y apéndices del de Garfias.

**¡Vamos,
detened la fiesta brava!**

Pero salió “Navegante”
a regresar estocadas,
venciendo a José Tomás,
a quien le sangraba el alma.

¡Vamos,
detened la fiesta brava!
Sabina con desconcierto,
pedía desde su butaca
por el de Galapagar
y por su España sangrada.
¡Vamos,
detened la fiesta brava!

Soleá a mi tierra

Tierra estéril,
tierra huraña,
de atardeceres
escarlata.

(Viento en el mezquital
y en la enramada).

Tierra yerma
del cantar
de la pena.
Tierra
de las termales albercas.

Tierra
de la Muerte ataviada
y de las ofrendas.

(Viento por los senderos,
sopor en las alamedas).

Barrio del Encino

El campo
de los granados

se abre y se cierra
como un abanico.
Sobre el granadal
hay un cielo nublado
y abajo una lluvia roja
de rubíes desgranados.
Tiembla
el castizo Barrio
a las orillas
del arroyo largo.
Se encrespa el aire gris;
los árboles están cargados
de fruta roja
y de pájaros.
Ahí se anida la pena
y el gusto de los veranos.
En Triana sigue latiendo
la herencia de los gitanos.

JAIME ARTEAGA NOVOA, “JAIME DE LUCÍA”

*N*ació en Tamuín, San Luis Potosí, el 6 de abril de 1950, pero al siguiente año se mudó a Aguascalientes. Estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México y recuerda a sus maestros Fernando Benítez y Miguel Ángel Granados Chapa. Dice ser periodista antes que escritor, pues trabajó durante 40 años en diarios, estaciones de radio y canales de televisión. Sus series “Historias no contadas” y “Orígenes” han traspasado la frontera mexicana. Ha publicado varios libros, entre ellos, *Un lugar llamado Aguascalientes; Cada tema con su loco; Chichimecas, españoles y mulatos; Maratón; El Hotel Quemado; El Chan del Agua; Relatos de una época; Retrato fiel de un soñador*. Se declara enamorado eterno de Rocío Dúrcal y de La Cofradía.

Amor platónico

Mis libros de alumno de secundaria invariablemente ostentaban bajo el forro de hule transparente fotografías de mi amor platónico, una españolita de ojos tiernos, boca hermosa y dulce voz conocida como Rocío Dúrcal.

Por supuesto, ella ni me hacía en el mundo, pero yo seguía sus pasos a través de películas y discos, o bien, en los pormenores que daban de su vida, revistas y periódicos de la época. Mis condiscípulos se burlaban y me hacían bromas pesadas, cómo esconder la sonrisa de aquel amor temprano que adornaba mis cuadernos y demás útiles escolares.

En vez de desaparecer con los años, mi cariño hacia esa mujer inalcanzable en apariencia fue creciendo. Si algo cambió, fue que con el tiempo dejé de hacer ostentosa mi admiración por ella; la seguía amando, eso sí, aunque ahora en silencio y sin dejar de acudir a los estrenos de sus películas y adquirir cada disco que lanzaba.

Era la España de los años sesenta, gobernada por el dictador Francisco Franco y –no podía ser de otra forma– mi adorada Rocío se había revelado y luchaba contra la imposición. Su militancia política hizo que mi admiración por ella creciera.

Soñaba con sus ojos, dormido o despierto, imaginaba que algún día la conocería y, cuando menos, podría decirle cuánto la quería, cuánto me gustaban sus canciones y sus películas, sus gestos y su risa.

Ella seguía su carrera y yo la mía, ahora como estudiante de periodismo, lo que me obligaba a leer periódicos y revistas como tarea principal y, en un momento de éstos, ya en la década de los setenta, leí que Francisco Franco había muerto. España estallaba en júbilo y yo me alegré también, porque Rocío dejaría de ser perseguida y estaba contenta de seguro.

Las noticias sobre España seguían sucediéndose. El dictador había muerto, pero, ¿qué sería ahora del país de mi amor platónico?

Diario acudía a los estancillos de periódicos en busca de noticias, hasta que un día, en uno de ellos, me encontré una revista “para caballeros”, en cuya portada decía: “En este número verás a Rocío Dúrcal como nunca la habías visto. Así celebra esta gran artista la liberación de su país”. Sí, Rocío había posado desnuda para esa revista y yo quedé estaqueado en el piso sin saber qué hacer, con el corazón dándome brincos queriendo salir por mi boca.

Busqué en mis bolsillos todas las monedas que poseía y logré completar el costo de la revista; como quien carga con algo preciado, caminé a toda prisa al departamento donde compartía el espacio con otro estudiante. Llegué y, sin esperar siquiera a recuperar el resuello, me tendí en la cama a contemplar a mi amor imposible, tal como la madre naturaleza la trajo al mundo. Hermosa, simplemente hermosa, delicada, un cuerpo sin estridencias, su mirada igual de tierna y su boca también.

Los años seguían su marcha inexorable, habíamos dejado atrás la juventud y ya éramos adultos con más de 50 años a cuestas. Ella seguía como la cantante exitosa de siempre y yo con algunos años dentro del periodismo, cuando inesperadamente apareció en el diario donde escribía una entrevista con ella, realizada por una compañera en una conferencia de prensa que ofreció antes de su actuación en el palenque. Quedé petrificado, la oportunidad de mi vida para conocerla me había pasado de noche; cuando reaccioné, ya estaba en España o quién sabe dónde, pero cabía la posibilidad de que volviera a la feria siguiente.

Ese año se me hizo eterno, pero volvió, actuaría de nuevo en el palenque y ofrecería también una conferencia de prensa. Acudí con el corazón alborozado y la ilusión guardada por décadas, intacta.

Fui el primero en llegar; la mesa estaba dispuesta para la conferencia, los micrófonos instalados. Ser puntual me sirvió para escoger lugar exactamente frente a ella, a dos metros de distancia. No lo podía creer. Comenzaron a llegar camarógrafos y reporteros; nos ofrecieron café y galletas y, de pronto, apareció, ahora convertida en una mujer madura, se le notaban los años, pero seguía igual de hermosa y su mirada tierna; ahora creo, era lo que más me gustaba de ella.

Estaba frente a mí repartiendo sonrisas, la mujer con la que había soñado por décadas, cuando comenzaron las preguntas. Que si era feliz con su marido, que si le gustaba México, que si le gustaba la gente de Aguascalientes, que si la feria, en fin. Yo, embelesado, no participé, había ido sólo a verla.

De rato, comenzaron a escasear las preguntas y mis colegas recogieron sus arreos de trabajo, prestos a retirarse. Yo seguía frente a ella, hasta que me dijo:

—¿Y tú no haces preguntas?

—No, Rocío —le dije—, yo sólo vine a conocerte, es algo que quiero hacer desde que era estudiante de secundaria, mis libros y libretas estaban adornadas con tus fotografías, con tu sonrisa. Te quiero conocer desde que coleccionaba tus discos y no me perdía tus películas.

La cara de Rocío fue adoptando una sonrisa, la misma de mis libros, y con ella me alentaba a que le siguiera platicando. Le conté de sus fotografías cuando murió Franco y se rio. Con su acento que me volvía loco me dijo:

—¡Claro, era el momento de tirar cadenas y ataduras e incluso hasta la ropa!

Reímos de buena gana, los pocos colegas que aún permanecían en la sala no alcanzaron a escuchar y tal vez no hubieran comprendido, la mayoría eran niños entonces o no habían nacido.

Rocío se levantó, me extendió la mano y me condujo hasta la orilla de la mesa; una vez ahí me dijo:

—Gracias, señor, me habéis alegrado la mañana, no es por presumir, pero tengo muchos admiradores; ninguno se había acercado a decírmelo así como lo has hecho tú. Gracias.

—Nada que agradecer, Rocío, pero sí aclararte que no soy tu admirador; tú eres mi amor platónico, eres mi Dulcinea del Toboso. Ella volvió a reír, besó mi mejilla y se fue.

Pasaron unos cuantos años y Rocío murió luego de luchar largo tiempo contra el cáncer. Fue una tarde gris con lluvia, recuerdo bien. No pude contener las lágrimas.

Broma pesada

El joven quedó muerto ahí mismo, su acompañante tiró la pistola y salió corriendo con un papel en la mano; era una fotografía —según dijo la mesera que los atendió—. Los feriantes se quedaron paralizados y entre ellos se abrió paso el asesino para escapar.

—¡Deténganlo, mató a un hombre! —reaccionaron unos—. ¡Un doctor! ¡Un cura! —clamaban otros. Por el rumbo del Palenque aparecieron los policías al escuchar los gritos y fueron por él, aunque sin éxito. Al muerto lo taparon con un mantel y esperaron a las autoridades.

—Estaban tranquilos, yo les llevé cervezas mientras platicaban y reían, como si todo estuviera bien, hasta que este difuntito le mostró una fotografía a su amigo y en cuanto la vio, sacó la pistola y le metió un tiro en la cabeza, sin mediar insultos ni nada —dijo la mesera a los investigadores.

—¿Una fotografía dice usted?, ¿de qué?, o ¿de quién?

—Una mujer, y estaba en cueros. Acá entre nos, estaba de buen ver y no es que me gusten las mujeres, pero sé reconocer —aclaró la mesera.

Una mujer desnuda en un retrato era la única pista sobre el asesinato del joven fanático del nuevo arte y dueño del único laboratorio fotográfico en el poblado.

El fugitivo, por su parte, era hijo de buena familia y estaba por casarse con Josefina del Real, hija de un minero acaudalado querido por sus generosos donativos para obras pías. Ambos jóvenes eran íntimos amigos, casi hermanos. ¿Qué pudo generar el crimen? ¿Por qué una mujer desnuda en una foto? ¿Quién era ella?

De momento, la feria apaciguó los comentarios, no el pesar de los familiares, pero cuando apagaron las luces de la verbena, la inquietud cobró fuerza. Mientras no detuvieran al homicida, no se sabría la verdad. La otra alternativa era catear el laboratorio.

—Si tuviéramos la fotografía —cavilaba el procurador en su desesperación por resolver el caso como se lo exigía el gobernador, presionado a su vez por la sociedad. Los interrogatorios a la mesera y a otros testigos no arrojaron novedades. Una mujer desnuda en una fotografía vio ella, los demás ni eso, ellos más bien voltearon al escuchar el disparo y se espantaron.

Josefina del Real cayó en depresión. Los preparativos de su boda estaban en marcha y ahora su novio andaba oculto, quién sabe dónde, para no ir a la cárcel. ¿Por qué?, se preguntaba también ella en su desesperación. Una fotografía, el difunto hacía muchas, su obsesión era disparar la cámara y trabajar en el laboratorio, ésa era su vida.

Los días transcurrían con más dudas que respuestas y el fiscal desesperado ordenó catear el laboratorio del fotógrafo, su casa también, todo lo que tuviera que ver con él, para obtener alguna pista, algo de dónde asirse para iniciar la investigación con algo concreto, un motivo, lo que fuera.

Para esto, el caso del fotógrafo asesinado trascendió los límites del pueblo. Para junio las casas de huéspedes albergaban a periodistas de la capital y la región. Había agitación como

no se veía desde la Guerra Cristera, última vez que aquí había corrido sangre por violencia; los años de paz se habían quebrantado de manera extraña.

La orden de cateo se hizo efectiva una mañana ante la expectación popular; las actividades se suspendieron porque la gente estaba reunida frente al laboratorio. Adentro, los investigadores y el fiscal no tardaron en dar con fotografías de mujeres desnudas, entre ellas la de Josefina del Real. El hallazgo –según las autoridades– resolvía el caso. El fotógrafo retrató desnuda a la novia de su amigo, quien, celoso de que alguien pudiera ver así a su futura esposa, lo mató.

Entre los periodistas atraídos por el caso había fotógrafos y uno de ellos echó abajo las teorías del fiscal y sus ayudantes: la cara era de Josefina, el cuerpo no. Eso se lograba mediante un montaje, procedimiento conocido sólo por alguien dedicado a eso, del cual se valió el difunto para jugarle una broma a su amigo... y le costó la vida.

De cualquier forma, la reputación de la futura casadera quedó por los suelos y mejor se fue a un convento, mientras que su novio se hizo viejo en la cárcel.

De sur a norte

Lucrecia, Regina, Montserrat, El Güero y Fabián llegaron de madrugada al lugar convenido donde iban a encontrarse con un hombre mayor, quien los llevaría a conocer pueblos, leyendas y lugares sembrados a lo largo de la Ruta de la Plata.

Ellos eran estudiantes y se las arreglaban para combinar el estudio con el *reventón* y, así como para descargar culpas, decían sentirse interesados en la historia, no la de los libros, sino la contada por quienes disfrutaban ir cargando relatos por la vida.

El Güero y Fabián, como siempre: medio crudos. Ellas, como de costumbre: enojadas con los galanes por andar con

ese maldito aliento mata pasiones. Se aguantaban o le ponían también, porque, después de todo, el par de golfos no eran aburridos como sus otros compañeros, aunque olieran a pera pasada todo el tiempo.

Lucrecia era novia del Güero, con derecho a todo; Regina andaba con Fabián, aunque todavía no muy convencida, y Montserrat acababa de tronar con su novio porque a él le gustaba más la contabilidad que andar metido en las cuevas viendo pinturas de los nahoas.

El grupo era una fraternidad. A pesar de los pleitos, se querían, y de eso platicaban precisamente cuando llegó el guía. A esa hora apenas se insinuaban los cerros, nopales y matorrales y hacía algo de frío.

La Suburban del papi de Montserrat salió impetuosa a la carretera. El guía como copiloto decía por dónde: lo primero era llegar al centro ceremonial donde están pintados seres de otro mundo. Ahí comenzaron a subir un cerro y de rato Fabián reaccionó acerca del terreno que pisaban. Eran gradas, una escalinata maltrecha por el tiempo, todavía transitable. Luego advirtieron terrazas en varios niveles, donde El Güero apeteció besar a Lucrecia y acariciarla.

El guía con su dilatada experiencia les puso su etiqueta a cada uno mientras trataba de explicarles que ese lugar fue habitado por tribus antiquísimas.

—Les decían salvajes —explicó— porque no eran dados al confort, sino a la guerra. Nosotros no los entenderíamos con nuestra forma de pensar. Ellos eran seres, no me atrevo a asegurar si extraterrestres, pero eso sí, tenían amigos muy extraños, según consta en sus pinturas que dejaron por todas partes. Aquí donde estamos todavía seguido descenden naves entre los cerros y de ellas bajan seres raros, con la cabeza ancha de arriba y angosta de abajo, el torso alargado en comparación con sus piernas que podrían parecerse a las nuestras.

Montserrat le había dado unos tragos al tequila de Fabián y no supo en qué momento aquel viejo que hablaba, sin importarle si lo escuchaban o no, comenzó a gustarle.

El Güero propuso ir al menudo porque ya no aguantaba la cruda y nadie le hizo caso. El guía, a su vez, dio indicaciones de partir: “Querían conocer leyendas y misterios, ahora se joden”.

—El Llano fue territorio chichimeca alguna vez, y durante la conquista, lugar de asaltos del célebre bandido Juan Grande —narraba en el camino—. Por toda la llanura hubo enfrentamientos entre indios y soldados, después, entre la tropa real y los salteadores de caminos. De ahí se nutren las historias que pasan de padres a hijos, relatos de tesoros fabulosos y seres del más allá dispuestos a dar información a cambio de almas.

La Suburban comenzó a subir de sur a norte por El Llano y se detuvo cerca de El Tecuán, donde hay un templo abandonado alguna vez dedicado a la Virgen del Refugio, construido de piedra y laja, con algún detalle gótico y marcos de cantera labrada.

El guía señaló hacia arriba y por una escalera de caracol llegaron al campanario enmudecido; desde ahí contemplaron la inmensidad de El Llano y no les fue difícil imaginar cuando era el granero de la región y las caravanas llegaban con toda clase de mercaderías, conducidas por hombres ávidos de tesoros.

Lucrecia y El Güero se quedaron a fajar un rato en la escalera de caracol; Fabián trataba de convencer a Regina, y Monse ya andaba del brazo con el guía.

La Suburban entró rechinando las llantas a la carretera. Al fondo se veía el Cerro de Juan Grande, pero aún estaba lejos; los que estaban a la vista eran los silos de Los Conos, una comunidad de fantasmas donde sólo quedan las historias y los gigantes de adobe, donde alguna vez almacenaron toneladas de granos, eso en los buenos tiempos.

Lucrecia propuso entrar a uno de esos silos enormes. —Vamos —dijo—, se antoja ver qué hay dentro.

Monse jaló al guía y los demás los siguieron; adentro, voltearon a lo más alto del cono, donde había una ventana por donde arrojaban los granos hasta llenar el cuenco inmenso, a veces con maíz, otras con frijol o trigo.

Nadie atinó la capacidad del gran cono de adobe. Monse, por decir algo, calculó cincuenta toneladas, el guía dijo diez mil; El Güero le propuso a Lucrecia regresar otro día para quedarse a dormir, y Regina, por fin, dejó que Fabián se la acercara por atrás y le besara el cuello.

—Por todo El Llano se repite la imagen —dijo el guía al pasar frente al par de ancianos que platicaban en el quicio de una casa. Los viejos hablan lo mismo de siempre de distinta manera. Son los portadores de la tradición oral en espera de un oído receptivo, así hasta ver pasar la carreta que habrá de llevarlos al cementerio.

En la vieja hacienda de Palo Alto fueron al encuentro de esa leyenda arrancada de algún libro de fantasías. En el templo principal está desde hace más de dos siglos la campana de oro fundida con los collares, aretes y anillos de la gente pudiente de entonces.

—Palo Alto guarda el esplendor de otras épocas, sus construcciones de paredes gruesas han resistido el paso del tiempo y no dejan escapar los recuerdos. No podía ser de otro modo en una comunidad forjada a la vera de la Ruta de la Plata y, por lo mismo, urgida de una campana con sonido diferente para guiar a los viajeros. La original se abrió y los vecinos, fieles a la tradición, mandaron fundir otra, de oro también, para que los espectros del camino no se pierdan y no haya duda, incluso en la noche más cerrada, que Palo Alto está cerca.

Monse lo abrazó.

—Eres mi chamán y te quiero —le dijo.

La Suburban cogió otra vez rumbo al norte. En los asientos traseros, Lucrecia y El Güero, Regina y Fabián, intercambiaban

fluidos mezclados con tequila, luego llegó el clásico olor a patate quemado.

—Haberlo dicho —comentó el guía—, no me gustan los que se cruzan, se ponen muy babosos.

—Aquí es Pilotos, ¡despierten alucinados! Voy a contarles la historia de esta cruz y por qué se encuentra en la plaza principal. Aquí fue enterrado Jesús Contreras, muerto a puñaladas por su compadre un 24 de octubre de hace muchos años. Todo porque los amarranavajas anduvieron calentándolos hasta terminar en lo que acabó. Uno quedó para siempre en esta plaza, el otro murió en la cárcel.

—Dicen que el problema fue por un tesoro, porque aquí siempre está abierta la posibilidad de encontrar en cualquier rincón los cántaros repletos de centenarios. Otros dicen que fue un lío de amores, porque aquí, como en todas partes, también es posible un desliz con la comadre.

Los más crudos propusieron un pulque en Calvillito y nuevamente el guía intervino para calmar los ánimos.

—Ustedes piensan que pulque, tequila y ron son lo mismo, ¿verdad? No, muchachitos, el pulque es sagrado, es el néctar de los dioses y no es para andar de bravucón o curarse una cruda, es para relacionarse.

—No le hace, vamos —dijo Fabián con la intención de emborrachar un poco a Regina, a ver si de una vez. Y se fueron a Calvillito.

—Así es la vida por acá —dijo el viejo. La nueva geografía habla de un municipio, pero El Llano es más bien una región de leyendas y fantasmas sin límites precisos, las almas en pena no saben de esas sutilezas, ellas, lo mismo andan en Sandoval que en El Zoyatal, o llegan a Calvillito a tomar pulque y que alguien cuente la noche de terror vivida aquí por Francisco Villa al llegar a este lugar con los despojos de la División del Norte, antes de seguir su camino al norte, luego del infierno de Celaya.

El pulque les cayó de peso a los inexpertos. El Güero y Fabián se quedaron dormidos en las afueras de Calvillito. Regina, Lucrecia y Monse regresaron a Los Conos con el guía y ahí pasaron la noche.

Guerrillero

Me hubiera ido a la guerrilla cuando pude, no ahora porque caería fácilmente en manos del imperio. Hubiera estado en Nicaragua combatiendo a los contras o en El Salvador con los ejércitos populares.

Me habrían matado, tal vez, pero hubiera sentido lo que es tomar una plaza de armas. Hubiera sido guerrillero, para no ir tan lejos, con Genaro y Lucio. La verdad, siento que me faltaron y ahora me sobran, pero ya no puedo, me atraparían como pichón indefenso.

Hubiera sido guerrillero cuando hubo manera en medio del pastizal encendido. En Bolivia, Guatemala, Chile, Argentina, Chiapas, o con Ignacio en los suburbios obreros de la gran ciudad; total, para morir no importa dónde. ¿Qué hubiera pasado si triunfamos? ¿Hubiéramos sabido qué hacer? ¿Y si nos hubiera ganado la ambición luego de colgar al enemigo?

Hubiera seguido la guerrilla cuando preguntaban si había gente digna y decíamos estar dispuestos a morir de pie antes que morir de rodillas, pero ¿cómo saber si era la guerrilla o la policía? Así se las gastaban los tiranos en mis tiempos.

No seas carne de cañón, no vayas en la punta, sé cañón. Algo hubiera sido ya, pero el hubiera no existe, no es pasado ni futuro, no es siquiera gerundio, no es nada. Algo hubiera sucedido ya, ser guerrillero como una posibilidad remota, inalcanzable... armado con fusil y tus poemas y que mueran de sida los dictadores.

Debí ser guerrillero cuando joven, hubiera ido a Nicaragua o El Salvador, me hubieran matado o tal vez no, el caso es que no fui, me quedé aquí, apoltronado. Me hubiera ido cuando pasaron por la facultad preguntando quién quería ir a Nicaragua a combatir a Somoza, pero no, me faltaron y ahora que me sobran no puedo por la salud deteriorada. Resulté con el colesterol, los triglicéridos y la presión por las nubes, me recomendaron reposo, tranquilidad y no meterme en problemas, y tengo entendido que la vida de guerrillero no es placentera.

Hay que caminar, trepar, correr, matar y convencer. Hubiera ido a comprar mis pastillas para la migraña, otras para la gota y un diazepam para dormir.

Ahora me ha dado por soñar con Nicaragua, Palestina, París, Nueva York, Londres y un pueblito no identificado a la orilla de un río, cerca de las montañas donde vivieron hace siglos unos sabios que pasaban la vida observando el ir y venir de los astros.

Hubiera sido poeta o guerrillero, los mejores oficios en la vida.

LUIS AVELAR GONZÁLEZ (†)

Egresado del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes (CRENA) y de la Escuela Normal Superior “José Santos Valdés”. Fue profesor de español y literatura; participó en los talleres de Felipe San José y Manuel Orozco González. Publicó en diversos medios impresos, como *Ariel*, *Talleres*, *Última Hora*, *El Sol del Centro*, *Cantera Verde* y *Tierra Adentro*. Textos suyos fueron incluidos en *Lecturas de Aguascalientes*, libro editado por el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos. Fue merecedor de más de treinta galardones en certámenes estatales, regionales y nacionales, entre ellos el Premio Nacional “Jesús Reyes Heróles”. Es autor de varios libros, entre ellos el de haikais, *Entre la flor y la estrella*, publicado en español e italiano. También fue experto en la obra del poeta Desiderio Macías Silva.

Canto a Latinoamérica

Al insigne e inolvidable maestro Rolando Bernal Acevedo
(el portentoso himno de la libertad se encontrará únicamente
en la garganta férrea de un fusil).

No ha terminado de sollozar tu historia
miles de lágrimas congregadas en el tiempo.
Se agrupan en tu cuerpo tumores cancerosos
formados en centurias de ignominia.
Infiernos de hecatombe en episodios
conforman tu terrible biografía.

La justicia –ultrajada y olvidada–
refleja su furor acrecentado.
¡En el rostro hastiado del obrero,
en las sangrantes manos del labriego,
en los exasperados labios del analfabeto,
en la lengua del honrado preceptor,
en el entendimiento del estudiante,
en la ardiente lágrima de una madre,
en la rebelde pluma del poeta,
en la furia del terrible guerrillero!

¡Latinoamérica!

Se encuentran desterradas tus palomas
en la perdida isla de la democracia.
Tu dignidad se siente deshonrada
por tu pretérito, fabricado de vergüenzas,
manchado por la sangre desafortunada,
en las angustiosas páginas
de tu vetusto diario negro.

Tu futuro –miserable y sombrío–
con el rostro enrojecido
se suicida de impotencia.
Tu evangelio, infecto de herejías.

¡Latinoamérica!
Panamá grita angustiada
que su canal –hace ya tiempo–
tiene a su nativa lengua olvidada.
Argentina llora sus Malvinas...

¡Latinoamérica!
Chile gime en su silencio
temeroso de la sombra de los días,
mientras cruzan por sus calles recelosos
fantasmas con furia uniformada.

¡Latinoamérica!
Imita la rebeldía de las cañas,
que al unirse y hacerse agudas
destruyeron el vientre del opresor.

¡Latinoamérica!
¡Ha resucitado Sandino!
Vive en cada rostro jubiloso,
es el epitafio de mil guerrilleros,
es el calor de una casa reconstruida,
es el creador de los juegos
con que ríen los niños de su patria.

Guatemala: ¡Que no cese la algazara de tus balas!
Salvador: ¡Hay una esperanza en tus trincheras!
Bolivia: ¡Se ha perdonado tu crimen!
México: ¡Impide nuevos Tlatelolcos!

Chile: ¡No olvides a tu Allende infortunado!
Cuba: ¡Preserva tu caña y tu tabaco!
Colombia: ¡Traduce el evangelio de Camilo!

¡Latinoamérica!
¡Recobra el sueño de
Bolívar con las hambrientas manos
de Guevara!

Corrido a Juan Chávez

Atención pido sincero
a toda la concurrencia,
les cantaré este corrido
de un hombre que hizo leyenda.

Juan Chávez tuvo por nombre,
le faltaba un apellido,
y esto, aunque no me lo crean,
lo inclinó a ser un bandido.

Juan Dávalos fue su padre,
de Peñuelas hacendado...
él fue un hijo natural,
de su madre había abusado.

Así, Juan Chávez nació
fruto de cobarde afrenta...
Peñuelas, Aguascalientes,
por mil ochocientos treinta.

Entre adobes salitrosos
vieron sus ojos la luz

y creció sin tener padre,
que es en verdad una cruz.

El ser bastardo le impuso
una carga traicionera
y al sentirse repudiado
hizo vida bandolera.

Los huizaches y mezquites,
los pinabetes y encinos
vieron pasar orgulloso
al salteador de caminos.

Los campesinos sin tierra,
exconvictos y exsoldados...
desertores por docenas
las gavillas engrosaron.

Chávez y otros bandoleros
en la historia conocidos
se decían protectores
de los pobres oprimidos.

Cínica desfachatez
y apabullante osadía...
atracaban por la noche
lo mismo que en pleno día.

Se les veía en ocasiones
con el rosario en las manos,
al cinto sus dos pistolas
y cara de franciscanos.

Chávez ayudaba al pueblo
por conducto de los curas,
así, lavaba sus manos
de las múltiples diabluras.

Atracaba en los caminos...
frontera con Zacatecas,
los que iban rumbo a San Luis;
eran suyas las veredas.

Los huizaches y mezquites,
los pinabetes y encinos
vieron pasar orgulloso
al salteador de caminos.

Fue en ocasiones patriota,
a veces, conservador,
y también imperialista,
nada más liberal no.

En la vida de Juan Chávez
se dieron grandes reveses:
bandido, caza bandidos
y gobernador tres meses.

El gran Rojas de los mochos
nunca jamás fue atrapado,
pues sus cuevas abarcaban
desde el Muerto hasta los Gallos...

Llegaban hasta El Cedazo,
y en la Villa, largo y ancho,
se iban haciendo decenas
como las ramas de un árbol...

Y por tener tantas puertas
el escondite tan vasto,
decía la gente, asustada,
que era un engendro del diablo.

Reunió todo un arsenal
que dos mil armas contaba...
revólveres y fusiles
en su cueva almacenaba.

Los huizaches y mezquites,
los pinabets y encinos
vieron pasar orgulloso
al salteador de caminos.

Una ocasión la gavilla
dirigida por Juan Chávez
derrota y casi elimina
al grupo de los rurales.

Para un hombre tan bragado
es muy poco este corrido...
ya que al matarlo tuvieron
que sorprenderlo dormido.

Por el camino de Arrona
se terminan sus andanzas,
pues dos cobardes secuaces
lo atravesaron con lanzas.

Así como tantas cuevas
traspasaban la ciudad,
su pecho fue agujereado
sin atisbo de piedad.

Afirma la historia oral,
y lo que está en los anales
que lo mataron con saña
por problemas personales.

Según los abuelos cuentan,
los tesoros de “don” Juan
se encuentran en una cueva
que atraviesa la ciudad.

Al ser producto del robo
de sus ataques fortuitos,
siempre los cuida el demonio,
montones de oro malditos...

Aquí el corrido termina
de Juan y sus mil andanzas,
aquél al que le decían:
El ídolo de las beatas.

Despedida postrera

Cuando mi vida se pierda
como un canto entre las ramas
y eleve otra vez mi vuelo
hacia un lugar sin mañana,

no llores los tiempos idos,
deja abierta la ventana
que llegaré con el viento
a besar tu frente blanca.

Cuando la noche te abrume
y tengas frío en tu cama,
al descubrir el rocío
que tus ojos arrojaran...

Siente en las tibias mejillas
la fresca humedad de mi alma
que juntos hemos vaciado
sobre el rostro de la almohada.

Cuando naufrague entre rocas
ya rota mi triste barca,
heridas velas al viento,
destruidas las amarras...

¿Me otorgarás con un beso
una vasta vela blanca,
y con tus brazos de arena
me amarrarás a la playa?

El faro de tu constancia
de la noche hará mañana
y alumbrará mi camino
a las puertas de tu casa.

Llegaré con un olor
a sal y perlas tempranas...
Un canto de mil sirenas
florecerá en mi garganta.

Con caracolas y peces
despertaremos al alba.
El aire del mar traerá
un aroma a rosas blancas.

Adentrándose en tu cuerpo,
desde el pelo hasta las plantas,
serán los ávidos besos
de mi boca clausurada

sobre tus abiertos labios
quisiera que se posaran...
sentirás en ti mi vida,
que la ausencia no es lejana.

De la ilusión en un viaje,
entre las aguas calmadas
te llevaré a la isla
donde te espero con ansia.

Y será entre estrellas rojas
que la ventura depara
en eterna comunión
la fusión de nuestras almas.

Cuando estés triste y me pienses
sintiendo tu vida amarga,
oprime tu corazón...
¡una gaviota te canta!

Cuando tú de esta existencia
hayas levado las anclas...
te esperaré como siempre,
viento en popa, mar en calma.

Paráfrasis de Stechetti

Cuando al caer la tarde te encamines
inundados los ojos por el llanto,
al solitario y triste camposanto
con tus manos bordadas de jazmines.

Me encontrarás en la postrer morada
donde yerto se encuentre el cuerpo mío
cual hoja moribunda del estío
del árbol de la vida separada.

Encontrarás mi tumba fría y sola
cubierta por silvestres flores bellas...
sólo el cierzo y la luz de las estrellas
sus místicos perfumes acrisola.

Esas flores ¡oh, virgen!, han nacido
del corazón que en vida te amó tanto
y esperan que tus manos sin quebranto
le den tu hermoso pelo como nido.

Si lo haces, y mi ausencia te aflige,
entonces sentiré que soy amado:
serán besos de amor que no me has dado
y versos de ilusión que no te dije.

Romance

A Federico García Lorca

En un silencio de estrellas
bajo la luna gitana,

con versos quemantes sueña
un zíngaro de Granada.

La página en blanco invita...
¡qué jardín es la garganta,
cuántos luceros el cielo,
satinadas las naranjas!

¡Verde aroma alimonado
a mi olfato se adelanta!
¡Cómo me vibra la vida,
robo a la noche su magia!
El huerto me huele a tinta
sobre esta hoja almidonada,
la pureza de su himen
se desposa con mi flauta.

Mi sangre bulle cual hierro,
mis venas son una fragua;
luz y perfume de estrellas
a mi idea se amolda y canta.

¿Qué será de mis gitanos,
qué será...?, y ellos bailan.

Por un oscuro jerez
la alegría se derrama,
uñas y cuerdas unidas
al rasgueo de guitarras.

Palomas suenan panderos,
giran corolas de faldas...

Alegre la primavera
sobre talles enredada,
revuelca su colorido
sobre la graciosa danza.

Con guitarras y panderos
mi festivo pueblo baila,
hasta que el frío de la noche
afila su madrugada.

El hurto de ayer se fue
para pagar una dama
que huele a clavel y a rosas
y cuando se entrega es falsa...
no cambio sus líneas puras
por el trono de mi España.

Federico fue apresado
como un pez fuera del agua:
sus versos hacían más daño
que mil disparos de balas.

Versos con fusil escritos
que las injusticias atacaban.

El capote de la vida
te ha hecho la última jugada...
“¡ay!, Federico García”
qué pronto acabó tu magia,

viriles versos de luces
que tus sueños engendraban...
la noche cual toro zaino
hundió inclemente las astas.

Las banderillas de plomo
en el pecho se le encajan
y tiembla su pecho alegre
por esa muerte temprana.

Claveles bruscos y rojos
de su corazón estallan,
manchas de soles dibujan
su camisa almidonada.

Camisa blanca de luna,
luna blanca como su alma.

Charcos de sangre salpican
las hierbas y tierra parda...
donde cayó Federico
se puso roja la grama.

Ávida la tierra bebe
esa sangre derramada,
colibríes y mariposas
también se la disputaban.

La muerte viene danzando
como una sombría maja,
cubierta en túnica negra
y sonrisa sevillana...

Rebozo le cubre el rostro,
con estrellas adornada.

La muerte viene cantando
ya afilada su guadaña

y corta su filo frío
esa existencia sagrada.

Arcángel acribillado
por escribir con el alma.
¿Qué será de mis gitanos,
qué será...?, y ellos bailan.

Tu piel de aceituna y lirio
será un verano sin agua,
terciopelo macilento
lleno de estrellas y escarcha.

¿Cuántos poemas sin tinta
en su casa le esperaban?
¿Cuántos poemas de fuego
abortados por las balas?

En los verdes naranjales
que vieron jugar su infancia,
el antaño jugo dulce
entre los gajos se amarga.

Los violines de la noche
suspenden su serenata
y en los viejos limoneros
gimen las hojas más altas.

Las flores amanecieron
con un rocío que empaña.
El sol cambió su sonrisa,
la luna, estrellas lloraba.

El pueblo gitano entona
soleá triste y amarga,
la vida ha perdido un vate
con tanta nota en su flauta.

Pero... ¿qué importa morirse?
Al gitano no le espanta,
para un zíngaro la muerte
es un lucero sin mancha,
un viaje hacia lo más puro
a olvidar la vida ingrata.

El gitano entra al cielo
con un puñal en la faja,
en la lengua una canción
y en la mano su guitarra;
guitarra de “cante jondo”
y seguidilla incubada.

ROLANDO BERNAL ACEVEDO (†)

Egresado de la Normal de San Marcos, Zacatecas. Fundador de La Cofradía, pedagogo por la Universidad Pedagógica Nacional y maestro en Literatura Mexicana por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Fue profesor y director del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes y subdirector de Educación Normal en el Instituto de Educación de Aguascalientes. Editó varios libros sobre literatura, pedagogía y educación, y le fueron publicados dos libros *post mortem* sobre su obra ensayística y literaria, publicada en diarios y revistas.

Minutos

gotean
en la
soledad
de un cuarto
donde sólo
tu presencia es real.

*

El río de palabras
se detiene un momento
vacila
luego
insatisfecho
de lo que nunca termina
concluye.

*

I
Un viejo
ojos tristes sonrisa helada
de abrigo raído y sombrero de copa
levanta la vista y mira
la fuente

destellos azules verdes rojos
el caer del agua es una canción monótona.

II
Una pareja
unos chiquillos
un hombre
un grupo de homosexuales
se dicen cosas idiotas

se orinan en la fuente
se cuelga del brazo de su amante
se murmuran y se ríen.

III

La luna extiende su blanca baba
sobre la ciudad indiferente.

El viejo camina
ruido de tranvías
insectos eléctricos.

La ciudad bosteza
un camión repleto de gente.

Noticias del Imperio.

Crónica mínima de una novela total¹

El 19 de junio de 1867 fue fusilado Maximiliano de Habsburgo en el Cerro de las Campanas; de este hecho y de la novela de Fernando del Paso surgió la idea del presente trabajo.

De un tiempo a esta parte, todo el mundo espera noticias del Imperio, pero sobre todo quienes, por razones dialécticas o por la fatalidad, se han convertido en piezas fundamentales en la confusa historia de México.

Carlota Amelia Victoria Clementina, princesa de Bélgica y emperatriz de México, tras los gruesos muros de un castillo espera por más de medio siglo noticias de su Imperio y a ratos no

1 Publicado originalmente en el diario *Hidrocálido*, el domingo 21 de junio de 1992 y, posteriormente, en el libro *México: tiempos y contrastes*. El texto integra las dos grandes pasiones del profesor Rolando: el estudio de la historia y el recurso de la literatura; porque Del Paso moviliza su vasta cultura literaria y propone una aproximación a la historia desde la ficción y los recursos propios de la poesía. El 14 de noviembre de 2018 murió Fernando del Paso y ahora ambos comparten el río infinito del tiempo con Carlota (nota de Gustavo Meza).

sabe dónde termina la verdad de sus sueños y dónde comienza la mentira de su vida.

Desquiciada o extremadamente lúcida nos traslada con sus monólogos, que forman la columna vertebral de la novela de Fernando del Paso, como un huracán, por la etapa más crucial en la historia de México.

Carlota Amelia Clementina, quien desde las ventanas del castillo de Bouchout ve morir un siglo y con él al Imperio austrohúngaro, un día de junio de 1866 decide jugarse el todo por el todo y se embarca para Europa, dejando en México a Max, al pobre Max, quien, mitad por convicción y mitad por presiones, decide quedarse a defender su efímero imperio.

Parte en búsqueda de un muy remoto apoyo para el imperio que se extingue, dejando tras de sí los campamentos chinacos, desde donde se escuchan aquellas hirientes coplas compuestas por el republicano Vicente Riva Palacio:

La nave va en los mares,
botando cual pelota.
Adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

De la remota playa
te mira con tristeza
la estúpida nobleza
del mocho y del traidor.

Después de su fracaso con Napoleón III y con Eugenia de Montijo, se refugia en Miramar, donde la alcanza aquel ejemplo de lealtad perruna, Blasio, y a quien, con la mirada extraviada y ya un tanto perdida en la nada, pregunta, ¿por qué ha tardado usted tanto?

Carlota Amelia de Bélgica sobrevive 60 años a la muerte de Maximiliano y desde su encierro ve desfilar los cadáveres de

Juárez, Lerdo, Porfirio Díaz, Madero, Zapata, Pancho Villa y Napoleón III. Alrededor de su palacio desfila también la muerte sembrada por la Primera Guerra Mundial.

Un día de 1927 fallece, cerrándose así la “última página de un grotesco melodrama personal de sombría grandeza” (p. 638). “El gobierno de Bélgica se las arregla para localizar a seis ancianos octogenarios que combatieron como voluntarios en México, quienes llevaron sobre sus hombros el féretro de la emperatriz hasta la capilla Leaken” (p. 638).²

Al final de la novela, Del Paso se conmueve de Carlota y ayudado por Usigli intenta su expiación:

¡Ah!, si pudiéramos inventar para Carlota una locura inacabable y magnífica; si pudiéramos hacer de la imaginación la loca de la casa, la loca del castillo y dejando que la loca desatada, loca y con alas recorra el mundo de la historia, la verdad, la ternura, la eternidad y el sueño, el odio, la mentira, el amor, la agonía; libre sí, libre omnipotente, aunque al mismo tiempo presa mariposa, aturdida, ciega, condenada, girando siempre alrededor de una realidad inasible, que la deslumbra y que la abrasa y se le escapa, pobre imaginación, pobre Carlota, todos los minutos de todos los días (pp. 644-645).

Porque, al fin de cuentas, Carlota Amelia Victoria Clementina fue una “princesa de la nada y del vacío, soberana de la espuma y de los sueños” (p. 668). “Hoy vino el mensajero a traerme noticias del Imperio y me dijo que Carlos Lindbergh está cruzando el Atlántico en un pájaro de acero para llevarme de regreso a México” (p. 668). Donde espera recibir más noticias del Imperio.

2 Del Paso, Fernando, *Noticias del Imperio*, México, Editorial Dana.

Fernando Maximiliano José, descendiente en línea directa de los Reyes Católicos y de Carlos V de España, príncipe de Hungría y de Bohemia, archiduque de Austria y príncipe de Lorena, con la mirada perdida en el Adriático, también espera noticias del Imperio.

Espera el referéndum de los mexicanos mediante el cual pedían a gritos el establecimiento del Imperio. Por lo que, ni tardos ni perezosos, los “apátridas”, Estrada, Hidalgo, Almonte y otros, se abalanzan “no en pos del voto nacional, sino de su apariencia”.

Espera también el avance de las negociaciones con Napoleón III, quien habría de sostener militar y económicamente al Imperio. Pero sobre todo espera el término del humillante tratado, mediante el cual, al convertirse en emperador de México, tendría que renunciar a todos los derechos de sucesión y títulos nobiliarios en la añeja Europa.

“Amaba tanto sus libros. ¿Debo dejar todo esto a cambio de sombras y mera ambición?” (p. 195). “Pero los pros eran muchos”. Sin embargo, aún se defendía: “el trabajo, la ciencia, y las artes, son más dulces que los destellos de una corona” (p. 200). Todavía recibe en Miramar a don Jesús Terán, enviado por Juárez, quien le manifiesta la inutilidad del Imperio, pues todo es una farsa, las actas de adhesión y la Asamblea de Notables.

Era ya demasiado para Max, demasiadas tensiones y zozobra, “con o sin las garantías suficientes, con o sin el apoyo de Inglaterra, con o sin el voto de la nación, Maximiliano y Carlota habían decidido desde la nochebuena de 1863 aceptar el trono de México” (p. 205).

Fernando Maximiliano José, príncipe de Hungría y de Bohemia, emperador de México por obra de las bayonetas de Napoleón III, quien intenta poner un dique monárquico al destino manifiesto de los *yankees* y a la “siniestra influencia protestante anglosajona”. Con la mirada clavada en un mapa de México, pregunta a su profesor sobre Sonora, Durango,

Parral, Real del Monte y Cuernavaca, donde, entre cantos de aves y el aroma y lujuria de cientos de flores, aguarda Concepción Sedano.

Se decide a dejar su Miramar, aquel castillo construido a raíz de los desprecios recibidos por los militares austriacos por su benevolencia y tendencia liberal con los italianos del norte. Le duele dejarlo, pero al fin se decide. Y como dice Fuentes Mares: “a todos nos han quitado alguna vez un Miramar”.

A su llegada a México, se encuentra que “todo es mentira, Maximiliano –delira Carlota–, fue la mentira, fueron las mentiras las que nos perdieron” (p. 349). Todos le mintieron a Max; los apátridas que le ofrecieron el trono, sin contar para nada con el consenso de los mexicanos; Napoleón el Pequeño, que prometió “pacificar” el país, lo que nunca logró, y no retiró sus tropas hasta 1867; el alto clero, que tras su adhesión al Imperio, escondía la ambición de recuperar sus bienes perdidos con las Leyes de Reforma; los *yankees*, que ofrecieron neutralidad en un principio, y hasta Carlota, que con una mezcla de ambición y soberbia vislumbra un futuro mejor en la lejana América que en la vieja Europa.

Maximiliano decide confirmar, para desengaño y enojo de conservadores y el clero, todo lo establecido en las Leyes de Reforma, con lo que reconoce de manera legal el Estado conformado por Juárez y los liberales, convirtiéndose con ello automáticamente en usurpador. Por lo que un día (escribe Fuentes Mares), “traicionado por Napoleón, abandonado por su familia, enemistado con el papa, engañado por los conservadores, decide encerrarse en Querétaro”. Lo acompañan sus lugartenientes, quienes en sus nombres portan la fatídica “M” que habría de perseguirlo toda su vida: Miramón, Márquez, Mejía, Méndez, Miguel (López el “traidor”) Miramar, México y, a fin de cuentas, la Muerte.

Encerrado en Querétaro, sin esperanzas de recibir ayuda, no se decide a jugarse la última carta como aconsejaban sus

generales: batir al enemigo por separado, no permitirle que consume el cerco. Después de 60 días de resistencia, por fin cae el Convento de la Cruz, cuartel de Maximiliano, a manos de las fuerzas republicanas que fueron guiadas por su compadre Miguel López, quien por traición o consigna del emperador lo entrega. La tragicomedia termina en el Cerro de las Campanas, donde caen “tres hombres que salvan su honor con la belleza de la muerte”. Era un 19 de junio de 1867.

También Benito Juárez García, desde su carruaje negro convertido en Palacio Nacional, con la mirada clavada en el desierto, espera impasibles noticias del Imperio. A orillas del río Nazas, después de “dar el grito” un 15 de septiembre, recuerda con nostalgia su niñez y su juventud de huérfano en Oaxaca, la ausencia de Margarita y la muerte de sus hijos.

Mientras, en Dolores, “el austriaco” daba también “el grito”, vestido con la indumentaria de charro. Juárez medita en voz alta: “A veces me veo yo mismo en una llanura polvorienta, siempre en mi calesa negra seguida por los once carrromatos jalados por bueyes donde viajaba el Archivo de la Nación que ahora se quedó en una cueva” (p. 319). “Y aquí estoy yo en Paso del Norte, sin Cuerpo Diplomático, sin Congreso, sin Ejército y mi Silla Presidencial es ésta, una silla de capulín, con asiento de bejuco” (p. 321). Aunque, “Mientras los franceses ganaban cien batallas inútiles, la República subsiste en Paso del Norte” (F. Mares).

Repasa meticulosamente el informe que sobre Maximiliano le rinde su secretario. Con su sobriedad característica da un rápido, profundo y erudito recorrido por la historia europea y sin dejar su buen humor aprovecha para dar, a través de su “sabrosa plática”, una repasadita a las intrigas y chismes de moda en las cortes europeas: los posibles amoríos de la archiduquesa Sofía y el duque de Reichstadt, hijo de Napoleón I y María Luisa de Austria, que, de resultar cierto, Maximiliano vendría a ser nieto del gran corso.

De las infidelidades de los monarcas europeos, como una posibilidad, según su señor secretario, de darle una lavadita a tanta sangre envenenada por tanto incesto y matrimonio político; pero sobre todo, la plática se centra en la obsesión de Juárez acerca del aspecto físico de Maximiliano: alto, barbado y rubio. “Nos salió bonito el archiduque” (p.162), en un país de analfabetas que desde siglos esperan el regreso de Quetzalcóatl.

Benito Pablo Juárez García, descendiente de los indios zapotecas de la sierra de Ixtlán, quien un día tuvo que negar el perdón a Maximiliano, a quienes lo solicitan antes de realizarse el juicio y a quienes se encargó de señalarles lo inexorable de las leyes; quien tuvo que denegar el indulto a la princesa extranjera que fue hasta San Luis a suplicarlo y a quien señala que “aunque todos los reyes y todas las reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida, porque no soy yo quien se la quita, es el pueblo y la Ley que piden su muerte” (p. 572). Un día lo sorprende la muerte en Palacio Nacional, “falleció de angina de pecho y con el pecho en carne viva a las once y media de la mañana del día 18 de julio de 1872” (p. 627).

Y nosotros, que desde hace tiempo esperamos noticias del Imperio. Quienes amamos el estudio de la historia y el recurso de la literatura como posibilidad de creación y recreación. Porque, a fin de cuentas, como señala Milan Kundera, “la novela es el territorio en que nadie es poseedor de la verdad, pero en el que todos tienen derecho a ser comprendidos”;³ o como dice Del Paso que manifiesta Borges: “que le interesa más que lo históricamente exacto, lo poéticamente verdadero; pero más aún, tratar de conciliar todo lo verdadero que puede tener la historia con todo lo exacto que pueda tener la invención” (p. 641).

Curiosa mezcla ha resultado cuando la literatura se nutre de la historia y la historia tiende a volverse literatura. “En lugar de hacer a un lado a la historia, colocarla al lado de la

3 Kundera, Milan, *El arte de la novela*, México, Editorial Vuelta, 1988, p. 147.

invención, de la alegoría, e incluso al lado de la fantasía desbordada”, (p. 641) continúa disertando Del Paso.

Por todo ello, ya hace tiempo que esperábamos noticias del Imperio, pero sobre todo desde mayo de 1987, cuando leímos en *Proceso* la entrevista hecha a Del Paso en París: “ningún libro me había costado tanto trabajo como éste [...] fueron años de ardua investigación histórica y de un profundo enamoramiento por Carlota”, confiesa después.

A diferencia de lo que Del Paso dice de la aventura de Maximiliano y Carlota, que nació muerta, nosotros afirmamos que su novela nació viva y por ello nos sentamos a releer y a tratar de encontrar más noticias del Imperio.

RÓMULO BERNAL ACEVEDO

 Ingeniero industrial por el Instituto Tecnológico de Aguascalientes y profesor en educación superior. Participante en la Fundación Eurocsys, que busca mejorar la educación a nivel internacional. Es coeditor de las obras de Rolando Bernal Acevedo, apasionado de la música, lector asiduo de libros de literatura y sensible a los idiomas y la filosofía. Como escritor silencioso, vive intensamente su obra.

Poema para dos

Amar es dar lo que no se tiene a quien no es.

Jacques Lacan

Los días vuelven sobre sí mismos,
el afán no basta para llenarlos.
Al amor lo crea el tiempo,
tiempo que es su propio fin,
una secreta simetría.
Todo se disipa.

Allí somos aunque no queremos
razón que ya no se encuentra.
Se apaga un espejo que brilla.
Todos los días se descubre
la secreta realidad de las cosas.
Los gritos de lo imposible
al universo infinito.

La otra cara de la luna

La realidad imita al arte.

Oscar Wilde

Llegamos la mañana de un viernes cumpliendo con un plan que, con dedicación, con gusto y sin falsas posturas, diseñó la tutora del grupo: la visita al Centro Neuropsiquiátrico de esta ciudad.

Hasta allá llegamos caminando, con nuestros temores y nuestros prejuicios siguiéndonos, así como nuestra sombra. A veces, a pesar nuestro. Iniciamos en un lugar donde se exponen cuadros. Autores, los internos del propio hospital.

“Líneas herméticas”, “Una taza de café”; todas estas imágenes forjadas desde la soledad. Quiero pensar que son ventanas por donde se filtra el tiempo y cobra peso, tamaño y crudeza; cuadros de paisajes nunca vistos. Retratos interiores que acompañan nuestros pasos. Estamos conmovidos. Los gritos nos salen por los ojos.

*¿Qué es el infierno? El infierno es uno mismo.
El infierno es uno solo; sus otras figuras
son meras proyecciones. No hay nada de qué escapar y nada a
dónde escapar.
Uno está siempre solo.¹*

Estamos en la parte más impactante del Centro. Las imágenes parecen cuadros de Goya; la soledad puede palpase. Ha tomado cuerpo justo frente a nosotros.

Aparece Mario, sus dotes saltan a la vista:

*Do you speak English, young lady?
You are the clear side of the moon, without an effort is the only
thing which I can see.
Your eyes
aren't only the light that falls
over the world
the dewdrop doesn't slip into the shining sea,²*

¡tengo un poema!,
¿puedo leértelo?

1 T. S. Eliot.

2 Eres la claridad de la luna, que sin esfuerzo es lo único que puedo ver./ Tus ojos/ no son sólo la luz que cae sobre el mundo/ la gota de rocío no se pierde en el mar resplandeciente.

Saca de entre su ropa una hoja que ni siquiera es de cuaderno y ahí está su poema escrito con tinta verde. Comienza su lectura emocionada y urgente:

*nos sentimos muy seguros en casa,
dentro del mundo interpretado. Nos queda quizás
algún árbol en la loma, al cual mirar todos los días;
nos queda la calle de ayer y la demorada lealtad
de una costumbre, a la que le gustamos, permaneció y no se fue.*³

*El acto más sublime consiste en poner a otro delante de ti.*⁴

Continúa leyendo hasta el final con un orgullo que manifiesta sin reservas. Sus palabras nos tocan directa y asombrosamente.

Nos sigue, vamos hasta una sala. Mientras escucha atento las explicaciones, se acerca y me dice con voz apenas audible: “tengo unas pinturas. ¡Pinté el infierno!”.

*sin rumbo voy por la vida,
disolviéndome la fe
el viento.*

Cada vez que miramos hacia la luna, vemos la misma cara con sus mismos rasgos. Ahora lo sé, hay un lado que nunca vemos y que llamamos el lado oscuro de la luna.

*El pájaro se ha confundido con el viento,
el cielo con su verdad,
el hombre con su realidad.*⁵

3 Rainer Maria Rilke.

4 William Blake.

5 Paul Éluard.

*...miro hacia arriba sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.*⁶

El arte tiene algo de ventana y algo de espejo; una ventana al resto del universo y un espejo de los sucesos terrenales que tienen lugar bajo los cielos.

Arte que es el resultado de lo que sólo puede nombrarse dolor, dolor brusco reflejado en las marcas de la pintura. Los colores son intensos y los trazos no medidos, pero la velocidad de la aplicación revela que lo que está siendo pintado, incluso en las figuras de los cuadros más simples, parece creado en el último momento de la existencia.

*Nada es más violento que la ternura, dijiste una vez.*⁷

Pintor que nunca deja de buscar el cielo. Hoy nos anima a quienes formamos el círculo de visitantes. Un círculo que no para de asombrarse por los que luchan por encontrar una salida a la oscuridad presente y que, pese a todo, la encontrarán.

El aplauso es espontáneo.

Ya nos vamos y en retribución a lo que nos has dado, Mario, te dejo estas palabras:

*Deja que en tu sueño sucedan
imágenes del cielo en nombre de un alfabeto
que nadie más entienda.
Despierta en medio de la noche que acaba.
Mírame para quitarme la ceguera.*⁸

6 Octavio Paz.

7 Carta a Nicolas de Staël. John Berger. Artículo publicado y traducido del inglés, en *Le Monde Diplomatique*, junio de 2003.

8 Eduardo Casar, *Ontología personal*, p. 20.

Ya de vuelta, reflexiono que la locura es peor que la muerte: la muerte, para los no religiosos, es el fin de la vida como la conocemos. Queda nuestra memoria en los otros, una forma de la inmortalidad. Para los religiosos existe la salvación, la vida eterna.

La locura es la disolución de lo humano.

SALVADOR CAMACHO SANDOVAL

*E*s doctor en Historia de América Latina por la Universidad de Illinois en Chicago y profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Algunos de sus libros son *Controversia educativa entre la ideología y la fe; Bugambilias. 100 años de arte y cultura en Aguascalientes; La luz y el caracol. Estudio, lucha y placer en la universidad*, y *¡Libros sí (también rock), bayonetas no! Rebeldía política, contracultura y guerrilla, 1965-1975*. Escribe crónicas y toca la guitarra.

Mis raíces, una mirada con y sin nostalgia

*La vida no es lo que uno vivió, sino lo que recuerda,
y cómo la recuerda para contarla.*

Gabriel García Márquez, 2002

Mi padre nació en un rancho de bello nombre: “Puerta de Luna”, cerca de Teocaltiche, Jalisco. Siendo niño, siguió a su padre y a su familia de un lugar a otro en búsqueda de trabajo, como mediero o peón de hacienda. En esa constante mudanza familiar, a los hijos de don Camacho les era difícil estudiar la primaria elemental. Mi padre creció siendo un joven inteligente e inquieto, con capacidad de liderazgo, pero sin las credenciales y capacidades que podía ofrecer el mundo escolar. Prácticamente fue autodidacta y aprendió de la vida misma: experiencias dolorosas de su juventud lo hicieron madurar muy rápido y supo valorar el rostro alegre de la convivencia y el trabajo. Fue ya con mi madre cuando se vio interesado en acercarse al mundo letrado, revalorando así la educación escolar. Y no podía ser de otra manera, ella era una muy buena maestra de primaria.

Apenas saliendo de la adolescencia, mi madre, huérfana de padre desde que era una recién nacida, tuvo que trabajar, y pasó de ser catequista en el barrio de Guadalupe a profesora clandestina, cuando se crearon escuelas improvisadas del obispado como alternativa a la educación socialista que impulsaba el gobierno federal en la segunda mitad de los años treinta del siglo xx. Una vez terminadas las tensiones y dificultades de aquella época, la maestra Lupita continuó enseñando en una escuela particular hasta que contrajo matrimonio. Había ingresado a la Escuela Normal del Estado, pero abandonó sus estudios ante la necesidad de trabajar.

Desde niño vi en mis padres un gran aprecio por la educación; ellos creían, y lo demostraban cada día, que era precisamente con educación como podíamos ser mejores como

personas y “salir adelante en la vida”. A pesar de que mi padre falleció cuando sus cinco hijos éramos pequeños, todos tuvimos estudios universitarios. Volteo hacia atrás y veo que el mundo de la escuela estaba dentro de casa. Ya en la adolescencia, las artes y el deporte se sumaron a los libros. La casa hervía de amigos, fiesta y cultura: aparecía la danza flamenca, la poesía y la declamación; los rasgueos de una guitarra a todas horas; las salidas a natación, al básquetbol, al atletismo y a las artes marciales. Los amigos míos y de mis hermanos entraban a nuestra casa como si fuera la suya y mi madre siempre los recibía con generosidad.

Una vez me preguntaron por qué había elegido dedicarme a la educación. Entonces respondí, con una digresión psicoanalítica, que quizás había sido porque mi mamá era profesora y que en esto coincidía con mi padre, que, aunque no tuvo primaria o, tal vez por ello, valoraba mucho la formación escolar. Para mí, curiosamente, siendo crítico del sistema dogmático y castrotrante de muchas escuelas, el trabajo responsable que mi padre asumió siempre en una fábrica textil, su alegría y los valores de un hombre cabal, me permitieron diferenciar tajantemente la educación de la escolarización.

Mis hermanos y yo hemos llegado a comprender que, ciertamente, mi madre le enseñó a mi padre ciertos quehaceres del mundo escolar y, quizás, algunas “buenas formas” en el trato diario con las personas, pero también estamos convencidos de que, a su vez, mi padre le enseñó a ella, además de cocinar –como la sopa de arroz para que no se le apelmazara–, a disfrutar la música –la de Agustín Lara, por ejemplo–, así como la naturaleza en frecuentes salidas dominicales para encontrarse con el amanecer; la convivencia alegre y amorosa con sus hijos que, entonces, inquirían el mundo. En suma, le enseñaba, en su trato afectuoso y cotidiano, a disfrutar la vida y a perseguir sueños, porque, como a ella le gustaba cantar: “la vida es triste si no la vivimos con una ilusión”.

Nicaragua: arte y rebelión

*Ay cuándo, Patria,
te casarás conmigo
con ojos verdes de mar y vestido de nieve
y tendremos millones de hijos nuevos
que entregarán la tierra a los hambrientos.*

Pablo Neruda,
Las uvas y el viento, 1954

Es 1982. Yolanda y yo, junto con un pequeño grupo de amigos, nos sentamos en el pasto recién cortado del jardín de lo que fue la casa de la esposa del dictador Anastasio Somoza y ahora una Casa de Cultura en Managua, Nicaragua, para escuchar a tres grandes literatos, dos de ellos importantes en la literatura universal: Gabriel García Márquez y Julio Cortázar. Un par de años atrás, el Ejército Sandinista de Liberación Nacional (ESLN) derrotó militar, política y diplomáticamente al gobierno somocista y el país se había llenado de fiesta, pero también de mucho trabajo. Y en estas dos actividades, los jóvenes, en especial los universitarios, se habían convertido en protagonistas.

Después de la lectura de cuentos, tuvimos la oportunidad de conversar un rato con el ministro de Cultura del nuevo gobierno, el sacerdote y poeta rebelde Ernesto Cardenal. Por él supimos un poco más de los planes educativos y culturales de la revolución nicaragüense. Con la literatura quería influir en la creación del hombre nuevo, creyendo en el poder de la palabra y de la imaginación. Yo lo escuchaba atento, mientras recordaba un poema de amor cursi que había leído de él tiempo atrás: “Al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido: yo, porque tú eras lo que yo más amaba y tú, porque yo era el que te amaba más. Pero de nosotros dos tú pierdes más que yo: porque yo podré amar a otras como te amaba a ti, pero a ti no te amarán como te amaba yo”.

Estábamos a punto de salir de la licenciatura en Ciencias y Técnicas de la Educación y, durante los últimos semestres, Yolanda y yo nos habíamos dedicado, además de leer poesía y de interpretar canciones de protesta, a estudiar ciertas corrientes sobre la educación popular, a fundar un comité de solidaridad con El Salvador en el estado, a vincularnos con un partido de izquierda y a participar en un proyecto social coordinado por dos exsacerdotes críticos y ahora maestros universitarios que nos compartieron lecturas del pedagogo Paulo Freire y de la teología de la liberación. Participamos luego en los primeros trabajos del Instituto Nacional de Educación para Adultos (INEA) y, como universitarios, sentíamos una gran atracción por un trabajo social, político y pedagógico alternativo.

Fue así que llegamos a Managua en 1982. A mí me sorprendieron sus templos y edificios destruidos por el terremoto de 1972, que el gobierno no había reconstruido porque el dinero recolectado dentro y fuera del país había ido a parar a las arcas de la familia y los amigos de Somoza. En Managua también me llamó la atención una gran imagen del guerrillero César Augusto Sandino, en la fachada de Palacio Nacional, un líder de la resistencia nicaragüense que se había levantado en armas en contra del ejército de ocupación norteamericana en la primera mitad del siglo xx. Su lucha y su forma de pensar fueron la base para fundar, años más tarde, el FSLN. Sandino y el poeta Rubén Darío, para el nuevo gobierno sandinista, pasaron a representar la nacionalidad nicaragüense. Uno era símbolo de la lucha por la soberanía y la justicia, el otro de las libertades y la cultura; ambos eran pilares del nuevo imaginario revolucionario y verdaderos héroes para la legitimación gubernamental.

La guerra había sido cruenta, terrorífica, ¿se perdía más de lo que se ganaba? Conocí a unos niños que vendían cacahuates (maní, como allá les nombran): Francisco de 10 años y Joaquín de 11, ellos me comentaron que tuvieron que refugiarse para evitar los bombardeos y todo tipo de ataques bélicos.

Uno de ellos, a su corta edad, ayudaba a los sandinistas, era uno de los tantos “compitas” que, de una u otra manera, ayudaron a la guerrilla. Luego su mamá los tuvo que llevar a la montaña con los mismos del “Frente”, porque allá estaban más seguros que en la ciudad. Los niños identificaban al principal enemigo: “Tacho”, Anastasio Somoza Debayle, quien tuvo que abandonar su búnker ante la ofensiva final del Ejército Popular Sandinista. Así, el dictador dejó de ser, por fin, lo que decían dentro y fuera del país: “el dueño de los volcanes, de las llanuras, de los lagos, de los litorales, de la selva, de los pájaros, de los tiburones de agua dulce, de la niebla, de las reses y las piedras y los negocios y los soldados y la lluvia y de todo cuanto hay en el cielo y en la tierra de ese país”; para dejar de ser uno de los hombres más ricos del mundo, para dejar de ser amo y señor de Nicaragua.

El nuevo gobierno tuvo que hacer cambios y una de las primeras medidas fue alfabetizar y, con ello, crear identidad y lealtad a la revolución y al nuevo grupo en el poder. La participación de los jóvenes en la cruzada de alfabetización había sido muy importante y un motivo para nosotros para viajar a Nicaragua. Los universitarios nicaragienses habían sido parte de la guerrilla y muchos de ellos dieron su vida por la revolución. Al momento del triunfo, fueron muy activos en la reconstrucción del país, siendo una prioridad del nuevo gobierno ampliar y mejorar la educación para todos. Recuerdo algunas conversaciones que tuve con algunos jóvenes universitarios en la tradicional fiesta de “los pelones” que se realizaba cada año en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN-Managua), con el objetivo de dar la bienvenida a los alumnos al año académico. Entre música y baile, también hubo conversaciones sobre el compromiso social de las universidades y los universitarios para construir un proyecto alternativo de sociedad. La crítica de estos universitarios de izquierdas no sólo era contra la dictadura, sino también contra las estructuras so-

ciales y económicas que provocaban inequidad e injusticia social entre la población.

Con el paso de los años, el gobierno sandinista fue incapaz de dar respuesta a todos los retos sociales y económicos. El grupo en el poder se anquilosó y perdió rumbo, por lo que varios de sus líderes renunciaron, entre ellos Ernesto Cardenal y el vicepresidente del nuevo gobierno, el literato Sergio Ramírez. Ambos líderes tenían una reflexión ética profunda en torno a la política y un cuestionamiento severo sobre la actuación de los líderes demagogos y corruptos. No obstante estas traiciones, errores y desencantos, la esperanza de un gobierno democrático y una sociedad con justicia se mantenían. Sergio Ramírez (2007), décadas después, escribió que la lucha había valido la pena y que los sueños éticos volverían “tarde o temprano a encarnar en otra generación que habrá aprendido de los errores, las debilidades y las falsificaciones del pasado”.

Después de más de 30 años de aquella experiencia, no creo que haya valido la pena la muerte de tanto joven nicaragüense, pero la historia de las revoluciones no la construyen pequeñas voluntades individuales. En un movimiento social armado emergen utopías y esperanzas que nadie detiene, aunque luego se desvanecen frente a obstáculos irremediables. Valoro, ahora, intensamente la vida y me duele tanto la muerte de jóvenes valientes e idealistas. La revolución, que años atrás reivindicé, sigue siendo necesaria, pero debe ser pacífica, por lo que no debe caer una sola gota de sangre en la tierra. También creo que la educación debe recuperar añejos ideales que vinculen la formación de las nuevas generaciones con la construcción de una sociedad nueva, mucho mejor de la que tenemos hoy, para que, además, en palabras de Augusto César Sandino, “el sol de la libertad brille en nuestra frente”.

La papa y la vida en la luz de Van Gogh. **Un viaje con *Los campesinos comiendo papas***

“¿Cómo puede haber cansancio cuando existe la pasión?”, reza una de esas frases que pretenden alentarte a continuar el camino y no desistir hasta llegar a un destino. En nuestro caso, no había metáfora o pretensión filosófica alguna, teníamos un cansancio físico y mental en un largo viaje por carretera que inició en Barcelona y pretendía llegar a Ámsterdam. El autocaravana fue cómodo en un principio, pero luego se convirtió en una prisión de la que ya nos urgía salir. Descansamos en pueblos de Francia y contemplamos paisajes naturales para mí desconocidos y castillos que recordaban un pasado medieval, donde la opulencia y la necesidad de protección permitían una arquitectura de fantasía. Cruzamos Bélgica y Luxemburgo, pero el viaje cada vez se hacía más pesado. Recordé una frase de Confucio que ahora me parece de autoayuda, pero no estaba de más: “no importa la lentitud con la que avances, siempre y cuando no te detengas”.

Por fin, Ámsterdam, una ciudad histórica fundada por pescadores en el siglo XIII que nos recibió con sus numerosos canales emblemáticos y los miles de ciclistas manejando acelerados, pero seguros, entre automóviles, autobuses y tranvías. El bullicio parecía dar la bienvenida a un verano de música, tulipanes y jóvenes alegres que despedían la temporada del frío con colores llamativos. Sabía que esa ciudad, y prácticamente todo lo que ahora es Holanda, se había convertido en la “capital mundial de la tolerancia”, porque a ella llegaron judíos, católicos y luego protestantes que huían de sus países de origen, perseguidos por sus creencias religiosas. Como ciudad de comerciantes, Ámsterdam recibió en el pasado mercadores que llegaban por mar y por tierra con mercancías y nuevas ideas que florecieron en los mundos de la academia y las artes. En un ambiente abierto a lo diferente y plural, ya en los años sesenta

del siglo xx, junto con Londres y San Francisco, Ámsterdam se convirtió en un espacio de respeto a los homosexuales y de reivindicación de los derechos de las mujeres. Esto lo percibimos durante los pocos días que allí estuvimos. “Una ciudad sin prejuicios” parece ser un rasgo distintivo de su identidad y esto tiene que ver con una cultura de la gente que asume las libertades en su máximo esplendor, con la consigna de respetar y no perjudicar a los demás.

Había que dormir menos y conocer más, siguiendo la consigna de que “caminando se conocen las ciudades”, aunque aquí habría que agregar: “pedaleando también”. Luego paramos en una *coffee shop*, donde legal y discretamente los adultos pueden pedir marihuana, aunque, curiosamente, prohíben fumar tabaco e ingerir alcohol. A cualquier hora, pero de preferencia por la noche, era obligado asistir al mítico Barrio Rojo, donde se abrían grandes los ojos al ver a las prostitutas semidesnudas detrás de un escaparate. Ahora, como trabajadoras sexuales independientes y los recursos que ofrece la modernidad, siguen evocando un pasado de marineros inquietos que llegaban a tierra buscando descanso y diversión, para luego volver al trabajo agotador y a la vida imponente y maravillosa del mar. De estas experiencias reales y difíciles, la literatura se ha nutrido para crear grandes historias imaginadas y atractivas.

Otro día en esta ciudad, también llamada la “Venecia del norte”, entre asombros por las casas flotantes, “anfibia”, en los canales, y las historias de Holanda como un país que ha aprovechado, pero también sufrido la presencia del agua en su vida, buscamos la casa de Ana Frank, la famosa niña judía que fue perseguida por el nazismo y que en su diario mostró al mundo las atrocidades ocurridas en un momento de la historia de la humanidad que no queremos que se repita, aunque sabemos que acciones extremas de violencia siguen existiendo hoy en muchos rincones del planeta, lastimando en lo profundo nuestro corazón con la impotencia de quien se sabe insignificante

ante los poderosos. El diario que Ana escribió (o su padre, dicen algunos) se ha publicado en muchos idiomas y ahora nos recuerda las atrocidades que padecen los niños de Siria y de otros lugares donde los adultos sólo saben pelear.

De Holanda se reconocen varios filósofos, como el humanista Erasmo de Rotterdam, quien ya en el siglo xv cuestionaba los dogmas, las ceremonias religiosas y abogaba por un nuevo cristianismo. En su famoso libro *Elogio de la locura* (entendida como estulticia o tontería) critica el fanatismo y las prácticas corruptas de la Iglesia católica. En ese país también son famosos sus pintores, por ejemplo, Jheronimus Bosch (mejor conocido en español como El Bosco), quien fue famoso aún en su época (siglo xv) y reconocido como un excelente pintor que creaba figuras fantásticas y llamativas. Uno de sus famosos cuadros se expone en el Museo del Prado en Madrid: *El jardín de las delicias*, un tríptico misterioso y polémico, que hace varios años contemplé y que seguramente algún académico habrá analizado y hecho su tesis de posgrado. Más tarde del llamado siglo de oro holandés, siglo xvii, está Rembrandt, conocido como el “maestro de la luz y la sombra”, o Johannes Vermeer, quien, al igual que Van Gogh, dos siglos después, no fue reconocido sino hasta ahora, en especial por su obra maestra, *La joven con pendiente de perla*, una de las más costosas del mundo.

En una ciudad con más de 50 museos, elegimos acercarnos al Van Gogh, donde encontramos sus famosos autorretratos, girasoles y *La habitación de Arlés*. De este pintor sabía que su obra no tenía el valor que ahora le dan; por el contrario, sus pinturas no siempre eran bien recibidas y se vendían a un precio más bien bajo, por lo que le era difícil vivir como pintor. Así se lo decía a su hermano Theo, con quien mantuvo una relación muy fraternal, tal como se puede ver en las aproximadamente 900 cartas que le escribió durante 18 años, entre 1872 y 1890. De ellas se pudo conocer sobre lo que pensaba, le gustaba y también sobre aquello en lo que no estaba de acuerdo y le

frustraba. Desde París le escribió un día: “me siento triste de pensar que aún en caso de éxito, la pintura no compensará los gastos [...] me siento viejo y fracasado [...] para triunfar se necesita ambición y la ambición me parece absurda”. Por la influencia de su padre, que era un pastor calvinista, Vincent quiso ser predicador; leía la Biblia, pero también se interesaba por las ideas socialistas de la época y pintaba a obreros, campesinos y demás gente del pueblo.

Precisamente, en el museo dedicado a su obra y su vida, me detuve en un cuadro que lleva como título *Los campesinos comiendo papas*, una de sus obras maestras, aunque algo desconocida, entre las aproximadamente 900 pinturas que creó. Se trata de una obra realista que refleja la pobreza y la desesperanza de la gente que no tiene con qué alimentarse, más que con las papas que ellos cultivan, acompañadas con una taza de té. El mismo pintor, que vivió entre 1853 y 1890, escribió: “He querido poner conscientemente de relieve la idea de que esa gente que, a la luz de la lámpara, come papas sirviéndose del plato con los dedos, trabajó asimismo la tierra en la cual las papas han crecido”. Luego, concluye: “Así pues, no deseo en lo más mínimo que nadie lo encuentre ni siquiera bonito ni bueno”.

Para él, lo importante era evocar el trabajo manual y sugerir que esos campesinos merecían comer lo que honestamente y con esfuerzo se habían ganado. Quería mostrar también la miseria de aquella época, tan semejante a la que él vivía, cuando trabajaba en condiciones arduas y cuando su propio trabajo de pintor no era valorado, sino que fue hasta mucho tiempo después de haberse quitado la vida. Su obra no es “bonita ni buena”, el color sepia predomina y no hay brillo ni juego de abundantes colores, pues su propósito no era ni es otro que expresar con trazos un tanto grotescos y caricaturizados una cruda y triste realidad.

Yo seguí detenido mientras que los demás visitantes pasaban de lado. Busqué los detalles y encontré un contraste de

oscuridad y luz, donde el foco está precisamente en la luminosidad de una comida en comunión y en un tiempo detenido en el que se comparte fraternalmente lo poco que se tiene. El plato está en el centro y una mujer sirve té para todos, otro le ofrece una papa y los demás se sirven la comida con un dejo discreto y humilde de satisfacción que ofrece tan esperado momento. Son dos hombres y tres mujeres que fijan su atención en lo que hacen, sin la carga del trabajo y sus historias ni el peso de un futuro deseado que nunca llega; sólo el tiempo detenido, el reposo en un alimento compartido.

Recuerdo haber imaginado la vida de esos campesinos y valorar los lazos solidarios de la familia, que ofrecen apoyo y calor humano, porque sentir la presencia del otro nos fortalece o, por lo menos, como lo es en este cuadro, permite aminorar el dolor individual. En este caso, la obra deja ver el cansancio y, tal vez, la desilusión de las cinco personas, pero también se puede interpretar que la tristeza de todos y cada uno de los comensales no se acumula, sino que, por el contrario, disminuye. Frente a las adversidades sociales y las inclemencias de la naturaleza, estos hombres y mujeres no se dieron por vencidos, lucharon por el bienestar en sus hogares, pues propiciaron con tan endeble alimentación y la luz tenue del quinqué un momento de reposo e introspección.

También recordé un viaje a Perú en el que supe un poco más sobre la papa, que tiene un origen americano y fue llevada en el siglo xiv por los colonizadores europeos a sus países de origen, luego a África para extenderse por todo el mundo. Específicamente, su origen está en los Andes, en donde se ha encontrado la mayoría de las variedades, de las más de 4 mil que existen hoy en todo el mundo, de diferentes tamaños, formas y colores. Los incas consideran la papa alimento sagrado, ya que con su ingestión aumentaba la fertilidad y estaba protegida por los Apus, que eran los dioses de las montañas, poderosos, invencibles.

Los primeros españoles que desembarcaron en aquellos lugares de la cordillera andina en 1532, dirigidos por Francisco Pizarro, notaron que sus habitantes comían esos extraños y redondos objetos, cultivados a más de 4 mil metros de altura. Los conquistadores llevaron el tubérculo pronto a sus tierras, pero en Europa tardó tiempo para que el consumo de papa fuera aceptado. En 1596 el naturalista suizo Gaspard Bauhin la nombró *Solanum tuberosum esculentum*.

Semanas después de esta experiencia, saber de la importancia de este tesoro americano me puso a investigar. Puede ser invención o realidad, pero se comenta que, al ser llevada por los españoles a Europa, en países del norte, envueltos en un conflicto religioso, la papa fue rechazada por grupos de protestantes que creían que su consumo era dañino, de manera que la consigna curiosamente era “¡No a la papa! ¡No al papismo!”. Es verdad que los españoles fueron portadores de este producto, pero también es cierto que las papas llegaron a Inglaterra gracias a la iniciativa del famoso corsario y político *sir* Walter Raleigh, quien había hecho sus travesías atlánticas entre 1579-1580 y se interesó también por introducir el tabaco en su país de origen.

En Francia, las cosas tampoco fueron sencillas. Allí, el trabajo realizado por Antoine Parmentier fue clave, debido a que paulatinamente eliminó la idea de que la papa era venenosa o, como mínimo, dañina para el organismo. Se tuvo que convencer al rey Luis XVI de sus beneficios con el fin de que destinara tierras para su cultivo, pues se producía aún en terrenos difíciles, no obstante, alimentaría a las masas pobres del reino a bajo costo. Fue entonces que a la papa se le conoció como “manzana de tierra”. En Prusia, Federico II el Grande también fue promotor del consumo de la papa, pero él no tuvo que convencer, sino que ordenó a sus súbditos que la comieran.

Cuentan que además de los beneficios alimenticios, este tubérculo importado de América y que se cultiva desde hace aproximadamente 7 mil años, permitió reducir la violencia en algunas regiones del Viejo Continente a lo largo de casi 200 años, antes del siglo XVIII, ya que antes de que la papa se produjera y repartiera sus beneficios masivamente, bastaba una mala cosecha para provocar hambruna y, con ella, los disturbios, saqueos, sublevaciones y una violencia que las autoridades difícilmente podían controlar.

Otros productos americanos que se convirtieron en consumo común de los europeos son el cacao, la caña de azúcar, el jitomate, el tabaco, pero la “reina”, dicen algunos, es la papa. La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) declaró el 2008 el Año Internacional de la Papa, como un reconocimiento a este producto alimenticio de origen andino que pudo combatir el hambre y la pobreza en el mundo. Hoy este tubérculo es el quinto cultivo más importante del mundo, después del trigo, el maíz, el arroz y la caña de azúcar. Quedó atrás aquella idea de que la papa era aterradora para algunos, desconcertante para muchos y parte de una convulsión ecológica global iniciada por Cristóbal Colón y continuada por Francisco Pizarro.

En la actualidad, hay quienes ven en la papa ese tesoro inca que podría salvarnos de la próxima gran hambruna. En una catástrofe natural –¡Dios no lo quiera!–, este producto de la tierra podría ser la solución. Su relevancia ha puesto a pensar a especialistas de la NASA en llevarla a Marte o, al menos, probar que pueda llegar a crecer en condiciones “marcianas”, ya sea en el espacio exterior o en un mundo que cada vez se parece más a una distopía extraterrestre. Frente a esta perspectiva futurista con ribetes de ciencia ficción, también, en el Parque de la Papa, los descendientes del imperio inca, en el ritual Santuruma Tinkay, “ofrecen diversos obsequios a la tierra –que van desde semillas hasta alimentos empaquetados–, mastican hojas de

coca y bailan al son del pututo, una concha de caracol marino empleada como trompeta”, e invocan a los Apus, como si el tiempo no hubiera transcurrido, para agradecerles por la producción de las papas y pedirles que haya más en el futuro inmediato.

En fin, este cuadro de Van Gogh me ha puesto a pensar en la historia y el lugar sagrado y vital que la papa ha significado para la humanidad; en lo particular, me ha parecido una obra emblemática, por su sobriedad y su elocuencia, cargada de humanismo: la vida de una familia que, en medio de la pobreza, goza de un momento de luz, expresada en el descanso y la compañía que se hace privilegiada y única, mientras se comparte un alimento nutritivo, sencillo y sagrado.



Los campesinos comiendo papas, Vincent Van Gogh.

ALEJANDRO COLLAZO

Estudió la licenciatura en el CRENA y una especialidad en la Escuela Normal Superior “José Santos Valdés”. Es un profesor destacado y carismático, además de ser un trovador irredento y autor de cientos de canciones e himnos; una de ellas está en el catálogo internacional de la Organización de la Naciones Unidas (ONU). La canción “Y sigo aquí” se ha convertido en un himno en las reuniones de La Cofradía, que se canta en coro con alegría y esperanza (sin importar si los intérpretes están o no afinados). Escribió el libro *Poemas de amor desamorado*.

Canciones

Aria

Venida del recinto de los dioses
amada y buscada día tras día
te fuiste conformando en lozanía
y naciste en un día llena de luces.

Atenta a tu signo y universo
has trazado las rutas de tu vida
y tus ojos iluminan los senderos
y tu tierna sonrisa me cautiva.

Te digo, mi niña, en este día
que te amo como eres: flor hermosa,
tu tiempo espero que lo vivas
con tus sueños vivos que ya gozas.

Disfruta la vida, campo abierto
que tu cara es viva voz en transparencia.
ARIA, nombre, tez aliento
mi hermosura, sueño vivo, tiempo cierto.

Ánimo, tranquila, niña buena
tu sonrisa ilumina la mañana
te adelantas a tu tiempo y solucionas
las pequeñas cosas cotidianas.

Y te adoro y me rindo ante tu encanto
por saberte faz de oro, nube tierna
y en tus quince primaveras yo te canto
y deseo para ti la dicha eterna.
Te digo mi niña en este día...

Mi gran maestro

Visionario de tu tiempo y de tu siglo,
hacedor en las trincheras de la mente
incansable promotor en el presente
sembrador de futuros atrevidos.

Alto en miras nacidas en tu tierra
cuna humilde de buenos pensamientos
cuentas lauros que la gente te ofreciera
en vasto espacio de digno entendimiento.

Probo, enérgico, orgullosamente humilde
la vida te ha premiado por lo hecho
y aún te esparces en buen trecho
a continuar dándote, porque existes.

Los besos tibios que te da la vida
son producto del amor de tu familia
y te admiro y te digo, mi maestro.
¡Salve oh! Profeta de tu tierra.

Fiel a tus principios de principio
nunca has traicionado tus orígenes
y te has regalado en prototipo
de congruencia, voz amable, mano firme.

Se me corta la voz al pronunciarte
y quiero en mi tonada ser honesto
y en MENSAJE URGENTE tributarte
mi loa para tí, mi gran maestro.

Probo, enérgico, orgullosamente humilde
la vida te ha premiado por lo hecho

y aún te esparces en buen trecho
a continuar dándote, porque existes.

Los besos tibios que te da la vida
son producto del amor de tu familia
y te admiro y te digo, mi maestro
¡Salve, oh! Profeta de tu tierra.
Y te admiro y te digo, mi maestro
¡Salve, oh! Don Cuco, profeta de tu tierra.
Cómo podré

cómo podré decirte, buen amigo, lo que me pasa,
que no tengo a nadie en casa para charlar,
la pantalla televisora ha alertado a la gente ahora
de la crisis ecológica a nivel mundial.

Un barco noruego hundido, el Amazonas se ha prendido,
la tortuga está en peligro de extinción,
las ballenas asesinadas y la gente no dice nada,
lo comentan los noticieros, pero nada más...

Si quieres oír, te voy a contar:
los bosques se talan, se van a acabar,
no basta decir, se debe gritar,
si muere el paisaje... ¡la vida se va!

Si quieres oír, te voy a contar:
el mar ya parece un muladar,
el cielo está gris y quiere llorar,
se asfixia el planeta y... ¿Qué quedará?

Cómo podré explicarte, buen amigo, de mi congoja,
que la fábrica el humo arroja en la ciudad,
que las flores han marchitado porque algo ha contaminado
el lugar donde antes era sólo humedad.

¿Qué voy a hacer si sucede muy lejano de mis paredes?
Mi ánimo está en el suelo y no puede ser,
gritaré que ya no suceda, que pondré mi grano de arena,
que lo único que nos falta es CONCIENCIA tomar.

Si quieres oír, te voy a contar:
los bosques se talan, se van a acabar,
no basta decir, se debe gritar,
si muere el paisaje... ¡la vida se va!

Si quieres oír, te voy a contar:
el mar ya parece un muladar,
el cielo está gris y quiere llorar,
se asfixia el planeta y... ¿Qué quedará?

Y sigo aquí

No he podido deshacerme del fantasma
que persigue mis momentos
me recorre a cada rato un viento frío
huracanado altivo y somnoliento.

He dejado mi bandera a media asta
y que el viento la mueva con sus manos
y he lanzado una plegaria por si acaso
alguien escucha y detiene el paso.

Y sigo aquí, parálítico de amor y de añoranza
esperando que un día la balanza
cobre peso y vuelvas a mí.

Y sigo aquí, asediando los ruidos que no llegan
descifrando señales de una calle
y una clave que me lleve a ti... y sigo aquí.

No he podido levantarme de caído
y me pregunto “¿qué me diste?”,
cada beso me pesa como ahogado
y me sigo preguntando “¿qué me hiciste?”.

Hoy navego persiguiendo tu recuerdo
y lamento no extinguir mi fuego
y te espero en una esquina recargado
por si alguien notifica que has llegado.

Y sigo aquí, parálitico de amor y de añoranza
esperando que un día la balanza
cobre peso y vuelvas a mí.

Y sigo aquí, asediando los ruidos que no llegan
descifrando señales de una calle
y una clave que me lleve a ti... y sigo aquí.

Cofrades

Venidos sabrá de dónde, con sueños y pedimentos,
cargados de sentimientos y verdades
puntos de vista distantes, ofrendas a la palabra,
chisteras de abracadabra. ¡Cofrades!

Pastores buenaventura, distintos en opiniones,
de fiesta, buenos cantores de insignias
ofertas de insinuaciones, en Baco las oraciones,
la mesa puesta en rituales, de vida.

Y apunta la punta en ristre,
¡que baile al son la palabra!,
que caiga el sol en la nada, ¡la musa!

Y vengan las tempestades
imágenes convertidas,
minutos en soledades, con vida, cofrades... cofrades...

Venidos sabrá de dónde con libros y libertades
conversan con vendavales y sueñan,
trocando mitos afines transitan a los confines,
escriben su voz y montan libélulas.

Pastores buenaventura, chanceros y caraduras,
virtuosos, voz y palabra de altura,
no importa que el sol los halle en aras de una aventura,
la escriben, cantan y pintan... ¡bravura!

Y apunta la punta en ristre,
¡que baile al son la palabra!,
que caiga el sol en la nada, ¡la musa!

Y vengan las tempestades
imágenes convertidas,
minutos en soledades, con vida, cofrades... cofrades...

Canción a Rolando

No puedo reponerme de tu ausencia
dejaste una estela por seguir,
la Historia se colapsa en un desfalco
porque un corazón ha dejado de latir.

Las sendas que pisaste quedan huecas
las letras que escribiste ya no están
las líneas del tiempo ya no checan
tu cátedra en el aula no estará.

Cofrade por completo tú lo fuiste
amante del saber, tu profesión
y máster en camino de las letras
tu espíritu se envolvió en tu corazón.

Razones no me faltan al cantarte
y decirte: “buen amigo, aquí estás”
presente en tu sonrisa y en tu espacio
jovial, excelso, compa, vivirás.

Asoma en mi pupila agua salada,
es prueba de mi afecto, mi buen Rolas
tu pluma y pensamiento se traslada
a lo etéreo, lo inmortal, a La Quemada.

Y creo que conmigo llora Kats,
Pancho Villa y Villoro y alguien más
y la Europa que pisaste también gime
porque hoy amigo, tú no estás.

Cofrade por completo tú lo fuiste
amante del saber, tu profesión
y máster en camino de las letras
tu espíritu se envolvió en tu corazón.

Razones no me faltan al cantarte
y decirte: “buen amigo, aquí estás”
presente en tu sonrisa y en tu espacio
jovial, excelso, compa, vivirás.
jovial, excelso, amigo... vivirás.

ADÁN CONTRERAS ALONSO

*N*ació el 18 de marzo de 1983 en Salinas de Hidalgo, San Luis Potosí. Es gestor cultural y tallerista de iniciación artística. Ha laborado en instituciones educativas y culturales del estado y en diversos grupos artísticos independientes. Ha publicado en revistas, periódicos y antologías. Su presencia en La Cofradía, hace varios años, llegó como lluvia fresca.

Pequeña autobiografía

Mi padre llegó de sorpresa y en la urgencia del amor, mamá olvidó las pastillas.
Así, desatinado, vine al mundo.

La lluvia

Quizá el recuerdo más limpio que guardas de la niñez sea una tarde en que descubriste la lluvia y el amor por la ventana.

El noviazgo con el amor de tu vida debió durar como el mío, cinco tardes idénticas, en donde tú, como yo, invocábamos soldaditos pacíficos de agua, mientras ella aprendía dentro de nuestros pantalones misterios prohibidos.

Después, tú sabes. Le afloró la pubertad de golpe, un par de senos recién nacidos y unas caderas que prometían demasiado. La mañana nublada en que se dio cuenta, sin importarle un poco nuestra lluvia, nos dejó por un vecino imbécil de bigote.

Una noche sin mucho calor y sin mucho frío, heridos de muerte sacamos fuerzas de flaqueza y escribimos con lágrimas el principio de un poema que nos salvó los días.

*Gota,
pestaña,
nube.*

¿Recuerdas? Después de eso la vida se volvió ligera.

La plaga

Tengo una plaga de hormigas diminutas que han invadido la cocina. La otra noche tomé café amargo porque se habían apoderado de la azucarera. Es muy molesto tener que andar espiándolas detrás de los muebles para darles de chancletazos.

Ayer todavía seguía pensando en una forma de eliminarlas, pero todo es inútil. He llegado a acostumbrarme a su peregrinar. No sólo eso, esta mañana compartí con ellas media pieza de pan.

Creí que la luna iluminaba el patio,

pero al regar el patio, he mojado un pájaro que se acurruca en una esquina.

En la madrugada me levanté y prendí el foco.

Lo envolví en un calcetín y le di de comer bolitas de masa.

Una semana después, lo tomé entre mis manos y lo dejé en el árbol.

Luego voló hacia la luna sin mirar atrás.

En su retirada, olvidó dos plumas que he colocado en mi sombrero.

Estoy nublado

Siento desde hace días, pequeñas bocanadas de cielo dentro de mí.

Todo es muy raro, pero no me estoy quejando, no.

Es sólo que ahora tengo la sombra ligera y no percibo el suelo ni los escalones cuando voy de paseo.

Este abandono no sé si se deba al sutil encanto de la tarde o al hábito de mi corazón de flotar y desprenderse.

Baby bird

Ayer soñé con esa chica que tiene nombre de pájaro. Se escapaba conmigo un rato y sonriente me tomaba de la mano.

Me desperté triste.

Después, escuché música, tomé café y salí a la calle. Ella no sabe que dos veces por día pienso en escribirle, pero no lo hago para que mi corazón no vuele muy cerca de ella.

Paloma

Mi abuela me cuenta que el día de su boda quería subirse a un caballo blanco, pero su recién esposo no tenía dinero para ese lujo. Luego, por un instante, se quedó mirando el ave que ese año anidó en el zaguán.

Entonces, sonrió y se le vino a la mirada el recuerdo.

Se fue caminando por la calle principal con la mirada en alto y con su vestido de novia.

—*Como una paloma* —dice.

DESEMPLEADO: *Persona sin empleo que tiene mayor tiempo para explorar el mundo y sus calles. Principal colado en fiestas y banquetes. Acostumbra llevar el diario bajo el brazo toda su vida, en donde encierra con globitos rojos clasificados inalcanzables. Su mirada refleja una excusa a los demás mortales, porque sabe que pertenece a ningún lugar. Es propenso al suicidio, la delincuencia menor o a la conciencia social.*

Los ojos se me hacen agua

Parto un jitomate y me hace llorar, muerdo un pan y me acuerdo de María con sus besos de juguete, meneo los frijoles casi con rutina y se me antoja un huevo revuelto en mi viaje por la cacerola.

María no sé si me piensa cuando olvida despedirse de mí y no sé por dónde anda, tiene algo su mirada que me hace pensar

en comer jitomates y luego dormirme con la almohada en la cabeza para que su foto no me vea llorar.

Le comento, mientras preparo café, que a veces me río de cualquier detalle, de las cosas que no tengo, que, a veces, me carcajeo con ganas de esta ausencia tan suya cuando se queda a dormir y su mente divaga por los sueños que jamás me cuenta.

A veces, le platico de la necesidad de morirme por días para dejar, olvidar al mundo de mi persona y le cuento también lo que pasa en mis tardes en donde nada ocurre con exactitud.

Dejo el almuerzo a medias y que los frijoles se quemem para decirle que cierre los ojos y que piense en mí. Que recuerde la noche de ayer y el murmullo de las nubes con prisa que nos rodearon desde el cielo y que hizo que ella, bajo la llovizna, se acurrucara en mí como nunca y me dijera temblorosa (como un pájaro con frío) que me quería desde siempre.

Tomando café, distraída de mí, María continúa callada, fumando. Cuando me doy cuenta que la mañana despertó limpia y azul, entonces, comienzo a sentir en lo más remoto de mi alma, tenue como una sombra, el presentimiento de un jitomate.

Tiliches

I

Sigo haciendo migajitas de pan que nadie se come.

Luego, ando sonambuleando todo el día, como en busca de algo de lo que todavía no me entero.

II

Yo sólo quiero dormir, dormir.

Pero la luna se empeña en colarse por los agujeritos de la cortina e iluminar el polvo suspendido que chispea en el espacio.

III

Quizá me haga falta, como en los sueños, abrir el alma completamente y dejar que la primavera nueva llene mi pecho con tiempo de flores.

IV

Asqueado de intelectualoides rancios
con pretensiones filosóficas,
salgo a mojarme con esta lluvia en el patio.
Yo no sé qué tienen las nubes, yo quisiera saber.
Levitan, se disuelven, se vuelven luz.
Insinúo que la vida es sencilla.
Y que uno es el pendejo complicado.

V

Quiero un trabajo nuevo, como de pastor de nubes, probador de camas, caminante de tardes...

VI

Amo la inercia, ese vaho misterioso que deja las cosas en su lugar preciso.

VII

Esta mañana, por lo pronto (¡qué bueno!), estoy vivo, todavía.
Aunque a ciertas horas desvanezco y voy y me desprendo como una hoja.
Al menos hoy (¡qué suerte!) mi corazón galopa, aletea.

VIII

¿Será que así de forma tierna nos acomodamos en el viento?
¿Será que el caminar es otra forma de hacer poesía?
A mí me gusta caminar y el viento.

Tío Rodolfo

I

La abuela ha muerto. Te perdiste su despedida. Había flores y cantos. Me platicaron, porque llegué tarde.

Me dejaste solo.

Te digo que dejaste a la familia.

Dicen que te encontraron en horario de trabajo, en la azotea de una casa.

Muerto.

Hace años ya, pero sigo pensando que eres un pendejo. Mira que perderte la vida.

La abuela en su delirio preguntó por ti.

Le dijeron que venías en camino.

Supongo que cuando salgo a la calle espero encontrarte y desbaratarme en tu abrazo.

Pero ya sé, estás muerto.

Como la abuela.

Como yo a veces.

II

Existe cierta admiración adherida a tu recuerdo. Mi madre, por ejemplo, dice en pláticas trasnochadas que eras un gallardo joven alentando a vivir.

Yo a veces me siento triste, porque uno en el fondo es sólo un puñito de ilusiones.

Esta noche, tío Rodolfo, he bebido con ganas y te pienso.

Ahora tengo tu edad. Y te recuerdo más bien cansado.

Como si la vida te hubiera decepcionado de alguna forma.

¿Dónde perdemos las ganas de devorarnos la vida con el espanto de sabernos invulnerables?

Dime.

III

He dejado la universidad. La revelación me vino ayer, cuando, afuera del salón, una paloma se posó en la ventana. Nadie la vio porque todos estaban distraídos viendo al profesor. Después, la paloma voló hacia unos cerros remotos y azules.

Entonces tomé la mochila y salí a la calle para no volver más.

¿Qué harías tú en mi lugar, si tuvieras de nuevo la vida?

Te prometí junto a la tumba que me empeñaría en buscar una vida extraordinaria.

Pues bien, no está en las aulas.

El padre

I

Mi padre se dejó la barba y se fue.

Ahora vive entre ruinas, palomas y maizales.

Yo me resisto a usar sus corbatas, a quitar sus cuadros o a tirar su cama.

II

Llenar la maleta es un trabajo poético, se precisa sabiduría y nostalgia.

A mi padre le llevo cigarros, libros y suspiros; por si acaso llueve.

III

Hay un nido en el balcón de su casa. Este día, la golondrina volvió mientras mi padre y yo disfrutábamos de la tarde.

El ave dio algunas vueltas encima de nosotros, luego, se posó en el nido reconociéndolo, después se marchó, dejando la primavera en el aire.

IV

Antes, el viejo era otro. Usaba unas corbatas desgastadas, se recortaba el bigote y salía a la calle con su portafolio lleno de rutina bajo el brazo.

En su cuarto, todavía hoy, se esconde detrás del polvo, su título de maestro.

V

A mi padre no le ha gustado la pipa ni el tabaco de importación que le traje de la ciudad.

Dice que vendió una borrega porque debía un dineral en la tienda, todo de cigarros.

Mi padre y yo fumamos Delicados todas las tardes.

VI

Bajo una sombra hablamos de árboles y temporales.

Ahora él tiene los ojos pequeños y la piel tostada.

Dice que la tierra es buena y mira y mira sus maizales.

Yo fumo y disfruto del verde sembrado de su mano.

VII

Guardo una foto de él cuando tenía mi edad. Luce una sonrisa nueva, un cuerpo desgarbado y una melena de poeta.

Él me ha dicho que ha vivido a su manera, yo le creo.

La madre

I

Hay días en que mientras cocina habla mal de mi padre.

Entonces la miro callado. Luego, me da de comer.

Mi madre a veces está afligida.

—*Tengo ganas de llorar*—me dice.

Yo nací con algo de sus ojos, de sus manos y de su alma triste.

II

Mi madre ronca. Hay madrugadas que me preocupa y voy y le toco el hombro. Ella, sin abrir los ojos, me cuenta lo que estaba soñando.

Muchas veces me odio porque interrumpo los rencuentros que tiene con su pueblo, su novio primero o su madre muerta.

III

Mamá hirvió una sopa de coditos, digna del más glorioso premio culinario. Sin embargo, parece decaída.

—*¿Por qué está triste ma?*

—*Ayer se acabó mi novela.*

—...*Ah.*

Yo tengo enrollada una tortilla en la mano izquierda, con la otra, le aprieto el brazo a mi vieja en señal de luto.

IV

Ahora está poniendo el nacimiento. Ella hizo con sus manos las 58 figurillas de cerámica. Es nuestro primer festejo parecido.

Yo le digo que no se moleste, que mejor me haga unos frijoles apachurrados y un café.

Pero no entiende, como niña se entusiasma y dice, por ejemplo: *Un burrito aquí, ¡No, mejor allá...! Este rey mago me recuerda al hombre lobo... ¡Mira, Adán, el diablo se parece a ti!, etc.*

Yo la dejo jugando y me voy sonriendo a encender la estufa.

V

Ella le escarba a la vida. A veces lavando hace música. Tiende la ropa de una manera que los colores llegan a mi ventana como un arcoíris diluido.

Ella no lo sabe, desde luego.

VI

Su novio es calvo. Tiene un bigote porfiriano y unas botas relucientes.

Yo me río de él a escondidas porque me parece gracioso.

Ella dice que es bueno y que tienen paciencia sus manos.

—*¿Qué hacen cuando están solos, mamá?*

—*Imagínate, nunca se le acaba la plástica.*

—*Mmm... Qué hombre tan aburrido...*

Mi madre es otra cuando sale con él. Horas antes desempolva su mejor sonrisa y toma unas pastillas para el dolor de piernas y regresa a casa con un ánimo verdadero de beberse toda la noche a suspiros.

VII

Mi madre quiere que ya me duerma, pero en la noche tengo las ideas más claras frente al teclado.

—*Mejor bájame la ropa sucia, que me voy a despertar lavando*
—dice.

En el día tengo la mente amodorrada y sólo con café me despierto.

Me gusta abrir las ventanas, quitarme los zapatos, revisar los papelitos que voy guardando durante la jornada.

—*¿Ya viste la luna? Ilumina todo el patio.*

—*¡Duérmete tú, mamá!*

Cuando termina la tarde, llega el momento de recordar lo sucedido y me pongo a masticar las ideas y a darle vueltas. Las palabras tienen mejor disposición para ser escritas cuando nada las distrae, se dejan venir aquellas olvidadas y se acomodan misteriosamente donde deben.

—*¡La luna, Adán, mira la luna!*

Finalmente me gusta la cama, esa nube mía, que me recibe desnudo y fatigado.

—*No se te olvide la ropa, hijo...*

Además, puede uno hacerle caso a su mamá bajando sonámbulo la ropa y la luna.

VIII

Estaba tomando una cerveza cuando escuché su voz que me pedía un cigarro.

Tardó una semana afuera con su novio.

Mamá llegó.

Trae en su bolsa de mano sonrisas.

MARIO CRUZ PALOMINO

 gresado de la Escuela Normal de San Marcos, Zacatecas, profesor de educación primaria durante 13 años y director –ejemplar– del Centro de Estudios de Bachillerato “Lic. Jesús Reyes Heróles” por 27 años. Es miembro fundador de La Cofradía y autor de su logotipo (mitad de caracol). Ha sido ilustrador de varios libros y revistas como *Aprendiz de lagarto*, *Entre la flor y la estrella*, *Tres tiempos*, *ABC Música sacra*, *El chan del agua*, *Historia de México* (para tercer grado), *Ecología y medio ambiente* y *Evocaciones de Jerez*. Es escritor de poemas y otros textos literarios, los cuales han tenido reconocimiento dentro y fuera del país.

Tus manos

Son tus manos generosas
con sabor a miel de caña,
manos expertas en la cocina
y en las caricias del alma.

Manos de luces nocturnas
que despegan de mis labios,
para llenar de sabores
el otoño de mis años.

A tus manos las venero,
las contemplo, las percibo,
cuando siento sus caricias
recorriendo mis caminos.

*Tus manos orfebres
enhebran primores,
bordando linduras
en telares pobres.*

Son tus manos bicolors,
tus manos son siemprevivas,
generadoras de olores
y de emociones cautivas.

Cuando de noche descansan
atesorando emociones,
tocan las luces de su alma
ascuas de mil oraciones.

Cual palomas agotadas
se posan con languidez,

sobre la mullida almohada
que cubre su palidez.

Manos de vida, de bendiciones,
que bordan sueños con el dedal,
manos prodigio, manos de diosa
se ocultan tiernas en breve chal.

*Tus manos orfebres
enhebran primores,
bordando linduras
en telares pobres.*

Ritual rielero

Con los fogones prendidos
rozando la madrugada,
las mujeres hacen guisos
para el hambre trasnochada.

Soles y lunas se cuecen
en los comales ardientes,
potajes de humilde hacienda
de sabores complacientes.

Lleva el rielero en su “saca”
un tesoro inigualable,
que colmará su vigilia
en una ronda inflamable.

Siete sacas de colores
con aromas diferentes,

siete sabores distintos
para bocas impacientes.

El mayordomo tres viandas
en su vistosa lonchera,
el guardavía su sartén
y pantalón de pechera.

Siete bolsitas alegres
se van abriendo camino
buscando sombra benigna
entre el nopal y el encino.

Son las doce y se hace el fuego
donde mejor haga sombra,
un comal sobre tres piedras
y las hojas por alfombra.

Un desfile de cazuelas
va calentando sabores,
alegrando la hora media
de siete trabajadores.

De los siete recipientes
brincan aromas de cielo,
mientras tortillas calientes
justifican el desvelo.

Es el huevito con chile.
el chorizo con frijoles,
es el chicharrón prensado
y salsa de girasoles.

Hay un guisado especial
que rellena las gorditas,
es de chicharrón de cerdo,
queso fresco y “boronitas”.

El rielero era versátil
para completar su dieta,
el monte le dio nopales,
y tunas para su fiesta.

Ratas de monte y conejos,
palomitas y torcazas
complementaron sus viandas
doraditas en las brasas.

La servilleta se extiende
en alfombra de amapolas,
para lucir ante todos
sus pétalos y corolas.

No importa si se manchó
con la grasa derramada,
mañana estará preciosa,
muy blanca y almidonada.

Cada esposa se procura
ser la mejor bordadora,
que destaque en el momento
su imaginación creadora.

Cada comensal ofrenda
a su Dios el bastimento,
luego le ofrece al “compadre”
lo mejor de su alimento.

Ya se comparten alegres
las virtudes del fogón,
mientras la plástica ayuda
para hacer la digestión.

Desde un barril de madera
con agua fresca y azul,
el rielero bebe su agua
que tiñó con varaduz.

Ya se terminó la hora
de la comida sabrosa,
el “Mayor” llama a la tropa
que obedece quejumbrosa.

Ha concluido la brega,
se trabajó con esmero,
yo le brindo este recuerdo
al trabajador rielero.

Desde el Andén

(elegía para Armando Cruz Palomino)

Fuiste la estación de mil arribos,
el lugar que un día de marzo
el tren se estacionó para llevarte.
En el adiós,
tu mirada se quedó prendida
en los añosos maderos de la vía
como anhelando fundirse
a la vieja caseta ferroviaria
percutido almacén de los recuerdos,
cáliz donde padre dejó el sudor

de su dignidad y diario empeño
para llevarnos temprano y sin pretextos
al redentor manantial de los colegios.

En la distancia
se fue perdiendo el caserío
desvanecido en el carmesí
de la tarde, adormecido
entre penachos de humo
y familiares aromas hogareños.

Sin adiós, sin despedida,
sólo emprendiste tu camino,
sólo, como siempre lo habías hecho,
con tu vida de eterno peregrino
y tus manos cruzadas sobre el pecho.

Llovizna de madrugada (sonata de líquido cristal)

Llovizna pertinaz y cadenciosa
que bailas entusiasta sobre el techo,
sonata de cristal, voz melodiosa
que gozo sin hablar desde mi lecho.

Mis zapatos de graduación

¡Lucían tan bonitos en el aparador de la zapatería de don Meche!

Eran bicolores con “tacón cubano”, por aquello de que éste se extendía hacia atrás, a manera de pezuña equina.

En los años setenta, la moda influyó en la vestimenta de las personas, desde el pelo hasta los zapatos. La terlenka fue la tela de moda, los pantalones acampanados y desde la cadera. Los

varones usamos el pelo largo y la barba a manera de Ho Chi Minh, héroe vietnamita que encabezó la lucha contra el ejército de los Estados Unidos.

Cuando vi aquellos zapatos aún faltaban algunos meses para nuestra graduación. Ya pronto seríamos unos flamantes profesores de educación primaria. Todos mis compañeros de generación buscaban con entusiasmo la vestimenta que lucirían en la ceremonia de graduación. Del mismo modo que mis compañeros sanmarqueños, yo también buscaba lo más adecuado para tan importante momento.

Mi traje era café con jaspeado claro tipo espiguilla, la corbata a rayas café con fondo blanco, por aquello de la combinación (esa corbata me la prestó Pedro Monreal, compañero de la secundaria). Mi camisa blanca con bolitas café, muy adecuada para la corbata y el traje. Para completar la indumentaria, me hacían falta los zapatos. Serían aquéllos que aún permanecían en la zapatería de don Merced, en Loreto, Zacatecas. Para evitar que alguien más los comprara, me apresuré a ir por ellos. La vestimenta estaba completa, sólo faltaba que llegara el día de la graduación.

El momento llegó y de pronto nos vimos envueltos en un remolino de actividades previas a la ceremonia de clausura. Dábamos los toques finales a los informes recepcionales, entregábamos documentos para nuestro expediente, solicitudes de plaza, lugares de adscripción y otros muchos detalles necesarios para dejar la Escuela Normal sin ningún pendiente.

La fiesta de clausura fue todo un acontecimiento académico, social y familiar. Más de cien egresados en aquella memorable ocasión, cada uno con sus respectivas familias venidas de diferentes y lejanos lugares de nuestra República Mexicana. La escuela estaba rebosante de la alegría que alumnos, familiares y maestros proyectábamos. A las diez de la mañana ya estábamos reunidos en el área académica, envueltos en el contexto de la centenaria Alameda, entre cerros de verde perspectiva y

nuestra *aula mater*. En esa ocasión, la Alameda lucía más esplendorosa que nunca: las hojas de los álamos brillaban como espejuelos al contacto con los tempraneros rayos solares.

Formando corrillos, mis compañeros y yo guardábamos el momento de tomar nuestro lugar en las sillas para recibir el documento oficial de culminación de estudios. De reojo mirábamos las prendas que cada uno portaba. Los peinados iban de acuerdo a cada personalidad de los egresados. Desde luego que los zapatos estaban incluidos en la revisión. Como es normal, cada quien portaba y lucía traje, moño y corbata. Éramos unos dandis o, por lo menos, unos maniqués bien arreglados.

Llegado el momento de cada uno, pasamos ante el presidium, que era encabezado en aquella ocasión por el C. Nazario Ortiz Garza, padrino de la generación y dueño de varias vinícolas, entre ellas la del Brandy San Marcos. Nos tomaron la foto oficial saludando a los integrantes de la mesa de honor y recibiendo la constancia que avalaba nuestra calidad de pasantes de profesores de educación primaria. Padres y hermanos de los egresados se veían orgullosos por nuestro logro; abundaron los abrazos, los buenos deseos, las felicitaciones y las invitaciones a celebrar fuera de la Normal.

Al concluir la ceremonia oficial y el ritual familiar, siguieron los abrazos entre compañeros, que llorosos y emocionados nos deseábamos lo mejor, agradeciendo la compañía, la camaradería, el apoyo brindado en los momentos de apuro y la dicha de haber concluido nuestra carrera. ¡Siete años de internado para unos y cuatro para otros culminaban en ese día!, razones sobaban para llorar, reír, abrazar, recibir el beso de la novia y los abrazos de los familiares. Todo concluía en ese día. La cena para alumnos egresados e invitados se serviría a las ocho de la noche. El baile de graduación a las nueve. Los conjuntos habían llegado temprano y ya estaban colocados sus instrumentos, las parejas de novios o simplemente los asistentes a la fiesta velaban y alisaban sus vestidos de gala para no lucir fuera de tono.

La señorita Alicia Martínez me honró al aceptar ser mi pareja de baile.

¿Y los zapatos? Éstos seguían calzados en mis pies desde la mañana, durante la ceremonia de clausura, durante el trajinar del día, durante la comida, durante la cena. Todo el día lucieron magníficamente. Antes de salir a bailar, les di una buena limpieza. Bailé sin descanso durante toda la noche y parte de la madrugada y aguantaron a suela firme (la suela era de baqueta), sus dos colores destacaban fácilmente de entre el mar de zapatos y zapatillas. ¡Parecía que sólo los míos eran de dos colores! Si cuando somos jóvenes supiéramos que algunas de nuestras prendas serían parte de las más variadas anécdotas, las guardaríamos como testimonio; pero no, normalmente las desechamos y nos olvidamos de ellas.

Mis zapatos de graduación me siguieron acompañando hasta Michoacán, cuando me dirigí a la primera comunidad en la que haría mi debut como profesor de educación primaria. Esa lejana comunidad, escondida en las faldas de una serranía y escaldada por altas temperaturas de la Tierra Caliente, se llama Santa Cruz de Morelos, en honor al prócer de la Independencia, el generalísimo don José María Morelos y Pavón, quien estuvo en este lugar en su paso hacia Chilpancingo, Guerrero. Esta comunidad forma parte del municipio de Turicato, Michoacán.

En septiembre de 1973 (a 44 años de aquella aventura magisterial) fui asignado para desempeñarme en la docencia en la Escuela Primaria Federal “Prof. David G. Berlanga”, ubicada en el pequeño caserío de Santa Cruz de Morelos, mencionado antes. Las órdenes de presentación salieron de la oficina del director general de Educación Primaria del estado de Michoacán.

Los zapatos, protagonistas de esta aventura, seguían aún flamantes, pues hasta entonces sólo tenían pocos meses de uso. Yo los cuidaba cuanto podía: les untaba crema y tinta, brillo neutro y con eso lucían radiantes. Después de un largo trayecto de carretera para llegar a la cabecera municipal de Turicato,

por fin llegamos al pueblo el día 16 de septiembre, en plenos festejos de la Independencia. El lugar lucía muy iluminado, había mucha algarabía, con papel tricolor por todas las calles y en la plaza. Me dije: ¡Qué suerte tenemos de llegar a un pueblo tan bonito, tan alegre!, y si aquí vamos a trabajar, aún mejor. ¡Fueron ilusiones, porque la realidad fue otra muy distinta!

Después de bajar del viejo autobús, pregunté por un lugar para hospedarme. Se me sugirió la Posada de don Pancho y hacia allá me dirigí cargando mi mochila. Por suerte había habitaciones disponibles, así que ocupé mi habitación y salí a dar una vuelta de reconocimiento al jardín del lugar que lucía en toda su pueblerina magnificencia. Por casualidad, junto a muchos otros maestros que también iban llegando por primera vez, encontré a dos que ya habían trabajado el año anterior en aquella zona escolar. Me invitaron a buscar al inspector para que viera la forma de buscar mi comunidad de adscripción. Estos maestros fueron los que le sugirieron al inspector de la zona que me mandara a Santa Cruz. Le dijeron en cuanto lo encontramos que ya estaban los candidatos para cubrir las vacantes de dicha comunidad. Por suerte incluyeron a mi compañero Efraín Manrique Ibarra, quien también egresó de San Marcos y es además originario de Loreto. Este compañero había viajado conmigo desde Aguascalientes. El propio supervisor se sorprendió de que quisiéramos trabajar en Santa Cruz. Ignorábamos por completo qué tan lejos estaba dicha comunidad. Eso lo pagaríamos más adelante.

Al día siguiente, acudimos muy puntuales a recibir nuestras órdenes de presentación e indicaciones para presentarnos en la comunidad, nos entregaron listas de asistencia y se nos indicó que debíamos de levantar el censo de alumnos de cada grado, inscribirlos y regresar a entregar el reporte en la inspección. Teníamos tres días para ello.

Llegado el día y después de almorzar, emprendimos el camino con la mochila repleta de nuestras inquietudes, temores y

esperanzas. Era el inicio de una caminata que duraría cuarenta y cuatro años, siete meses, nueve días. Mis zapatos bicolores por primera vez pisaban el suelo pedregoso y caliente. Al iniciar la marcha y pisar las piedras, aquellos zapatos respondieron con firmeza y seguridad. Eran cerca de las diez de la mañana cuando salimos de la fonda. El calor ya se sentía en toda su potencia. Mi compañero Efraín, molesto por el calor y el ruido irritante de las chicharras, profería improperios y maldiciones, y como queriendo arrepentirse de andar por aquellas latitudes gritaba: “¡Yo quiero regresarme a mi casa!”. Cansados, asoleados, sedientos y hambrientos, nos recostamos en un arbusto que, aunque su sombra era rala, nos mitigó los efectos de la caminata.

Eran las seis de la tarde y aún no estábamos ni a la mitad del camino. Al estirar los pies, me di cuenta que las suelas de mis zapatos acusaban sendos agujeros, que a punto estaban de llegar a las plantillas (suaves y frágiles, no aguantarían mucho antes de romperse). Gracias a la oportuna llegada de Manuelito, un maestro de avanzada edad, pudimos llegar a la comunidad de Zárate (este poblado está considerado como la mitad del camino entre Turicato y Santa Cruz). Después de recomendararnos con el juez del lugar, prosiguió su camino y nosotros fuimos hospedados en la casa del encargado de hacer justicia. Aquella noche la pasamos casi en vela, pues el lugar que se nos prestó para pernoctar estaba lleno de arañas patonas y alacranes. Para poder ver dónde se nos subían aquellos bichos, mantuvimos prendidos los aparatos de petróleo, los cuales, al humear tanto, nos mancharon de tizne la nariz y la mayor parte de la cara. ¡Cómo nos reímos uno del otro al vernos, en un espejo, tiznados y con los ojos rojos de la irritación!

Antes que el juez nos viera cómo amanecimos, fuimos a lavarnos en una pileta que tenía agua de un manantial cercano. Era agua fresca y dulce que mágicamente nos quitó todos nuestros pesares, desvelos y fatigas. Ya limpios a medias, pues no hubo forma de bañarnos completamente, Carlitos Ambriz, quien era

el juez civil, nos condujo a una casa que hacía las veces de fonda. Las plantas de mis pies ya resentían las filosas piedras del camino, pero lo disimulé hasta donde pude. Después de presentarnos con los dueños de aquel rural comedor, el juez les pidió amablemente que nos sirvieran de almorzar y que, por aquella ocasión, la judicatura se hiciera cargo de los gastos. Se portó muy bien Carlitos, ¡ni para qué! También les pidió que nos dibujaran un croquis para no perdernos en el camino, en la otra mitad del mismo, que nos faltaba por recorrer. Recuerdo que nos dijeron: *Sigan el camino yendo siempre a la izquierda, aunque vean veredas muy marcadas, son veredas que hace el ganado en su trayecto a las ordeñas.* Aún con las indicaciones y a causa de nuestra novatez, varias veces perdimos el camino verdadero y con ello valiosos minutos.

El monte estaba muy verde, había llovido en abundancia, los arroyos estaban crecidos, el calor húmedo e intenso no dejaba de castigarnos. Para colmo de males, había que meterse en los arroyos para continuar nuestro camino marcado en aquel trozo de papel de un cuaderno de escuela. La suela de los zapatos, de por sí gastada por el pedregoso camino, ahora se hacía resbalosa por el agua de los arroyos y se gastaba cada vez más y más.

Cuando hubo necesidad de pasar a través de los arroyos, llevamos las mochilas sobre nuestras cabezas para no mojar los libros, los documentos y la escasa ropa que contenían. Al medio día estábamos apenas a medio camino de la mitad que faltaba. Siempre con el sol de compañero sobre nuestras descubiertas cabezas, una carga más que tuvimos que transportar todo aquel día. Arroyos, pendientes, senderos estrechos, piedras y más piedras acabaron por completo con mis zapatos de graduación. Nuestras fuerzas y ánimo también estaban por los suelos, aquellos suelos ingratos y desconocidos que se cebaron sobre los pies casi adolescentes de dos noveles profesores.

El día transcurrió lento y la noche empezó a insinuarse a través de los últimos jirones de nubes doradas del horizonte. Como a las siete de la tarde, a punto de oscurecerse, llegamos a un caserío donde, por fortuna, se encontraban varios señores haciendo gala de su gusto por el “trago” y el tabaco. Con temor y casi a ciegas por la incipiente oscuridad, saludamos y nos presentamos como los maestros de Santa Cruz. Éstas fueron palabras mágicas, porque de inmediato se alzó la voz de un señor alto que se presentó como el comisariado ejidal de nuestro punto de llegada. Dijo llamarse don Arcadio Ibarra y se mostró muy gustoso de nuestra llegada, pues, según él, ya hacía un buen tiempo que no tenían maestros, pues los que llegaban, duraban unos meses y luego pedían su cambio.

El caserío donde nos encontramos a los señores era la Cañada de Santa Cruz. Don Arcadio se acomodó a guiarnos hasta Santa Cruz y nos consoló un poco al hacernos ver que ya estaba cerca: *Allí nomás tras lomita y dando vuelta al puertecito*. También dejó muy claro que la mula que traía no aceptaba jinetes desconocidos, así que, sintiéndolo mucho, lo seguimos como pudimos, pues el paso de “la Prieta Linda” era demasiado rápido para nuestros cansados y, en mi caso, casi descalzos pies. Yo, en el límite de mis fuerzas, le pregunté si el camino me llevaría directo al rancho y él me contestó que sí, incluso estaba muy parejo y recién llovido. Me atreví a sentarme un rato, tal vez unos segundos, pero en seguida reaccioné y tan rápido como pude les di alcance cuando ya cruzaban la puerta “de golpe” que daba acceso a la tan ansiada comunidad.

Varias luces aparecieron en nuestro horizonte nocturno, la noche ya era cerrada y llena de cantos de grillos. Los proverbiales perros, guardianes ancestrales de nuestros hogares, ladraban como dándonos la bienvenida, avisando a todo el pueblo que esa noche aparecían por las goteras de Santa Cruz dos profesores acompañados de don Arcadio Ibarra.

Don Arcadio, con voz fuerte y autorizada, avisó a su gente que habíamos llegado, que al día siguiente se presentarán en la escuela para lo que fuera necesario. Varias personas salieron de sus humildes viviendas a darnos el saludo. El trayecto parecía interminable, pues, según don Arcadio, teníamos que presentarnos ante el presidente de la Asociación de Padres de Familia, don Raymundo Ambriz, quien, para colmo de nuestro cansancio, vivía en el extremo opuesto del pueblito. Todavía tuvimos que pasar un último arroyo y subir una cuesta antes de llegar a la casita de don Raymundo, quien, al escuchar el ladrido de los perros y el bufar de la Prieta Linda, salió a recibirnos, previo aviso de don Arcadio.

—¡Ahi te los encargo, vienen muy cansados y sin comer! Préstales un petate y unas sábanas pa' que duerman. Mañana vengo por ellos pa' presentarlos con los padres de los niños.

Dicho aquello, se despidió de nosotros y nos dio las buenas noches. Los cascos de la Prieta Linda resonaron en el pedrerío hasta perderse en la oscura lejanía.

—¡Pasen, maestros! ¡Mira nomás cómo vienen, parecen Santo Cristo! Descarguen, anden, siéntense, *orita* mi mujer les va a servir un taquito. ¡A ver, mujer, pon la mesa que los maestros *train* cara de hambre! ¿Desde a qué hora almorzaron?

—Desde las diez de la mañana, señor.

—¡Uh, pos' ya hace muchas horas!

—Sí, señor, muchas horas.

—¡Anden, lávense las manos, *orita* van a comer!

Al querer levantarme, acusé mucha dificultad para hacerlo y un fuerte dolor de piernas y pies. Don Raymundo lo notó fácilmente y me pidió que le mostrara mis pies. Yo se los mostré y casi da un respingo al verlos tan heridos, sangrando por las ampollas que se formaron con el contacto constante del camino pedregoso. Los calcetines eran sólo hilachos manchados de sangre y tierra, los zapatos ya no tenían la suela completa. De aquel flamante par de zapatos bicolores, quedaba un destrozado

par de desjaretadas tapas, raspadas de tanto andar entre agua y piedras, con trozos de agujetas que apenas sostenían a mis pies. De aquellos extravagantes tacones vueltos hacia atrás, quedaban sólo restos carcomidos y casi al ras del inicio del zapato.

—Mañana le doy un par de huaraches tierracalenteños. Me los paga cuando reciba su primer sueldo, ya sé que a los maestros nuevos les pagan después de meses.

Como pude, me quité los maltrechos zapatos, o lo que quedaba de ellos, y los puse a un lado de la mesa. Pisando con dolor y ardor, así en los pies como en el orgullo. Me los lavé, me lavé las manos y la cara, luego, con timidez, me acerqué a la mesa nuevamente buscando mitigar todo el sentimiento a través del disfrute de una reconfortante cena.

La esposa de don Raymundo sirvió dos humeantes y aromáticos platos de caldo de gallina con arroz y verduras. Puso una salsa martajada de molcajete y agregó dos vasos con agua, pero lo que no veíamos eran las tortillas, pues acá por el centro del país no pueden faltar con el caldo. Así, permanecemos un buen rato, sólo sopeando con la cuchara, hasta que el propio don Raymundo nos dijo que si no nos gustaban las tortillas. Le respondimos que sí, pero que no las veíamos.

—¡Ah, qué maestros! Si mi mujer las acaba de hacer en el comal. ¡Miren, aquí están en este guaje, sólo que está tapado para que no se enfríen!

—Perdón, don Raymundo. ¡Es que en nuestra tierra no se conocen los guajes como tortilleros!

Después de descubrir el tesoro de las tortillas, desaparecieron hasta casi agotarse por completo. Aquel caldo y su respectiva piernita de gallina restauró nuestras fuerzas y a los pocos minutos nos quedamos dormidos en los petates que nos prestó tan amable señor.

Al amanecer, unos cerdos que buscaban su almuerzo nos despertaron, obligándonos a dejar los petates para iniciar con las responsabilidades de todo profesor. El dolor en los pies

había disminuido, pero el ardor de las ampollas era cruento. El señor Raymundo cumplió su promesa de fiarnos el par de huaraches que, al hacer contacto con la piel viva, me lastimó intensamente. El cuero estaba nuevo, por lo tanto, muy duro, lo cual provocaba que las heridas se agrandaran más.

En Santa Cruz los hombres se bañan en el arroyo. Hacia allá nos dirigimos cojeando por el dolor que el roce de la correa producía al caminar, luego, al entrar en contacto con el agua y el jabón, el ardor era aún más intenso. Como ese día era nuestra presentación ante la comunidad escolar, teníamos que ir limpios. El dolor en los pies lo disimulamos hasta donde fue posible.

Antes de presentarnos en la escuela y de agradecer a don Raymundo su gentileza, dejé los restos de mis zapatos de graduación en el espacio que hacía las veces de muladar a los desperdicios de aquella humilde familia. Allí quedaron como chanclas aquéllos que lucieron en la ceremonia y baile de mi graduación, que soportaron en el andar de los meses que prosiguieron a los preparativos de nuestra partida a Michoacán, que brillaron en el baile del 16 de septiembre de 1973 en Turicato y, por último, anduvieron en el camino a Santa Cruz de Morelos.

Mis zapatos bicolores no aguantaron la ferocidad de los caminos de Tierra Caliente y, como dos héroes inmolados en el cumplimiento de su deber, quedaron abandonados en el basurero detrás de la casita de don Raymundo Ambriz.

JUAN CARLOS DELGADO LÓPEZ

Originario de Aguascalientes, es autor de 20 libros digitales de géneros literarios diversos (poesía, refranes, narrativa, aforismo), algunos de ellos son *Sensible*, *Tangible*, *Formas*, *Razones* y *Trilogía poética*. Es miembro de la Red Mundial de Escritores en Español (REMES), de la Red de Escritores por la Tierra (RIET) y del Movimiento Poetas por el Mundo. Ha publicado en varias antologías en México y el extranjero. Le gusta difundir su trabajo en medios de comunicación.

Abismo

Con el abismo de inconformidad hacia la injusta calamidad paseando por los jardines del destino.

Ondeando la labra del sol acariciando el ahora, con un lamento irónico de la vida y el golpeteo crudo y galopante hacia la pertinaz lluvia.

Insensata, lúgubre confeccionada con el triduo imperfecto de la continuidad.

Aberración implícita de la constelación y flagelos de la co-raza del alma.

Intuye, dirime, reflejo infame, corre la esperanza, desde el hito, al soplo del viento con el fin de la insurrección.

Por tu ser

Hasta el cansancio, una y otra vez, tu amor restregado de ilusiones. ¡Qué confusión! Por instantes, la constelación se había tornado gris, invocado por el advenimiento de la brisa, supe del amor, supe de ti, entre brumas y espinas; pero el deseo se arrojó al vacío del incesante recuerdo, auspiciado por tu ser y tu vano entendimiento.

Aprendí

Aprendí que lo mínimo era dar lo que no pude conservar y en la humildad poder obtener lo que no me pudieron otorgar.

Reacio

Se puede entender de sobremanera qué es el amor si éste está reacio a sobrevolar con alas propias.

Insomnio

Son largas las noches cuando el insomnio amoral hace de las suyas.

Voluntad divina

¿Quién dijo que los horizontes son polos distintos? Se ve la paridad en la misma dirección.

Tendrá el sol que postrarse ante el brillo de la luna.

Podrá el viento hacer de las suyas y la muerte no llegará sin penumbras, ni tones y alientos, por ello anunciando los cielos, con estrellas y lluvias, el fin de una vida que corriendo sucumbe ante la voluntad divina.

La distancia

La distancia olvida
razones.

La distancia crea
barreras.

La distancia debilita
querencias.

La distancia crea
alternativas.

La distancia, puente de
grandes disyuntivas.

¡Oh, distancia!, qué alegría
cuando veo, en definitiva,
tu onerosa partida.

Antes

Antes que hoy fue un ayer.

Antes que un adiós, un abrazo.

Antes que una sonrisa, una
mención.

Antes que un adolescente, un
niño.

Antes que un verdadero amor
una decepción.

Antes que un adulto, un joven.

Antes que una flor, un tallo.

Antes que un otoño, una
primavera.

Antes que una sonrisa, un gesto.

Antes que una mañana, un
atardecer.

Antes que una noche, un día.

Antes que una palabra, un
silencio.

Antes que un olvido, una
querencia.

Antes que un perdón, una
ofensa.

¡Antes que Dios, el tiempo
y el viento ¡nada!

Iré

Iré por esos besos que
atañan mi alma.

Iré por esas caricias que
ahogan mi garganta.

Iré por esos brazos que
abarcán mi ego.
Iré por esos labios
de fuego.
Iré por un hoy, mas
no por un hasta luego.

Tu presencia

Las flores adulan la
esencia.
Los mares suelen ser
efervescencia.
Los trinares de los
pájaros sin más que
ninguna competencia.
La luna suele ser amor
sin decadencia.
Cuán tan marcada
diferencia en mí es...
tu presencia.

Nano relatos

Lo que queda

Existen muchos caminos, con el tiempo uno.

Continuación

Érase un día un hombre encadenado... y aún sigue...

Añorador

Cantaba de tristeza, en sus ratos libres, añoraba libertad.

Claro oscuro

El hombre despertó de una cruda realidad... aún la tiene.

Olvidadizo

Regresó por su último sentido.

Cansado

Agotó su mirada y se fue.

Arrogancia

Brilló, supuso que era otro.

De vuelta
niñez, juventud y adultez; empezar de nuevo.

Refranismo

Si hay vida...
hay esperanza de pagar las deudas.

A viento huracanado...
un buen resguardo.

Si no miras adelante...
ciento por uno, probabilidad de tropezarte.

La vida y el tiempo...
requieren de mucho aliento.

El infierno está lleno de...
figuras con cuernitos.

Más vale malo que...
malísimo (es *pior*).

No hay plazo que...
venza a otro plazo.

Tanto va el cántaro...
¡Mmm, que la... no aguantó nada!

El que dice la verdad...
se le olvidaron las mentiras.

El que tiene...
mandar puede.

El oro somete...
al que se entremete.

Al tiempo la benevolencia...
y a la vida la paciencia...

Primero está mi boca...
que la de la vecina que me toca.

De maíz en maíz...
se llena una lombriz.

Más vale una gallina manca...
que cinco sanas en el hocico de un coyote.

Al cliente, al invitado y al *dijunto*...
¡Hay que despacharlos pronto!

El que condiciona...
la voluntad no le funciona.

Cría coyotes...
y te ganarán las gallinas.

Enemigo desbocado...
invítale un bocado.

Al camino largo...
se le busca un atajo.

Deja ir...
lo que no has de vivir.

La chanza es...
una vil desesperanza.

Con las palabras y el viento...
ándate con viento.

Al que le aprieta el zapato...
callo se le puede volver de rato.

Aforismo

La muerte es una fuerte opositora de la vida y nosotros los personajes de toda la historia.

He vivido, he amado y he despertado, lo que me falta es tener el suficiente tiempo para apreciar lo que ya he pasado.

Pudiera haber mucha belleza externa o interna, pero poseer ambas es un fenómeno nunca antes visto.

Cuando decidas irte de mis sueños sólo deja el recado y no me despiertes.

La esperanza, balcón del buen soñador.

El que camina aprende, el que cabalga deletrea y el que corre sólo tropieza.

Alguien dijo: “Que somos humanos”, yo digo que somos sentimientos.

La literatura no es un consenso con algún límite.

La belleza es sólo un hematoma del tiempo.

No sólo es temerle a lo malo, sino a lo que de lo bueno emerge.

La grandeza de un ser humano no se mide por lo que pueda o no dar, sino por los actos que su corazón le dicte.

DERLY ESTRADA DÁVILA

*P*rofesor de educación primaria con formación en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011 de Aguascalientes y especialista en matemáticas. Fue asesor técnico pedagógico en primarias y actualmente se desempeña como jefe del Departamento de Educación Primaria del Instituto de Educación de Aguascalientes.

Sí, maestro, así es...

Después de extraordinarios y múltiples intentos, se cristaliza el mayor logro científico y tecnológico de la humanidad. Al fin, tres notables científicos, cada uno de diferente nacionalidad, serán los primeros viajeros en el tiempo. La tarea no fue fácil, se necesitó la cooperación de gran cantidad de países y enormes recursos intelectuales y económicos. El esfuerzo era mundialmente esperado con singular expectación.

Una de las mayores dificultades enfrentadas por el experimentado equipo de científicos fue tomar acuerdos en relación al lugar histórico al que se pudiera viajar; discutieron amplio y tendido si se viajaría al pasado o al futuro. Decidieron que era mejor conocer un poco del pasado, de nuestra historia universal.

La decisión debería ser estratégica, sobre todo porque el instante con el que contaba el Módulo “Viajeros del tiempo” eran escasos cinco minutos de permanencia en el pasado, los cuales, de no cumplirse, podrían tener graves consecuencias, tanto para el presente como para el tiempo antiguo. Tuvieron que decidir también si retornaban a un tiempo específico de la historia o a la visita de algún personaje. Decidieron lo segundo. Ahora debían elegir qué personaje: Jesucristo, Napoleón, Van Gogh, Beethoven, etcétera. Al final, eligieron a uno de los personajes más extraordinarios de la historia: creativo, inteligente, polifacético, dueño de amplios conocimientos, con carismática personalidad y vida interesante, Leonardo Da Vinci era la opción, sobre todo porque, seguramente, aceptaría con buen temple el hecho de dialogar con seres del futuro. Además, se tenía una noción muy precisa del tiempo en el que vivió.

El viaje se preparó con detenimiento y excesivo detalle. Se eligió cuidadosamente el guion de entrevista con el que se le abordaría y las condiciones con que plantearían tanto la ida como el regreso. El día llegó y la aventura dio inicio. El encuentro fue afortunado y predecible; Leonardo, con su visión

futurista, aceptó el hecho a las mil maravillas con emoción. Pero, algo fue mal calculado, él opacó la entrevista planeada por los viajeros, pues, dueño de una personalidad inquieta y curiosa, abrumó con cuestionamientos a los visitantes antes de que ellos pudieran plantear una pregunta: “¿Cómo es su mundo? ¿Qué avances existen? ¿Cómo lograron llegar hasta aquí? ¿De qué están hechas sus ropas? ¿Qué se siente viajar a través del tiempo?” Entre muchas otras.

Por fin, en un momento que Da Vinci dejó de hablar al ver que sus preguntas no recibían respuesta, el comandante de la misión, en tono de soberbia y mostrando la arrogancia intelectual característica de la deshumanización personal, se explayó en dar explicaciones sobre la vida en el futuro.

—Mire, maestro —dijo el comandante—. Efectivamente, en nuestro tiempo, los avances son formidables y seguramente inimaginables para su época. Volamos en vehículos hechos de metales que aquí todavía no existen, y más perfectos de los que usted imaginó. Almacenamos la música en pequeños dispositivos que podemos transportar en el bolsillo con miles y miles de melodías. Usamos baterías que contienen energía eléctrica, los libros son fabricados por millones y las obras de arte se reproducen en litografías que se venden a precios accesibles en todo el mundo. La ciencia y la tecnología han perfeccionado la forma de vida. Nos comunicamos por todo el mundo con aparatos llamados teléfonos y algunos son celulares y por internet, por Facebook, WhatsApp y los autos se mueven por...

Los comentarios del comandante tenían extasiado a Da Vinci, quien estaba sorprendido y emocionado. Después de unos segundos en silencio, dijo:

—Su mundo debe ser maravilloso. Aquí, tener un libro requiere de tiempo y mucho dinero, para escuchar música debemos ir a una sala de concierto y pagar por ello. Las obras de arte se solicitan a los artistas y soñamos con volar, pero lo que más me emociona es imaginarme su mundo perfecto. Supongo

que todas las casas son como enormes museos con las paredes cubiertas con hermosas pinturas, han de escuchar la música más excelsa del universo y deben tener grandísimas bibliotecas donde todas las personas pueden, con toda tranquilidad, leer día y noche las grandes obras de la literatura. Con una ciencia tan desarrollada es seguro que están libres de enfermedades y gozan de salud plena, el hombre es dueño de la naturaleza y el centro del universo...

Conforme Leonardo hablaba, los viajeros desdibujaban sus caras; la tristeza los inundaba y la soberbia inicial del comandante se apagó.

—Pero, sobre todo —continuó Da Vinci—, me imagino que con esos avances ya deben haber erradicado el robo, la envidia, los bajos instintos, la pobreza, el hambre y nadie ha de sufrir en su época. Debe ser un mundo muy feliz con justicia para todos, en armonía, sin guerras, ni armas, ni dominios. Sus gobernantes deben ser grandes sabios y los ciudadanos aún más. Una sociedad educada, instruida y plena... Así es su mundo, ¿verdad?

Los viajeros se miraban consternados al escuchar al artista y no supieron qué decir. Quedaban pocos segundos para el regreso y el comandante, con el rostro transformado y la prepotencia desvanecida, sólo agregó como despedida:

—Sí, maestro, así es...

JAVIER GARCÍA ZAPATA

*N*ació en el año 1965. Estudió parcialmente la carrera de Letras Hispánicas y actualmente se desempeña en el sector educativo. Ha publicado un libro de crónicas y dos textos escolares. Publica, a partir de febrero de 2008, en páginas de la red, como *La Casa de Asterión* y *Los Cuentos*. Ha explorado las redes sociales para ofrecer a un público amplio reflexiones personales de carácter literario y filosófico.

Última llamada

Quedó agotada la espiral de la cordura;
entre sordos metales se ahoga el devenir del pensamiento;
no existe un nuevo mundo a dónde encaminar nuestros navíos.
Ya todo bajo el sol se ha calcinado,
y lo único cierto
es el desierto que no cede.
Aquí en donde ahora estamos,
estamos a un momento del abismo.

Oxidado el sextante, la brújula quebrada,
cegados por la voz de los narcisos,
para resucitar
debemos encontrar en dónde nos perdimos,
y descifrar en cuáles laberintos de soberbia
nos halló el extravío.

Hay que emprender ahora
ya sedientos
el último camino:
el que lleva de vuelta al punto de partida;
el mismo que anduvimos recorriendo por las eras que eran y
se fueron
quedando en los zapatos devastados, en las duras sandalias
apretadas de frío,
en la esterilidad de los sistemas, en el turbio equilibrio de los
ismos,
en la quebrada voz de los libros vueltos polvo en los estantes,
en la ebriedad sin pausa del hastío,
en el eco repetido de lo mismo.

Hay que reconstruir a ojos cerrados
las caras del asombro,
encender cada noche las sombras del olvido;

plantar de nueva cuenta en el centro del huerto
un árbol de ignorancia
para encontrar entre la pulpa de su fruto
el mapa que nos lleva hacia un cierto destino.

La tarde adolorida está llamando
a desnudarnos otra vez de cuerpo entero;
debemos revestirnos de parras sin memoria,
desahogarnos de estruendos y de vino,
enjuagarnos la boca y las palabras,
descalzarnos los pasos del equívoco
y construir el oriente
para no seguir errantes
por los hilos
de los siglos.

Mujer de todos los días

Tú no eres un ángel, y ¡qué bueno!
Me estorbarían tus alas para volar por tu cama
persiguiendo tu aliento.
Es estrecho mi armario para guardar
una aureola.
Te prefiero mujer,
con senos, con sexo, gemidos y caricias;
mujer
de carne estremecida hasta mis huesos,
de huesos flotando por mi piel
con su deseo
sin ropa de rubores,
sin nubes de por medio.
Te quiero sudando mis sentidos
sobre el alero de tus párpados;
sorbiéndonos las ganas hasta el tuétano,

temblando en tus adentros
sobre el arco triunfante de tu espalda
de excursión por el cielo;
trotando tú, concretamente asible,
mientras te toco y veo.
Te quiero así, terrestre, terrenal,
celeste fruto de la tierra,
eternamente temporal,
mujer terrena
de polvo y de jaquecas.

...

Mujer de todos los días,
mujer de uno solo:
en tus alas carnales,
elévame;
en la diadema de tu pelo,
enrédame;
en la transparencia de tu vientre,
revíveme;
con el lenguaje de tu pubis,
enciéndeme;
con las aureolas de tu pecho,
coróname;
en el paraíso de tus muslos,
sálvame
de mí.

A tu lado

A tu lado me tiendo
como una sorda nota en busca del sonido;
tu dulce pentagrama es el milagro
cuando el silencio amaga
con su estruendo nocturno.

A tu lado me extiendo
y soy la hiedra amante y victoriosa,
una dispersa nube que se va compactando
para vaciar su sed
en tus estrechos lagos.
A tu lado me atiendo
como en feudales campos,
y tomo de los frutos vibrantes de tu pecho,
del vino de tu boca,
del cereal de tu cuerpo,
de la leche que mana de tus cantos;
y me unto en tus manos,
y me grito tu nombre con los labios cerrados,
y te doy mi semilla
como mínimo pago.
A tu lado me entiendo.
No sé si queda claro...

Sueños y palomas

Dulce rostro del sueño apenas comenzado,
río de luz que construye su nido
en la sed de mis brazos;
desoyes el reclamo de las propias certezas,
que en procesión constante
nos amagan
y arañan la conciencia
mientras se fuga
el día.

Con azoro nos miran las palomas,
tenaces en su vuelo intermitente,
y las rosas renuevan su fragancia
en los huertos dorados de tu carne.

Le saben bien mis manos a tu espalda,
ceñida por el goce de las horas maduras
apenas preocupadas
por aprender
de nuevo
los besos balbuceantes del verano.

El fuelle de tu boca sopla vida en mi cuello,
y se quedan tus labios grabados en mi aliento
mientras la piel se hidrata girando sobre el fuego.

Si el amor se cansa de nosotros

A veces,
frente a la tarde,
me gusta imaginar
que somos como el agua:
circular
reciclable
en las entrañas de la fuente
abrazándose siempre.
Y pienso
que somos piedra y agua
encontrándonos los labios
al pie de las montañas,
o en la cima de un puente.
Y me gusta creer
que si el amor se cansa de nosotros
no estaremos aquí
para saberlo.

J. JESÚS GONZÁLEZ RIVAS (+)

*J*esús González Rivas nació el 16 de julio de 1933 en el rancho El Zapotito, municipio del Teúl de González Ortega, Zacatecas. Desde pequeño fue un alumno destacado que aprendió a leer y escribir en tres meses. Estudió en las escuelas normales rurales de San Marcos, Zacatecas, y Mexe, Hidalgo, donde se integró a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México. Posteriormente, estudió en la Escuela Normal Superior de Nueva Galicia, Jalisco, un posgrado en la UAA y una especialidad en la UPN. Desempeñó diversos cargos directivos, participó en investigaciones educativas y tuvo varias publicaciones. Fue integrante de Seminario de Cultura Mexicana y destacado maestro de La Cofradía. Su vida y obra es reconocida en el magisterio de Aguascalientes, pues dejó un gran ejemplo de compromiso, dedicación y respeto hacia la profesión docente.

Fidelidad a tu recuerdo

Un tenue viento de aromada esencia
es el recuerdo de un amor lejano:
sueño de juventud, puro y galano
que alegra la aridez de mi existencia.

La añoranza mitiga el mal de ausencia,
la tristeza me libra de su mano,
la cuerda del dolor pretende en vano
asfixiar mi esperanza sin clemencia.

Brilla el sol en el cielo y los gorriones
dialogan en la fronda con las rosas,
florecen por doquier las ilusiones.

Un prodigio cambió vidas y cosas:
las quejas se tornaron en canciones,
los recuerdos se han vuelto mariposas.

Atequiza, Jal., abril de 1966.

En una tarde gris

Tu ausencia material me desconcierta,
estruja mi alma, abate mi entereza,
nubla los horizontes donde antaño,
entre celajes de sonriente calma,
brillaba alegre la luz de la esperanza.
Mi canto sonoral de notas líricas
ha enmudecido en decreciente escala
hasta llegar al sepulcral silencio.
Frágil y a punto de final suceso,

dando tumbos de agónica porfía
flota el esquiife roto de mi vida
en el mar insondable de la angustia.

Marzo de 1981.

El tercer tiempo

En uno de mis textos hablo de que Aguascalientes ha sido para mí una presencia en dos tiempos: el primero, el de la época de estudiante campesino, cuando esta ciudad era el único centro urbano importante que yo visitaba algunas veces; el segundo, cuando el destino quiso que pudiera establecerme aquí en compañía de mi familia. Sin embargo, últimamente he caído en la cuenta de que Aguascalientes significa también el presente que estoy viviendo. De este modo, puedo hablar de un tercer tiempo, de ahí el porqué del título que encabeza esta modesta antología.

Este tercer tiempo tiene que ver con la llegada a la tercera edad con todo lo que brinda y lo que niega, lo que da y lo que quita. En mi caso, tengo que estar agradecido porque me trajo la jubilación y, gracias a ella, he ingresado a un periodo de calma propicio para la reflexión, la lectura, oír la música que me gusta, ver películas y alternar con mis amigos.

Me ha traído, además, algunas enfermedades, la pérdida irreparable de algunos familiares, de amigos que extraño y recuerdo con cualquier motivo y a cada rato. He procurado no caer en la trampa del hastío y en el vacío del aburrimiento. Es tiempo de revisión, de examen de conciencia, de hacer el balance sobre lo que hemos sido y lo que no pudimos ser, sobre lo que hicimos y lo que debimos haber hecho.

Vivir en Aguascalientes en este tercer tiempo, en este tercer escalón de mi vida, me ha dado ocasión para llenar,

productivamente, mis ratos de ocio; estoy convencido de que nunca es tarde para emprender nuevos caminos. Con esta idea en mi mente solicité ingresar al Seminario de Cultura Mexicana con su Corresponsalía en Aguascalientes. Al ser aceptado en esta instancia cultural, he tenido la oportunidad y el privilegio de entrar en contacto con personalidades que ocupan un lugar sobresaliente en diversos campos de la cultura: periodistas, historiadores, pintores, músicos, escritores, etcétera. El trato con ellos ha ensanchado mi visión acerca del conocimiento. Ahora puedo constatar que la cultura no es un logro individual, sino la suma de acciones colegiadas y de procesos interdisciplinarios.

Por encomienda del seminario he aportado algunas de mis experiencias de orden educativo pedagógico. Con tema histórico, presenté un ensayo, en 1994, sobre la participación de los maestros en la Revolución mexicana. Éste fue publicado en el número 1 de la colección Tercer Milenio que edita el Instituto de Educación de Aguascalientes (IEA) y ha circulado a través de la oficina de difusión del propio instituto. La edición estuvo a cargo de dos jóvenes maestros que me distinguen con su amistad, Rolando Bernal Acevedo y Armando Quiroz Benítez; el prólogo lo hizo el historiador y maestro universitario Salvador Camacho Sandoval, de quien admiro su amplia producción como escritor y, desde luego, su sencillez y bonhomía.

Asisto con regularidad a las reuniones mensuales que, con carácter ordinario, celebra la Corresponsalía, así como a las conferencias y exposiciones que convoca. Debo decir que mi participación en el seminario es, más bien, discreta, acorde con mis antecedentes formativos. A veces me pregunto qué estoy haciendo ahí, tratando de alternar con personas muy connotadas en los campos de la cultura y las artes. No obstante, estar consciente de mi limitada participación me complace tener cabida en ese foro al que con frecuencia recurren las instancias oficiales en demanda de opiniones y criterios para tomar deci-

siones importantes que tienen que ver con la vida sociocultural, ya sea en el ámbito local y, a veces, en el contexto nacional.

Por invitación expresa que me hicieran algunos exdiscípulos, maestros con reconocida vocación histórica y literaria, participo, aunque con escasos merecimientos, en las reuniones de La Cofradía, grupo de amigos que se reúnen cada mes para dar a conocer e intercambiar sus textos literarios o históricos y hacer el análisis y la crítica acerca de esos materiales. Este grupo comienza sus reuniones en plan de bohemia: se brinda con bebidas espirituosas, se degustan las viandas que ofrece el anfitrión en turno y se hace gala de gracia e ingenio en charlas aparentemente informales. Pero llega un momento en que los asistentes cambian diametralmente su rol: empiezan a intercambiar los impresos que contienen sus textos y la reunión de bohemios se transforma en un dinámico taller literario al que aportan los cofrades sus composiciones poéticas, algún ensayo, alguna crónica, o bien, alguna pieza narrativa, materiales cuya lectura desencadena la crítica, juicios y sugerencias que tienen como finalidad pulir y mejorar los textos.

La Cofradía se constituyó en 1994 a partir de la invitación que Rolando Bernal Acevedo, entonces director del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes (CRENA), hizo a un reducido círculo de amigos. Recuerdo que acudieron Luis Avelar González, Armando Quiroz Benítez y Juan Manuel Aranda Mata. En esa primera etapa participaron también Mario Cruz Palomino, el profesor Demetrio Rodríguez Orozco y su hermano el profesor Antonio. Después, se fue sumando gente muy valiosa, entre ellos mencionaré a Jesús Gutiérrez Romo, Fortino Valdivia Magdaleno, Rogelio Guerra Espinoza, Alejandro Collazo, Jaime Arteaga Novoa, Salvador Camacho Sandoval, Gustavo Meza Medina y algunos más, cuyos nombres escapan en este momento de mi memoria. En la etapa actual se han incorporado jóvenes valores como Adán Contreras Alonso y Zeus Guerra Armas.

Creo que, con el paso del tiempo, cuando haya alguien interesado en la investigación del acontecer cultural de Aguascalientes, puede recopilar en una antología la variada y abundante producción de La Cofradía. Nuestros sucesores constatarán que hubo un grupo de jóvenes amantes y conocedores de la buena literatura que formaron una especie de ateneo aguascalentense, cuyas huellas y testimonios fehacientes quedaron registrados en las páginas de la historia literaria de esta porción de nuestra patria. Como queda dicho, la producción de La Cofradía es abundante y variada en cuanto a géneros. Vale la pena recopilar esa producción.

Gran parte de ella la conservan algunos de los cofrades, me consta que Mario Cruz Palomino es quien ha tenido el cuidado de ir archivando ordenadamente los trabajos presentados; además, él, gracias a sus probadas dotes en las artes plásticas, ha sido prácticamente el cronista gráfico de La Cofradía. Es de hacer notar que tan sólo con las crónicas y relatos que, invariablemente en cada reunión, presenta el periodista Jaime Arteaga Novoa, se podría integrar una interesante colección.

La disponibilidad de tiempo me permite en esta etapa de mi existencia redactar sencillas notas con pretensiones de llegar a ser ensayos; he colaborado, con cierta regularidad, en *El Barzón*, esfuerzo periodístico que realiza el estimado amigo Gilberto Lozano Montañez. Me siento honrado por la distinción que me han dispensado algunos amigos y compañeros al invitarme para que les escriba el prólogo a obras de su autoría. Pues bien, la recopilación de sencillos textos y notas sueltas es la que da forma y contenido al volumen que se ofrece a la benevolente atención de los posibles lectores.

Extraversión autobiográfica

Hace siete décadas, cuando ayudaba a mi padre en las labores del campo bajo los rigores e inclemencias del tiempo, pensaba yo que cuando fuera grande tendría otra ocupación más cómoda y más provechosa para mis semejantes. En este sentido, aspiraba a ser como mi maestro de escuela, quien, por sus cualidades, se había ganado el respeto y la estimación de todos en aquella comunidad rural donde vivíamos; además, quería transmitir mi acervo cultural que se reducía al conocimiento de la historia sagrada, la historia de México escrita por Gregorio Torres Quintero bajo el título de *La patria mexicana* y algunos cuentos y fábulas extraídos de los libros que leíamos en clase.

Mis maestros de primaria fueron excelentes personas. Ellos hicieron el bien de estimularme y ayudarme para que siguiera adelante en el estudio. No puedo decir que hayan sido maravillas de la pedagogía, pero, en cambio, eran honestos, responsables, se entregaban sin reserva al cumplimiento de la misión que tenían encomendada, rebasando el tiempo de los horarios y los límites de la escuela, fundiéndose con la comunidad rural para promover, desde dentro de ella, la dignificación social de la gente por medio de la recreación, el deporte y las tareas de mejoramiento material. En el aula eran una combinación de reminiscencias lancasterianas, con ribetes positivistas y aires de resonancias socialistas.

A los trece años de edad llegué a la Normal Rural de San Marcos, Zacatecas, y allí experimenté un cambio radical en mi forma de vida y de ver el mundo. La escuela pasó a ser todo para mí. La vida del internado, poco a poco, se me hizo no sólo tolerable, sino también agradable.

Pude adaptarme al ritmo y a la rigidez de un sistema semimilitarizado: formación de revista en la madrugada, tiempo limitado para tender la cama y asearse, formación y paso redoblado para pasar al comedor, toque de corneta para

entrar y salir de clase, desfiles cívico-militares en fechas especiales, honores de ordenanza a la bandera todos los lunes, mañana y tarde, rigurosa asistencia a la hora de estudio y biblioteca después de la cena, toque de silencio, lúgubre y solemne, que indicaba la hora de recluirse en el dormitorio y prepararse para el descanso nocturno que, a las cinco y media de la mañana siguiente, era interrumpido bruscamente cuando nos despertaba el toque de diana ejecutado por la banda de guerra que paseaba con su rítmico estruendo por los corredores y pasillos de la escuela pregonando la hora de levantarse. Luego de pasar la revista, había que ir corriendo a traer los útiles y asistir a aquellas clases tempraneras de seis a ocho que se aprovechaban muy bien, porque a esa hora se tenía la mente despejada.

Esta vida podría parecer monótona, pero no era así gracias al ambiente de camaradería que vivíamos, a las idas al cine los domingos, a los festivales que se presentaban cada viernes y, sobre todo, a las fiestas del Día de la Mujer, el Día del Maestro, del Estudiante y la gran fiesta de aniversario, sin olvidar la solemne ceremonia de clausura de cursos.

Estas celebraciones culminaban con rumbosos bailes amenizados por las orquestas de moda. A ellos se invitaba especialmente a las muchachas de la Normal Rural de Cañada Honda, Aguascalientes. La relación fraternal y siempre respetuosa que establecimos con nuestras compañeritas de Cañada llegó a forjar firmes lazos de amistad y, en algunos casos, romances más o menos platónicos que, al término de la carrera, se tradujeron en felices matrimonios.

Mis maestros de la normal fueron, casi todos, muy buenos expositores, explicaban sus temas de forma amena, nos pedían que elaboráramos el resumen correspondiente. Después del pase de lista, sorpresivamente preguntaban la clase del día anterior y registraban las calificaciones para promediarlas con las pruebas mensuales. Hacían de los exámenes semestrales y finales un verdadero ritual que nos ponía tensos. Rigurosos en

la calificación hasta el extremo de los milésimos. La disciplina en la institución era rígida y se llevaba mediante la aplicación de un código disciplinario, discutido y aprobado en junta de comunidad escolar.

Ese código contenía un tabulador que asentaba las infracciones en las que podíamos incurrir y frente a cada una de ellas, las sanciones según la gravedad de la falta; esas sanciones se expresaban con determinada cantidad de puntos que se descontaban de cien que cada alumno recibía al inicio del año escolar; si agotaba este caudal, el estudiante causaba baja de la escuela y se iba a su casa. Con ese sistema, nos habituamos a administrar y controlar nuestro propio comportamiento, además, se evitaban regaños y actitudes autoritarias por parte de maestros y directivos, pues se desterró la inveterada costumbre de sancionar faltas realizando trabajos especiales. Se nos enseñó que el trabajo tenía una función mucho más noble que la del castigo, si éste alguna vez ha tenido esta cualidad.

Los tres últimos grados de la carrera los cursé en la Escuela Normal Rural de El Mexe, Hgo., desempeñando el cargo de secretario de actas y acuerdos del Comité Ejecutivo Nacional de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM). Con este encargo, tuve la oportunidad de conocer casi todas las normales rurales del país y darme cuenta de que la vida en ellas era semejante, casi igual, a la de San Marcos.

La FECSM representaba y defendía los intereses de todos los normalistas rurales, gestionaba los pliegos de petición de cada sociedad de alumnos ante las autoridades de la Secretaría de Educación Pública, con la cual se asumía una actitud de independencia y una postura contestataria como medio de presión política que condujera a la solución de los problemas. En lo académico, mi permanencia en El Mexe fue la continuación de mi vida de sanmarqueño, con la diferencia de que entonces me sentí parte de todo el sistema de escuelas normales rurales.

Cinco años en San Marcos y tres en El Mexe suman los ocho años de mi vida estudiantil. En este periodo pude tender la mirada curiosa hacia horizontes novedosos, entré a un mundo nuevo de cultura espiritual, conciencia social y orgullo nacionalista. Los libros me llevaron hacia escenarios insospechados, llenaron mi mente de acontecimientos históricos y sembraron en mi conciencia la inquietud por el conocimiento.

Un día me vi con un certificado de estudios en la mano, lleno de incertidumbre, pues mi vida iba a experimentar un cambio radical: dejaría el abrigo un tanto áspero –sin embargo, tibio y seguro– del internado y enfrentaría una realidad nueva: la del trabajo. Fui profesor de primer grado y padecí la angustia de ver cómo pasaban los días y mis alumnos no aprendían a leer y escribir. Aunque me esforzaba al máximo y tuve que hacer gala de ingenio y de inventiva para salir del problema, las armas con que me había dotado la normal no eran del todo efectivas, o bien, no sabía hacer uso atinado de ellas; no obstante, reconozco que los hábitos buenos, la perseverancia y una buena dosis de vergüenza me los había imbuido mi escuela madre.

En mi trabajo con alumnos de primaria, sobre todo en el aspecto disciplinario, fui a veces impositivo. Lamentablemente recurrí en ocasiones a los castigos corporales para tratar de corregir faltas que entonces me parecían abominables; por fortuna, estas actitudes equivocadas nunca fueron la norma de mi actividad docente, por lo general, conseguí estimar a mis alumnos y hacerme estimar por ellos.

Después de ocho años de trabajar en escuelas rurales, logré un acariciado anhelo: trabajar en una escuela normal, esto, luego de haber concurrido a seis cursos de verano en la normal superior donde me titulé de maestro en Lengua y Literatura Española. Añorando a mis grupos de primaria, pasé a dar clases a alumnos de escuelas normales, que entonces incluía la secundaria. En el sistema de normales permanecí otros 29 años y me jubilé hace 18.

Reconozco que mi labor docente no tiene nada de excepcional, pero la realicé con gusto, procurando ser responsable; no fui lo que se dice un innovador en el arte de enseñar y en la delicada misión de educar, a cambio de esa carencia, procuré seguir las huellas de los buenos maestros que me formaron. Ahora, he llegado a comprender cuánto se aprende cuando nos damos a la tarea de enseñar.

Los viejos libros de lectura

Los libros de lectura que tuvieron en sus manos los alumnos de primaria hace más de medio siglo estaban, por lo general, modestamente encuadernados y tenían pocas ilustraciones, hechas, casi siempre, a tinta negra; sin embargo, constituyeron amplios ventanales abiertos hacia los dilatados espacios del mundo y de la vida, en cuya contemplación se recreaban las miradas sorprendidas de los niños.

En las páginas de aquellos libros, los lectores en ciernes descubrieron la chispa que luego fue llama de vida en sus almas en formación. El deleite sano de aquellas lecturas sencillas, amenas e interesantes, despertó tempranas vocaciones científicas, aficiones literarias y asomos de compromiso social.

En los libros de lectura de antaño, las lecciones fueron sabiamente seleccionadas por sus autores o recopiladores. La exposición de los contenidos se hacía con lenguaje adecuado a los lectores para quienes estaban destinados; su extensión no rebasaba los límites, más allá de los cuales el aburrimiento impulsa a cerrar el libro y a olvidarse de él.

Las características de aquellos repertorios de lectura, que aquí apenas se esbozan, las encontramos presentes en el desarrollo de sus temas, por ejemplo, de la vida organizada y laboriosa de las abejas, las esforzadas travesías de las aves migratorias, el encanto de los bosques de secoyas, árboles gigantescos

de vida milenaria, o bien, daban noticia de las emocionantes aventuras de los exploradores que abrieron nuevos senderos, lo mismo en las profundidades misteriosas de las selvas tropicales que en las frías y desoladas extensiones blancas de los polos. Otras veces, exaltaban a los héroes de bata blanca que, puestos ante el microscopio y rodeados de matraces, probetas y tubos de ensayo, libraban duras batallas hasta lograr vencer esos azotes de la humanidad que son las pestes y las epidemias.

Con gran interés esperaban los pequeños lectores, en aquellos años, que el maestro continuara el relato mitológico o el pasaje histórico cuya lectura había dejado en suspenso la clase pasada. Con cierta anhelante alegría esperaban el día en que el horario de clases señalaba “lectura recreativa”, para tener la oportunidad de reflexionar acerca de la enseñanza contenida en la moraleja de las fábulas de Esopo, Fedro o La Fontaine. También, para incursionar por esos mundos de fantasía y maravilla que son los cuentos clásicos infantiles recogidos de la tradición oral, como es el caso de los que han immortalizado a los hermanos Grimm y a Charles Perrault, o los que son fruto de la inventiva creadora de muchos autores, entre los que sobresalen Hans Christian Andersen, Selma Lagerlof y Oscar Wilde.

No es exagerado afirmar que los viejos libros, aquéllos que leyeron nuestros padres y en los que algunos de nosotros también tuvimos oportunidad de leer, constituyeron un rico filón de conocimientos, mensajes dirigidos a las almas infantiles para arraigar en ellas valores permanentes como la verdad, la belleza, la justicia o la solidaridad humana; conceptos que, expresados en actitudes y reflejados en formas de conducta tendrían, y tendrán en cualquier tiempo, la virtud de hacer más grata, amable y digna la vida social.

Cuando se habla de los viejos libros de lectura, acuden a la mente títulos y autores como los que figuran a continuación:

- *Rosas de la infancia*, María Enriqueta
- *Alma latina*, Francisco César Morales
- *Iris*, Atenógenes Pérez y Soto
- *Poco a poco*, Daniel Delgadillo
- *Cuentos, leyendas y poemas*, Miguel Salinas
- *Alma campesina*, Esperanza Núñez de Huerta y Efrén Huerta
- *El sembrador, libros I, II, III y IV de lecturas para las escuelas rurales*, Rafael Ramírez Castañeda
- *Lecturas clásicas para niños*. Obra realizada en 1924 por el primer secretario de Educación Pública, don José Vasconcelos, quien nos dice “que se trata de una selección respetuosa de toda la literatura universal, depurada sin empequeñecimientos, rica y amena”

Algunos libros de lectura procedentes de otros países:

- *Corazón, diario de un niño*, del autor italiano Edmundo de Amicis
- *Lecturas ejemplares (aventuras, realidades y fantasías)*, del autor cubano Herminio Almendros. De este mismo autor, el libro *Oros viejos*, colección de leyendas de varias partes del mundo

ZEUS HAMLET GUERRA ARMAS

Profesor de primaria enamorado de su profesión y de la música. Destacado guitarrista, compositor y cantante. Ha realizado giras por diversos países de Europa y América. Con su estilo y gustos personales llegó a La Cofradía para ofrecer nuevas perspectivas del quehacer artístico.

Canciones

Café para dos

Después de piezas por bailar, brindis y las risas,
llegó el momento de estar frente a frente a platicar;
mostrando intensa fuerza, hablaron tus lágrimas.
Cuéntalas a este extraño que acaba de naufragar.

Destrozando coladeras, me dejaste filtrar
–sin pensar, lo deseaste– plasmándome tu verdad;
buscar hogar no es fácil, tienes mucho que pensar.
Serán más de mil formas sin incluir la soledad.

Tu mano reconoció un pasado dormido,
el tren que anhelábamos con boleto nos dejó.

Pasadas diez semanas, con la esperanza de entrar
en un sueño de hadas –¡que largas noches ansié!–
tú me diste la pauta, yo comencé a delirar.
Dejamos que fluyera el cuento que yo inventé.

Planteaste tu presente: “¿Qué es lo que buscas hacer?”.
“Tienes por quién luchar, tienes una gran bendición
–contesté–, nada que no queramos tú y yo, mujer”.
No sobraron palabras... tampoco faltó el amor.

Tu mano reconoció un pasado dormido,
el tren que anhelábamos con boleto nos dejó.

“¿Te gusta fumar sola? Tengo café para dos”.

El retiro

Cuando piensas que la vida
va a golpearte despiadada,
surge del peñasco infame
una ayuda inesperada.

Destrozada tu esperanza,
estás casi en agonía;
ves la luz que se te apaga,
¡te lleva la policía!

El ska es una coraza,
el rock tu arma soñadora;
y el punk te salva la vida,
cual alfombra voladora.

ROGELIO GUERRA ESPINOZA

*M*aestro de educación primaria egresado del CRENA, actor popular y callejero reconocido dentro y fuera del país. Promotor del arte y la literatura, luchador social, profesor de la institución que lo formó y promotor del “mochilismo utópico”. Ha participado en programas de radio y televisión. Ha sido actor en pastorelas y cuadros vivientes de la vida indígena, la Independencia y la fiesta de los muertos. Es autor de varios libros, entre ellos sobre el medio ambiente y Pancho Villa, además de ser un divulgador ingenioso de la historia y leyendas de Aguascalientes y lugares aledaños.

Perseidas

A lomo de tu juventud empiezas
la búsqueda de sueños y progreso;
y en la Normal, joven de nuevo ingreso,
tendrás tanto alegrías, como tristezas.

Cuando “al fin” sientas que feliz egresas,
será sólo el comienzo, y el acceso
a un mundo de servicio, y un proceso
de expandir tu existencia en mil promesas.

Y pasarás tu vida –¡cuánto admiro!–
entregando tu vida a la enseñanza,
y de pronto... el momento habrá llegado

que, al otear la vida en lontananza,
verás que transcurriste en un suspiro.
¡Y serás felizmente jubilado!

Quiero

Plasmar en ironía
con la creatividad insomne
de la despierta madrugada,
lo imposible de la felicidad
constante,
lo inútil de buscar
que las cosas
no transcurran;
lo absurdo de querer
que el tiempo ya no fluya.

Lo triste de plantear
que seré feliz
sólo con la petrificación
del viento...

Che

Esa sonrisa
tan simple, pura,
alegre y sincera,
sólo puede tenerla
alguien que lleva el amor
de toda la humanidad
reunido en su corazón.

La leyenda del fantasma

Relato que narra cómo, por ser ingenuo, un aventurero actor aficionado a la historia fue convertido por las circunstancias en un chichimeca necesariamente pelón que al ir bajando del cerro más cercano al mentado “Fuerte de Bocas” de la llamada Ruta de la Plata o Camino Real de Tierra Adentro y asustar –sin proponérselo– a un motociclista ídem (aventurero) e ingenuo, se transfiguró sin querer en “La leyenda del fantasma guerrero chichimeca y pelón, guardián del centro ceremonial guachichil, que baja del cerro, amenazador y corriendo”.

Llegamos a bordo del Trooper cuatro por cuatro al pie del cerro. Metí entre una mezquitera, bajo la sombra, a mi todoterreno Izuzu. Paloma y Joel, con los ojos fascinados por lo que para ellos significaba conocer un lugar que su maestro de arqueología, Nacho, en la Universidad de Zacatecas, les había dicho que tenía marcado como sitio arqueológico; Bertha, con

el gusto que le da siempre que hay oportunidad de que vayamos en familia al campo, y yo, que había quedado con Jaime de verme allí, en ese cerro, para grabar un programa acerca de los vestigios indígenas y de la Ruta de la Plata.

Estaba solo el sitio, en la soledad de su retiro. Nada más nosotros en el lugar. Bajamos del Trooper Izuzu con las botellas de agua y la mochila donde traía mi vestuario de indígena, el mismo que usé en la obra *Semblanza de un mexicano* hace dieciséis años y que aún me pongo cuando hacemos el Ceremonial del Fuego Nuevo desde 1998. Bertha miró hacia todos lados, en redondo, para poder decirme con cierta seguridad:

—No ha llegado Jaime, ¿verdad?

Cuando la respuesta es obvia, no suelo contestar, Bertha ya lo sabe, así que interpretó mi silencio como un no, con un 90% de probabilidad de acierto.

Se refería a Jaime Arteaga Novoa, mi amigo con quien nos habíamos quedado de ver allí para grabar los spots. Jaime Arteaga es también el nombre del periodista que más investigación de campo ha hecho en la región acerca de los orígenes históricos de Aguascalientes, sus habitantes y su imaginario colectivo. El resultado de su trabajo se ha visto reflejado en vastas publicaciones, artículos de periódicos, libros y hasta en los programas de televisión, como *Orígenes e Historias no contadas*. Con esas series televisivas ha ganado en un par de ocasiones el Premio Nacional de Periodismo.

Junto con Jaime, hemos andado algunos locos OH (obsesivos de la historia) –contagiados de su entusiasmo– que de algún modo compartimos con él ese gusto –a veces pasión– por descubrir o imaginar nuestro pasado y el deseo de reconstruir nuestras raíces abrevando de la tradición oral de nuestro pueblo, en las fuentes geográficas, vestigios y lugares que se conservan casi iguales a pesar del paso de los siglos. Lugares como éste, donde termina el valle y empiezan los cerros que luego

se hacen montañas y que más allá se tornan en cordilleras que desembocan en la Sierra Madre, suelen ser nuestros favoritos.

Fuimos pues, en la medida en que ascendíamos, dejando el Trooper poco a poco y cada vez más lejos. Empezamos los cuatro a subir el cerro, lento, sin prisa. Paloma y Joel fueron a paso veloz, ganándonos delantera a Bertha y a mí que íbamos también al paso, pero de tortuga. La juventud. Claro, treinta años de diferencia no es mucho, pero de todos modos cuenta y algo se nota, sobre todo a la hora de subir una cuesta: cuesta esfuerzo y a veces mucho con esa edad a cuestas.

Así hemos acompañado a Jaime en sus aventuras detectivescas, entre otros, Rolando Bernal y yo, con empeño, a veces juntos y a veces por separado. Ya recorrimos muchos caminos con Jaime y su amplio equipo de grabación (compuesto de un elemento que a veces, en raras ocasiones, se amplía a dos), hemos grabado desde la ruta de la derrota de Hidalgo (de Calvillo a La Hacienda de San Blas –hoy Pabellón de Hidalgo–) hasta grandes tramos de la Ruta de la Plata (allá por Trancoso y los pueblitos mágicos y perdidos que van desde Ojuelos, Jalisco, hasta Guadalupe, Zacatecas). Nomás nos ve de lejos la gente extrañada y ni cuenta se dan cuando marcamos con orinadas el territorio que vamos definiendo como el Camino Real de Tierra Adentro del Valle de México, a tierras de los zacatecos y tepehuanes o la Ruta de la Plata, de Zacatecas a la Ciudad de México; desde San Bartolo, donde empezó la última batalla del Bajío entre villistas y obregonistas, hasta la ubicación exacta de El Maguey, donde se dio la última batalla del centro, que definió el triunfo de la posición más conservadora de los revolucionarios y le dio el sesgo democrático-burgués a nuestra manoseada Revolución mexicana.

—Allá se ve alguien de aquel lado del arroyo y parece que algo gritan —dijo Bertha señalando con su mentón hacia el occidente, rumbo al pueblo, en dirección hacia donde dejamos el vehículo.

Volteé, detuve la marcha y traté de no hacer tanto ruido con la especie de bufido en que se había convertido mi respiración de cuarenta años de fumador que aspiró a ser chacuaco. Miré hacia la pendiente y de aquel lado del arroyo hacia las bellas y pequeñas elevaciones que son casi en su totalidad de piedra amarillenta por el añejo musgo del seco estío. Efectivamente, eran Jaime y su —en este caso ampliado— equipo de grabación integrado por dos elementos: el camarógrafo y el de producción.

Hacia como tres semanas que, motivados por un programa que hicimos para *Orígenes* acerca del Fuerte de Bocas y su controvertida ubicación, me puse el traje de indio (taparrabo, pectoral, huaraches, rodilleras, todo de carnaza) y sacamos unas tomas en locaciones naturales de un chichimeca cuidando su territorio, acechando a las carretas de los invasores gachupines, decidimos ir a los cerros de una cordillerita que está al oriente de este pueblito llamado Las Negritas, ubicado entre Palo Alto y Los Campos.

—¿Conoces Las Negritas? —me preguntó Jaime la vez que me invitó, refiriéndose por supuesto al nombre del pueblito.

—¿Tú crees que no? —le contesté bromeando—. Si diario me las veo cuando me baño.

Hace como diez días habíamos venido una tarde con Jaime y su equipo de uno, Rolando Bernal, Rafa Rodríguez y yo, y llegamos hasta antes del arroyo, proponiéndonos luego regresar a subir el cerro donde supuestamente, en la meseta arriba, están los vestigios de un centro ceremonial chichimeca. Nos retiramos en este primer acercamiento sin ascender al cerro, pues ya eran aproximadamente las cinco de la tarde y queríamos rodear por Los Campos para recorrer grabando el supuesto camino antiguo que hacían las carretas del Fuerte de Bocas a Ojuelos. Así fue esa vez: rehicimos la ruta por Los Morenitos que está atrás de Las Negritas (sin albur). Salimos allá por Chinampas, cerca de Ojuelos, a la carretera que va a Aguascalientes pasan-

do por Ciénega –debería ser Ciénaga– de Mata y la curva de la M. Íbamos a madres, es decir, volando, como quien dice, bien recio, asustados porque sin querer, en el último tramo de terracería y antes de dar con la carretera de asfalto, topamos con un rancho que tenía toda la finta de cuartel de narcos, sicarios, pistoleros o como se les quiera llamar.

Esta vez había invitado a que vinieran conmigo a Bertha, mi compañera –sabor de su gusto por los bucólicos paseos–, a mi hija Paloma y a Joel, su compañero de estudios en la Facultad de Antropología de la UAZ, para que conocieran el lugar que su maestro les había mencionado como sitio de interés para una investigación arqueológica.

Cuando me alcanzaron los tres, Jaime y su numeroso equipo (ahora compuesto por dos elementos) a la mitad de la inclinada pendiente –que a veces le tiraba a vertical y daba pendiente no poder subir– en una peña ya muy elevada, cerca de la cima, Paloma y Joel ya exploraban la meseta. Bertha se había quedado más abajo, en una pequeña sombra. Entonces me dijo Jaime con la respiración un poco entrecortada, bueno, casi bufando:

—Yo ya no subo hasta arriba ni a mentadas de madre. Que suban mi camarógrafo y mi productor, que para eso tienen veinte años menos. Mejor aquí, en esta peña los esperamos tú y yo.

Pensé: “¿Tú y yo, Kemo Saby?”. Ya ni pregunté a Jaime “¿veinte años menos que quién?”, porque supuse que se refería a la edad de ellos en relación con la de él mismo, y tanteé que, según los cálculos de Jaime, tendrían, pues, unos cincuenta años de edad cada uno de sus ayudantes, por supuesto, aunque me parecieron muy jóvenes como para ser de mi edad. “En fin”, dije, y me limité a seguir subiendo con los chavos, dejando al Yimi un poco desconcertado.

El hecho fue que subimos a la meseta los colegas de Jaime y yo, alcanzamos por fin la cima y nos encontramos allá con Paloma y Joel. “El cámara” instaló su tripié y se aprestó a ini-

ciar la grabación; el productor tomó posición y señalaba a su amigo las tomas de apoyo que necesitarían para una mejor edición. En tanto entrevistaban a Joel y a Paloma que no logró huir fuera de cuadro para que la cámara no la captara, yo me quité los jeans –y lo demás– y me vestí con el traje de indio. Iba a dirigirme hacia el compañero de producción para decirle que ya estaba listo para grabar mi parte (bueno, no grabar “mi parte”, sino grabar la parte del reportaje que me tocaba), cuando me percaté que andaba –yo– con el pelo corto. Con asombro y preocupación, que se iba volviendo desesperación y angustia, me di cuenta que no traía la peluca en la mochila. Esto significaba sólo una cosa: se me había olvidado en una bolsa del Oxxo, en el Trooper, que se quedó allá abajo escondido en la mezquitera.

Volteé hacia todos los presentes, como buscando ayuda, o por lo menos comprensión y consuelo. Pues niguas. Como ni por enterados se daban, dije en voz alta:

—Se me olvidó la peluca allá abajo.

Silencio. Es decir, cada cual en su respectivo asunto. “No se oye, padre”, como dijo el del chiste del confesionario.

—Voy a bajar por ella —agregué.

Voltearon –ahora sí– con algo de indiferencia mezclada con estupefacción y un poco de evidente hueva reflejada sin rubor en el rostro.

Comprendí que a pesar de tener los presentes un promedio de treinta años menos que yo, y cincuenta menos que Jaime –ya había sacado yo mis cuentas–, no iba a ir nadie por mi peluca. Ni modo, había que apechugar la circunstancia. No quedaba de otra. Había que ir, bajar el cerro, meterse entre la nopalera, llegar al Trooper, sacar la bolsa del Oxxo y volver a subir a la cima, que era donde había que iniciar con las tomas ya. Va (pero también ¡bah!).

Tomé aire y me decidí a realizar la terrible tarea lo antes posible y de la manera más veloz que fuera capaz; así, con el atuendo que traía, para no demorarme más. Ni siquiera pensar

en ponerme las botas: primero, para no entretenerme y para no retrasar más tiempo aún; en segundo lugar –que nunca supe si era en primero– había en mí cierto pudorcillo, pues no quería lucir –¿ante quién? No sé– un poco ridículo, con vestimenta indígena y botas de campo tipo Caterpillar, si de por sí ya era algo burdo verme vestido de indio con el pelo corto, recortado al estilo moderno, no greñado como guachichil original, sino como un vil chichimeca pelón. “¡Total!”, pensé, y así, con los pies calzados con huaraches y la caracterización antes dicha –del chichimeca pelón– inicié el descenso al trote.

Al trote porque es la forma ancestral de los indígenas de subir y bajar, pues te cansas menos, resorteas las coyunturas, amortiguas los golpes del impacto natural de la caída al saltar y avanzas más. Con las manos abría cancha para pasar por entre los matorrales y las ramas que a veces eran espinosas, alternando la derecha con la izquierda, me era hasta agradable y placentero el avance.

Con cadencia y ritmo pasé como viento a un lado de la peña donde estaba Jaime, como alma en pena, como alma que lleva al diablo, sin aclararle nada, con la vista puesta en el objetivo de avanzar para bajar e inmediatamente volver a subir trotando, rápido, veloz. Apenas si percibí su sonrisa medio divertida, medio de incompreensión, de duda, como queriendo entender qué hacía yo bajando a la carrera cuando debería estar arriba en la grabación, y estando como estaba de dura la subida, como queriendo preguntarme: “¿volviste a fumar tus cochinas?”.

Seguí por la senda y pasé cerca de Bertha, quien también, asombrada, sólo me vio bajar raudo, decidido, desbocado.

Entonces ocurrió el percance. Escuché el zumbido característico de una motocicleta allá por el camino por donde habíamos llegado, en dirección al Isuzu oculto entre huizaches. Era una motocross tripulada por alguien que, sintiéndose solo, en la lejanía del cerro, parecía ir de paseo, por deporte, a campo traviesa. No sé si fue porque estaba yo mirándole atento a ver

qué hacía y le llamé con mi magnetismo –sin dejar de seguir bajando a la carrera, claro– o porque él, el motociclista, percibió el movimiento de algo o alguien en la ladera y volteó la vista hacia mí, deteniendo poco a poco su marcha, de tal forma que el ruido se convirtió en el de una moto que se detenía lentamente. Sin dejar de mirarme, al parecer estupefacto, fue dando la vuelta en redondo, en forma de “u”, hasta quedar inmóvil, viéndome, apuntando la llanta delantera hacia el punto de donde había venido. Quedó así unos diez segundos, en tanto que yo seguía avanzando ladera abajo también sin dejar de mirarle, pues en ese momento yo estaba intrigado con respecto a él. ¿Por qué se detuvo? ¿Por qué inmóvil me miraba de fijo? No lo entendía. Yo seguía trotando casualmente en dirección hacia él porque hacia allá tenía que bajar por ser el camino más adecuado y que de por sí había yo trazado mentalmente para llegar al cuatro por cuatro.

Repentinamente, dio un arrancón a punto de hacer un caballito, parecido a los arranques que los equinos de carreras hacen cuando escuchan el balazo y les pican los ijares. Emprendió la retirada –o huida, sepa la bola– todavía con la vista puesta en mí, pero después, una vez que inició la marcha de regreso, no volteó hacia atrás absolutamente para nada. Se perdió veloz en la lejanía “hecho la mocha”, rodeando un cerriito rumbo al pueblo, levantando un hilo de polvo que en escasos –cuando mucho– veinte segundos desapareció también.

En ese momento yo no le di mucha importancia al hecho ni interpretación alguna más allá de lo que vi, pero después reflexioné que debió ser terrible para alguien que se siente solo en el monte ver bajar a un indio chichimeca pelón de allá, de donde dicen que hubo un centro ceremonial hace más de 500 años, corriendo en dirección directa hacia él, con el riesgo quizá de que lo estuviera confundiendo con algún desgraciado español. Era comprensible su asombro porque mientras más me miraba, más se convencía de que era real, que iba hacia él.

No esperó explicación alguna y huyó cual vil y cobarde gachupín en su –ahora– caballo de acero.

Regresé a la meseta con la peluca, me grabaron en panorámico, de zoom a plano general; arcos, paneos y travelings. Bajamos a la roca donde aún Jaime esperaba para filmar con él a cuadro algunos comentarios del lugar. Mientras bajaban todos, me quedé en la parte más alta de esa piedra, como parte del paisaje, como estatua, como escultura, de pie, mirando al valle extendido abajo, hacia lo que fue el Fuerte de Bocas allá a lo lejos, rumbo a la presa Montoro, de aquel ladito de Los Campos. Primero contemplé la cañada y vi pueblos de indígenas, como yo, subiendo a lo plano y otros paseando por el valle y las laderas de los cerros, tranquilos, felices, apacibles. Después aparecieron bravos guerreros de aquí para allá, atacando a las extrañas bestias que, por alguna más extraña razón, se llevaban el metal amarillo y blanco, en extrañísimas naves que se desplazaban como flotando encima de la tierra, a tumbos, como barcas mecidas por el oleaje y el viento, jaladas por extraños seres que no atacaban a pesar de ser más grandes y fuertes. Los peligrosos y malditos eran los monstruillos descoloridos y peludos. Tardamos en entenderlo, pero al fin sabíamos que había que matar a cualquiera de ellos que viniera, porque, por otra –también extraña– razón, ellos, los extraños, a su vez querían exterminarnos a nosotros. Nos mataban con palos filosos, más duros que la madera y más livianos que la piedra. A unos, parecidos a nosotros que habían atrapado en otros lados sin matarlos, los usaban de tamemes forzados, los ponían a acarrear, a cargar los metales.

En tanto yo seguía extasiado contemplando la belleza del paisaje y mirando al vívido pasado, el cámara le daba duro a la filmada, desde media falda del cerro, grabándome en plano ascendente. Por último y antes de retirarnos, Jaime propuso una toma entrevistándome así, caracterizado, pero simulando que él hacía la crónica del lugar cuando yo me le aparecía sorpresi-

vamente. Así lo hicimos. Estaba él a cuadro cuando detrás de la nopalera apareció un amenazador indio, que se dirigió hacia el feo y extraño barbón que tenía un extraño artefacto en la mano frente a un más extraño aparato manipulado por un –aún más feo y por demás extraño– cámara que, extrañado y con cara de estreñido, grababa la escena.

—Estamos aún en la falda del cerro donde se han encontrado vestigios de lo que parece, según los estudiosos de la arqueología, un centro ceremonial chichimeca, aquí donde también es posible que haya pasado la Ruta de la Plata entre Zacatecas y Ojuelos... pero.. ¡Ah, caray! ¿Qué pasa? ¿Quién es usted?...

El indio lo mira fieramente, lanza una salvaje mirada a la cámara y luego contesta:

—Soy un guardián del territorio chichimeca.

—Pero ¡Tenemos entendido que fueron exterminados!...

—No. Eso han creído algunos, porque son tontos, pero vivimos aquí desde siempre. Y aquí seguiremos, cuidando los terrenos nuestros, tratando de impedir que los ocupen los extraños invasores, somos guardianes ancestrales —sentí un escalofrío al decir esto, me puse serio y empecé a creerme lo que estaba solamente representando. Jaime, como que presintió lo que me pasaba, porque me miró con una expresión de “¡Ay, no mames, güey!”; pero yo terminé mi intervención diciendo la vieja frase reivindicativa: “¡Arrancaron nuestros frutos, cortaron nuestras ramas, quemaron nuestro tronco, pero no pudieron matar nuestras raíces!”; sólo esperó Jaime a que terminara de decir esto y de plano me arrancó el micro de la mano.

—Esto es todo. ¡Gracias por su atención!

Tan-tán.

No he visto cómo quedó la grabación final ya editada y todo, pero quiero creer que quedó bien. A mí me quedó la satisfacción de haber participado en un programa más con Jaime

Arteaga Novoa, de reivindicación de nuestras raíces y rescate de nuestra cultura. Ya con calma, pensándolo bien, también me queda la pena de haberle puesto el susto de su vida –aunque más bien creo que fue de bajada– a aquel cuate de la motocross, que vio a un guerrero chichimeca pelón bajando veloz del cerro, directo hacia él. También me queda la vergüenza de haber sido el causante de la leyenda de Las Negritas, que desde entonces cuentan que los domingos por la tarde se aparece el fantasma guardián del centro ceremonial de los güachichiles, bajando del cerro, corriendo veloz cuesta abajo, correteando a cuanto cristiano encuentre, sin importarles que vaya o no en motocicleta.

JOSÉ DE JESÚS GUTIÉRREZ ROMO (†)

*N*ació en Jalostotitlán, Jalisco, el 17 de mayo de 1953 y murió el 25 de diciembre de 2014. Desde muy pequeño aprendió de sus padres a cultivar la tierra. Estudió en la Escuela Normal de Anáhuac de Guadalajara; en la UPN Unidad 011; en la Escuela Normal Superior “José Santos Valdés” e hizo una maestría en la UAA. Fue uno de los autores del libro *Que no se borren tus recuerdos. Testimonios de maestros*, participó en el taller literario de Manuel Orozco y, con orgullo, manifestó ser siempre recalcitrante sujeto activo de La Cofradía. Escribió y se despidió con poesía hasta el último día de su vida.

Herencia

(para mis hijos)

En el lenguaje
de los afectos
han de cuidarse hijos,
puesto que existen muchos
vendedores del humo
y no quisiera
en sus ojos heridos
se acumularan
las tempestades,
ni las gotas saladas,
pero lo sé también,
que tan sólo se aprende
cuando pasos se emprenden
por el camino;
pero que su camino
los lleve siempre
hacia la luz
mayúscula y superlativa.
Nunca jamás se queden,
caídos en el camino.
¡¡¡Su luz, mis hijos,
es alta!!!
¡¡¡Arriba!!!

19/VII/14

Por mi lengua

Por mi lengua me pienso,
me comunico con los dioses,
con los humanos,
me siento
y soy.

Por mi lengua lo digo:
soy cuanto soy.

Por mi lengua mi casa
tanto por fuera
como por dentro
se me llena de sol.

04/XI/14

Polvo

En mis poemas,
el polvo se acumula
polvo mis huesos,
la muerte es polvo;
húmeda humilde tierra
de pasos superficiales,
más metros por debajo del silencio
se vuelven
perpetuidad.

¿Por qué será
que nuestros muertos
nos cierran bien la puerta
y encerrados nos dejan
en los días que aún nos quedan?
Escarba mi memoria
y exhuma

del otro lado
los huesos de mi madre,
mis palabras los atan
con hilos de ternura,
humedece la tierra
y surgen flores
amarillas cual las estrellas
a media noche.

29/VI/14

Soy líquida despedida

Soy nieve que se funde
líquida despedida.
¿A dónde voy?
Al igual que las nubes, no lo sé.
Con mirada argentina
la luna
mira perpleja.
Con el recuerdo miro
este camino
por donde vine.
Pasaron las estaciones,
a pesar del deshielo
y de los sueños rotos
aún estoy aquí,
al correr por el río
he vuelto a ser el agua.
A lo lejos escucho la cigarra;
el otoño ha llegado:
caen las hojas de los sueños.
Las mariposas se alejaron

del crisantemo,
el crisantemo queda
como ofrenda floral
para cuando haya muerto.
Hoy como el viento,
visto ligero
para viajar al mundo
desconocido.
Empañado el espejo
no me refleja,
se agotó de mis labios
el vaho empañador
del vidrio
del ataúd.
¿En dónde despertaré?
Porque ya no se escuchan
murmullos de los sauces
en las orillas
de los arroyos.
Del horizonte y más allá
sólo se extienden sombras,
por el camino pasan
rodando las hojas secas
movidas por el viento.
¿A dónde van?

23/XII/14

(escrito un día antes de su muerte)

Cuando el poeta muere

Cuando el poeta muere
su pluma se transforma

“en práctica de vuelo”
para reunir su canto
con las palabras.

03/VIII/14

ELÍAS LOMELÍ LLAMAS

rofesor normalista egresado de la Escuela Normal Experimental “Rafael Ramírez Castañeda” de Nieves, Zacatecas. Estudió en la Normal Superior de Durango; en la UPN Unidad 145 de Zapopan, Jalisco, y la maestría en Investigación Educativa en la UAA. Por trece años fue docente de primaria y después se dedicó a la administración educativa. Ocupó puestos directivos y fue coordinador del Centro de Maestros 3207 de Nochistlán, Zacatecas. Es autor del libro *Reformas y educación. La instrucción primaria en Apulco y Nochistlán (1920-1940)*.

Recuerdos estudiantiles

Eran los últimos meses del ciclo escolar 1979-1980, cursaba el tercer grado de educación secundaria, que en esos años era el antecedente inmediato para ingresar a la Escuela Normal. Contaba entonces con 17 años y muchos deseos de seguir estudiando alguna carrera que me permitiera mejorar mi situación económica, social y cultural. Por las precarias condiciones de vida de la familia y por la concepción positiva que siempre he tenido de la educación, sabía que cualquier carrera mejoraría notablemente mis expectativas.

Soñé con una carrera universitaria, por mi origen y contacto que había tenido hasta entonces con el campo. Me imaginé poder estudiar agronomía; también pensé que la medicina sería muy útil a nivel personal y familiar, ya que mi madre, desde muy joven, presentaba problemas de salud y mi padre, por su edad, comenzaba a padecer dolencias de huesos. Hasta llegué a pensar que estudiar leyes sería una carrera interesante para mí, al recordar que un tío, hermano de mi padre, quería recuperar una propiedad de la familia que había sido arrebatada por un vecino adinerado de mis abuelos, quien, al enterarse de su atraso en el pago del impuesto predial, hizo las gestiones necesarias para adueñarse de su casita y un pequeño “muladar” que tenían en la comunidad de Las Ánimas.

Mi realidad me despertó y me señaló un solo camino: el magisterio. Pensé en la Escuela Normal Matías Ramos Santos de San Marcos cuando supe que era un internado exclusivo para hijos de campesinos, hijos de maestros y para personas de escasos recursos económicos en general. Más me entusiasmé al saber que allí no se pagaba nada y hasta la escuela les proporcionaba alimentación y hospedaje. Cuando me enteré que había que presentar cierta documentación que se solicitaba en la presidencia municipal y que varios compañeros de mi generación, por ser hijos de maestros reconocidos, tenían el pase automá-

tico a San Marcos, mis ilusiones se empezaron a derrumbar, pues yo no tenía un familiar que me apoyara con los gastos y me auxiliara en los trámites administrativos.

Por mi relación con un compañero de generación originario de El Palo Herrado, comunidad ubicada en la Sierra de Nochistlán, en los límites con Apozol, supe que, al otro lado de la sierra, hacia donde el sol se mete, se encontraba Juchipila y allí estaba una Escuela Normal. Javier –mi amigo y compañero– me había platicado que él ya conocía este pueblo, que allá tenía familiares y que, desde El Palo Herrado, localidad donde vivían sus padres, en remuda y hasta caminando se podía llegar a Juchipila en unas cuantas horas. Esta información abría una nueva puerta en mi proyecto personal de buscar dónde estudiar. Aunque de la Escuela Normal de Juchipila no sabía ni su nombre, ya era mi nueva opción para continuar mis estudios. Coordinado con varios compañeros, entre ellos Javier, empezamos a buscar información y a generar los medios para poder presentarnos al examen de selección.

Cuando comenté con mi madre, quien era mi único respaldo moral y, en la medida de lo posible, también económico, que necesitaba dinero para ir a Juchipila, porque allá quería estudiar la Normal, me expresó la dificultad para obtener el recurso que se requería para el viaje. Ante la insistencia de mi parte, la convicción de mi madre por apoyarme y la amenaza de irme caminando por la sierra si no conseguía dinero para viajar en camión, se endeudó con mi abuelo Juan, pero yo pude ir a presentar el examen.

Con gusto, emoción, expectación y sabe cuántos sentimientos más, salimos tres compañeros y yo rumbo a Juchipila, aquella mañana de agosto de 1980. A pesar de la relativa cercanía, el viaje se prolongaba mucho. Tomamos un viejo camión que salía de Nochistlán a las 7 de la mañana rumbo a Jalpa, pasando por Tlachichila, a través de un sinuoso camino de terracería, luego llegaba a Jalpa alrededor de las 11 y allí había

que esperar un camión Estrella Blanca que venía de la ciudad de Aguascalientes con rumbo a Guadalajara, el cual, en media hora, nos dejaba en Juchipila. Por el tiempo de espera en Jalpa y demás imprevistos llegamos a nuestro destino casi al medio día.

Lo que más me impactó al llegar a aquel lugar, para mí desconocido, fueron las altas palmeras que hay en su plaza principal. Se respiraba un aire cálido en aquel cielo azul intenso semicubierto de nubes grises. Se percibía un ambiente de provincia. A pesar de nuestra corta edad y situación de recién llegados, la gente fue amable y cortés con nosotros en todo momento. Después de recorrer la plaza y admirar su vegetación tipo costa, pensamos en buscar donde pasar la noche, ya que se requería descansar para presentarnos al otro día al examen de admisión a la Escuela Normal.

Sin mucho pensarlo, porque era la opción más económica, aceptamos la sugerencia de nuestro compañero Javier, en el sentido de ir a rentar un cuarto en el mesón, donde él y su padre solían hospedarse en los viajes esporádicos a Juchipila. Cruzamos el mercado municipal, llegamos ante un frondoso y enorme árbol, conocido como el palo verde, y por una calle pequeña que corre de oriente a poniente, la cual topa con el mercado, ingresamos a un espacioso zaguán un poco desaseado. Nos recibió una señora, quien, inmediatamente cuando supo el motivo de nuestra presencia, nos pasó a un cuarto que tenía desocupado. El mesón era un lugar donde generalmente pernoctaban los arrieros y sus remudas, por eso había ciertos descuidos en cuanto a aseo y servicios. Los dormitorios no tenían servicio de agua ni de sanitarios, sólo había un “baño” general, de fosa, para uso de todos los inquilinos.

Después de una hora de habernos acostado, cuando ya casi lograba dormirme, empecé a sentir una serie de piquetes y comezón por diferentes partes del cuerpo; no dije nada y sólo me di vueltas en la dura cama, buscando una posición más cómoda. Pasada la media noche se soltó una fuerte tormenta

eléctrica con mucho viento que volvió a despertarme. Los relámpagos y truenos de la tormenta, el ataque de las pulgas y el olor a polvo de las sábanas impidieron que tuviera un sueño continuo y reparador.

A pesar de la noche que habíamos pasado, nos presentamos a tiempo y con entusiasmo al lugar de la cita. La Escuela Normal estaba funcionando en las instalaciones de la actual Secundaria Estatal “Leobardo Reynoso”, por falta de edificio propio, y allí se realizó el examen. Terminamos rápido y ese mismo día pudimos regresar a Nochistlán y dormir en nuestras casas más cómodamente que en el mesón.

Pasada una semana, regresamos a Juchipila a ver la lista de resultados que se publicó en una mampara colocada en el pórtico de la escuela. Recuerdo que nos acompañó el profesor José Hernández, tío de uno de los sustentantes, quien iba con nosotros por si se requería algún apoyo en el remoto caso de que alguno no aprobara el examen. Llegamos a la puerta de la escuela con la respiración alterada por la emoción y por la subida tan prolongada que acabábamos de recorrer. Iba adelante Guadalupe, el Güero. Él fue el primero que encontró su nombre entre los aprobados y, sin pensarlo, emocionado y haciendo una señal de triunfo con su brazo derecho, gritó: “¡Tío, sí quedé!”, dirigiéndose al profesor que se había quedado más atrás.

Enseguida escudriñamos la lista con rapidez hasta que nos encontramos todos, excepto uno. Con tristeza nos enteramos que el nombre de Luisito aparecía por debajo de una línea de color rojo. Esto indicaba que él no estaba considerado como alumno de la Escuela Normal de Juchipila para el ciclo escolar que estaba por iniciar. Nadie hizo ningún comentario al respecto ni sabíamos a quién dirigirnos para solicitar una oportunidad para Luisito. Estaba claro que la presencia del profesor José era sólo si se requería “hablar” por su sobrino el Güero. Con cierta nostalgia nos regresamos a Nochistlán, había que prepararnos para el ingreso en menos de 15 días.

Todo el primer grado transcurrió sin novedad. Mi hermano mayor, quien se fue a Estados Unidos desde que yo ingresé a la secundaria, me enviaba, sin retraso y sin falta, 50 dólares mensuales para mi manutención. Mi madre, junto con el resto de mis hermanas, me apoyaron económicamente para complementar mis gastos escolares; asimismo, me dieron su apoyo moral para contrarrestar la indiferencia de mi padre, quien me juzgó como un desobediente e irreverente porque preferí salir a estudiar en lugar de seguir, como él, sembrando a “medias” la tierra de otro para poder sobrevivir.

En septiembre de 1981 iniciaba ya el segundo grado y hacía planes de que pronto llegaría a la mitad del camino en mi carrera como profesor. Transcurrieron los meses sin darme cuenta, porque nunca sentí que el estudio fuera pesado. Lo disfrutaba y aprovechaba; hasta me daba tiempo durante los sábados para ir a trabajar y ganarme unos pesos en un taller de sastrería del papá de uno de mis compañeros de grupo.

En la recta final del ciclo escolar 1981-1982 tuvimos discrepancias con algunos maestros por su forma de trabajar con nosotros y llegamos al acuerdo que dos de ellos no le dieran clase a nuestro grupo. El director accedió a nuestra petición, a pesar de que se trataba de su esposa y de uno de sus mejores amigos. Un maestro de Apozol, amigo nuestro, un fin de semana que fuimos de visita a su casa, nos alertó al respecto: “Muchachos, en reuniones con el director, se ha hablado del liderazgo que ustedes ejercen en el grupo. Se adjudica a los compañeros de Nochistlán el movimiento político que se observa en 2° A. Tengan cuidado, no se metan con la Liona”. Concluyó sonriente refiriéndose a la esposa del director. Nosotros, para blindarnos de alguna represalia, sólo nos propusimos estudiar más para no bajar el promedio de calificaciones y obviamente no reprobar ninguna materia.

Con ese antecedente, más un conflicto mayor que afectó a toda la escuela, llegábamos al final del ciclo escolar 1981-1982.

En el último mes de clases, en pleno periodo de exámenes finales, una noticia escandalizó a toda la comunidad escolar: se descubrió que un porcentaje muy alto de alumnos de diferentes grados tenían la “clave” de algunos exámenes. Para muchos alumnos de la escuela éste era un secreto a voces.

Rafael, un compañero del grupo nuestro, muy a menudo llegaba a la casa donde vivíamos varios de Nochistlán, nos mostraba un esténcil o varios, generalmente muy maltratados, donde se podía leer y constatar que se trataba de los residuos que las secretarias tiraban a los botes de basura después de hacer el tiraje de exámenes en el mimeógrafo. Según el dicho de Rafael, todo empezó de manera fortuita. Y explicó: “Estando cierto día en la dirección, observé que en el cesto estaba un esténcil donde se alcanzaban a leer algunos reactivos de Matemáticas. Aproveché un descuido de la secretaria que me atendía, lo cogí y me lo guardé debajo de mi camisa, con el fin de ir a leerlo en un lugar más seguro”.

Como generalmente este compañero no tenía libreta de apuntes, aunque era “bueno” para las matemáticas, buscó el apoyo con nosotros para poder contestarlo, memorizar la clave y así sacar una buena calificación. Y por nuestra parte, pues también hicimos el uso adecuado de aquélla y de las claves que posteriormente llegaron a nuestras manos.

Esta práctica se fue viciando, a tal grado que después, Rafael y otros, acudían intencionalmente a la dirección a buscar algún material de este tipo que les pudiera servir. Se presentaban por parejas y mientras uno llamaba la atención de las secretarias, el otro extraía de los botes de basura cualquier esténcil que estuviera a la vista. Luego de revisarlo, si no contenía algún examen del grado al que pertenecían, buscaban a compañeros de ese grado y se lo vendían. Por eso, en la última semana de exámenes finales, más de la mitad se presentó a este ejercicio con la clave total o parcial escrita en algún “acordeón”.

Como seguramente los maestros empezaron a notar muy buenos resultados en alumnos que generalmente no eran tan adelantados, también observaron que otros contestaban demasiado rápido y salían en poco tiempo del salón; finalmente detectaron el nerviosismo de algunos que no eran capaces ni de memorizar la clave. El problema estalló, el teatro se cayó y el director citó a reunión general urgente. Indignado, con una mirada penetrante, anunció:

—Todos están reprobados en los dos últimos exámenes que presentaron. Por la deshonra como estudiantes y para reparar el daño causado a la imagen de la institución, todo aquel alumno o alumna que se haya metido a la dirección a extraer los exámenes recibirá un castigo ejemplar: será expulsado de la escuela.

El director estaba seguro que alguien se había metido a la dirección forzando alguna ventana por la noche o al término de la jornada de trabajo; incluso llegó a pensar que el velador o algún conserje podían estar coludidos con los alumnos “ladrones”. En los escasos días que le quedaban al ciclo escolar, el director hizo uso de sus habilidades como detective, de sus conocimientos como adivino, de su influencia y coerción hacia algunos estudiantes sin obtener ningún resultado favorable.

El último día laborable del ciclo escolar, reunidos en asamblea todos los integrantes de nuestro grupo, tomamos el acuerdo de no comentar con ningún maestro lo que sabíamos acerca del problema, es decir, no delatar la participación de nadie, por mínima que fuera, y que solamente nos presentaríamos al examen o exámenes extraordinarios que nos correspondieran. En otros grupos se tomó un acuerdo similar y nos fuimos, con cierta incertidumbre de mi parte, a disfrutar de las vacaciones de aquel verano que nunca olvidaré.

A principios de agosto del año 1982, varios compañeros coincidimos en la escuela porque nos tocó presentar el mismo examen extraordinario. Para muchos de nosotros fue el prime-

ro y el último que hicimos, pero no fue motivo de vergüenza, fueron otras las circunstancias por las que estábamos allí. En algunos maestros se percibía una actitud revanchista, otros asumían un hermetismo sospechoso. Era un hecho que algo se estaba fraguando.

Por nuestra parte, hasta donde fue posible, sólo ratificamos el acuerdo de discreción y lealtad al grupo y nos regresamos a nuestro lugar de origen. No había pasado una semana cuando un telegrama llegó a mi domicilio solicitando mi presencia urgente en la escuela. Lo firmaba el director. Con nerviosismo, molestia y duda, otro día me presenté en la dirección de la escuela. Estaba solo en la dirección, solamente había una secretaria, quien, al verme llegar, se retiró a otro espacio. No había ni un solo alumno en la escuela, a los que tenía en su lista nos fue citando uno por uno. A pesar de llevar una relación cercana con él, cultivada a través del deporte, ese día me recibió con un tono agrio y descortés.

—Siento que el barco se me está hundiendo y quiero controlarlo antes de que zozobre —me dijo—. Un compañero tuyo ya me informó quiénes son los que se metieron a la dirección por los exámenes. Me dio tu nombre, el del Güero y otros de diferentes grados y grupos. Todos serán expulsados por un año de esta escuela y no podrán ingresar a ninguna otra hasta que cumplan su castigo —concluyó sarcástico.

Sentí que una sustancia caliente recorría todo mi cuerpo. Recordé al maestro Daniel cuando nos recomendó tener cuidado y no meternos con la “Liona”. Sabía que era una represalia por haber cuestionado su planta docente, entre ellos a su esposa, por inepta. Pensé en la explicación que tendría que dar a mi madre y a mis hermanos, principalmente al mayor, que me estaba ayudando económicamente. Me recuperaré de la impresión y luego, muy molesto, pero con valentía, le dije:

—Usted sabe que muchos alumnos teníamos clave. A mí me la dieron. Yo no me metí a la dirección por ella. Es injusto que me castigue así.

—Si tú no fuiste uno de los que entraron a la dirección por los exámenes, dime quién fue, tú lo sabes. Dímelo —me ordenó subiendo la voz.

Con resolución y lealtad al último acuerdo tomado en el grupo, expresé categórico:

—Como director, eso le toca investigar a usted, maestro. Yo sólo le pido que no castigue inocentes. Yo no me metí a la dirección por ningún examen —le volví a insistir—.

—Ya tengo una lista de 13 culpables, que tendrán que pagar; Jesús, el Milagros, te delató a ti, al Güero y a otros de diferentes grados. ¡Este asunto está casi concluido!

Cuando me enteré quién era el “soplón”, inmediatamente confirmé que se trataba de una venganza por parte de ambos. El director aprovechó maquiavélicamente la ocasión para deshacerse de dos alumnos de 2° A que ejercían un liderazgo que a él no le convenía. Jesús, el Milagros, quiso matar dos pájaros de una pedrada. Por una parte, se desquitó de nosotros, de quienes siempre sintió envidia y celo académico; por otra, quedó bien con el director, quien —después supe— le había prometido resolver su situación de alumno irregular, por exceso de materias reprobadas, si le decía quiénes habían extraído exámenes de la dirección.

Después de confirmar que se trataba de una revancha política y ante mi vulnerabilidad con la autoridad de la escuela, con quien sabía que tenía la batalla perdida, decidí cambiar de estrategia y quemar mi último cartucho en aras de un cambio de opinión, por no defraudar a mi familia que tenía sus esperanzas puestas en mí. Entonces repliqué:

—De acuerdo, maestro —le dije en tono conciliatorio, pero viéndolo a la cara—, todos cometemos errores y más cuando se es joven, yo reconozco que tengo algo de responsabilidad

en este asunto. Deme una oportunidad y verá que sé agradecer cuando me brindan su apoyo y confianza.

Me ignoró, se quedó serio, me miró de frente y seguro saboreó su venganza. Al verlo, inmediatamente supe que me había equivocado al pedirle una última oportunidad, pero ya era tarde para arrepentimientos. Confirmé que estaba ante un ser insensible y vengativo. Con desdén, categórico me dijo:

—Esto no tiene vuelta de hoja, así está y así se queda, tú te vas expulsado de la escuela y que te sirva de escarmiento.

Ya no insistí más, salí cabizbajo de la dirección, creo que ni me despedí, me iba expulsado de la escuela; el coraje y la impotencia se hicieron presa de mí, no lloré por mi orgullo y rebeldía juvenil, pero ganas no me faltaron. Caminé hacia la carretera sin saber a dónde ir. Esa decisión, ese “error”, truncaba mis ilusiones. ¿Cómo explicarles esto a mis padres? Pensaba, mientras caminaba a pie rumbo a Juchipila. Al llegar al pueblo y preguntar por el Milagros, me informaron que se había ido para Estados Unidos, decepcionado porque el director no le cumplió la promesa de reinstalarlo en la escuela, a pesar de que él sí cumplió con su parte. También se desapareció por el temor de que los afectados por su denuncia dolosa lo buscáramos para arreglar cuentas, y eso que no denunció a Rafael, el Tiúl, quien sí había tenido una participación más directa, pero tenía fama de violento. Seguro esto pesó para que su nombre no apareciera en la lista de expulsados.

Este golpe emocional, sentimental y profesional marcó para siempre mi vida. Desde entonces reconocí que había perdido una batalla, pero la guerra contra la injusticia, la prepotencia y las adversidades para abrirme paso en la vida apenas iniciaba. Aprendí que las caídas fortalecen el carácter y son una ventana importante de oportunidades.

La noticia al interior de mi familia fue tomada con resignación y respeto. No hubo comentarios ni reproches, todo siguió en aparente normalidad. La confianza en mí se refrendó, de tal

forma que, desde entonces, hasta mi padre, que se había mantenido ajeno a mi vida de estudiante, me manifestó su apoyo y su confianza para que enfrentara esta problemática como yo lo decidiera.

“Resignado” a mi suerte, en el año de “descanso forzado” me dediqué a trabajar en un taller de sastrería, oficio que había aprendido desde que estudiaba en la secundaria.

MARÍA GABRIELA MÉNDEZ PARGA

Egresada de la Escuela Normal del Estado de Aguascalientes, profesora de educación preescolar y directora del área de este nivel educativo en el Instituto de Educación de Aguascalientes. Excelente lectora y extraordinaria amiga que abre las puertas de su casa para compartir el pan y la sal, la música y la alegría. Ella es la mujer que rompió el cerco de La Cofradía como grupo exclusivo de hombres. A partir de ella y de Ofelia Morquecho, Alejandra Bravo y Sarita, el grupo abrió las puertas a la participación de la mujer.

Mi primer encuentro

Mi primer encuentro con la docencia no fue muy afortunado. A mis 18 años, recién salida de la Escuela Normal y con muchos deseos de trabajar, no conseguía plaza de base como maestra; por fin, después de varios meses de ociosidad obligada, me decidí a aceptar un interinato como docente durante tres meses en el municipio de Jesús María, Aguascalientes.

Ah, pero no era un interinato común, era un “interinato pirata”. Sí, “pirata”, porque el profesor al que iba a suplir no pidió su permiso legalmente, es decir, era un permiso sin papeles firmados ante las autoridades de la Secretaría de Educación Pública; lo que podríamos llamar “un acuerdo entre amigos”, aceptado y validado entre el director, el supervisor y el sindicato. “El acuerdo” consistía en que la maestra interina, o sea, yo, no cobraría el sueldo completo, sino solamente la mitad. Pues la otra mitad la cobraría el “profe” titular de la plaza, ya que se iba a trabajar a Estados Unidos como bracero y necesitaba darle ese dinero a su familia mientras durara su ausencia.

Además, hubo otra sorpresa, el citado profesor tenía un préstamo del ISSSTE (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado) y le descontaban quincenalmente una buena cantidad de dinero, y pues a mí me pagaron la mitad de su sueldo, incluido el descuento. El total por quincena era algo así como 600 pesos, ¡que, para mí, sólo fueron 600 pesos mensuales!

Así pues, yo trabajaría el tiempo completo sólo que a menos de la mitad de la paga. Mi hermana mayor, que siempre estaba a favor de la legalidad y la justicia, me aconsejó que no aceptara semejante “trinquete”, pero yo, arrojada e insensata, y además con arrestos de “apóstol del magisterio”, acepté el trato, argumentando que mi motivación no era el dinero, sino sólo el deseo de ejercer ya mi profesión de maestra.

Cerca de la primavera de 1968 debuté como docente de un 5º grado de primaria en Jesús María, cabecera de dicho municipio, en la Escuela Primaria Federal “Sebastián Lerdo de Tejada”. El primer día de clases mi madre se quedó llorosa y rezando porque su hija, la más pequeña, se fue a trabajar de “maestra rural”. Yo me sentía orgullosa de empezar mi carrera en una escuela pueblerina, pues en ese entonces Jesús María era un poblado pequeño, pobre y retirado. Además, mi trabajo sería sin plaza de base, casi sin sueldo y ¡para colmo, peligroso!... tendría que viajar diariamente por carretera, sola, sin mi mamá... ¡y todo por mi anunciada y presumida vocación de ser maestra!

Las primeras semanas de clases fueron felices, me sentía “la maestra milagrosa” de una película de aquella época. La escuela era humilde, con pocos materiales didácticos, varios maestros y muchísimos niños, casi todos hijos de campesinos, la mayoría venían desde poblados cercanos, unos a pie y otros en bicicleta.

El primer contratiempo que tuve fue que mis alumnos, especialmente los varones, eran muy pocos años menores que yo, había en el grupo varios chicos de casi 15 años, por esa razón, desde el primer día me vieron con “poco respeto”. Cabe aclarar que en ese entonces era muy común en esos lugares que los niños terminaran muy grandes la instrucción primaria, pues sus padres se los llevaban cada año a la cosecha, perdiendo clases y quedándose rezagados.

Como yo era joven y muy inexperta, los alumnos de 5º grado, aunque simpatizaron conmigo, no me obedecían mucho; rápido me tomaron la medida y empezaron a indisciplinarse. Más pronto que tarde fui a quejarme con el director, creo que por alguna travesura propia de su edad.

El citado director, que en honor a la verdad era muy buena persona, de inmediato respondió a mi petición de ayudarme a poner orden. Me solicitó lo acompañara a mi salón de clases, haciendo una entrada triunfal ante el asombro de la chiquillada

que, alborotada, brincaba arriba de los destartalados mesa-bancos. Pero la más asombrada fui yo cuando observé que el director formó en fila a todos los varones, se quitó el cinto que sostenía su pantalón y ante mi estupor comenzó a pegar con él a cada uno de ellos mientras los arengaba con voz sonora.

Los niños, sumisos y callados, volvían a su mesa-banco sin proferir protesta alguna, tal vez demasiado acostumbrados a esta práctica, ¡pero yo no! Éste fue mi primer encuentro con un tipo de castigo que sólo había conocido en los libros de historia de la educación.

Casi llorando me acerqué al director a suplicarle que suspendiera la paliza. Mis alumnos me miraban con ojos de agradecimiento y el director, muy molesto, me jaló hacia afuera del aula, donde recibí una buena reprimenda de mi superior por haberlo desautorizado ante los niños. Al día siguiente esperé ansiosa la multitudinaria queja y protesta de los padres de familia de mi grupo, pero nadie apareció por la escuela y de ese incidente nadie volvió a hablar, y pues... ¡mucho menos yo!, que fui la provocadora de semejante zafarrancho. Ah, pero eso sí, mis alumnos jamás volvieron a jugarme bromas o travesuras y mucho menos a desobedecer mis indicaciones; cosa más extraña aún, me gané su respeto y su cariño.

Así fueron pasando más semanas, pero, más tarde, hubo otro encuentro que jamás había tenido en toda mi vida. María era una pequeñita flaca y desnutrida, de tez muy morena y cabellos parados de mugre. Era muy callada y le costaba trabajo realizar las actividades escolares. Una tarde, al salir de clases, íbamos a ensayar los bailables propios del cercano Día de la Madre; ella no había sido elegida como integrante del baile, pues el director me dijo que su familia era muy pobre y no tenían dinero para confeccionarle el vestido típico. Así que solamente las niñas más adineradas del grupo habían sido escogidas para el evento. Esa tarde se me acercó María y con voz muy apagadita me pidió que le permitiera reemplazar en la

coreografía a una niña que esa tarde no había asistido a clases. Le contesté afirmativamente y con mucha alegría la pequeña se integró a bailar. Cuando ya empezaba a oscurecer terminamos el ensayo. María estaba agitada y sudorosa, pero muy contenta; la había visto reír y brincar sin parar al compás de un son jalisciense. Cuando ya todos se iban, ella se negaba a retirarse de la escuela. Al fin, nos despedimos en la puerta, la vi retirarse solita y corriendo, ella camino a su casa y yo con rumbo a Aguascalientes.

A la mañana siguiente, al llegar varios niños y compañeros maestros, me recibieron en la entrada del plantel, sus caras eran tristes y consternadas. Había una mala noticia... ¡María había muerto la noche anterior! Ese día ya no hubo clases en la escuela, después de hacer una colecta, todos fuimos a acompañar a María. Su casita tenía piso de tierra y era de adobe. Estaba llena de flores blancas: margaritas y nube. María descansaba serena en una cajita blanca. Su mamá me dijo que murió al poco rato que llegó de la escuela, se cayó como fulminada y ellos creían que fue del corazón; para mi consuelo o mi desgracia me dijo que la niña llegó feliz porque su maestra le había permitido bailar casi toda la tarde con sus compañeros.

Cerca del medio día la llevamos a pie, entre la tierra suelta, al único panteón del pueblo. Íbamos todos los maestros, los niños, el director y los solidarios vecinos, también un grupo de improvisados mariachis que cantaban "...al cielo, al cielo, al cielo quiero ir". Adelante, abriendo el cortejo, se lanzaban cohetes a las alturas, simbolizando su alma de niña que partió al cielo. Todavía me duele recordar, fue la primera vez que vi de cerca a la muerte.

Por eso digo que mi primer encuentro con la docencia fue desafortunado, porque empecé a vivir experiencias dolorosas que me marcaron para siempre; sin embargo, al final me demostraron que yo tenía razón, lo más importante no fue la paga que me dieron como maestra, sino haberme acercado y sensi-

bilizado al sufrimiento, al castigo, a la injusticia y a la muerte. Desde entonces nunca volví a ser la misma que llegó a Jesús María a cubrir un “interinato pirata”.

A mi padre

Lo conocí a los cinco años.

Cuando lo encontré 20 años después, bien sabía quién era, tenía su imagen guardada desde hace tanto tiempo, desde que lo vi llegar aquella mañana desde la ventana, frente al Jardín de San Marcos; me abrazó tan fuerte que nunca un hombre volvió a abrazarme igual. Anoche sentí sus brazos, yo cerré los ojos y quise evocarlo, pero ya no pude, él se diluyó a los cinco años cuando se fue. Cuando volví a verlo, ya no era él, nunca volvió a ser él... y acaso todos han sido él y él no ha sido ninguno, ni siquiera fue capaz de volver a ser mi padre.

Anoche me regaló su pluma, con ella estoy escribiendo; quiso ser su despedida, pero ignora que se despidió hace mucho, cuando yo tenía cinco años. Cuando supe de él, también me envió una pluma, ni siquiera se atrevió a entregármela; la de entonces era dorada, la de ayer es azul. La dorada era un puente de encuentro, la azul quiso ser un puente de olvido. Las dos han servido para lo único que me las dieron, para escribir sobre el gran vacío que me dejaron. Las dos han sido símbolo de desencuentro, como desencuentro ha sido siempre él... ellos... todos. Todos dejaron su marca de alguna manera, sólo siento que a ellos no les dejé mi huella, pues a ninguno llegué a conocerlo, pero ninguno tampoco me conoció; yo tuve una única imagen de todos, ellos tuvieron tantas imágenes de mí. Qué curioso, ellos fueron varios y yo siempre fui la misma, la misma buscando al mismo, él perdiéndose en todos y, al final, él perdiéndose en mí.

Cuando lo contemplo no se parece a sí mismo, ni sus ojos son sus ojos ni sus manos son sus manos, acaso sólo sea su voz... aquélla que me leía “El príncipe feliz” o la que quedó grabada... “Por la manchega llanura se ve la triste figura de Don Quijote pasar”.

¿Dónde está él ahora?

Donde se unen el amor y el odio, el deseo y el rechazo, el bien y el mal. Donde se unió a los demás y donde nunca se han encontrado, el lugar donde ellos son iguales y donde ninguno se parece al otro. Uno sólo tiene tres años, es dulce, suave y luminoso; otro pronto cumplirá setenta años, tiene escaso cabello y sus ojos están cansados; de otro he olvidado su rostro y sólo al verlo reflejado en el niño parece que lo conozco; existe otro al que quiero porque me miré en sus ojos y, como Narciso, amé mi reflejo en su espejo o tal vez sólo amé su reflejo en mis ojos. ¡Todos son iguales y todos tan diferentes! Están todos tan adentro y nunca ninguno entró, su lugar siempre se quedó vacío. ¡Esperando al que nunca llegó!

Recuerdo el día en que llegó a mi casa, traía consigo todo el sol de la mañana, igual al sol que había en mi vida. Al verlo sabía que lo había encontrado, como también sabía que ese día lo perdería, porque sólo lo vi un instante, instante que duró toda mi vida.

Aquella mañana lo vi llegar, caminar, hablar; por fin tenía voz aquel murmullo, tenía rostro aquel sueño y brazos aquel deseo. Mi nombre en sus labios se volvió nacimiento, pues nunca antes lo había pronunciado; él, que me dio el apellido, no sabía ni siquiera mi nombre. Él no me vio nacer, pero me trajo al mundo ese día, cuando lo vi por mi ventana. Ése fue el día que nací al amor del hombre, pero también el día que conocí lo único que de él tendría, el eterno desamor del padre.

Nací cuando tenía cinco y él llegó, morí al amor cuando tenía cinco años y se fue. Ha sido una vida tan corta que ha durado tantos años, ha estado tan plena de ellas: madre, abue-

la, hermana, tías, amigas, guitarras, macetas, lunas, noches, rayuelas, magas, ilusiones, esperas y lejanías... pero ha estado tan vacía de él: padre, amigo, hermano, árbol, abrigo, libro, arroyo, mezquite, puente de París, camino de Alejandría, Cerro de las Campanas.

Ha cruzado tantas veces por mi vida y jamás se ha querido quedar, como no se quedó cuando yo era niña. Afuera lo esperaban ¡tantas cosas!, copas, risas, caminos, amores, puertos de Veracruz; conmigo sólo estaba mi soledad esperándolo y, claro, era tanto contra tan poco; como poco le parecieron mis risas y poco sintió mis abrazos, como nada fueron mis besos y nada fue lo que yo era, tan poco que ni siquiera fui un hilo, ni siquiera un lazo, mucho menos una cadena; pesé tan poco en su vida, que su vida fue ligera, tan ligera que nunca sintió mi ausencia, por eso nunca volvió, pues sus pies corrían sin dejar huella y cuando quiso detenerse y volver, el camino se había perdido y con él me perdía yo. Cuando lo busqué, yo pesaba en otros hombros y él ya no pudo mi peso llevar, ahora mis hombros llevan otros pesos y él ya no puede más pesos llevar.

¿Quién es él? Me he preguntado.

El que amó y sí fue amado, el que pudo ser y se quedó en sueño, el que es y sigue siendo un sueño, el que llegó primero y no se fue nunca, el que llegó tarde y recibió lo primero, el que no tenía derecho y recibió lo mejor, el que nació con todos los derechos, el esperado, el deseado, el que tenía mis ojos, el que me dio sus rasgos, el que me hizo daño, el que nunca me dio una caricia, el que dio las caricias tarde, el que nunca quiso caricias, el que mintió, el que se cansó, el que olvidó, el que quedó desolado, el que nunca llegó... el siempre amado, el nunca olvidado.

Porque nunca se quedó el amor de mi infancia, porque se fue sin mirarme... el que todo tenía y todo perdió, el que vino y se fue, el que lee versos, el que escribe, el que sonríe, el que recuerda, el que sueña, el que esperó y no tuvo, el que tuvo sin esperar, el que dio y no recibió, el que recibió sin dar, el que de-

bía y no pagó, el que pagó sin deberla, el que murió sin mirarlo, el que quedó en mi recuerdo, el que amó sin ser amado, el que supo que fue amado y lo amaron porque sí... ¡él, siempre él!

Cuando lo encontré mis ojos lo buscaron en aquel lugar lleno de gente, ya no había sol ni había mañana, acababa de entrar a mi vida la tarde, como tarde era para buscarlo, pero quise saber qué se sentía mirarlo, aunque tarde fuera. Así, a media tarde nos pusimos a llorar, a llorar “por la leche derramada”, decía él. ¡Por lo que nunca se debe llorar... por lo perdido!

Pero si sólo pérdidas teníamos... ¿entonces, por qué llorábamos? Así que lloramos por el día en que nací y no estuvo, por el día en que grité y no me oyó, por las veces que lo llamé y no vino, por las noches que lo soñé y no lo supo, por el amor que regalé, por el rencor que destilé, por el perdón que le otorgué...

Lloramos tarde, toda una tarde por lo único que poseíamos... ¡por lo perdido!

GUSTAVO MEZA MEDINA, “GUSTAVO DE VICTORIA”

Profesor universitario, músico y amante de la literatura, la historia, la sociología y la filosofía. Formó parte del taller literario de Manuel Orozco González, de quien aprendió a escribir con machete. Cuando murió “el Escribidor”, ingresó a La Cofradía y sigue ahí. Ha participado en certámenes literarios y ha publicado tres libros: *Ab música sacra*, sobre educación artística; *Azúcar derretida*, sobre el amor de sus padres Lolo y Tola y los dulces artesanales, y *Las espinas de Vasconcelos*, sobre los avatares del ilustre educador mexicano.

De templos, hombres y diosas

I

Los secretos vagan en silencio
para no caer en tentación
de buscar la verdad
y dar su vida
por ella.

II

El templo ha sido desmembrado
sus restos, piedras de museo
se exhiben en vitrinas como fetos.
¡Qué soledad la del silencio!
Permanece así por siempre
testigo mudo del final prometido:
“No quedará piedra sobre piedra”.

III

La Diosa caminó en el horizonte
los mortales se paralizaron por el imán de sus caderas:
carne, fuego y magia.
Los súbditos respiraban con esfuerzo hasta quedarse como es-
tatuas.
Después... sólo puños de sal.
Ni siquiera cenizas.

IV

La guerra había terminado.
Los enemigos tiraron sus armas y se dieron un abrazo.
Luego las fundieron para construir un monumento a la unidad.
La paloma que hicieron de hierro y bronce fue el símbolo de
la paz.
Un día voló y se perdió en el cielo.

Ellos se miraron confundidos;
después, voltearon a ver las nuevas armas que habían construido
y reanudaron la guerra.

V

“Y sin embargo se mueve”.

Dijo un cierto Galileo al salir de la taberna en la que estuvo
encerrado tres días. Después, lo crucificaron por andar en la
movida.

VI

Después de muchos años se volvieron a mirar
como aquel día cuando decidieron entregarse todo.
Aunque su mundo era muy diferente, la luz que encontraron
en sus ojos era la misma.
Entonces, comprendieron lo que significaba ser felices para
siempre.

VII

Me asomé a la ventana
de tu almohada
para acariciar tus sueños
y tu cuello.
Decirte al oído en tus recuerdos
que no sufras más.
Duerme tranquila
y no despiertes
¡nunca!

VIII

Me sorprendió escuchar tu voz
indicándome el camino
y respondiendo todas mis preguntas.
Siempre supe que existías.

Hasta hoy me di cuenta
que estabas al alcance de mi mano.
¡Gracias, Google!

IX

Entonces, se escaparon las palabras sin sentido, buscando
veredas de esperanza en lo prohibido.
Ya no estabas ahí como al principio y lloré.
¡Maldita soledad la del destierro!
Sin paraíso
sin mi costilla
sin ti.

X

El agua se suelta el pelo en las cascadas y desnuda su cuerpo
entre las piedras.
Mira al sol y le sonrío
como al amante
que se espera en cada amanecer
humedecida y fresca
para sentirse libre.

Calavera a la Catrina

Me encontré a la flaca muerte
más flaca y descolorida
y al verla tan afligida
le pregunté seriamente.

¿Qué le pasa a mi Catrina?
¡Tan sola y triste en la calle!
La abracé fuerte del talle
y entramos a una cantina.

A las penas muerte dimos
cantamos buenas canciones
y a salud de las pasiones
como cofrades bebimos.

Me contó su historia entera
consolándose en mi pecho
traía el corazón deshecho
como si muerte no fuera.

De repente soltó el llanto
como toda una mujer
y yo pensé sin querer:
¡La muerte tiene su encanto!

¡La vida no vale nada!
Le dije a mi triste amiga,
tú deja que el mundo siga
y mándalo a la chingada.

¡Al diablo con los pesares!
Ni que fueras cualquier cosa.
Posada te hizo famosa
y traes muertos a millares.

La Catrina me miró
con un gesto muy humano
y tomándome la mano
tiernamente me besó.

*

No recuerdo nada más
sólo que me vi en la calle
abrazándola del talle...
y no regresé jamás.

Noticias de Rolando

Por siempre cofrade
(paráfrasis de su libro preferido: *Noticias del Imperio*,
de Fernando del Paso).

*Si pregunta un colibrí por mi paso
dile que me fui
a fundar la soledad
y a sembrar canciones
para el pan de los hombres nuevos.*
Manuel Orozco González, "El Escribidor"

Hoy ha venido el mensajero a traerme noticias del Imperio. Vino cargado con nostalgia y sueños, en su carabela ardiente, con las velas al viento, por la bocanada de los tiempos, preñados de recuerdos. Me trajo arena de tu viaje a Europa, los vinos de nostalgia, la soledad de los museos, la antorcha, el hermano amigo y el amor despierto. El mensajero llegó al atardecer cardenche, con aroma añejo, de palabras áureas, derramando historia y el cantar bohemio. Nos llegó hasta aquí el olor de las maderas, contigo dormido, en el mar sin sueños, en la almohada fría del silencio.

En las playas del alma y las musas que abrazan y te embriagan, llega el mensajero con tus cartas, de tu mundo nuevo y una tierra fértil de palabras, sembrada con tu voz repleta de esperanza.

Nos han llegado tus noticias. Del gis en la piel blanca y piedras en la garganta, del cabello en polvo, de tu cara. Esos niños que recuerdan en sus ojos la enseñanza, que quitó cadenas y liberó la carga de su espalda. Contigo van Cervantes, Paz, Neruda; Del Paso, Fuentes, Borges; Kundera, Dante y los cofrades.

El mensajero se va, cargando nuestra ofrenda. Volverá con el invierno con noticias de tu imperio eterno y de tu grito de ocaso y noche blanca. Los amigos recuerdan y te cantan paráliticos de amor y de añoranza.

La espera

Mientras espero al terminar el día, cuando todo está cumplido y la gente pasa ya sin esperanzas, me propuse encontrar mi camino. Comencé por buscarlo en tu mirada, en las huellas de tus manos y tu pelo que me llama. Seguí tu vientre como mar abierto y me perdí en las olas de tu cuerpo. Me abracé con gozo a mi destino acurrucado en tus ojos y tu boca, con el calor de verte cerca. Una oleada de soles me cubrió completo y vi que mis manos corrían desbocadas a tocarte. Pero fue una ilusión.

Como un ciego te seguí buscando en las huellas perfumadas de tus labios. Imaginé que era el viento que jugaba con tu falda y sabe más de ti que mis caricias. Así, me dejé llevar unos instantes para estar contigo. Fuera de este mundo paso el tiempo sin tocarnos, unidos, amándonos así, por siempre.

Por lo menos hasta que pase el último autobús que me lleve a casa.

La deuda

Quise escribir los versos más bellos este día para la mujer que amo... pero se me adelantaron Neruda, Bécquer, Benedetti y Nervo; los cofrades bohemios, los poetas, los amantes y los niños. Lo intenté varias veces y, a pesar de mis esfuerzos, las horas cansadas de luchar pasaron desahuciadas por mis sueños convertidos en ceniza. No llegó la poesía.

En su lugar, desfilaron en muletas palabrejas de metáforas trilladas, con lugares comunes y el murmullo ripioso de mis notas que se cuelgan de este pentagrama triste. Me sentí un naufrago sin gracia del espectáculo estrellado de una noche que ha perdido la batalla. Desesperado como quien desea escapar del último de los infiernos les grité a los dioses y las musas. El eco del silencio respondió con olas en mi caracol partido y mi súplica no fue escuchada. Nadie vino en mi auxilio.

¡Sólo quería llegar a ti! Cual un poeta, sin saber cómo, ni cuándo, sin pretexto; sólo para entregarme así, con las palabras que sueñas y que esperas desde siempre, postrado y derretido ante tus plantas. Quería con un verso poder acariciarte lento en busca de la ruta de la plata entre tus senos y quedarme dormido en la playa de tu cuerpo, con tus soles en mis labios y las notas musicales de mis dedos.

Quería aprender a seguir el rastro por tu espalda; recorrer tus montes y cañadas, dejarme atrapar por la selva posesiva de tu aliento y quedarme en ti con medio beso, provocarte una sonrisa y vivir en un instante eterno. Quería, tal vez, que me escucharas, como a una melodía que recorre como brisa tu frente y esa línea que me llama desde el cuello a más abajo de la espalda. Sólo eso anhelaba, sólo eso.

Intenté ser mariposa entre tus labios revoloteando en la cascada de tu pelo para cobijarme en ella y esperar la tarde cuando canta el colibrí en busca de una flor y descansar en ella. Quise crearte un mundo para ti, mi poesía; un jardín entre tus manos con tu aroma, con todas las flores que dibujan tu alma.

Pero ¡todo fue en vano!, y aquí estoy consolando a mi esperanza, que desfallece en un cesto repleto de papeles con borrones y letras marchitas que deshojan mi esperanza.

¡No logré hacerlo y lo lamento! En cambio, ha salido esto: pobre texto sin forma, lloriqueo de autorreproches lastimeros, sin belleza, valor, ni inteligencia; no hay imagen de poema que se salve para correr y acariciarte ni de lejos. ¡Ni hablar!, no

habrá poesía, mi pluma es torpe y las metáforas se alejan sin dejarme nada, sólo este hombre que te adora sin palabras que expresen con belleza lo que siente.

*

¡Ya ves, mujer! No sirvo para escribir cartas bonitas. Mejor te compro el auto nuevo para tu cumpleaños, ahí te debo el poema que me pediste.

VÍCTOR MORENO RAMOS

*E*studió la Licenciatura en Educación con especialidad en Investigación Educativa y la Maestría en Educación en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Es investigador de historia de la educación y de otros temas sociales. Entre sus obras escritas sobresalen: *Un corazón de amor y bien común*, *Los médicos de Aguascalientes*, *Minerva y el hombre de la bata blanca*, *La historia del deporte en Aguascalientes* y *Modelo e infraestructura deportiva en la UAA*. Es cronista de la Romería de la Asunción de Nuestra Señora de Aguascalientes.

Una estrella y paloma en el cielo: centenario del arribo de Nuestra Señora de la Asunción a Aguascalientes

La Villa de la Asunción de las Aguas Calientes se fundó el 22 de octubre de 1575 por decreto del rey Felipe II. Se tienen noticias de que en su iglesia parroquial de la Asunción albergó varias imágenes escultóricas de la Virgen María de la Asunción, ahora inexistentes: la que regaló el párroco Lorenzo Rodríguez de la Vera en 1621, la que donó el párroco don Manuel Colón de Larreátegui en 1738 o la que elaboró para el retablo mayor don Felipe de Ureña en 1744.

En cuanto a las que aún persisten, se tiene la escultura elaborada por el artista queretano López Vidrio en 1884, misma que fue colocada en el altar tipo ciprés de mármol del arquitecto J. Refugio Reyes en 1912. Esta escultura presidió la fundación de la diócesis el 27 de agosto de 1899, debido al decreto consistorial “Apostólica Sedes”, expedido por el papa León XIII, quien además la ratificó como la patrona titular de la diócesis de Aguascalientes, en el breve “Romano Pontífices”. Dicha imagen se encuentra actualmente en la parroquia de Los Azulitos, Jalisco.

La historia de la patrona que se tiene hoy en día comienza en un pueblo remoto: Olot, en Girona, provincia situada al nordeste de Cataluña, España. En este lugar existen afamados y acreditados talleres de arte cristiano, conocidos por introducir pasta, cartón y yeso. Por estas características se cataloga a la escultura de la Virgen de la Asunción de primera clase y fina.

Motivado por la insistencia de su hermano don Juvenal, el obispo don Ignacio Valdespino y Díaz encargó a esos talleres la escultura y la donó a la catedral con el objetivo de incrementar el fervor mariano del pueblo. La Virgen de la Asunción, después de atravesar en barco el océano Atlántico, arribó al puerto de Veracruz, luego viajó en tren a la Ciudad de México y siguió

hasta por fin llegar a Aguascalientes el 18 de octubre de 1919. La caja en la que venía la escultura fue llevada de la estación de ferrocarril hasta la catedral, pasando por toda la calle Francisco I. Madero, y fue desempacada a las cuatro y veinte de la tarde en una pieza contigua a la sacristía. Estuvieron presentes en el desempaque el obispo Ignacio Valdespino y Díaz y su hermano Juvenal, además de parte del clero y personas seglares. El maestro carpintero don Antonio Arias fue quien abrió la caja para develar la imagen de la santísima Virgen María, con su nube y dos querubines pegados, además de dos angelitos, las dos manos y la diadema que venían aparte.

El descubrimiento de la escultura llenó de júbilo a los presentes por su hermoso rostro, pero también de cierta tristeza, porque el querubín del lado izquierdo estaba completamente deshecho y el del lado derecho tenía la nariz desfigurada como resultado del largo viaje. Cuando la Virgen fue puesta en pie, el obispo don Ignacio la llamó “Nuestra Señora de Aguascalientes”, nombre con el que es conocida hasta la fecha. Una vez restaurados los querubines, el 7 de diciembre de 1919, en misa solemne, el obispo de Zacatecas, don Miguel de la Mora, dirigió el sermón y el obispo de Aguascalientes realizó la bendición de la imagen ante el clero, el seminario y el pueblo. Ese día sonaron al unísono las campanas de la catedral y de todos los templos de la ciudad para festejar.

En los años posteriores, la Virgen sufrió varios despostillamientos, suciedad y caída de pintura, de ahí que haya tenido varias restauraciones: el pintor local don Gregorio Martínez Soto y su hija María de la Luz Martínez Mena, en 1954, le dieron un rico decoro y estofado estilo barcelonés en sus vestiduras, pintaron la nube y cinturón con sombríos de color rosado y la túnica como si fuera un brocado de flores, rombos y otras figuras de oro para que pareciera estar toda vestida de oro; también decoraron el revés del manto de azul pálido y se le dotó de rica cenefa de oro, además de un vivo delineamiento en la fisonomía

del rostro, por lo cual adquirió apariencia de una gran señora con semblante joven.

Después, el 14 de agosto de 1983, con la autorización del papa Juan Pablo II, el obispo don Salvador Quezada Limón y el delegado apostólico Girolamo Prigioni realizaron la coronación pontificia ante la presencia de miles de personas que se reunieron en el atrio de la catedral. Y por último, en el año 2010, la restauradora de arte sacro María Eugenia Zermeño Bautista dio una necesaria restauración integral al conjunto escultórico de la Virgen de la Asunción y la hizo volver a su rostro original, con aspecto de gran señora, dejando así a Nuestra Señora de la Asunción de Aguascalientes con la apariencia con la cual podemos verla y venerarla hoy en día.

Como podemos observar, la historia de la imagen de Nuestra Señora de la Asunción de Aguascalientes es riquísima, por lo cual celebramos y agradecemos con júbilo el haber contado, a lo largo de un centenar de años, con una escultura de tan hermosa confección, que cuida y embellece a nuestra diócesis y a nuestro estado, esperando contar con sus bendiciones por muchos años más.

ABEL OLIVA MARES (†)

*N*ació en Ciénega Grande, Asientos, Aguascalientes, y fue estudiante de la primera generación del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes. Combinó su actividad de buen maestro de educación básica y superior con la de lector de literatura incansable. En sesiones de La Cofradía se le ponía atención por sus agudos, inteligentes y eruditos comentarios. Ante la imposibilidad de contar con textos literarios de su autoría, publicamos un texto autobiográfico de sus primeras experiencias como profesor rural de primaria, que se dio a conocer en un libro del CRENA, así como un fragmento de la entrevista que le hizo Gustavo Meza Medina y que se hizo pública en la revista *De Puño y Letra* del Instituto de Educación de Aguascalientes y en Radio UAA.

Un caminante nocturno vislumbra el alba

A Rolando Bernal A.

In memoriam

Tiempos azarosos me dispongo a vivir, nuevos lugares por explorar, sobre todo hazañas inéditas por realizar. En esta etapa intensa y memorable de mi existencia, la novedad es una tinta indeleble que penetraba desde la superficie de la piel hasta lo más profundo del alma, provocando una sensación de asombro, de gozo y de temor.

El ritual del “telegrama” cumplía su misión vaticinando aconteceres maravillosos. Qué complicado era tomar una decisión; el temor de equivocarse: ante la posibilidad de arrepentirse luego, de despojarse del confort y la seguridad que puede brindar un precario hogar, la promesa de un empleo alternativo (prefectura), esta opción la descarté y pude concretarla cuatro años más tarde.

En una panorámica retrospectiva se me revelan las verdaderas incertidumbres: el tránsito de la juventud a la edad adulta; la gradualidad de escalones que conducen a la conciencia del “yo”, un yo que no es otro, pero que a su vez se siente responsable de su destino, pudiendo ser un alumno, un hijo, un(a) esposo(a), un padre, un hermano o un amigo; la viabilidad de una vocación magisterial con presupuestos “resilientes” sedimentados en mi persona –dirían hoy los estudiosos–, una endeble formación inicial no determina un éxito docente.

Se me agolpan en la mente preguntas como aves chirriantes con “cruelles y bárbaros picotazos” que no he podido interpretar: ¿Seré buen maestro? ¿Transmitiré los conocimientos con sabiduría? ¿Compartiré con ellos valores de amor, justicia, verdad, honestidad...?

Y ahí vamos a aventurarnos por la vida con tembloroso paso e irregular cadencia. El viaje es a mi segunda patria

(Nayarit), a descubrir nuevos amaneceres y a dejarnos invadir por intensas emociones. Luego de llegar al lugar de las oficinas estatales de la SEP en Tepic, recibo mi primer lugar de adscripción –segundo ritual laboral–, donde se especifican el lugar, la zona escolar, el nombre del supervisor y la localización de su oficina. Nombres de lugares impronunciables, que escuchados por vez primera le agregan mayor desconcierto a mi angustiada y nerviosa actitud, por lo que no alcanzo a identificar el lugar asignado... tuve que confesar, con una timidez proverbial, que no había escuchado mi nombre.

Este proceso lo realizaban en un patio, comparable con un reclutamiento militar, sólo que en lugar de soldados, éramos los nuevos maestros designados. En este momento hago un espacio para citar algunos municipios de la entidad nayarita, apelo a tu empatía y comprensión, amable lector: Acaponeta, Ahuacatlán, Amatlán de Cañas, Compostela, Ixtlán del Río, Jala... y así llegar hasta Ruíz, lugar de mi asignación. No dudo que esta enumeración es un magro esfuerzo para tu intelecto; te pido que intentes pronunciar dos nombres más: Huaynamota y Mexcaltitán, en virtud de que estos lugares no son cabecera municipal no los he incluido en las líneas anteriores. Me doy cuenta de lo fácil que ha sido para ti, lector, superar el desafío, ahora te solicito una consideración con sabor a ruego: ¿podría exigírsele más a un joven e inculto maestro con apenas 19 años? Yo sé que no.

El arribo a Ruíz lo hice mediando la tarde con la intensidad del calor. La oficina de la supervisión escolar estaba en una escuela primaria. En ese momento el supervisor atendía a un maestro; la privacidad del asunto, los tonos de sus voces, la salida impetuosa y molesta del compañero presagiaban signos devastadores para mi diligente empresa. Para mi fortuna, el lóbrego horizonte se despejó con una expresión de la autoridad educativa pronunciada al invitarme a pasar a su privado:

— Deja que se vaya ese pinche joto, reclama tu lugar, debido a que eres de nuevo ingreso.

Supongo que desde entonces he enarbolado banderas a favor de la justicia y en contra de posturas homofóbicas, sin embargo, recibí mi adscripción a El Zopilote, sin ceder mi lugar. *Peccata minuta*. Pernocté en el aula de la misma escuela donde se ubicaba la supervisión, claro, con el debido permiso del director. Así, me dispuse a pasar la noche sin lograr conciliar el sueño debido al bochornoso calor y en especial al temor que sentí por unas pequeñas lagartijas que se desplazaban con rapidez por el tejado inclinado; tiempo después conocí su nombre, “choras”, y lo inofensivas que eran.

Al siguiente día, muy temprano, me trasladé a una comunidad llamada El Venado. Lo hice en unos vehículos improvisados llamados “corridas”, que no eran sino un potente camión, una plataforma sin redilas, varias filas de bancas protegidas por lonas laterales que se doblaban o desdoblaban circularmente de acuerdo al clima lluvioso o soleado y, además, un ruinoso techo. Subirse era una proeza. Luego pedí el clásico “aventón”; unos ingenieros me pidieron que subiera a una camioneta con cámper y me dejaron de pasada en la comunidad. En virtud de que no podía ver el paisaje, por el movimiento pude darme cuenta del camino de terracería, lo sinuoso del trayecto, el esfuerzo del motor y la lentitud del vehículo, por todo ello supuse el ascenso de una montaña o varias.

Por fin había llegado a la comunidad, mejor dicho, mi comunidad. A partir de ese momento y hasta la fecha sigo siendo “el maestro Abel”. Un largo periplo de sabias enseñanzas, como carrusel de emociones que algunas veces transcurrían en un violento vértigo o sosegado ánimo. La mayor parte del camino ha sido compartido por una fiel esposa; juntos hemos obtenido, por partida doble, las primicias de la descomunal tarea llamada familia. Creo que al relatar a título personal algo que me conmueve el alma... también hablo de ellos. Éste es el juego.

Leer es como respirar¹

Ha sido un largo camino, pero bien andado, lo suficiente para poder hacer algunas sugerencias para fomentar la lectura. Aconsejo inundar todos los lugares públicos de libros, cualquier tipo de libro, hasta que veamos la lectura como algo inherente a la persona, como las funciones vitales: respirar, comer, trabajar, moverte. Así debe ser la lectura, no sólo como un accesorio o un lujo para algunos. ¡Debe ser para todos! Para lograrlo, debemos alejarnos de todos los acartonamientos, de la obligatoriedad de leer tal o cual cosa. Lo que importa es que el alumno –y sobre todo el profesor– lea cotidianamente. Para ello, toda estrategia es buena y cualquier lectura debe ser bienvenida. Que simplemente se lea y, a lo mejor, alguien pueda descubrir una receta de su abuela y hacer un libro, como *Afrodita*, de Isabel Allende. Que se lea y lea lo que sea, pero que lo haga con gusto, con placer, sin obligación. Esto es lo fundamental.

Se debe motivar la combinación de eventos culturales con la lectura: la música, la danza, el buen cine. Eso me ha dado buenos resultados a mí, tal vez porque soy un romántico empedernido que cree en las humanidades. Aunque soy un idealista irremediable, veo que en la actualidad se requieren cosas muy prácticas para fomentar la lectura en los niños y los jóvenes. Necesitamos un cambio de mentalidad. Inauguremos ciclos de lectura, en donde se priorice el placer por leer. Así, tendremos ciclos de literatura fantástica, de literatura romántica, de novelas de aventuras, de las cuales podemos recuperar, desde los caballeros del rey Arturo hasta los caballeros del Zodiaco, caballeros de cualquier cosa, que les interese a niños y jóvenes. Una vez que adquieran el gusto por leer, entonces sí, el niño, el joven, el maestro o cualquier lector novel, puede definir qué quiere leer; que elija lo que más le guste, lo que más necesite

1 Fragmentos de la entrevista realizada por Gustavo Meza Medina para la revista *De Puño y Letra*, No. 6, agosto-diciembre 2008, IEA, pp. 67-71.

y le convenga. Insisto, para fomentar la lectura se debe comenzar con lo que al lector le parece más atractivo, aquello que le proporciona mayor placer y que defina cuáles son sus preferencias. Seguro que llegará un momento en que los niños y jóvenes elegirán como lecturas preferidas, de una manera gozosa, a los clásicos, en especial a aquéllos que no están en los programas escolares.

Ésta es mi propia experiencia: cuando estudié en el CRENA no sabía qué era ser maestro. Es más, ésa fue la única opción que se me presentó como hijo de campesino ejidatario de Ciénega Grande, comunidad de Asientos, cerca de Carboneras. Ahí nací y viví mi niñez y adolescencia. Pertenezco a la primera generación de la Escuela Secundaria “Luchadores Agraristas” en Villa Juárez, hoy Escuela Secundaria Técnica No. 12. Del CRENA recuerdo a varios de mis maestros, verdaderos ejemplos que me motivaron a leer: Demetrio Rodríguez Orozco, Eleuterio Quiñones, Nezahualcóyotl Álvarez, Luis Octavio Regalado, Alfonso Román, Paulita y Claudia Elvira Figueroa Mascorro.

En la secundaria, por influencia de la directora y maestra de español Carmen Rodríguez Ventura, me fui encaminando a las humanidades. Consumía todo lo que encontraba y poco a poco fui formando mi gusto literario de manera autodidacta. Leí a Marcial Lafuente Estefanía; novelas wéstern clásicas, entre ellas *El hombre de las manos de cuero* y todas las que encontraba en El Intercambio Librero, la librería de segunda que tenía don Manuel, padre del profesor Sergio Velasco Yáñez. Soy de la primera generación del CRENA, 1972-1976, y tuve de compañeros a excelentes lectores, como Armando Quiroz Benítez, Fortino Valdivia, Francisco, alias Panchito, Juan Antonio Arroyo y Rosa María Acosta Luévano. Creo que siempre fui un alumno dedicado al estudio y he aprendido, tanto en mi formación normalista como en mi práctica docente, a gozar de la lectura y tratar de transmitir mi entusiasmo a otros.

Mi primera experiencia docente fue en la comunidad El Zopilote, la escuela tenía 45 alumnos distribuidos en cuatro grados. Era una escuela unitaria donde uno hace de todo: fui maestro, director, intendente, psicólogo; no fui partero porque en ese tiempo no hubo nacimientos. También me puse en contacto con el Instituto Nacional Indigenista y llevé una brigada de salud a la comunidad. En la escuela no había ningún material, tuve que conseguir hasta los libros para los niños, no había libros, tampoco llegó alguna biblioteca ambulante. ¡Ninguna! Los alumnos en esa comunidad tenían muchas habilidades manuales. Tejían la palma y sabían hacer objetos artesanales de estambre y chaquiras. Mientras permanecí en El Zopilote me dio por leer sólo libros comerciales, *El día del Chacal* de Frederick Forsyth, que narra el intento por asesinar al presidente Charles de Gaulle; *La isla de los hombres solos*, historia con la cual me sentía muy identificado. Tenía tiempo para leer, pues aunque trabajaba mucho durante los días hábiles, los fines de semana era mi entretenimiento, mi distracción y mi nexos con el mundo.

En las vacaciones de 1977 entré a estudiar a la Normal Superior de Aguascalientes; también fui de la primera generación de la Licenciatura en Español. Ahí me encontré al profesor Wilihaldo Oropeza, maestro de literatura, y nos dio una clase que se llamaba Lenguaje Total, fue principalmente él quien reorientó mi gusto por la lectura. Leí *La regenta* de Leopoldo Alas, Clarín; *La metamorfosis* de Kafka; *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, y *El extranjero* de Albert Camus, que me dejó la preocupación de cómo un acontecimiento pequeño puede trastornar todo un sentido de vida. Con ese curso logré establecer un buen nivel de lectura, pues, mientras mis compañeros sólo citaban fragmentos de algún texto de la literatura mexicana o universal, yo podía hablar de toda la obra, pues ya la había leído.

En ese tiempo, todos los días me despertaba de tres a cuatro de la mañana, sólo para escuchar música, porque El Zopilote estaba tan alejado que sólo a esa hora podía sintonizar la LG de

León, Guanajuato; al escucharla sentía tanta nostalgia y agrado porque me hacía estar cerca de mi Aguascalientes; como a las cuatro o cinco y media de la mañana había interferencia y se perdía la frecuencia, pero no le cambiaba de estación. Durante todo el día sólo se oía la estática y yo la dejaba encendida, sólo con el zumbido, pues a las tres de la mañana la grabadora captaba la frecuencia y me volvía a despertar.

Al término del ciclo escolar me dieron el cambio a la comunidad de El Venado, donde había una organización escolar completa; trabajábamos 12 maestros y como supieron que ya estaba estudiando en la Normal Superior, me invitaron a ser maestro de la secundaria de la comunidad, una secundaria que se formó con mucho altruismo. En 1980 me fui a Querétaro, a La Valla, San Juan del Río. Sólo trabajé tres meses porque había una violencia social muy fuerte. Me regresé a Aguascalientes y me quedé a trabajar en secundaria. Inicié como prefecto y maestro de español. Con los muchachos, organicé el primer festival de teatro escolar. Fueron mis tiempos de mayor acercamiento a la obra de Juan Rulfo; gusté y compartí con mis alumnos los cuentos de *El Llano en llamas*, conocimos a Juan José Arreola y a Emilio Carballido, de quien utilicé, con muy buenos resultados, su antología de teatro con los chicos de secundaria. En este periodo aventajé mucho en mis lecturas, leí *Siddhartha* y *El lobo estepario*, de Herman Hesse. Me identificaba mucho con este autor, tal vez por mi estado de vida de soltero, solitario y soñador, en búsqueda de identidad, como Siddhartha.

De 1980 a 1992 trabajé en la Secundaria Federal No. 5, al lado del director-fundador de la escuela, César Peña. Lo más significativo en esta secundaria fue que conocí a mi compañera Martha Hilda Salazar Chávez, maestra de ciencias naturales. Siendo prefecto tuve que regañarla en una ocasión que llegó tarde (no solía hacerlo). Tal vez por eso ella me recuerda en una oficina del Instituto de Educación con una postura intolerante y de mucha exigencia. No sé si por eso se enamoró de mí.

Después de haber sido representante sindical, retomé mi camino como lector con más entusiasmo y leí mucha poesía: Efraín Huerta, Rosario Castellanos, Federico García Lorca, una antología de poesía trunca de los combatientes de la guerrilla centroamericana, entre otros. En ese tiempo transitaba por una etapa de desencanto, en donde sentía que mi trabajo era estéril. Sentía también cierta nostalgia por la actividad sindical; quería volver al sindicato, al centro de los reflectores. Pensaba como Nicolás Maquiavelo: “Quiero que el Estado me llame”. No me llamaron del sindicato, pero sí del Instituto de Educación de Aguascalientes. En 1998 me pidieron que colaborara con un equipo de actualización del IEA, para trabajar con maestros en el SEPAM (Sistema Estatal para la Actualización de los Maestros). Luego ingresé a la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011 de Aguascalientes, donde me dediqué a la difusión, a seguir estudiando, a preparar a nuevos maestros y a desarrollar otras habilidades. Ahí comenzó mi afición por los juegos, en el programa de la Licenciatura en Educación. Me tocó una materia de salud y educación física, en la cual se incluye una unidad llamada “Cuando juegan los niños que aprenden”.

Y aquí estoy, donde me ven, todavía en el camino de ser lector. Creo que he avanzado y, aunque leo mucho, incluso más que antes, ahora soy más selectivo. Cada vez me convenzo más de que todas las cosas tienen belleza si la sabes buscar. Para eso ayuda también la lectura, para aprender a disfrutar lo bello de la vida, de las experiencias y de las personas, como dice Robert Louis Stevenson: “A un objeto, si se le ve detenidamente por las dos caras, termina uno por encontrarle belleza a pesar de que a primera vista no lo representa”. Éste ha sido mi camino como lector y lo he disfrutado. Creo que todos caminaremos senderos diferentes, pero lo importante es llegar al mismo punto: hacer de la lectura algo indispensable, vital... Así como respirar.

ARMANDO QUIROZ BENÍTEZ

Profesor egresado del Centro Regional de Educación Normal de Aguascalientes, editor de la revista *Perfiles Normalistas*. Ha publicado varios libros de poesía y narrativa, entre ellos: *La noche circular*, *Contorno de fuego*, *Contorno de agua* y *Memorias desde el sueño*. Ha ganado varios concursos de ensayo histórico, poesía y literatura. Aquí se presenta una muestra de su obra ganadora en Punto de Partida de la UNAM.

Soneto

Si pudiera decirlo en un poema...
mencionarlo siquiera con acierto;
si pudiera decir a verso abierto
este fuego de patria que me quema;

decir México, síntesis suprema
del valle, el mar, la selva y el desierto,
ara lumínica, celeste huerto,
divino suelo de ancestral diadema;

cantar la triple llama congregante
que enciende la esperanza verdadera
en la lid de un escudo palpitante,

en la sede inmortal de una bandera
y en el himno profético y vibrante...
si pudiera decirlo... si pudiera.

*

No hagas caso
de este amor imbécil que te sigue

lo he extraviado en la seda de tu sombra
lo he diluido en el agua de tu risa
lo he casi aniquilado

si aun así
algo de su impúdica imagen asomara
písalo, con la suela sal de tus sandalias
fúndelo en el hielo de tus lágrimas
sepúltalo en la noche de tu almohada

esa será
estoy seguro
la mejor forma de ser correspondido.

Soneto

Aunque soy en tus calles una sombra,
un fantasma que te ama cabizbajo,
puedo decir tu nombre por lo bajo
y soñar tu pasado que me asombra.

Es de agua este poema que te nombra
y desciende contigo historia abajo,
agua clara que brota sin trabajo
y se esparce en el suelo que te alfombra.

Eres, ciudad sencilla, la elegida
por la fiesta y la paz en el concierto;
me asombras, singular y divertida.

Pues hoy maravillado he descubierto
que de ti emerge pródiga la vida
y vives custodiada por un muerto.

Soneto

Ha leído, Javier, un nuevo texto
en la apenas naciente Cofradía,
él sabe que el hacerlo es valentía
y dice que tan sólo es un pretexto.

Expone su poema en el contexto
de una fiera y brutal escribanía
que pone de inmediato en agonía
adjetivo y retórica del texto.

Desbordado el poema en el papel,
va esquivando la crítica sin fin,
sortea de Luis el comentario cruel,

así sigue y avanza hasta el confín,
salvando los análisis de Abel
y huyendo de las garras de Caín.

Te intuyo

en los filos
invisibles de la luz

en la respiración verde
de los árboles
te sé escondida
en los dobleces de la sombra
 en el vaho blanco de la luna
 y en las avenidas de agua
que huelen a basura remojada

te siento alada
en las nubes suspendidas

y sé que ahí estás
pero cuando quiero decir tu nombre
la lengua
se me deshace entre las líneas

las palabras
se me revientan en el verso

poesía pura
esquiva
¿por qué eres
si no
puedo
nombrarte?

Que el autor reverentemente compuso envuelto en delirios de ausencia

Ya recuerdo el sistema inconfundible
de tu lengua inventando mis oídos
y el silencio en que ardían mis sentidos
ocultos en tu copa irrepetible.

Logrando bocarriba lo intangible
aprieto tus suspiros esparcidos
y en mi puño tus besos escondidos
consuman el placer de lo imposible.

Han seguido tus muslos recorriendo
mi mente, donde cálida vegetas;
mas, para no decir que estoy muriendo,

mejor digo en palabras más concretas
que he podido sin ti seguir viviendo
porque sigues viviendo en mis puñetas.

Epigrama

En la pantalla
la Isela Vega se deja
sus senos caen maduros
en las manos del galán.

Esta noche
habrá un derramamiento masivo
de semen.

Bígamo

*Lo bueno, si breve,
dos veces bueno.*
B. Gracián.

Bipendejo.

Poema corto

El tiempo gotea días
y salpica mi cara de minutos.

JOSÉ RAMÍREZ OLIVA

*N*ació en Nochistlán, Zacatecas, el 10 de marzo de 1959. Como cuentista es autor de tres libros: *Cuentos relatos y relajos del sur de Zacatecas*, *Estampitas nochistlenses... y más* y *Cuentos mortecinos*; también tiene un libro de anécdotas: *Recuerdos lejanos cercanos*, así como otros textos y ensayos publicados en diversos medios. Su obra recupera con sentido de humor y, en algunos casos autobiográficos, rasgos extraordinarios de la cultura popular. Es cofundador de La Cofradía Nochistlán.

La cobija de Eliseo

El recuerdo inicia en 1965, apenas tenía seis años y vivíamos en un mundo de penumbras debido a la carencia de energía eléctrica. Por las noches nos iluminábamos con un aparato de petróleo, de esos que tienen un depósito redondo o cilíndrico de vidrio como base, un mechero que emerge desde el fondo del líquido y se va estirando conforme el usuario lo necesita mediante una manivela pequeña que, al darle vueltas, con un mecanismo sencillo lo retrae o lo impulsa a la parte alta, donde la llama consume el combustible y la mecha de hilaza, que hay que reemplazar conforme se acaba o deja de ser útil. En la parte de arriba hay una bombilla delgada de vidrio que a diario hay que limpiar introduciendo papel periódico o un trapo para quitarle el humo adherido. A veces había que hacerlo dos o más veces en el transcurso de una noche, dependiendo del tiempo de uso. Era muy común que, al limpiarla, ésta se quebrara provocando enojos del proveedor de recursos en el hogar.

Y qué decir de la estufa, era también de petróleo con dos parrillas y un depósito de una capacidad como de dos litros de ese combustible. Las ollas de barro siempre estaban llenas de hollín maloliente, contaminando, en algunas ocasiones, la comida. Nada de agua potable, ésta era del pozo, que se consumía sin hervir. En fin, eso fue hace 55 años.

Mi papá, herrero nacido en Moyahua, estaba considerado como un personaje osado y valiente, capaz de enfrentarse a los mayores peligros. Una mañana fue visitado por unas personas un rato antes del mediodía y así como estaba se fue con ellos. Regresó hasta el día siguiente más o menos a la misma hora que se fue, es decir, 24 horas después, traía en sus manos una cobija de lana, de esas que hacían los artesanos de la calle Mejía en una máquina de hilar tosca de madera. Una cobija gruesa, común y rasposa, muy rasposa que mortificaba en demasía al que le tocaba usarla.

Era “la cobija de Eliseo”, aquélla que nos atormentó y nos quitaba el sueño.

Al dar las explicaciones a mi madre –nosotros no nos atrevíamos a preguntar, mi padre tenía un carácter tan fuerte que nos infundía respeto y miedo, sólo escuchábamos sin tener voz ni voto–, explicó que se fue a La Presa de Dios a buscar el cuerpo de un ahogado. Tuvo que sumergirse varias veces para localizarlo hasta que se hizo de noche, pues había llegado al atardecer. Al no lograr encontrarlo, durmieron en ese lugar para continuar al día siguiente, que fue cuando, por fin, lo encontró. Trajeron el cadáver a la comandancia de policía para hacer las casi nulas averiguaciones. En aquel tiempo se podía morir a gusto de cualquier forma, sin grandes molestias para el cuerpo finado. Todavía no se inventaban los forenses y si los había, estaban en otros lugares, aquí no llegaban; es más, ni en la actualidad, cuando la autoridad obliga, hay que llevarlos a la capital del estado sólo para que escriban en un papel que murieron de la forma que ya todos saben.

Se trajo la cobija que le sirvió de apoyo para capotear el frío y dormir lo que pudiera en el lugar donde improvisaron el campamento.

Nos quedamos con la idea de que dicho trapo perteneció al ahogado, por lo tanto, era la cobija de Eliseo, aquélla que se convirtió en el martirio del último que se acostaba y se cubría con ella. Los que tenían o teníamos la suerte de cobijarnos con otra de las muy escasas y deshilachadas prendas antifrío, nos burlábamos del desdichado que tenía la necesidad de usarla. Cuando parecía que estaba logrando conciliar el sueño, emitíamos sonidos ridículos que sonaban espectrales en la oscuridad o se complementaba el ambiente tétrico con las sombras de las pavesas ondulantes del aparato, cuando aún no lo apagaban. Los rasguños de ese trapo los sentíamos como intensos araños del muerto. En las paredes de adobe, gruesas como una muralla, aparte de imágenes grotescas y tétricas, circulaban en

fila infinidad de chinches que querían sangre. Más de alguno llegó o llegamos a llorar de terror porque se tenía que usar esa cobija, que no perteneció al muerto, sino a un caritativo vecino de aquellos remotos lugares que se la prestó a mi padre y, en un acto de agradecimiento, finalmente se la regaló como un homenaje a su acción heroica.

La cobija nos atormentó durante muchos años, pero rectifico: la cobija no nos provocó dicho pánico, sino la jugarreta de mi padre al asustarnos de esa manera y a la imaginación de nosotros, que crecimos escuchando historias de terror, brujerías, aparecidos, del diablo y muchas otras supercherías. De nada valieron las palabras de nuestra dulce y amorosa madre que continuamente desmentía la situación; pesaban más los prejuicios.

Tratábamos de imaginarnos el aspecto del ahogado, cuyo nombre era muy singular para nosotros, y cuando menos lo pensábamos, nos hacíamos preguntas acerca de La Presa de Dios, un lugar mítico para nuestra imaginación. ¿Cómo era posible que Dios tuviera una presa? ¿Sería bonita? ¿La utilizaría para bañarse? Quizás para pescar y pasear en lancha o caminar sobre sus aguas sin sumergirse. Seguramente sí, algún lugar maravilloso, el mismísimo paraíso. No comprendíamos el origen y la razón de ese lugar, pero algún día tendríamos que conocerlo. Hasta la fecha no he tenido esa dicha, sólo he escuchado historias sueltas, algunas disparatadas y sin sentido. Al final les contaré las últimas noticias.

Brinco al año 2003. Fui a visitar a mi padre en compañía de mi esposa y mientras estábamos en la casa haciendo alguna tarea para su bienestar, él se fue a sentar a un banquetito de ladrillo y cemento; había dos, uno en cada esquina opuesta. Escogió donde se calentaría con el sol de la mañana, en contra esquina del bar El Gato Negro. Traía puestas las ropas de lujo de limosnero, o sea, las peores, un pantalón roto que tenía más hoyos que años, y eso que eran bastantes; una camisa que, si conoció buenos momentos, ya se habían olvidado; unos zapatos viejos,

aunque sin agujeros, sin calcetines, últimamente no usaba; un suéter que alguna vez fue café y que ahora tenía un color indefinido, tejido por las manos de mi madre, quizás por eso se lo ponía. Ella se había adelantado tres años en el viaje sin retorno. En fin, el tipo apuesto, impactante, bien vestido y carismático, devino en un anciano que, aunque no se veía cansado, sí distaba mucho del señor que durante muchos años fue la admiración de la familia y hasta envidia de alguno que otro fulano.

Y no es que la vida lo hubiera arrojado a esa situación, en realidad tenía recursos económicos suficientes para vestirse, comer y hasta pasear por donde él quisiera. Con una pensión modesta de bracero, y la mitad del dinero de su casa vendida y que prestaba generándole intereses, más la ayuda de nosotros, sus hijos, con quienes nunca quiso irse a vivir, en realidad era un hombre rico, si es que cabe la expresión.

Ese día lo vi llegar a la casa con una gran bolsa llena de frutas, a risa y risa por dos hechos. ¿Qué crees que pasó? Sin esperar mi obvia pregunta continuó diciéndome, llegó Abundio, el hijo mayor de don Abundio, y se sentó a mi lado, platicamos de muchas cosas y en un momento, mirando a mis pies, me dijo que me habían salido buenos mis calcetines y que suponía que los tenía desde recién nacido, que estaban bien hechos. Yo le contesté que ni tan buenos, que tenía unos calzoncillos del mismo material y que ya estaban agujerados. Riendo él solo de su ingenio me arrancó carcajadas al imaginarme el hecho completo.

Le pregunté que si había ido a la frutería y me dijo que no, que un rato antes pasó un señor confundiéndolo con un limosnero e intentó darle unas monedas, él le dijo que no era lo que imaginaba, que él tenía sus razones para vestir así, en fin, en la plática salió a relucir su nombre, a lo que el señor lo miraba con sorpresa y admiración diciéndole que lo esperara, se fue al centro del poblado, sólo dos cuadras al jardín, cuatro al mercado, regresó con la bolsa de frutas y le dijo que le rogaba aceptara

ese obsequio, además de 100 dólares. Mi papá lo escuchó en silencio mientras le explicaba entre lágrimas que él era uno de los hijos de Eliseo, aquél que nadie se atrevió a sacar ahogado de la legendaria presa y que le estaba muy agradecido. Mi papá, ante ese hecho, le aceptó el tributo, diciéndole que si todos hicieran lo mismo, tal vez se haría rico, fueron tantos ahogados que sacó de presas, bordos y estanques que ya había perdido la cuenta.

Jamás me dijo cómo fue que se ahogó Eliseo, si en realidad se ahogó...

En ese momento recordé cuando, unos 22 años antes, sucedió un hecho que formaba la tercera pieza del rompecabezas. Me encontraba en un bar o cantina, como se les llamaba antes, después de llegar del trabajo como profesor en mi primer destino, disfrutaba de un brandy Don Pedro, uno de los mejores vinos de esos tiempos, con Seven, cuando surgió un problema con un sujeto que se encontraba a mi lado en la barra, discutimos bastante rato y por momentos parecía que llegaríamos a los golpes, siendo contenidos por los demás bebedores y el cantinero, hoy le dicen barman. Quizás no llegamos a ese hecho porque en el fondo o de manera manifiesta ninguno de los dos queríamos pleito, ¡el miedo no anda en burro! En uno de los alegatos salieron a relucir nuestros respectivos apellidos y el parentesco con mi padre, nada más y nada menos que su hijo. Por encanto terminó el enojo de mi contrincante, resultó ser uno de los hijos de Eliseo.

Entre brindis me contó parte de la historia de su padre. No la recuerdo con exactitud, el poco alcohol consumido me abotagó los sentidos, sólo me quedó grabado que a su papá no lo querían en aquellos rumbos: El Capulín, Vallecitos, Cerro Grande, Piedras Coloradas, El Llano de la Lumbre, La Huerta y demás pequeñas rancherías. Cuando supieron los familiares que en la presa se encontraba el cadáver de su padre, nadie quiso ir a sacarlo, él y sus hermanos estaban chicos y no com-

prendían nada de lo que sucedía, sólo me dijo que alguien mencionó el nombre de mi padre y vinieron al pueblo en su busca y que no los decepcionó, desde entonces, escuchando a sus mayores, veneraban, si es que cabe esta palabra, a mi padre.

Me ofreció dinero, me ofendí y lo rechacé con firmeza, sin embargo, le acepté los tragos, la botana y unos tacos que encargó. Todo esto no disipó mis dudas, dos misterios: la cobija de Eliseo y La Presa de Dios. Mi padre no me dio más detalles.

Recuerdo que desde pequeño mis padres y la gente nos contaban con admiración el hecho de haberse formado una presa sin la intervención del hombre, decían que una tarde lluviosa, en los límites de Nochistlán con Jalpa, cayó una gran centella, desgajando un cerro y sepultando a un arriero con todo y un burro, que luego con el temporal se formó un gran vaso de agua. Una gran presa hecha por Dios, como si todo lo demás que existe haya sido formado por un ente distinto.

El hecho lo contaban con tanta emoción, como una bendición, una prueba irrefutable de la santa presencia del Creador, lo que nos infundía la certeza de que estábamos en la dirección correcta por la presencia divina; sin embargo, todos los mayores contaban el hecho, pero nadie iba. Era un camino largo y tortuoso, ya fuera a pie o a lomo de caballo, burro o mula. Muchas horas de camino. Nos conformábamos con imaginar el hecho y el lugar.

El origen de la presa es entendido en diversas versiones, ocurrió alrededor de 1933, dicen que hubo un terremoto que movió una ladera hacia el arroyo o barranco, dando paso a la formación de dicho fenómeno. La otra versión es la de la centella, también probable porque hace unos 45 años “desformó” una presa hecha por el hombre en las cercanías del pueblo, así que la naturaleza, como crea, destruye, lo más probable es que haya tenido un origen humano y nada divino; en la zona donde ocurrió había una serie de túneles, es decir, minas, dicen que de oro. El trabajo no estaba bien apuntalado y,

estando en un terreno falso, de repente ocurrió un derrumbe, desencadenando otros más hasta provocar un terremoto sólo en esa zona, ya que no hay registros oficiales de algún sismo de gran magnitud en otros lugares. Cuentan que dos personas con sus burros se encontraban en la zona. La tierra se “tragó” al hijo del otro acompañante que inexplicablemente no quiso ir a rescatarlo; fue encontrado días después parcialmente devorado por animales de rapiña.

La presa se ensolvó y lo que quedó de ella, las corrientes de agua se encargaron de hacer el trabajo final de desaparecerla. Hoy sólo queda una roca gigantesca e impresionante en medio del arroyo, pasando el agua altiva, desdeñosa, buscando mejores destinos. Lo hace por ambos lados de ella sin quedarse en el lugar.

Quizás Dios la destruyó.

2017, llegó el padre de mi esposa de visita. Él nació y vivió en El Capulín de Abajo muchos años. A él le gusta platicar de las personas que vivían y aún viven en toda esa región. Conoce los nombres, apellidos, descendencia y características de mucha gente, por no decir que de toda.

Eliseo, me contó, era un personaje siniestro que visitaba las rancherías casa por casa comprando gallinas, huevos, marranos y lo que pudiera cargar en su caballo o en las mulas que traía, luego iba a otras casas a vender sus productos. Cuando no había personas a la vista por estar ausentes o no querer salir, tomaba lo que podía sin pagar. Hubo ocasiones que dejaba a las gentes en ruinas debido a que lo hurtado era casi la única posesión del hogar. Cuando podía, abusaba de las mujeres, las violaba, sin ser denunciado para evitar el escándalo y el repudio del marido. En fin, con el tiempo se fueron conociendo sus fechorías hasta lograr el odio unánime de comunidades completas, cuando era bastante la gente que vivía en ella; hoy hay muchas casas y ranchos completos abandonados, casas vacías, destruidas, desaparecidas.

El final de Eliseo es previsible en este escrito, un marido ofendido lo cazó, lo mató, le amarró una piedra al cuello y se deshizo del cadáver en La Presa de Dios, tal vez enfrentando su juicio ante el Creador en sus terrenos o aguas. Del vengador no se supo nada, bien pudo haber sido cualquiera, qué más da. Si alguien lo supo, nadie “cantó”.

La cobija de Eliseo duró una eternidad, con el tiempo ya no nos atormentaba de manera siniestra, sólo nos raspaba mortificando la piel, hasta que mi buena madre juntó el suficiente dinero para renovar todas las camas, luego esta garra anduvo deambulando por los rincones de la casa tapando bultos de ropas o cachivaches.

DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO

Originario de Ciudad Manuel Doblado, Guanajuato, egresado de la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos” de San Marcos, Loreto, Zacatecas, y de la Escuela Normal Superior “Nueva Galicia” de Guadalajara, Jalisco. Fue discípulo del profesor José Santos Valdés y directivo y maestro de escuelas normales rurales en Durango, Coahuila, Zacatecas, Guerrero y Jalisco. Tiene una reconocida trayectoria como profesor en casi todos los niveles educativos y es autor de los libros *Manuel Doblado, Gto.*, *Añorantes y nostálgicas remembranzas* y *Chiquihuitillo con aventuras de Varita*.

Memorias de un estudiante (fragmento)

Me convertí en la sombra inseparable de Varita, el niño inquieto y travieso de ciudad Manuel Doblado, Guanajuato, siguiendo sus pasos, ahora como joven estudiante en una Normal Rural, para compartirles algunas de las cosas que él me contó:

Sucede que después de haber visto frustrado su intento por ingresar al Internado de Enseñanza Secundaria para hijos de Trabajadores Número 2 “Nicolás de Régules” de Tacámbaro, Michoacán, su padre, no obstante su pobreza como ejidatario de siembra de temporal, no desistió en su empeño de que sus hijos estudiaran. Ahora su hermano Toño y Varita emprendieron otra nueva aventura, se trasladaron al estado de Zacatecas con semejantes vicisitudes a las que afrontaron un año antes rumbo a aquella secundaria; su propósito era participar nuevamente en un examen de selección para lograr una beca y poder estudiar en la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos” de San Marcos, del municipio de Loreto. En este segundo intento ansiado por su padre se sentían más seguros que en el del año anterior, pues su benefactor, el maestro J. Jesús Hernández Ortiz, asesor agropecuario que formaba parte de la misión cultural establecida en aquellos ayeres, les repasó en sus ratos libres valiosas clases de español, matemáticas y geometría.

El viaje

Cargando como escudo espiritual la devota bendición de su afligida madre por su partida y bañados con el tibio bálsamo de sus lágrimas en el abrazo de despedida, sus dos hijos mayores, sollozando y suspirando, se separaron de ella la madrugada de un día último de enero. Acompañados de su padre, a las cinco de la mañana abordaron el viejo autobús que los conduciría a tierras desconocidas; sólo llevaban una saca de ixtle, si acaso con dos cambios de ropa de cada uno de los hermanos. En el

traslado de San Pedro Piedra Gorda que, aunque ya hacía medio siglo que por decreto se le asignó el nombre de Ciudad Manuel Doblado, por la fuerza de la costumbre le seguían llamando San Pedro Piedra Gorda, transcurrieron más de cinco horas para llegar a León. Caminaron varias cuerdas para dar con la terminal de los autobuses Flecha Amarilla. Allí abordaron el que los llevaría a la bella ciudad de Aguascalientes, a donde arribaron a las cinco de la tarde. El estado de ánimo de los hermanos era de desasosiego e incertidumbre, causados por la desmañanada, la separación de su familia y de su pueblo –al que sentían cada vez más lejos–, lo cansado del largo viaje, la falta de alimento acostumbrado y el hecho de contemplar lugares desconocidos.

Ya en la terminal de los autobuses de la ciudad hidrocálida, su padre indagó sobre los camiones que los conducirían a Loreto, Zacatecas. La respuesta fue que sólo en tren podrían viajar a ese lugar y le señalaron hacia donde estaba la estación ferroviaria. Lentos pasos los llevaron de poniente a oriente por la amplia y apacible avenida Francisco I. Madero, la principal de la ciudad. En la acera sur por donde avanzaban, admiraban aparadores de gruesos vidrios en diferentes comercios que nada se parecían a las tienditas de su pueblo. Frente a algunos de ellos aminoraban el paso para ver de pasadita lo que allí se exhibía. Embelesados se detenían a contemplar algunas elegantes residencias con espaciosos jardines, brillantes vitrales y atractivas torrecillas que Varita asociaba con los castillos y princesas que imaginariamente ya conocía por los mágicos cuentos de *Las mil y una noches*, que en noches serenas, magistralmente, les contaba su padre junto a los niños vecinos, sentados en el suelo, frente a la puerta de la casa donde vivían.

La tarde se despedía y los edificios de la avenida por donde caminaban, proyectaban paulatinamente su larga sombra en el piso, a medida que el astro rey se aproximaba al ocaso. Al final de la avenida Madero, donde terminaba la ciudad, arribaron a la estación del ferrocarril, cruzaron por un sombreado parque de

elevados árboles en donde se respiraba un ambiente de tranquilidad y frescura. En sus corredores estaban instaladas muchas bancas de gran tamaño hechas de cemento, totalmente cubiertas de miles de pedacitos de platos de porcelana, predominando el color blanco. Algunas estaban colocadas en circunferencia alrededor de las fuentes. Con aquellos trocitos ingeniosamente acomodados, todas las bancas lucían formas de hojas y guías vegetales o círculos florales, en su centro cada una mostraba un medallón ovalado dispuesto en forma horizontal de relativo tamaño, que ostentaba el nombre de la empresa o persona que la había obsequiado. En una de las bancas se sentaron a descansar y a disfrutar de la frescura de aquel paraje. Pocas parejas de jóvenes enamorados cautelosamente disfrutaban de aquel discreto lugar.

La tarde era fría, parvadas de pájaros que parecían tordos piaban en distintos tonos, disputándose un lugar para anidar en las altas ramas de los árboles. En el piso, en torno a los árboles, las aves dejaban huella de su permanente estancia nocturna en dicho lugar, pues se apreciaban blancas manchas de su excremento. Desde donde estaban sentados, padre e hijos, tenían a la vista la estación del ferrocarril.

La estación ferroviaria

Varita no tenía la menor idea de cómo sería una estación de ferrocarril. Le impresionó ver aquel imponente y hermoso edificio de doble planta, color crema con techo de dos aguas, cubierto de tejas rojas y construido sobre un desnivel de más de un metro de altura con respecto del patio frontal de la estación.

Por unas gradas de cemento ascendieron y entraron por una enorme puerta en forma de arco a lo que era la sala de espera. ¡Nadie los esperaba! Varias personas, algunas sentadas en largas e incómodas bancas de madera, otras paradas y unas más deambulando, se encontraban en la amplia sala. Todo era novedad para Varita, cargado de incertidumbre y asombro.

Aseguro que también su padre y su hermano experimentaban el mismo sentimiento que él. Supieron que el tren que los llevaría a Loreto era el que iba a San Luis Potosí y que saldría hasta otro día faltando diez minutos para las ocho de la mañana. Tendrían que esperar más de catorce horas. En el interior de la amplia sala, varias personas se formaban frente a una ventanita para comprar el boleto y esperar el tren que los llevaría a su destino. Padre e hijos salieron de la sala de espera por la puerta oriente, semejante a la anterior, y empezaron a caminar por el amplio andén que separaba la estación de las vías férreas. Muchísima gente se encontraba en ese lugar; estaba por arribar el tren procedente de Ciudad Juárez con rumbo a Ciudad de México. Algunos pasajeros probablemente viajarían rumbo al sur, tal vez otros esperarían a alguien que venía del tren que estaba por llegar. Se escuchaba la algarabía de múltiples comerciantes, de mujeres y hombres que pregonaban sus mercancías: tamales, gorditas, atole, arroz con leche, café, pan de trigo, churros, tortas, dulces, gelatinas, camote tatemado y calentito, miel, paletas, refrescos, manteles, vestidos, servilletas, chalinas, rebozos, cobijas y zarapes de lana, almohaditas para el viaje, cigarros, cerillos, juguetitos de lámina y madera, muñequitas de trapo, de cartón y de sololoy, etcétera.

Su hermano y Varita en realidad no conocían por donde corre el tren ni el ferrocarril, sólo lo habían visto en la película *Vámonos con Pancho Villa*, en un cine ambulante de los llamados “húngaros” que llegaba de vez en cuando transportado en una vieja troca de redilas y proyectado sobre una sábana blanca que fijaban en una de las paredes del Mesón del Refugio que, con su típico empedrado blanco y negro, recibía a los clientes con un fuerte olor a estiércol. Cada concurrente se acomodaba en la silla que llevaba desde su casa.

Varita sentía que su cuerpo se estremecía al ver el movimiento de las imponentes locomotoras de vapor con su larga trompa negra, sus enormes ruedas metálicas y su chimenea

vomitando leves columnas de negro humo, escupiendo hacia los lados rítmicas ráfagas de vapor y llevando en su vientre rojas lenguas de fuego. Máquinas que lentamente se desplazaban de un lado a otro en el patio frente al andén.

A lo lejos se escuchó el silbido del tren procedente de Ciudad Juárez que anunciaba su cercanía. La gente se puso en movimiento con la vista fija hacia el norte, donde dormían sobre durmientes los paralelos rieles, y todos atisbaron el disco luminoso que el tren traía en su frente y del que brotaba un potente rayo que iluminaba el ferrocarril. A medida que se acercaba, los fuertes silbidos, más que silbidos parecían bramidos, retumbaban en toda la comarca. Empezaba a oscurecer. Lentamente el tren, con un ruido ensordecedor, se fue aproximando a donde estaba la gente. Se escuchaba el pausado tintineo de una campana que la máquina traía en su testa; también se escuchaban fuertes resoplidos del aire que salía de unos tubos entre las ruedas y el escandaloso rechinar de éstas al ir frenando sobre los rieles. El tren avanzaba lentamente hasta quedar frente a la estación. De inmediato se escuchaban las fuertes voces de unos señores uniformados con ropa azul marino que, bajando del tren, anunciaban el lugar de llegada. Tiempo después, Varita supo que se les llamaba garroteros y conductores.

Al pasar la máquina frente a los hermanos, a Varita le llamó la atención un señor con cachucha azul y pañuelo rojo en el cuello que, sentado en la parte alta, permanecía en ella y que, por lo gigantesco de aquel monstruo negro, le pareció pequeño. Su padre le dijo que ese señor que miraban sobre la máquina era el maquinista. Por fin, se detuvo el tren y empezaron a bajar personas de diferentes vagones. El estribo de los carros de pasajeros quedaba a nivel del andén encementado. Tan pronto bajaron los pasajeros que venían a esta ciudad, empezaron a subir quienes viajaban rumbo al sur. El descenso y ascenso estuvo vigilado permanentemente por los garroteros. Poco fue el tiempo que permaneció el tren en la estación, suficiente para

que bajaran y subieran los pasajeros y para que los comerciantes ambulantes ofrecieran su mercancía a los que iban de paso y no podían bajar del tren. Personal de los ferrocarriles con linternas de petróleo encendidas daban las señales necesarias para el movimiento del convoy. Se escucharon los gritos de los garroteros que a voz de cuello alertaban con un “¡Vámonooooooooooooo!”. Con aparente lentitud, como mostrando cansancio, el tren, arrastrando su pesada carga y arrojando gruesas columnas de humo, empezó a tomar velocidad y con los estruendosos bramidos con que llegó, se fue. Atónito se quedó Varita contemplando cómo se escondía aquel monstruo en las tinieblas de la noche y con asombro vio cómo el foquito rojo del cabús se diluía en la oscuridad. Con la partida del tren quedó en silencio la estación y sólo se escuchaba el leve ruido de pocos hombres acomodando sus carritos de carga de cuatro ruedas, cerca de la pared oriente de la estación.

Dormir en la estación

El gentío que poblaba este lugar poco a poco empezó a retirarse. Muy pocas personas permanecieron en el andén, al cabo de un rato, algunas ingresaron a la sala de espera que se hallaba casi vacía. En ella permanecieron no más de ocho personas con apariencia de campesinos. Se escuchaba un sordo ruido en los patios de la estación y de vez en vez el fuerte silbido de algún tren que anunciaba su llegada y luego el rechinado sobre los rieles al aplicar los frenos. Un trozo de camote tatemado fue el alimento del día. Los hermanos y su padre se acomodaron en una de las largas bancas con la intención de dormir recargados sobre el respaldo. Acostumbrado a la tenue luz de la llama de un aparato de petróleo que usaba en su casa y a dormir en la oscuridad, la fuerte luz del foco de la sala de espera le impedía conciliar el sueño, a pesar de que el sombrero de palma le cubría el rostro. Con la luz encendida durante tantas horas y escuchando los desesperados e intermitentes ronqui-

dos de algunos pasajeros, la noche le pareció interminable y en su interior rogaba a Dios que pronto amaneciera. La claridad del amanecer alivió su desesperación trayéndole regocijo. Desvelado y friolento se asomó a la puerta que daba al parque y alegre recibió el canto de las aves que, revoloteando sobre las copas de los árboles, saludaban a la alborada.

Padre e hijos salieron al andén de la estación. La mañana era fría y pobre el abrigo de ellos. Llamó la atención de Varita el lento movimiento de dos locomotoras lanzando bocanadas de humo, escupiendo vapor y exhalando ligeros pitidos, algo que sus ojos y sus oídos jamás habían presenciado. Hombres con cachucha y overol de color azul y guantes muy notorios llevaban en sus manos herramientas de trabajo, recorrían las vías y los carros que permanecían parados en el patio recibiendo algunos arreglos. Ya estaba llegando mucha gente y los comerciantes ambulantes ofrecían diversos productos. Desde un día antes no habían probado alimento, la larga noche aumentó su apetito. Unos tamales calentitos y un oloroso atole champurrado en jarro calmaron su hambre atroz, reanimando sus cuerpos.

La carátula del reloj ubicado en el exterior de la planta alta del edificio que ve hacia el patio de trenes marcaba las seis con cuarenta minutos de la mañana. Todavía faltaba más de una hora para abordar el tren que los llevaría a Loreto. Los primeros rayos del sol se filtraban por el follaje de los árboles que estaban más allá de las múltiples vías férreas, proyectándose sobre los muros de la estación, trayendo calor y alegría a los transeúntes. En el andén paralelo a las vías, plataformas y carros de cuatro ruedas cargados con costales, cajas, bultos y baúles eran jalados por hombres y llevados a los lugares donde montarían esas cargas al tren que estaba por llegar. Misma operación de carga y descarga que ya habían observado la tarde anterior al arribar el tren procedente de Ciudad Juárez, Chihuahua.

En el andén estaba un anciano cieguito acompañado de su vieja guitarra cantando con buena entonación: “Amor chiquito,

acabado de nacer, eres mi encanto y eres todo mi querer...”. Gentes caritativas le obsequiaban algunas monedas, también Varita puso en sus manos una moneda de dos centavos.

Viaje en el tren

A las siete y media de la mañana abrieron una ventanita donde vendían los boletos para viajar en el tren que los llevaría a Loreto. Pronto su padre se formó frente a la ventanilla y adquirió los tres boletos que requerían. ¡Por fin llegó la hora de viajar! Varita pensaba: “¿Cómo será Loreto? ¿Quedará muy lejos de aquí? ¿Será tan grande como Aguascalientes?”. El nombre de Loreto le era conocido porque en él hay un fuerte donde el general Ignacio Zaragoza, el cinco de mayo de 1862, ganó la batalla a los invasores franceses, pero, si mal no recuerda, ese fuerte no está en Zacatecas, sino en Puebla... estos y otros pensamientos pasaban por la mente del joven campesino.

Entre gustosos y asombrados, por primera vez subieron al tren al que llamaban “La burrita”, formado por una locomotora de vapor, dos, a veces hasta tres, coches para pasajeros y pocos carros para carga. ¡Qué enorme era el vagón al que entraron!, con muchas ventanas en ambos lados protegidas por vidrios que se abrían hacia arriba. Muchísimas bancas de madera, lisitas, color crema, estaban cerca de las ventanas, situadas en hileras, a cada lado de éstas, acomodadas por pares, dando el respaldo una contra otra, dejando un pasillo en medio. Se percibía un agradable olor a pino. Decenas de hombres, mujeres y niños cabían en él. Algunos pasajeros subían sus sacas o pequeñas cajas a las largas canastillas que se encontraban a lo largo del vagón. Muchos pasajeros vestían a la usanza campesina y con aspecto silencioso miraban hacia afuera. ¡Increíble! Allí en el vagón estaba un cuartito donde se podía hacer del “común” y afuerita había una llave de donde salía agua “para tomar” en alcatraces de papel.

A las siete con cincuenta minutos de la mañana se escuchó un prolongado grito: “¡Vámonooooooooooooos!”. La máquina lanzó unos pitidos y empezó a rodar lentamente, alejándose de la estación.

A pesar de que Varita ya no era un niño, sino un adolescente, su procedencia rural ocasionaba que su capacidad de asombro y fantasía estuvieran aún presentes. A través de los vidrios de las ventanas del vagón vio que las gentes y los edificios de la estación poco a poco se iban quedando en la lejanía. A medida que éste tomaba velocidad, sentía como que iba trotando, y al desplazarse sobre los rieles, le parecía escuchar una rítmica onomatopeya: tzac, tzac, tzac, tzac, tzac, tzac... Su imaginación lo llevó a pensar: “Vamos rumbo a Zacatecas, parece que el tren nos lo está recordando”. Paralelos a la vía, se veían los postes del telégrafo, al igual que los árboles, casas y personas; venían al encuentro del tren y velozmente se perdían en la lejanía. En el carro donde viajaban apareció un señor elegantemente vestido, con uniforme y cachucha azules, pidiendo a todos los pasajeros el boleto que perforaba con un aparatito, en tanto, otros señores, cargando cubetas con refrescos o cajas con dulces, chicles, galletas, etc., ofrecían su mercancía a los viajeros. Pocas personas compraban algo, la mayoría se conformaba con ver las golosinas.

Por lomas, cañadas y angostos valles corrió el enfurecido gusano de hierro, pitando y deteniéndose por breves momentos en las pequeñas estaciones del trayecto para bajar o subir pasaje. Al no resistir la curiosidad y ver a través de las ventanas, Varita vio cómo en algunas curvas del camino la máquina lanzaba leves silbidos y arrojaba columnas de humo negro que, en seguida, como nubecillas, manchaban el cielo y poco a poco se desvanecían. En ese instante vino a la memoria del adolescente un verso de *Suave Patria* del poeta Ramón López Velarde: “el tren va por la vía como aguinaldo de juguetería”.

La cadena montañosa que miraban sus ojos a través de las ventanas era muy distinta a la de su terruño, mas tenía su hermosura. Antes de llegar a Loreto, no lejos hacia el oriente, se apreciaba una cordillera de escarpados acantilados y algunos cerros que se le figuraban paisajes lunares, cuyas desnudas crestas parecían rascar el cielo. De igual manera, una hilera de cerros pelones, cuyas aristas daban la impresión de una caravana de mansos camellos desplazándose hacia el norte, conformaban un panorama para él desconocido. Este novedoso y grato recorrido no le pareció cansado, sobre todo cuando el tren arribó a una estación llamada San Gil, donde se detuvo por algunos minutos y su padre compró unas sabrosísimas gorditas con arroz y chiles rellenos capeados, tan sabrosas que daban ganas hasta de chuparse los dedos. Unas humildes señoras subían rápidamente a los vagones, ofrecían a los viajeros sus típicas viandas de San Gil. Estas gorditas las siguieron consumiendo Varita y su hermano cuando viajaban en vacaciones. Después de un corto trayecto, el tren disminuyó la velocidad y se escuchó el grito del garrotero: “¡Loreeeeeeto!... ¡Loreeeeeeto!”.

Pocas gentes descendieron, entre ellas, los dos hermanos y el padre. Al ver arrancar el tren con el ruido tan característico y perderse en la lejanía, Varita recordó aquel trabalenguas que no supo cuándo ni dónde lo aprendió: *erre con erre: cigarro, erre con erre: barril, rápido corren los carros, los carros cargados del ferrocarril.*

La estación era pequeña, un corto edificio de una sola planta ubicado a un lado de la vía; en nada se parecía a la de Aguascalientes. El gusano de fierro siguió su camino rumbo a San Luis Potosí. Loreto, más que una ciudad, era un pueblo chiquito, con calles muy amplias, bien trazadas y sin empedrar. Desde la estación se miraban las orillas del poblado. A poca distancia estaba el único jardín del lugar, muy grande, con árboles jóvenes y de poca altura. Al sur se pudo ver el templo en

construcción con gruesos muros de piedra y bardas de escasa altura. Al oriente, frente al jardín, un sencillo edificio con grandes letras y un escudo nacional dibujado sobre la pared ostentaba el nombre de Presidencia Municipal.

Rumbo a San Marcos

Los tres salieron rumbo a San Marcos caminando por un ancho camino real. Allí les dijeron que estaba la Escuela Normal. Un frío vientecillo les mordía los cachetes. El paisaje inmediato era semiárido, sólo se apreciaban algunos nopales aislados. Las laderas y las crestas de los cerros cercanos tenían escasa vegetación. Acostumbrado Varita a ver la abundante vegetación y altos árboles de su tierra, la desnudez de esta serranía le pareció muy extraña. Su padre, a poco de andar, se detuvo en la única curva que había en el camino para *calzonear* detrás de unos nopales polvorientos, observando además un suelo rojizo y no lejos de allí dos norias. No resistió la tentación de acercarse a verlas; eran alargadas, le parecieron sepulturas como de un metro de ancho por dos de largo, una muy cerca de la otra alineadas en forma recta, con el agua como a dos metros de profundidad, pozos que se comunicaban en el fondo por medio de un túnel que unía sus aguas. En una de estas norias estaban instaladas dos grandes ruedas de madera que giraban por medio de engranes y aspas. En aquélla estaba montada una cadena continua de cantaritos de barro atados con lazos, todos colocados con la boca en la misma dirección. La rueda horizontal con una lanza hacia el exterior era movida en círculo por un asno; los cantaritos, al sumergirse en el agua, emergían rebosantes del vital líquido que se vaciaba en una canaleta que la transportaba hasta las hortalizas. A poca distancia estaba una humilde casita campesina.

Después de caminar animados por la frescura de la mañana, unos tres kilómetros por el ancho camino real, arribaron a un arroyo seco cubierto de fina arena que se atravesaba en

el camino. A partir de allí se internaron en una hermosísima alameda formada por cuatro columnas de álamos y fresnos perfectamente alineados, aunque desprovistos de su follaje. Entre las dos columnas centrales caminaron por una amplia avenida sin pavimentar, alfombrada de hojas secas, con las que el viento jugaba a ratos, formando ligeros remolinos. Las ramas de ambas columnas de árboles se abrazaban amorosamente formando un prolongado techo que dejaba filtrar tibios hilillos de sol. No se escuchaban cantos de aves, pues con la caída de las hojas habían abandonado sus nidos; sólo se miraban zopilotes asoleándose en la cúspide de aquellos gigantescos álamos.

Grata sorpresa

Al final de la alameda estaba el edificio de la Escuela Normal...

FORTINO VALDIVIA MAGDALENO

Profesor egresado del CRENA y la Universidad Autónoma de Zacatecas, con gran talento y creatividad en el dibujo, la pintura, el grabado, la escultura, la literatura, incluso en el arte del bonsái. Es autor de varios libros: *Ya muerto nunca*, editado en Canadá; la novela *La especie octagonal*; cinco antologías con poemas en España. Ganador de la bienal nacional de la Universidad Autónoma de Aguascalientes en el 2015. Su obra pictórica se ha presentado en exposiciones en Estados Unidos, España, Italia, Brasil, Perú y Australia.

Cabalgando entre la tierra y la luna

Te conocí en el primer sueño
y la ventana aún me mira con recelo.
Ella que enmarcó tu figura de
carnes perfectas labradas en mármol,
material en el que te cinceló el maestro,
el que observó nuestras pasiones,
nuestros encuentros,
nuestros movimientos idos con el crepúsculo.

El que formó la mujer bella
igual que una melodía clásica.
Intimidades rosadas son el sustento de mi vida,
momentos cóncavos y convexos,
ambiente prolijo de nuestras ansias y necesidades,
chorros y llamaradas de cariño,
lujuria que no alcanza para nada,
respiraciones profundas,
salidas rápidas de sentimientos,
embestidas sutiles de corazonadas,
encuentros de otro momento.

La punta de tus pies que me exalta,
hilos etéreos es tu hermosa cabellera.
Tus dedos cual pianista celebrando
un erótico concierto en clave de sol,
con armadura perfecta de una sinfonía
en cuatro tiempos:
el tuyo, el mío y dos de nuestros corazones.

Qué importa si amanece mientras continúe
pasando el aire, el vaivén de las olas y las
gotas de lluvia que nos protegen.

Nuestros cuerpos están desnudos,
cobijados solamente por el rayo intrépido,
indiscreto e inoportuno.
Nuestras ropas bailan al mismo ritmo
colgadas de todas partes.
Tus medias de seda se enredan en mi rostro,
me invitan a continuar viendo la luna,
mientras tu pelo sigue trotando al ritmo de la brisa.
Brisa de pequeñas gotas, atmósfera del rocío matutino, rocío
de la madrugada.

Amor de todas partes, acciones en verso y prosa,
y tú como llamarada seguías cabalgando
entre la tierra y la luna.
La tierra que toca mi espalda y,
la luna que en la pantalla grande
acaricia sutilmente la tuya.
Inquietud por tus ojos, los que no recuerdo,
los que escondes a cada chispazo de mi alma,
de mi pasión que se aferra,
que te goza palpitando como pretendiendo
detener tu vuelo para al final soltarte,
cuando tú decidas retomar lo
e irte finalmente para siempre.

Abrí los ojos y la luna seguía ahí,
también el vaivén del mar
junto con las gotas del rocío.
Mis ropas estaban conmigo,
las tuyas eran gaviotas,
tus medias de seda existían
en las sensaciones de mi rostro.
Tus ojos y tu cabellera se habían ido.
La ventana que enmarcó tu figura se cerró.

Mis intimidades seguían inquietas ante tu recuerdo.
La próxima vez la tierra será tu lecho
y la luna mi cobijo.

Última escultura

Era la última barra de jabón.
Los sentimientos se confundían.
Usarla para esculpir tu imagen
como el último recuerdo,
o para borrar de mi cuerpo
las huellas que dejaste.

De tanto pensar se aclaró la mente.
Con el cuchillo comencé a tallar
tu rostro.
¡Quedó perfecto!
Lo rosado del jabón le dio vida.

Pasé el tiempo contemplándolo.
El sudor de mis manos y las gotas
de llanto comenzaron a hacer estragos.

En la desnudez de sentimientos,
me di un baño de recuerdos
acompañado de la última teja
de jabón tallada.

Al final el agua se llevó la espuma
repleta de tus huellas.
Salí limpio y perfumando a la esquina.
Busqué una nueva barra de jabón.

Esta vez la esculpí, la guardé en un
capelo y disfruté de ella para siempre.

Desesperado espasmo

Bajo el Curí, con la sangre seca y la resina fresca.
Con el aroma a pino y el crujir del piñón
que la mano prensa en desesperado espasmo.

Sangre que fusiona la demás sangre,
resina que pega el dolor con la mano,
con el cuerpo y con el pino.

Nada está, el Curí es de otro paisaje.
Percibo que la sangre existe por ser mía,
de todo lo demás soy un mercader.
Burbujas, aire, brillos y hasta sonidos son motivo
de compraventa para farsantes e ilusos.

¡Qué reflexión estando herido!
Con una lanza clavada en el alma
y una rosa seca en la vida.
Lanza de jade vida de espinas.

Lanza tan antigua como el árbol,
burbujas que brillan y no vendo,
bosque que me abraza en loco encuentro,
corteza de pasión cárcel del cielo.

Algarada de sangre seca y resina pegajosa,
aroma de pino, el último crujir del piñón en la mano, desespe-
[rado espasmo.

Y todo continuó así desde que te conocí, cuando con toda crueldad y arrogancia... me ignoraste.

Sangraron tus labios

Sangraron tus labios al besarme,
impávido dolor quedó en los míos,
sabías que de besar también se cansan
mas el placer anestesió nuestro delirio.

Si acaso ellos el dolor conocen
las mentes trataron de ignorarlo,
tus manos apretaron las mías
y sufrimos con amor tanto arrebató.

Ya cansados de besar supimos
que existen otras oportunidades,
nos unieron largo rato las miradas
hasta que los ojos con lágrimas gritaron.

Cansados los ojos y los labios
lo mismo que las manos que apretaban,
dejamos que el aire nos amara
para seguir igual de solitarios.

Las bocas se lavaron con el llanto
evitando que la sangre nos manchara,
la ropa voló en la maleza
y libre nuestro amor: lo derrochamos.

COFRADES.
SEGUNDA GENERACIÓN

ARMANDO ALONSO DE ALBA

Poeta y periodista nacido en Aguascalientes con estudios en la UNAM. Director de la revista *Tiempo de Aguascalientes* que, por muchos años, se constituyó como una alternativa profesional al periodismo local impreso; aún sigue de manera digital (www.tiempoags.com). Ha sido conductor de radio y televisión, así como promotor y editor de la obra de poetas locales. Escribe en su columna virtual “La vida breve”, ampliamente recomendable. Es autor del libro *Tardes y adelfas*, publicado por la UAA. Una noche llegó a una reunión de La Cofradía y compartió con modestia sus opiniones, siendo un gran creador de poesía.

Las mudas palomas

Tertulias. Una mañana como todas estas de octubre o noviembre con ventarrón y aves allá afuera, sobre la avenida Madero.

Mujeres de azul y rosa, de medias oscuras y navegantes. Una mañana mientras el contertulio, sin acabar de apurar el trago de café, citaba a voz abierta aquello de: “Mujeres que pasáis...”.

Debió ser el momento en que las hojas de los árboles y las hojas de los hombres y de las mujeres –allá afuera en la Plaza– se fueron convirtiendo en algo así como mudas palomas. Una hora y otra, y entonces el grueso del silbato por toda la calle, por toda la ciudad, como un río loco, como un río niño, la anunciación del regreso.

“Escupe en el rostro de los descreídos,
para ellos todo verdor no es más que herrumbre”.

Había fognazos de tiempo en el aire del salón, un pozo y un surtidor atados al humo y sus espacios, al aroma del grano, a toda esa memoria desenhebrándose bajo el ventilador. Toro boyante en el cristal de los ojos.

Estábamos viendo pasar la contundencia de aquel río, nuestro nacimiento, nuestro funeral, el pan con briznas de otoño, el periódico sin edad, el ayer, el paisaje que vendrá esta tarde, y ahí nuestro corazón, como un auto grana yendo y viviendo por esas calles, donde un altísimo mar hacía cantar a las sirenas.

Una mañana como todas estas de octubre o noviembre con ventarrón, aves, mallas oscuras y navegantes, allá afuera.

Calles, ciudad de la luna de agosto, estío de lobos y canciones dulces.

Pasaste tocando tu cabello ensortijado por el viento. Las manos del mediodía daban el ritmo de tu corazón a mis ojos. El silbato estremecía las hojas.

Carta segunda

Antes fue el mar
la cordillera tras la niebla,
tu casa océano adentro
la tarde gris como una perla
como el cabello de tu amada
como ese mar montado sobre un tiempo
de rostros nobles que se fueron.
Estás ahí, en el mar contenido de esa foto.
El mar que nos han dicho
está siempre empezando.

Ahí estás, Padre, inmóvil
a la mitad del blanco y negro
entre las olas y la arena
como una isla solar, resplandeciente
antigua cual las nubes,
que fueron también, aquella tarde.

Quiero decir;
¡qué poco queda!
-la cordillera, el alborozo-
del campo de palomas
allá tras de nosotros.

Quizá la tarde y sus espumas
y algún barco encallado.
¡Qué poco queda, Padre!
Como una isla solar, resplandeciente.

Como en el cine

*

Decías que era un paisaje de muros con los días contados. Que todo el mes de julio estaba enredado a ese vórtice donde una lluvia siempre conduce a otra, como de un tren a otro, como de una recámara a otra el deslavadero del tiempo. Decías que era el paisaje, las despedidas por la tarde, el nombre de las cosas que ya no están, que tampoco recuerdas.

**

La enorme cortina de la lluvia no acaba de bajar. Sombras verdes a contracorriente, radios apagados, corazones sin conexión, presencias, pasos y voces al otro lado de la borrasca donde ya no existe el rostro de aquellas casas, y en algún cine termina la función.

Algo se agita entre los árboles –brazos nadando allá afuera–, en el centro del vórtice. Algo más fuerte que la niebla golpea en las aceras, y un golpe lleva a otro como el aire al aire, como unos ojos a otros, cuando uno se ha quedado dormido en el cine y la oscuridad es la película.

Se lo digo en breve, usted es parte fundamental de esta tristeza, señor Marlon Brando. Usted y eso del viento en su cabello o su mirada clavada en el vaso de licor, su forma quieta y blasfema

de caminar frente a la mar que a muchos parecía como la ronda del león por las orillas del abismo. Usted que no necesitaba la lluvia para hacerle versos a la muerte, a la vida. Esa vida que sobre la cubierta del Bounty al fin lo ha abandonado.

Lo recuerdo a través de esta lluvia impenetrable, sorda, como si hubiese sido ayer apenas cuando nos encontramos –decididos, silenciosos–, con las manos en los bolsillos, en esos cruces, entre el Cine Colonial, El Plaza, El Encanto y alguno que otro muro derribado.

Usted, señor Marlon Brando, es en buena parte responsable de esta tristeza de hoy.

La pasión de Jaime Humberto Hermosillo

En Aguascalientes conoció bien su ciudad, su pueblo, tranquilo y sencillo, donde hoy por hoy las apariencias siguen siendo engañosas y las pasiones cada vez más terribles.

Armando Alonso de Alba

Para quienes no lo conocen o poco saben de él, habrá que decir que el realizador hidrocálido ha sido uno de los creadores cinematográficos más importantes de nuestro país, lo mismo criticó la endeble moral de la sociedad o se atrevió a hablar de temas que muchos siguen considerando tabú.

“Jaime Humberto Hermosillo, fue siempre un hombre digno, valiente, transgresor y coherente”. “Ver su filme *La pasión según Berenice* me hizo creer que se podía ser cineasta en provincia”, destaca Guillermo del Toro al hablar de la partida de Jaime Humberto. María Rojo, quien trabajó con Jaime Humberto en *María de mi corazón* (1979), bajo el guion de Gabriel García Márquez; *La tarea* (1990), *La tarea prohibida*

(1992), *De noche vienes*, *Esmeralda* (1997), *El edén* (2003), *El misterio de los almendros* (2004) y *Dos auroras* (2005), lamentó también el deceso del director nacido en Aguascalientes hace 77 años (1942): “Es un día de luto para el cine mexicano porque estamos hablando de uno de los directores más importantes de este país, y quien para mí fue un amigo de media vida. A Jaime le debo mi carrera en el cine”, expresó.

En Aguascalientes filmó dos cintas, en 1974, *La pasión según Berenice*, con la que ganó el Premio Ariel a la Mejor Dirección (1975), protagonizada por Pedro Armendáriz Jr. y Martha Navarro, una de sus mejores películas y que algunos sabedores incluyen entre las 25 mejores películas hechas en la historia del cine mexicano; y *Las apariencias engañan*, estrenada en 1983, que contó con las actuaciones de Gonzalo Vega, Isela Vega y Manuel Ojeda. La cinta estuvo censurada en nuestro país por cerca de cinco años.

La pasión de Hermosillo comenzó en su natal estado, cuando se escapaba de la escuela para correr al cine Rex, localizado en la calle 5 de mayo, cerca de su hogar, ya que la familia Hermosillo vivía en la calle Juárez, casi a un lado del negocio de vinos y licores La Bombilla. Estudió en la Escuela Llamas la llamada carrera de Comercio. En el Rex y en el Alameda conoció los seriales de Flash Gordon, los wésterns de John Ford y Howard Hawks, así como el colorido mundo de ensueño planteado por los musicales de Vincente Minnelli.

A los veinte años emigró de Aguascalientes para trabajar en la Ciudad de México, donde al poco tiempo ingresó al CUEC a estudiar Cine. Todas sus cintas resultan distintas entre sí, desde un plano único, como *Intimidaciones en un cuarto de baño* (1989), comedias como *Doña Herlinda y su hijo* (1984), evocaciones fantasmagóricas como *eXXXorcismos* (2002) y hasta monólogos filmicos como *El más espantoso infierno* (2010). Obtuvo muchos y diversos premios en México.

Su primera película, *Los nuestros* (1969), forma un retrato demoledor de los peores vicios privados y virtudes públicas de la clase media mexicana, institución a la que, desde la perspectiva del cineasta, sólo le queda desmoronarse a través de una ruptura de su rancio orden establecido.

En 1986 fundó la Muestra de Cine Mexicano en Guadalajara, que ahora es conocida como el Festival Internacional de Cine en Guadalajara (FICG), uno de los festivales más importantes de Iberoamérica. Además, ejerció la actividad académica, tan intensa como su quehacer fílmico. Algunas generaciones del Centro Universitario de Estudios Cinematográficos y el Centro de Capacitación Cinematográfica se formaron gracias a Hermosillo. Fue un hombre de cine y un personaje universal.

En Aguascalientes conoció bien su ciudad, su pueblo, tranquilo y sencillo, donde, hoy por hoy, las apariencias siguen siendo engañosas y las pasiones cada vez más terribles. Para conocer y saber contar el mundo, a la manera de Tolstoi, primero conoció, y bien, el lugar donde nació y creció. La tierra le sea leve.

Una ciudad silenciosa, translúcida, merecedora de volverla a imaginar

*Óyeme a mí decir que no me iré.
La ciudad se morirá conmigo,
yo estaré en su fundamento.
Alejandro Aura, Hacer ciudades*

La crisis del coronavirus ha transformado las condiciones de vida de las grandes ciudades, ojalá no volvieran a ser las mismas. De pronto nos encontramos con que desde nuestras ventanas entra un aire limpio y si nos buscamos un buen sitio para mirar al exterior hasta podremos vislumbrar esa ciudad amable

donde nos gustaría vivir, silenciosa, translúcida, merecedora de volverla a imaginar como surcando, lenta en el tiempo, por esos caminos, por entre esas avenidas y casas con su impronta de pájaros y de árboles, de ferrocarriles y silbatos. Ahora que es posible reconstruir desde el recuerdo citas y sitios, días de guardar y horas jubilares, y otras vez memoria y deseo.

En medio del dolor causado por la pandemia y las pérdidas inherentes al confinamiento, muchos ciudadanos vislumbramos otra ciudad tras el ánimo lleno de nubarrones que han traído estos días. La ciudad en que nos gustaría vivir y que tantas veces, entre la transfiguración de las edades, ha venido con nosotros y nosotros con ella. No la ciudad de la memoria borrada, de los pasos en falso, sino la de José Emilio Pacheco: “Es un milagro que tus ojos se posen/ en un papel de la calle./ Haz con él lo que quieras”.

Y sí, hay que entender también que detrás de esas ventanas están los días excepcionales, la situación de urgencia y precariedades, la parálisis de la vida económica, social y cultural que debemos superar lo antes posible. Sin embargo, no quise desaprovechar la oportunidad de replantearme un modelo urbano nuevo. La ciudad de la memoria resurgiendo de sus cenizas, la ciudad que no es tan sólo la de ayer con la de hoy, sino de la que hablarán nuestros hijos y nietos cuando no estemos, luz y sombra: “Y a pesar de todo esto aún creo en ti,/ enigma de lo que existe:/ horrible, absurda, gloriosa vida/ que no cambiamos (ni en el anzuelo) por nada”, José Emilio Pacheco.

Confieso que prefiero las ciudades compactas, salvo alguna que otra gran urbe llena de tilos, sicomoros y pinos que surgen de la piedra y los milenios, puentes y ríos que en las mañanas parecen de cristal sobre la corriente gris y verdosa, y sé que alguna vez este páramo denso y complicado –salvo que continúe su obcecada ruta hacia una muerte de lentas agonías– tendrá que ser así: sustentable, más amable y generoso y

menos disperso, más repartido, pero no en pedazos, sino algo así como que toda la ciudad pueda volver a ser de todos.

¿Quién no prefiere una ciudad con pulmones fuertes? Una ciudad que huela a tierra y a hojas por entre este mundanal de concreto que nos ahoga en los mediodías y hace que los pájaros nos miren con pupilas desorbitadas, huérfanos de ciudad arremontados en los atardeceres de los aparcamientos y condenados a perecer en el sopor de esos camellones mullidos. Muerte entre las flores. ¿Y qué seremos entonces sin pájaros? Ciudadanos de una ciudad agobiante, cercenada, dividida por muros y murallas donde deambulan ciudadanos de primera, de segunda, de tercera y hasta de cuarta, así de obscuro y vergonzoso.

Ojalá no volvieran a ser las mismas. Soy de los que no quieren ese regreso a la normalidad, ese seguir camino hacia la sequía irreversible, ese volver a las calles entre los días insolados que se transitan por una ciudad poblada de infamantes desolaciones, de pobreza y abandono, de confusión y ruido, de desgobiernos y sociedades mutiladas, disociadas, siempre antitéticas. Luz y sombra, pero más sombra.

Ojalá cuando venga la desescalada nuestras vidas sufran una metamorfosis obligatoria en la que no pocas cosas se queden por el camino. Nos dirigimos hacia otra realidad, y de la incertidumbre y los temores ya sembrados podemos, si es que queremos, recoger algo que haga de nuestros venideros encuentros una reunión en donde la capacidad de nuestros asombros llegue con solidaridad, con mejores, más fuertes e irrenunciables propósitos. Que seamos capaces de darle en verdad un nuevo significado a nuestra convivencia.

Tomó nota además de que, entre el deslumbramiento de un nuevo camino, soy también uno entre los muchos que dudamos que el coronavirus podrá hacernos aprender la dura lección que estoy seguro otros sí aprenderán. Tal vez sea definitivo eso de que vienen con nosotros cosas que seguirán inamovibles por-

que viven en lo más profundo de nuestra idiosincrasia. Qué pena si así ocurre.

Apelo, además, a la construcción de una crítica imprescindible. Lo que los ciudadanos reclamamos son propuestas para abreviar el túnel que apenas hemos empezado a transitar. Camus, en su carta a los médicos y escrita en los llamados *Archivos de La peste*, en 1941, cerca de cinco años antes de la publicación de la novela, les dice:

El alma sosegada es la más firme. Ustedes se mantendrán firmes ante esa extraña tiranía. No servirán a una religión tan vieja como los cultos más antiguos. Esa mató a Pericles, que no quería más gloria que la de no causar el luto de ningún ciudadano, y no ha cesado de diezmar a los hombres y exigir el sacrificio de los niños desde aquel ilustre asesinato hasta el día en que descendió sobre nuestra ciudad inocente. Aunque esa religión procediera del cielo, deberíamos afirmar que el cielo es injusto. Si llegan ustedes a ese punto, no verán en ello motivo alguno de orgullo. Al contrario, deberán pensar con frecuencia en la propia ignorancia, para estar seguros de observar la medida, única señora de las epidemias.

Termino por esta vez con los versos de Alejandro Aura: “Que parta el hombre común de cara lisa/ que todavía cree en la salvación/ y el robusto padre de familia/ que busca dominar al sol./ Óyeme a mí decir que no me iré. La ciudad se morirá conmigo, yo estaré en su fundamento”.

* 13 de mayo de 2020.

Historias extraordinarias y ordinarias: enfermedad, peste, injusticia y bárbaro tiempo

Todo parece engañoso dentro de este ambiente navideño que para desgracia nuestra no es parte de una navidad más, sino de un relato de angustias y presagios, malos presagios para colmo, y aun así no queda de otra más que sostener la razonada esperanza de que saldremos a flote, a flote, sí, porque de alguna manera el viaje de vida ha naufragado ante la peste mundial que no es otra que consecuencia de nuestros olvidos y de nuestros agravios, con los demás, con nosotros mismos, contra la naturaleza. «Quien siembra vientos cosecha tempestades», dice la vieja Biblia.

El cuento, que puede llegar a ser la más luminosa de las ficciones, se nos ha vuelto una narración por demás realista, donde los sucesos y los deseos ficticios o de carácter fantástico nos vuelven a los ambientes sórdidos de las *Historias extraordinarias* de Poe, nuestro gran poeta muerto, tal vez de frío, en un invierno inclemente y prematuro de octubre en 1849, con sus pulmones y su corazón atosigados por las piedras de la indiferencia social, quizá reventados por el alcohol o el láudano, tal vez ambos. Quizá abatido por la inhalación de monóxido de carbono de la leña ingrata usada para calentar su precaria vivienda, quizá por todos esos males y otros más, y sí, las versiones son varias, pero lo cierto es que hay, a final de cuentas y de cuentos, muertes y enfermedades que no alcanzan a ser detectadas en los laboratorios, porque la soledad, la angustia, el hambre, la desesperanza no pueden ser detectadas por los rayos X.

Si de cuentos vamos, lo de Dickens es por ahora una mera nostalgia que ha quedado para otros días, ahora que atravesamos días lentos y desgracias veloces, y todo esto, en las calles y en las casas o en los recovecos innumerables de esta ciudad sin nombres y casi sin memoria, se ha convertido en un relato vívido, lleno de contrastes, contrariedades y contradicciones,

pero más allá un cuento a la manera de los sabios proverbios; ahora podremos ver y lamentar de cerca, quizá muy de cerca, esa expresión que, palabras más o palabras menos, nos dice que sí, que los resultados son negativos, éstos sólo pueden ser así porque son la suma de acciones mal encaminadas.

La pandemia, en todo caso, parece, con Navidad o sin ella, el cuento de nunca acabar, porque lo que pasamos ahora, además de los sabidos riesgos que están por todos lados, o casi, por un proceso de galopante incertidumbre, que avanza en la medida en que adquirimos conciencia de la gravedad del momento –del momento histórico–, lo que significa tomar conciencia de la pavorosa indiferencia y falta de solidaridad, de humanidad misma, de los más, entre esta población que nos acompaña y acompañamos en las jornadas cotidianas de esta ciudad, también ya casi sin edad y quizá con el tiempo contado. Es la ciudad en que hemos encanecido, estos espacios clausurados por el mal tiempo, oficialmente o no. Lo nuestro que era y es de todos, pero que cuando esto amaine ya no nos permitirá reunirnos con nuestros amigos y amigas, que se han ido, como en el poema de Homero Aridjis: «ascendiendo ventanas periódicas y estrellas».

Cuento, poema, tesis, metáfora, historia, mito, mito del mito es también *La Odisea* homérica y la nuestra, ayer, hoy, mañana. Ésta deberá ser nuestra nueva síntesis para caminar y para que no olvidemos el camino. Nuestra síntesis deberá ser regresar a donde se haya de regresar y seguir por donde se deba proseguir, pero antes vencer a los monstruos de todos los mares, de todas las tierras, de todas las patrias venerables. Conmovernos con la suerte de Ulises y sus hombres y sus mujeres, tejiendo día a día bajo el ventanal del sol de la esperanza –otra vez la esperanza–, y noche a noche deshaciendo el acecho, alumbradas por la luz palideciente de la muerte.

Historias extraordinarias e historias ordinarias; enfermedad, peste, injusticia, bárbaro tiempo sin compasión, dureza

del mundo, perseguidos, exiliados, repatriados, náufragos de la vida, desahuciados, depauperados, y el barco que avanza con su penúltimo soplo de esperanza pandórica, buscando corrientes menos bravas. Todo parece engañoso, las maderas de la nave crujen atravesando las aguas de invierno: “Y el hombre... Pobre... ¡Pobre! Vuelve los ojos, como cuando por sobre el hombro nos llama una palmada”.

¿Cómo seguir estas navegaciones? Si Ítaca y aún la misma Troya no aparecen en ninguno de nuestros mapas, ya escritos por el sol fosfórico o por los cuarzos casi invencibles.

Síntesis del regreso que no ha acabado, historia de islas y edades fantasmagóricas y mares donde las sirenas con su canto dulce, violáceo, carnoso, sexual, arrebatan aún el juicio a hombres o mujeres por igual. Esto será parte del viaje. Eros y Tanatos, la resistencia más sólida que nunca ante la tempestad devoradora.

Hasta llegar a otros días menos aciagos, a días y horas para llenar nuestros espacios compartidos, ahora intransitables, de un aire certero e imbatible. Éste es el cuento de navidad y próspero año. Esto el camino, propongo. No hay otro camino más que batallar y vencer. Lo mejor, lo deseable dentro de lo posible.

23 de diciembre de 2020.

EFRAÍN ALCALÁ LÓPEZ

*N*ació en Aguascalientes en 1962, es profesor de primaria. “La Cofradía llegó de manera tardía hacia mí –comenta– y, aunque no he sido un asiduo y permanente visitante, siempre que he estado ahí resulta ser una experiencia donde se disfruta y se aprende a ser más sensible, más cauto, más creativo, más propio, pero mucho más que eso, a valorar la lealtad y el cariño fraterno por un gusto bohemio”. Es una persona creativa y con varios reconocimientos dentro y fuera del magisterio. Tiene un doctorado por la UPN.

Instante

Es el momento,
no ayer,
no mañana,
hoy.

Es el instante
en que fijas tus ojos en mí,
en que toco tus labios carmesí.

Es el momento
en que atamos el universo que nos creó,
en este espacio, en este instante,
que pudimos coincidir.

Y es hoy,
no ayer,
no mañana,
bienvenida,
amada mía.

Ensoñación

Por ti,
siento adoración.
Por ti
creo en los sueños,
donde tomados de la mano,
y convertidos en estrellas,
platicamos.

Me dices
que no me has dejado,

que no me has olvidado,
que esperarás.

Sin que te busque
siempre me encuentras,
me miras y me llevas
por el prado tejido de alhelí,
plácidos como siempre,
flotamos cual capullo
diente de león.

Veo claramente que me ves
y me sonríes con felicidad,
y en medio del sonido armonioso,
de las flores luminosas
estoy seguro que eres tú,
mi amor,
pero no aquí...
en mi ensoñación.

Enigma

Tomé con mis manos
un mensaje olvidado
en una banca escondida
del frondoso jardín,
mi mano curiosa
lo desplegó, y descubrí:
un recordatorio,
de una cita florida,
de una chica bonita,
que esperaba ansiosa
en la banca elegida...

Mas no supe nunca
por qué,
el papel arrugado
quedó de testigo
de una cita fallida
de la chica bonita
que esperaba un día
a su amado.

Encrucijadas solamente

La historia jamás contada
arrojó un saldo a mi favor.
Neandertales cruzaron mil caminos
y ninguno entorpeció mi destino,
antes lo creó.

Mil trillones de contactos para hacerme a mí,
qué egoísta eres, universo.
¿Por qué nada más a mí?
¿Por qué humano con razón?...

Miento,
no soy yo el que habla,
es la red que se tejió
la que mece mi cerebro,
que es esencia,
conexión
y eslabón.

El que habla no soy yo,
porque soy sólo cuerpo habitado por
conciencia de que existo,

soy un eslabón
y está perdido entre mil cadenas más.

Dentro de un millón de años,
para ti, seré un neandertal más,
uno que cruzó caminos,
que no entorpeció tu destino
uno que sin querer, ayudará a que
tú...

habitante del futuro,
cuando llegues a existir
pienses en mí
como la historia jamás contada
de las encrucijadas.

Eso somos,
encrucijadas solamente.

Punto final

perlas prestadas del mar
hilos de plata en cascada
hojas que acarician al viento
destellos del último rayo del sol
la gota primera de la nube algodón
el toque de miel de tus labios
la primera caricia del nuevo bebé
la cadencia del son al bailar
la seda en capullo juntar
todo eso me llevo
porque
ya nunca más pasará
punto final

MARÍA MAGDALENA ARANDA DELGADO

“*S*ocióloga, feminista en deconstrucción, gorda, docente de preparatoria y a veces en la universidad, participante política desde la academia activa”, con estas palabras se autopresenta Magda Aranda. Ella también da clases, talleres y conversaciones de historia, economía, feminismos y sociología del cuerpo. Actualmente hace investigación sociocultural sobre las mujeres gordas y pobres de Aguascalientes, y es una estudiante destacada del Doctorado en Estudios Socioculturales de la UAA, además de autora de *Un cuerpo propio*.

Hay quien no quiere mi realidad pobre
mi ternura de barrio
mi abrazo tosco
mi sexo malandra.
Y no está bien... para ellos.

Malandra

*

Alguna vez quise escribirte un soneto tempestuoso, pero me salió uno plano y aciago; de catorce tibios versos, con dificultad endecasílabos, brusco ritmo y asonante rima. Cariño, o careces de arte o me apagas el arrebato.

Soneto tibio

*

Un tipo que me gusta me cree pasiva agresiva. Lo adoro, cultito maricón pero no cobarde. Yo, que siempre peso ternura y arrebato, quiero gritarle: ¡Mírame, que yo soy gorda, bebé; siempre grave! Cállate y bésame.

Divagación en jueves ocupado

*

No hay delirio que valgas
tampoco baile que sacies
o soledad mía que te elija
menos alguna refracción nocturna
ni una sola banca de parque en la que te piense.
Sin colores por suprimir
u ostentosas palabras que evacuar
miro sucio, abúlica
sólo tengo una poeta vacía.

Sin poesía, Sr.

*

Conocí a un tipo. Con el poder mágico que nacen los machos, realizó el análisis de mi personalidad en segundos. Explicó mi comportamiento, deseos profundos y aspiraciones. Comenzó a compararme con otras mujeres y destacar mis virtudes diferenciadas. Ahh, esas manías de coquetería anacrónica. Todavía no sé si eso es seducción en algún país lejano. A veces soy medio lenta y me tardé tres tristes tigres en desear huir. Pedí una cheve y tragué espuma, lastimosamente sin albur. Fingí tragos largos, aspiraba profundo; uno avinagrado, otra exhalación. Desde el catecismo suelo escuchar con atención, más aún ahora, cuando esnifo cebada. Así fue que comprendí, a esta edad, no tan temprana, los costos del psicoanálisis y por qué algunas mujeres prefieren que les paguen. Me sentí descachondada.

Con auto indulgencia me receté *Me gusta ser una zorra* de Vulpes y *Born to be cheap* de Divine. Me siento mejor.

Devaneo bisutero

*

No iba a escribirte un poema
sé que te importa poco
que tu poesía no es la mía.
Quise hacer una carta
para obligarte a leerla
decir en ella:
Corazón, revientas mi luz
deseo habitarte toda.
Y que luego hicieras con ella
lo que hace cualquier hombre que no ama.
Pero no lo hice
te escribí un poema
para que veas que me vale gorro
de cualquier forma lo leerías.

Intuyo que ahora
harás con él lo que hace cualquier hombre que no ama.

Jimmy Bombón

*

Fallé. Sólo quise saber quién es, rastrearlo profundo antes de tantos libros. Habló de citas y autores, del *mainstream* emocional y *lifting* de ideas. Callé. No comprendo a los escritores en serie. Tiene todos sus versos ordenados alfanuméricamente, para hacerse el importante. Hay teas en las que una no se enciende; aunque tengan barba, piernas largas y simulen ser poetas.

Fallé

*

El silencio no me protege
vivo injusticias
tengo ideas
dolor físico y urgencia de amor
como tú.
Pasa el tiempo
quiero hablar de ti
alejarme de tu mirada baja
contarte mi soberanía
medir este cariño profundo
que insiste y brota
gritar que me duelen los brazos
pero ya no eres necesario
y cosas así.

Cosas así

*

Lloro por las lágrimas que usé. Ahora en desgaste sin razón ni sujeto. Se aprontan a la memoria vaga como denuncia; desde el

pequeño punto de fuga de un sueño impuesto; hacen lodo los versos ceniza de un poema abrasado. Gruesas como su año, curadas al olvido reclaman acogida.

Lágrimas I

*

A los hombres que me amaron
con candor
en lujuria breve
ríos de palabras
ternura viva
siendo refugio
y laberintos de éxtasis
hoy
finalmente honro.

Exvoto

*

Una cree que el recuerdo sisa los amores. Después de los juegos de miedo, la cumbre lujuriosa y el armisticio, algunas optamos por plegarlos aún estén calentitos y continuar. Los años ocurren con suerte si el olvido es aliado. Incondicional los alisa a la sombra, sosegado. Los reduce hasta lo imperceptible. Pero –como el más cansado de los peros– algún jueves venturoso revuelve sus notas y tristemente los repite.

Ese amor es mío

El mago

Siempre volvemos después del punto final, decía en tono burión Cecil cada vez que nos veíamos. Si el tiempo nos procuraba algo de suerte, nuestros encuentros duraban toda la noche.

Cuando nos daba la espalda, él salía temprano y me dejaba recogiendo pedazos de luna.

Esta historia había sido preñada con algún *blues* cuando caminamos el desierto siendo jóvenes. Ha crecido lineal, jugando al orden; saltó de un año al otro, hasta que nos hicimos adultos. Tengo la esperanza que en un próximo encuentro, finalmente le demos a luz y nos deje correr sobre el cielo nocturno.

Él es mago, de los que visten capa negra y sacan conejos del sombrero en las fiestas infantiles. Estos trucos prodigiosos los vende para comprarle a su madre carne, jitomates y cebollas los domingos en el mercado. Debido a su oficio, aparece y desaparece cartas de póker o palomas blancas. Sus hechizos hacen brotar caritas de asombro en cada niño que lo ve actuar.

También en mí, Cecil emerge la maravilla, aun cuando se rehúsa a ser el mago de mi poesía. De vez en vez, yo le canto algo que dice: con sólo recordarte me crecen helechos en los versos. Él, que muere de risa cuando me escucha, conjura la magia verdadera, la que deja sólo para mí. Mientras la busca en sus bolsillos, me cuenta que la guarda en su caja de Marlboro, apretadita, pues tiene que doblarla firmemente porque crece cada vez que me piensa. Yo, ansiosa espero a que la encuentre y la abra para fumárnosla completa.

Aún recuerdo la ocasión que reveló mi primer beso en el balcón de un hotel en la capital. Me dejó tiritando. Desde entonces mis besos son azules. O la vez que tiñó mis sábanas para que nunca me faltara el placer, juguetón las revolcó y escribió el conjuro: *Niña, niña buena, siempre regresa a mí*. Desde entonces mi lecho tiene alas.

Hace poco me enteré que su madre emigró a la casa del abarrotero viudo de la tienda de la esquina, ya no necesita más las viandas dominicales. Orillado a guardar su magia para ocasiones especiales, quizá acceda a ser un hombre excéntrico, que ose desarmar esta historia y me deje aparecerle, sin truco, todas las flores que tengo guardadas bajo la manga.

Un taxi para Martha

Parecía una noche cualquiera, cansada halaba mis libros, la computadora y mis ganas. Rumbo a casa, ahí me esperaba mi cama, un regalo cada día después del trabajo. Imaginaba cómo sería tener una vida corriente, con marido, auto y montones de sueños abandonados en el cajón que aseguré, no sería de pandora, de sólo pensarlo, se me erizaba la piel. Preferí el orgullo de estar conmigo misma y mis planes limpios acomodados para cuando llegara el verano. Sin verlo venir, un chubasco apagó mis divagaciones. Precisaba un taxi.

Para no mojarme me quedé pegada a la pared de un local de fotocopias, que tenía una especie de balcón en el segundo piso. Pensé que me vendría bien la lluvia, me gusta bautizarme en ella cada vez que mis pecados se acumulan, y ese parecía un buen momento. Pero el costo de mis pertenencias me quitó el deseo, ¿desde cuándo preferí la computadora a redimirme? En fin, tenía que conseguir un taxi.

Esa noche hice tantas señales de parada, que perdí la cuenta. Ninguno atendió, todos iban ocupados. Mientras saboreaba el tabaco que según yo amortiguaría el cansancio y la espera, no pude evitar mirar hacia la ventana del edificio situado cruzando la calle. Dentro, libres del aguacero, una pareja se disfrutaba golosamente. Seguro escucharían algo de Billie Holiday y después de unos tragos, acabarían trenzados cimbrando su universo, gocé construyendo la historia.

Después del cigarro y otras tantas señales de parada, caminé. No podía hacer más. Luego de unas cuadras, llegué a aquel barecito que nunca intenté conocer. Daba la impresión de que sólo era frecuentado por algunos anhelosos de un destello de esperanza, que les permitiera revivir lo que alguna vez fuera la aventura. Decidí guardarme allí, pedir un café y entretenerme trabajando. En algún momento pasaría la tormenta.

Entré cabizbaja, no atiné siquiera a mirar alrededor. Pasé de largo sin detenerme en ningún rostro. Ordené un americano y me dispuse a acomodar mis cosas. Al traérmelo llegó con él un hombre que aseguré sería extranjero, pues calzaba unos botines rojos y un saco de gamuza azul marino, ¿quién usa botines y gamuza en primavera? Poco atractivo a primera vista, pero con la barba de días que siempre me hace volver la cabeza para detenerme en la boca y los ojos de quien la lleva. Me habló, su acento lo convirtió en un fruto digno de explorar. No sería mesero –pensé–, quizá el dueño. En automático, mis instintos de conquista se deshicieron del uniforme, la cara de cansancio y los documentos por revisar. Atiné a preguntar si podía pedir desde ahí un taxi para llevarme a casa, con esa miradita de desolada que las mustias usamos para conseguir la protección del macho y, como en muchas culturas de todos los tiempos, dio resultado.

Probablemente persuadido por mi desamparo se presentó: “Soy Fernando, ayudo aquí en el local de vez en cuando, me agrada, pues hay noches que me permiten despachar sorpresas. Espera que pase la lluvia y te consigo un taxi”. Su larga introducción y promesa avivaron mi feminidad y las mariposas en mi plexo que no dejaba revolotear hacía tiempo.

Mientras conversábamos, descubrí que era chileno, que no probaba el picante y que silbaba un poco al pronunciar la “s”. Si ése era un defecto del habla, lo ejecutaba virtuosamente.

Charlamos sobre música, su carrera trunca de arquitecto y cómo reclamaba suya esta ciudad desde que en su juventud leyó en alguna enciclopedia de geografía que existía un lugar llamado Aguascalientes. Se desvivió describiendo lo poético del nombre. Al principio, sin compartir mucho su idea, terminé convencida de lo bellas que eran aquí las bancas de parque no usadas. Tendría unos treinta y tantos años, los perfectos en mis fantasías.

Al término del americano, descubrí que había contado sus sonrisas y juré por la santísima Virgen que me había despachado ciento diez razones imprevistas para volver a ese bar... olvidé mis redenciones de lluvia y si en realidad necesitaba un taxi.

FÁTIMA ARANDA MONTOYA

Estudió Especialidad en Español, Maestría en Creación y Apreciación Literarios y la Maestría en Terapia Gestalt. Ha ganado concursos estatales del Día del Maestro en las áreas de declamación, escritura de cuento y poesía en el estado de Zacatecas. Actualmente es integrante de la Academia Nacional de Poesía, dependiente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Café de media noche

Desde que entré en tu cuerpo sentí esa conexión, sí, ésa que dicen sentir los enamorados en el primer beso; sin embargo, nosotros nunca nos dimos un beso, simplemente nos conectamos. En realidad, creo que estábamos conectados mucho antes, aunque no sé cómo ni por quién. Yo sé que ya me estabas esperando. Sabías que el destino un día nos uniría, pues nadie puede huir del plan divino. Yo no lo estuve buscando, simplemente el tiempo me llevó al lugar indicado. Entonces me pude conectar con tus pensamientos, sentimientos, recuerdos, tu esencia. Supe que muy en el fondo, en el abismo de tu ser, me habías estado esperando.

Ahí estaba yo, en el recuerdo de aquel día en que, a los diecisiete años, te escapaste de los soldados entre los magueyales de los conos que aún continúan como centinelas frente a tu casa, creo que no era nuestro tiempo, a pesar de que estuvimos tan cerca, apenas nos vimos. Imaginé el latir de tu corazón y la presión en tu sangre aquel momento. La naturaleza sirvió de refugio y abrigo. Al final, llegaste a esa ciudad donde permaneciste por muchos años conmigo en el pensamiento.

No tengo presente el día que nací. Creo que nadie lo tiene, solamente sé que mi existencia se reduce a un encierro de toda la vida, un encierro silencioso y frío, tan frío como la misma muerte. Ese oscuro lugar lleno de tantos como yo, esperando el día en que por fin nos liberaran.

Hay quienes piensan en mí como un ser malo, otros que soy justa, caritativa o peligrosa, pues generalmente dejo incertidumbre, dolor y llanto a mi paso. Enfrío cuerpo y alma de quienes se encuentran conmigo. Dicen que no tengo sentimientos y, ¿cómo voy a tenerlos?, si todo mi ser es una aleación de odios, miedos, envidias, ansias de poder y muerte. Así es, estoy llena de muerte, de hecho, ese día que me encontré contigo fue el único día de mi vida, pues nací para dar muerte.

Fuimos cuatro en tu vida, que coincidimos en el tiempo en la dimensión correcta, también eso pude ver en el breve encuentro de nuestras almas. La primera te desgarró las entrañas con tanto odio, rencor, venganza y maldad. La segunda solamente pasó a tu lado, generando desconcierto, pero no logró hacerte ningún daño. La cuarta creyó cegar tu pensamiento y eliminar todos tus recuerdos, pero, en realidad fui yo, la que justo antes atravesó tu corazón invadiendo cada célula y arterias. En un viaje relámpago destruí tus sentimientos. Entré y salí dejándote una muerte lenta y la huella eterna de mi paso quedaría grabada en la pared de esa casa frente a los conos. Sí, fui yo quien te dejó sin vida. Muchos me llaman traición, pero yo no comprendo lo que dicen los hombres. Soy de acero y el acero no comprende. No tiene nada qué comprender, simplemente se la pasa encerrado toda su vida y, cuando sale de su encierro, indudablemente se encuentra con la muerte. En el mejor de los casos, siente por unos segundos el calor de un cuerpo antes de morir. Es cuando surge esta conexión que me sucedió contigo. Y puede penetrar en la esencia de alguien, entonces muere feliz, pero la mayoría no tienen esta suerte. Mueren solas, abandonadas y frías, tal como fueron creadas.

En el camino, cuando ya te trasladaban, pude acompañarte en un recorrido por toda tu vida. Te vi pequeño, en los brazos amorosos de tu madre bebiendo el néctar de vida que ella te brindaba. Recorrimos tu infancia desde tus primeros pasos, de tus travesuras y de aquel día cuando te caíste del árbol al tratar de bajar el nido de gorriones para regalarlo a mamá el día de su cumpleaños. De repente todo se volvió oscuro, tu pensamiento estaba nublado, tu memoria ennegrecida por actos que en ese momento intentabas borrar. Entre las penumbras logré ver que tratabas de indagar y encontrar respuestas: ¿quién fue? No lograbas comprender ni aceptar que hubieras caído; si ya te habías librado de tantos peligros. Recordaste aquella ocasión, a los diecisiete años, en que eran muchos soldados bien

entrenados y, aun así, no te pudieron encontrar a pesar de que pasaron casi frente a ti cuando te escondiste en una madriguera de coyote. Te pude ver agazapado y cubierto con ramón y nopales secos.

Inmediatamente tu pensamiento viajó hasta el día en que ese hombre llegó a buscarte a tu casa con la pistola en la mano culpándote de sus desgracias, pues habías acabado con todo su futuro y su vida. Lo habías dejado sin patrimonio ni hogar. Pude percibir en ti una sensación que tal vez podría llamarse culpa. Ese día el hombre entró a inspeccionar toda tu casa, pero no encontró nada, pues ya te habías escapado por una puerta que tenías oculta detrás de la alacena de tu cocina, planeada perfectamente para cuando llegara ese momento.

Después viajamos hasta un gran campo lleno de animales en el que te reuniste con varios hombres. Todos opinaban y hablaban al mismo tiempo. Estaban planeando dar un golpe en los alrededores, pero tú los detuviste. Con mi gente no se metan. Nadie respondió a tus palabras, simplemente obedecieron tu orden, pero en el corazón de uno de ellos ardía la llama negra de la envidiosa rivalidad. “No le hagan caso, nosotros podemos dar el golpe solos”. Nadie lo siguió. Dos brasas ardientes se proyectaron en su rostro. Te preocupa ahora quién protegerá a tu gente.

En el camino te preguntabas: ¿Quién habrá sido? No cabe duda que fue por encargo. No pude conocer a ninguno de ellos. No eran de aquí. Pero, ¿quién los mandó? ¿Por qué me confié tanto? ¿Cómo me reconocieron? Ya había visto ese carro negro como otras veces. Tuvo que ser alguien de los que estaban conmigo quien les dio la señal, de otro modo, no entiendo cómo me reconocieron tan fácil. Tanto andar por el mundo huyendo, recorriendo caminos, arriesgando la vida. Y fui a caer precisamente frente a mi casa. Entonces te exaltaste. Mi hijo, ¿qué habrá sido de él? Alcancé a ver que se subió a la camioneta. Estoy seguro de que fue a seguirlos, ¿los habrá alcanzado?

Ese muchacho siempre fue tan impulsivo. Ojalá no le haya pasado nada.

Tengo que reconocer que fuiste un hombre muy fuerte, después del impacto, aguantaste mucho con el corazón en pedazos. Tu pensamiento era tan confuso, brincaba de un escenario a otro sin previo aviso. Fue un viaje tan vertiginoso que sentí un mareo. Recordaste también a aquella mujer, la que conociste el día de las carreras. Tus ojos se clavaron en su corazón y sus caricias cegaron tu entendimiento. Ahí estaba otra posibilidad. Tal vez fue el marido que cuando descubrió que lo abandonaría por ti, juró que te encontraría y te vería caer frente a él para remendar así su herida que sólo sería sanada con tu muerte. O, quizá, fue ella la que decidió que con tu muerte podría borrar tu recuerdo para siempre y continuar su existencia vacía sin el dolor de verte compartido. Total, quien haya sido, era lo de menos. Tú ya estabas ahí, impregnado de mi esencia, repasando tu vida, sintiendo ese adormecimiento en tu cuerpo, parecido a una descarga eléctrica que te recorrió hasta los huesos.

Entonces repasaste la escena cuando el astro rey perdió su brillo y saliste de tu casa. Viste los majestuosos conos legendarios, testigos del hecho. Llegaron tus amigos a platicar, todo marchaba normal, el ritual de cada día, se sentarían viendo hacia la carretera, nuevamente, el carro naranja pasaría a la misma hora manejado por ella, mi creadora, quien saludaría con una ligera reverencia, pero sin dirigir la vista a alguien en específico. Quién iba a pensar que, horas después, sería ella la que me ordenaría contar nuestra historia en el momento mismo en que, sentada en su mesa, tomando café de media noche, escucharía los cuatro disparos e inmediatamente el aullar de los perros y el grito doloroso del viento al ver que le habían arrancado de las entrañas a uno de sus hijos. Pero en ese momento que pasó por tu casa, nada se mostraba fuera de lo normal, excepto esa opresión que tenías en tu pecho que no te podías explicar, pare-

cía el indicio de un infarto, pero tú, un hombre tan fuerte, no te quejaste y preferiste no comentarlo a nadie.

Era la premonición de mi llegada, ésa que habías sentido cada vez que estuvimos cerca, aunque, esta vez, el presentimiento era mucho más fuerte. El universo estaba conspirando nuestro encuentro definitivo. Entonces viste un auto negro muy extraño, no pasaba muy seguido por ahí. Se detuvo unos segundos. Nadie tomó importancia hasta que bajaron esos dos hombres y, sin decir nada, dispararon cuatro veces. Me depositaron en tu cuerpo y fui directa a tu corazón, sintiendo la euforia de ser libre. Ése fue el único día en que mi ser salió del frío casquillo que lo guardaba y sintió el calor de tu cuerpo. Creo que soy afortunada, pues no todas sienten calor al morir ni logran conectar con otro ser como yo lo hice contigo.

Caíste hacia el frente, de eso estabas seguro. Tu mente se nubló, pero estabas tranquilo, pues en el pueblo se dice que cuando las víctimas caen de frente, siempre encuentran al asesino. Tal vez así sea, pero eso ya qué importa, de cualquier manera, en este momento tú y yo ya hemos dejado de existir. La luz que estabas viendo ha llegado a cegar tus recuerdos, tus penas y tus malestares. Ahora sientes una placidez que no habías sentido hace mucho tiempo. Desde que estabas en el vientre de tu madre. Sí, sientes esa seguridad que te brindaba y el mismo calor. Eso es. Haz vuelto a la vida. Nuevamente tienes una oportunidad para empezar en otro espacio, en otro cuerpo. ¿Y yo? ¿Qué será de mí en unas horas más cuando tu anterior cuerpo pierda su calor? Volveré a sentir el terrible frío y la soledad de siempre.

Desapareceré de este mundo cuando alguien borre la huella que he dejado en esa casa frente a los conos o cuando su taza de café vuelva a quedar vacía...

MANUEL DE JESÚS ÁVILA VILLAREAL

Origenario de la sierra de Durango, es licenciado en Intervención Educativa por la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad 011, Aguascalientes, es taekwondista y maestro de inglés. Miembro del Club Rotaract Ejecutivo de Aguascalientes. Actualmente radica en la ciudad de Aguascalientes y en Calvillo.

Tengo tantos años...

Cuando escucho a alguien decir “tengo quince años”, “tengo dieciocho años”, “tengo treinta y cuatro años”, “tengo sesenta y tres años” e inclusive “tengo ochenta y tantos años”, dentro de mí nace la pregunta, “¿dónde los tienen?”. Aún no lo entiendo, ni siquiera logro comprenderlo, pero lo que sí sé es que el tiempo es algo que no se puede tener. El tiempo sólo se puede contar y a la vez vivir con él, no espera a nadie, pero se puede presumir de él y en vez de decir tengo tantos años, suena mejor decir: hoy he vivido tantos años. Y hablando de que el tiempo no espera, cómo ha pasado el tiempo en mi vida, o más bien cómo he vivido tantos años.

Recuerdo mis días de secundaria, cuando por las tardes nos reuníamos los de la cuadra, ese bello tiempo pasó rápido. Entre los cuates estaban Dayan (hijo de mi padrino), Tláloc (hijo de los maestros), Osiel (hijo del taxista), Manuel (hijo del síndico), mi hermano Ariel y yo (hijos del mecánico). Todos de edades parecidas y con grandes visiones de sobresalir en el mundo, de sacar buenas notas en la escuela y, por supuesto, pasar la tarde juntos haciendo cualquier cosa.

Cómo olvidar esas tardes de risa entre nosotros cuando comenzábamos con los chistes hacia nuestras madres (claro, sin ofender) y, por supuesto, siempre les ganaba. “Tu mamá es tan gorda que le da miedo sentarse en un banquito”, se escuchaba la expresión seguida de carcajadas, a lo que yo contestaba: “Tu mamá está más gorda que la mía, se sienta en el banco y se cae por todos lados”, las carcajadas no paraban, yo ya había ganado.

Muchos chistes surgieron de esas tardes que he vivido y recordado con agrado, sin embargo, ya no he encontrado a alguien que guste de jugar así. Por si las dudas, he actualizado mis chistes, como, por ejemplo: “Tu mamá es tan gorda que necesitó de crear dos perfiles de Facebook” o “Tu mamá es

tan gorda que no puede mandar sus fotos por WhatsApp, pesan muchos megas”, entre otros chistes que tengo almacenados.

Esas tardes se esfumaron también en recorrer Calvillo en bicicleta y nadar en el tanque de don Moy los días soleados. Recuerdo que en varias ocasiones, andando en bicicleta o nadando en el tanque, comenzaba a llover y en vez de correr a refugiarnos, continuábamos con nuestras actividades bajo la lluvia. Ahora no es así, comienza a llover y todos corremos a refugiarnos.

Los años han pasado, los tiempos han cambiado, ya nada es como antes... A veces me da tristeza y melancolía pensar en esos cambios, pero me lleno de alegría al saberme afortunado con buenos recuerdos durante la secundaria con los amigos de la cuadra. Estoy seguro que aún seguiré escuchando a personas festejar: “tengo dieciocho años”, “tengo veintinueve años”, “tengo cuarenta y un años”, “tengo ochenta años”, y aunque les pregunte que dónde los tienen, dónde los guardan o que me los enseñen, eso no cambiará su expresión.

Creo que lo importante no es cómo expresamos la edad que tenemos, sino expresar la edad que hemos vivido, rodeado de grandes amigos... Y en esta noche, en compañía de mis amigos cofrades, quiero festejar que hoy he vivido 23 años.

Bendito elevador

“Lo siento, llevo prisa”. Ésas fueron las primeras palabras que recuerdo haberte mencionado. Es curioso, en mis tiempos de galán no recuerdo haberme presentado así a alguna linda chica, siempre era un “Hola, disculpa, ¿qué hora tienes?”, y en casos extremos: “Eres muy bonita, creo que debo conocerte”. Pero en esta ocasión todo era diferente, podía observar mi dedo índice presionando el botón del número dos del cuadro de botones

del elevador y de reojo observar cómo me mirabas, me sonreías de una manera misteriosa, pero amigable.

Tú no pronunciaste palabra alguna, sólo te me quedaste viendo y eso me hizo sentir algo de nervios; para no hacerlo notar decidí preguntarte a qué piso te dirigías y con tu respuesta sólo quedó presionar el botón con el número cuatro. No pasó mucho tiempo para que las puertas del elevador se abrieran y una luz amarilla indicará que estábamos en el segundo piso; volteé a verte antes de salir, caminé hacia el pasillo y nuevamente te contemplé, te sonreí y sin mayor apuro me regalaste una sonrisa...

De camino a mi habitación, el cuarto número 254, pensaba en ti. Pensaba en esa primera mirada, en esa sonrisa y me preguntaba en qué habitación te estarías hospedando. Sabía que acababas de llegar y que estabas en el cuarto piso, así como que tendría tres largas semanas para volverte a ver y conocerte. No sabía lo que esas tres semanas me deparaban y ni lo podía imaginar...

Tres semanas en Texas, en el condado de San Antonio, hospedado en un Holiday Inn, asistiendo al San Antonio College del distrito de Alamo Colleges, para tomar un curso de inglés intensivo; fue ahí donde esta historia comenzó. Aparte de asistir a clases de lunes a viernes, los dos sábados siguientes ya los teníamos ocupados con dos excursiones. El primer sábado iríamos a Austin, TX, donde conoceríamos el Zilker Botanical Garden, después un almuerzo en Subway y para terminar el día al Capitolio de Texas.

La mañana había transcurrido con la naturalidad de un turista; fotos por aquí, asombro por allá, comparaciones con el lugar de origen y al final la convivencia entre amigos para bromear un rato, todo en relación al zoológico y su magnificencia en flora. El almuerzo dio paso a la tarde y con ella la llegada al Capitolio; el recorrido exterior fue necesario: fotos, *selfies*, bromas y carreras a la puerta principal sobraron entre los com-

pañeros. Después de una revisión oficial, estábamos adentro. Recorrimos el lugar de abajo hacia arriba, de izquierda a derecha, habitación por habitación, sala por sala, foto por foto, y al acercarnos a la salida... ahí estabas.

KARLA ANDREA CAMINO GUTIÉRREZ

*N*ació no hace mucho en la ciudad de Aguascalientes y es estudiante de bachillerato en el Instituto Mendel. Desde que tenía 12 años comenzó a escribir y dice que es su forma peculiar de crear nuevos mundos y transportarse a ellos, lo cual, a su vez, le permite descubrirse y superarse. Y agrega: “Pensar que puedo llegar a tener impacto en las personas que leen lo que escribo me motiva a seguir haciéndolo”. Ella es una de las personas que se sumaron a las reuniones semanales y virtuales de La Cofradía.

Soy

Soy una idea.

Soy figura abstracta y al mismo tiempo concreta.
Soy el sonido de las olas cuando rompen en la orilla
y el olor de una mañana exageradamente fría.
Soy los rayos de la aurora al entrar por tu ventana.

Soy las caricias de tu madre,
las historias de tu abuela,
las sonrisas de tu amigo,
y los besos de tu amada.
Soy la música del radio,
las notas del violín,
el sonido de la orquesta,
soy un piano solitario.

Soy ciudad en movimiento
y un proyecto abandonado.
Soy la noche más oscura.
También los días más soleados.
Soy el universo.

Soy la estrella de tus sueños.
Piensa,
piensa en las criaturas del océano,
en las aves en el cielo,
¿puedes volar?

Vuelve a pensar y constrúyeme, créame.
Soy el roce de tus manos,
el ronroneo de un gato.
Soy el canto de la brisa,
un susurro adormilado.
Soy un viaje en carretera.
la espera del ser amado.
Soy el sol sobre la piel.
Soy el insomnio.

¿Puedes dormir?
Soy Pippa,
el personaje que inventaste ayer
mientras mirabas el techo.
Soy sólo chispa
de ese abrazo esperado,
soy el beso apasionado.
Soy laberinto fantasmal,
de sentimientos,
de sensaciones,
de melodías.
Sólo escúchame.

Bajo la cama

Los niños poseen un sexto sentido. En el pasado, cuando nuestros dientes todavía eran de leche y nuestra piel no había sido tocada por el sol, seguramente nos sentimos observados, probablemente temblamos de miedo al percatarnos de esos pequeños ojos luminosos que se asomaban desde el armario entreabierto, jugamos con sombras, saltamos la cuerda con imágenes producidas por nuestra juguetona mente.

Jonathan dormía, cuando podía, cobijado de pies a cabeza, evitaba que sus pies quedaran colgando, recogía sus brazos sobre su pecho mirando hacia arriba, pidiendo al cielo que la criatura de largos colmillos que todas las noches esperaba bajo su cama, hoy no apareciera.

Los días lluviosos se ponía sus botas de hule y saltaba con entusiasmo sobre los charcos dibujados dentro de los baches del pavimento.

Los días soleados se sentaba en la banqueta y si Abigaíl, su vecina, andaba cerca, jugaba con ella al resorte, juego que requería de destreza y velocidad, caer en el lugar perfecto era

indispensable. Dos postes en un extremo hacían el papel del tercero en la línea.

Después caía la noche, envolvía las calles, cubriéndolas de oscuridad, llenándolas de monstruos.

—¡Jonathan, a la cama! ¡Ya es hora de dormir! —gritaba la madre todas las noches a su hijo que permanecía recostado en el sillón esperando que esta noche se le permitiera dormir ahí o sentado en la cocina viendo algo en la pequeña televisión antigua coronada todavía con una antena doble, ya obsoleta en el mundo moderno.

—¡Jonathan! Por favor, ya son las 10:00, ven a dormir —terminaba ella, cansada de repetir lo mismo.

Algunas veces su padre lo cargaba para lograr meterlo bajo las sábanas. Con lágrimas en los ojos, se despedía de ellos después de haber sido arropado.

En el momento en el que sus padres cerraban la puerta y apagaban la luz, la pesadilla comenzaba.

Tenebrosos sonidos guturales salían de lo más profundo de las entrañas de aquel ser, salido, como muchos pensarían, del repertorio de personajes de alguna epopeya o de la lista de las criaturas ya extintas que el mundo no pudo apreciar.

Las kilométricas garras de aquel ente, tal vez mitológico, arañaban la madera de la base que sostenía la cama, creando un asiento delgado de aserrín encima del piso; rasgaba las sábanas e iluminaba con sus ojos impresionantemente amarillos un rincón apartado de la habitación.

Nunca nadie le creyó.

“Sólo tiene 7 años, si en realidad se diera cuenta de que los verdaderos monstruos caminan entre nosotros, no haría tanto escándalo por la sombra de un calcetín o una playera arrugada bajo su cama, déjalo vivir su fantasía”. Esto decían los adultos entre ellos cada vez que él se quejaba e intentaba convencerlos de mudarse de casa o de convertirse en vampiro para así no tener que irse a dormir jamás.

Sus papás nunca le creyeron, incluso sus primos pequeños lo tachaban de loco, sí, era un niño de 7 años, pero a veces la razón la tienen las personas en las que menos confiamos.

Los ojos brillantes que todas las noches lo atormentaban se hacían cada vez más grandes con el transcurso de las horas, crecían y crecían hasta tener el tamaño aproximado de un plato mediano. Ráfagas de viento golpeaban la ventana, las puertas de madera del ropero, cuando el reloj daba las 2:53 de la mañana, con un rechinado estridente, se abrían de golpe, en el armario, los ojos de plato se multiplicaban y sollozos desgarradores marcaban la hora.

Jonathan no tenía una espada ni tampoco un arma de fuego, hasta un cucharón de cocina le hubiera sido útil en ese momento. Jonathan no era Hércules enfrentándose a las 12 pruebas, matando al león de Nemea; no era Teseo desenvainando su espada contra un hombre mitad toro en un laberinto; ni siquiera se acercaba a esos héroes con disfraz de sus historietas. Jonathan era simplemente Jonathan, un niño pequeño contra los fantasmas y demonios que todas las noches le gritaban al oído.

Esquivaba arañazos evitando profundas heridas, se percataba minuciosamente que sus pies no estuvieran cerca de las orillas de la cama, se cubría la cabeza con la sábana y entre lágrimas ahogaba los escalofriantes sonidos con sus pensamientos.

Él y Abigaíl, sus padres recostados, durmiendo plácidamente en la habitación contigua, sus abuelos con sus adivinanzas y juegos de cartas, su maestra que enseña matemáticas, los charcos en los días lluviosos y las risas durante los días soleados.

Tengámosle miedo a la oscuridad, las penumbras, siempre los hacen más fuertes, una vez que cae la noche nuestro mundo se fusiona con el reino de las sombras. ¡Cuidado! No los alimentes.

—¡Armando! El niño no está —gritó ella asustada después de ver la cama vacía.

—¡Armando! ¿Dónde está mi hijo?

Después de haber buscado por toda la casa y en sus alrededores, procedieron a llamar a la policía y después de una revisión más a detalle se dieron cuenta de que la cerradura de la ventana de la habitación del niño había sido forzada y que huellas de lodo se encontraban sobre el marco de ésta, y por el reverso de la almohada, el colchón en algunas partes había sido rasgado.

Para las autoridades claramente se trataba de un secuestro, el eclipse de luna ocurrido la noche anterior permitió a una banda de secuestradores llevarse unos cuantos niños del vecindario, la oscuridad absoluta había jugado a su favor.

Mientras se hacían las notas pertinentes y se recolectaban las pruebas necesarias, la madre se percató de un resplandor debajo de la cama de su hijo, “tal vez no sea nada”, pensó y volvió a la cocina a hablar con el jefe de la policía, mientras tanto, escondido en la negrura, una figura sonreía con perversidad, mostrando interminables hileras de dientes puntiagudos con los pedazos del pijama de Jonathan todavía entre sus garras.

Azul profundo

Me sumerjo entre recuerdos de sueños fugitivos, nado entre corales buscando tesoros clandestinos. Buceo, abierta al movimiento, ondeando, siguiendo la corriente.

Me muevo en lo profundo de mi mente, recorriendo eternos archiveros tapizados de infinito, me paseo por estrechos pasadizos, guardianes de deseos inteligentes y anhelos incumplidos.

Navego por caudas de estrellas transitorias, aferrada a pasadas campanadas, a juegos de pelota, árboles conquistados. Como turista en un museo, camino, pasmada por la belleza de los cuadros, absorta en las gráciles pinceladas duraderas.

Recorro interminables librerías repletas de títulos excéntricos, historias inconclusas, sirenas escondidas.

Buceo, entre peces de colores y especies extinguidas, buscando perlas portentosas. Buceo, pendiente del oxígeno en mi tanque, deseosa de que mis horas bajo el mar no se agoten.

Quimeras olvidadas

Duerme, descansa, piérdete entre la niebla de tus quimeras imposibles, vuela con el canto de las aves, abraza tus recuerdos. Sueña, cierra tus ojos y camina entre un laberinto iluminado por colores, recuéstate en tu cama hecha de hierba, escucha mi voz y elévate.

Traspasa los espejos frente a ti y mira el abismo, ¿no es impresionante tanta inmensidad? Siente los rayos del sol sobre tu rostro y el zumbido de la luna en tus oídos, atentamente, intenta captar los sonidos, escucha el palpitante, el tamborileo de tu propio corazón acelerado y respira, llena tus pulmones, atiende tus pensamientos, construye un nuevo reino y deshazte de tus preocupaciones, alza las velas, gira el timón y navega entre sentimientos encontrados.

Disfruta de las pinturas colgadas en tu abstracta galería y camina entre tu imaginación desbocada, alimentada de vivencias, serpentea entre pasadizos, mezcla absurda de lo sucedido.

Escala la montaña en dos pasos y observa el vuelo de los peces, únete al canto de las flores y adéntrate en el mundo de los sueños, en el país de alcanzables sinsentidos.

De maravillas engendradas abraza la grandeza, reta al tiempo, y cuando por fin despiertes, no temas, no escarbes entre grandes pilas de paja dorada, no intentes encontrar esos sueños olvidados, efímeros, como el tictac de los relojes, espera a que la noche caiga de nuevo y sumérgete otra vez en un mar de idílicos meteoritos fugaces.

JESÚS CONSUELO TAMAYO

*N*ació en Aguascalientes en 1960. Estudió la carrera de Música en el Conservatorio Las Rosas, en Morelia, Michoacán. Ejerce la docencia en Educación Artística desde 1980. Fue director del Coro de Cámara Aguascalientes desde 1982 hasta su disolución. Ha escrito diversos libros de poesía, cuentos y teatro, aún sin editar. Se ha incorporado a La Cofradía en esta etapa de pandemia, con una participación destacada.

Villa Paz

Carmelo entró a su oficina con evidente enfado. Casi rompe el cristal esmerilado que anuncia su nombre y su puesto en la empresa y, por supuesto, el nombre de ésta:

“ARTE EN CRISTAL”

J. Carmen Alarcón M.

Ventas

Tras él, profundamente preocupada, entra Margarita, su secretaria por los últimos 12 años.

—¿Se siente bien, señor Alarcón? ¿Pasa algo?

—Sí, pasa algo. Un error en el diseño de los ceniceros del hotel Plaza.

—¿Un error?

—Sí. El departamento de fotografía confundió los tonos de color del dibujo del logotipo del hotel, y ha sido detectado cuando ya se ha impreso la mitad del pedido.

—Pero ésa no es su culpa, señor Alarcón.

—Dígaselo al señor Vincent, que me hace responsable porque yo recibí el diseño original.

—No lo puedo creer.

—Pues créalo, Margarita. El responsable del departamento es Claudio Vincent...

—Su sobrino...

—El mismo. Jamás se ha responsabilizado de sus frecuentes metidas de pata y ahora se le ocurre al jefe que el idiota en turno para cargar con la culpa soy yo.

—¿Y es grave el error?

—En realidad sólo implica retrasar el pedido una semana. Pero Vincent me grita que si el cristal es caro, que si las horas, hombre, y que si para acá o para allá.

Carmelo llevaba casi 20 años en aquella empresa y había escalado hasta la gerencia de ventas, luego de algunos años de hacer méritos. Había comenzado a trabajar ahí justo un mes antes de que muriera D. Giuseppe Vincent, italiano llegado al país hacia principios del siglo xx. Arte en cristal, por muchos años la única empresa dedicada a la elaboración de cristal cortado con diseños especiales en la entidad. Además de ser productos elegantes, de excelente presentación, eran considerablemente más accesibles que sus similares importados de otros países con esta tradición.

A la muerte de D. Giuseppe, le había sucedido en la gerencia el hermano de éste, D. Carlo, quien profesaba una casi adoración por el único hijo de su hermano fallecido, a pesar de que Claudio, el sobrino, no era en absoluto ni brillante en su trabajo ni cuidadoso, aunque nadie podría decir que fuesen de mal trato los Vincent, salvo cuando había que cargar con las culpas –frecuentes– de Claudio.

—Tomé, señor Alarcón, le preparé un café. ¿Ya se siente mejor?

—Gracias, Margarita. Me ayudará mucho. Como siempre usted tan atenta.

—No se preocupe, señor, es mi trabajo.

—No, Margarita, usted no tendría por qué hacerla de mi enfermera.

—No exagere, señor Alarcón. Sólo es un café.

—Gracias.

La jornada transcurrió con normalidad, si normal era recibir noticias desagradables de todos los departamentos de la empresa. Como todos los días, al salir hacia su hogar, un taxi le esperaba a Carmelo; desde hace casi 5 años le hacía el servicio de transporte. Siempre es más cómodo que lidiar con el tráfico, sobre todo por la tarde en que el tráfico se ponía imposible. Por supuesto, don Zenaido, el chofer del taxi, ya había aprendido a

conocer y estimar a Carmelo, que pasó de ser señor, a secas, a señor Alarcón, y luego a don Carmelo.

Aquella tarde, José Carmen Alarcón iba más cansado e irritado que de costumbre. No había transcurrido más de media hora continua sin que en su oficina sonara el teléfono, con algún nuevo motivo de angustia: problemas con algunos materiales, pedidos cancelados, cambios de última hora, etc. Cuando Zenaido le preguntó si se detendrían como a veces lo hacían en el supermercado, Carmelo ya no le contestó; iba profundamente dormido.

—...Mire, don Carmelo, estamos pasando por Villa Paz.

—¿Por dónde?

—Villa Paz. Es un pequeño pueblo, pero mire qué tranquilidad.

En efecto. Carmelo pudo constatar desde su ventanilla que el lugar aquel, que nunca había visto ni del que recordaba haber oído hablar jamás, transmitía paz y se veían sus escasos pobladores con un semblante de absoluta felicidad.

—¿Y este pueblo? ¿De dónde salió?

—¿No lo recuerda? Siempre pasamos por aquí, está en la ruta hacia su casa.

—¿Sí? Pues yo no lo recuerdo...

—¡Despierte, don Carmelo! Ya llegamos.

—¿Eh? ¿A dónde?

—¿Cómo a dónde? ¡Pues a su casa!

—¿Y Villa Paz?

—¿Villa... qué?

—¡Villa Paz, el pueblo que me señalaste!

—Seguro lo soñó, don Carmelo, se durmió casi de inmediato que salimos.

—Oh, pero... fue un sueño muy agradable. Hasta mañana, Zenaido.

—A las 7:00 en punto, como siempre. Buenas noches.

Aquella noche, durante la cena, Carmelo comentó aquel extraño sueño con su esposa, pero ésta no le prestó mucha atención. Su matrimonio no marchaba muy bien desde hace tiempo y lo habitual era que discutieran, por lo general por cuestiones monetarias.

Al día siguiente, las cosas en la oficina no fueron más agradables que el día anterior. Esta vez no fue suficiente el cafecito... hubo que agregar un par de tranquilizantes. Margarita le sugirió incluso que sería conveniente que se marchara a casa antes de lo habitual, pero Carmelo le respondió que sería complicado hablar con su taxista y no querría otro.

—Estaré bien, Margarita, sólo no me pase más llamadas. Diga que estoy ocupado, que ando por algún otro departamento, y si llama alguno de los jefes, dígales que estoy en el baño. Ah... Margarita, ¿alguna vez oyó hablar de Villa Paz?

—¿Es un hotel?

—¡No! En teoría sería algún pequeño poblado por algún sitio entre la oficina y mi casa.

—Pues no, señor, pero investigaré.

—Gracias, Margarita, no esperaba menos.

Quizá por la tensión de la jornada, o quizá por el efecto de los tranquilizantes, pero Carmelo volvió a quedarse dormido apenas subió al auto de Zenaido.

—¿Ya pasamos por Villa Paz, Zenaido?

—No, apenas nos aproximamos. Es muy notorio, mire: la vegetación se hace más frondosa y hasta el aire se siente más limpio y fresco.

—Es verdad, Zenaido. ¿Podrías parar un momento?

—Discúlpeme, don Carmelo, pero llevo el tiempo justo. Le dejo en su casa y apenas llevo a tiempo a cumplir otro compromiso.

—Oh, bien, no te preocupes. Otro día será.

—Llegamos.

—¡Eh!

—Je, je, je —sonrió Zenaído sin asomo de burla—, volvió a hacer todo el viaje dormido.

—Así parece. Gracias. Hasta mañana. Que llegues a tiempo a tu compromiso.

Zenaído volvió a sonreír, se despidió y, ya en camino, pensó para sí: “¿De qué compromiso hablaba?”.

Esa noche se propuso a tener una conversación más “civilizada” con su esposa.

—No creo ser yo el problema, Carmelo, eres tú el que cada día estás más distante. Llegas tan cansado o fastidiado que he llegado a pensar que ya ni te das cuenta si estoy o no. En las últimas semanas te he hecho algunas preguntas que no sólo no has respondido, sino que parece que ni las has oído.

—Perdona, Alicia, no es mi intención ser descortés o desatento. Yo te amo como siempre, pero cada día me pesa más el trabajo en Arte...

—¡Pues déjalo!

—Sabes que no tenemos ahorros, y salvo esta casa y lo que ella contiene, no poseemos nada más. ¿De qué viviríamos?

—Hay otros trabajos...

—Sí, pero a mi edad...

—Yo podría trabajar, sabes que soy buena como secretaria.

—No, Alicia, no lo consentiré. Tal vez sea anticuado, pero yo prometí ser el proveedor y no quiero fallar. Además, ¿crees que podrías ganar lo suficiente para que vivamos los dos?

—Bueno, nos apretaríamos el cinturón en lo que consigues otro trabajo...

—No, Alicia. No es fácil...

—Sé que no es fácil, no me creas tan tonta.

Y por el rumbo que tomaba la conversación, entraron en un camino donde, de la voz alta, pasaron a los gritos, a las descalificaciones, a los insultos... Carmelo era incapaz de tocar a su mujer ni a ninguna otra, así que salvo uno que otro amago de levantar la mano de ambos contendientes, todo quedó en agría

discusión, pero como era frecuente en estos casos, Carmelo no pudo dormir en toda la noche, de modo que el día en la oficina se hizo mucho más pesado y complicado, sobre todo porque ese día hubo junta de consejo, donde, como era de esperarse, le llovieron recriminaciones y regaños.

Era ya pasado el mediodía cuando Carmelo regresó a su oficina totalmente abatido, sudoroso y con la mirada derrotada. Por primera vez en 20 años consideraba como real la posibilidad de renunciar.

Margarita le recibió con una taza del consabido café, el par de tranquilizantes y le regaló, además, su sonrisa, que no era poca cosa.

—Señor Alarcón, he estado investigando toda la mañana sobre ese lugar que me dijo...

—¿Y?

—Pues... salvo un asilo que lleva ese nombre, nada más.

—Un asilo... de ancianos, supongo.

—No. Es un asilo para personas mentalmente inestables.

—Margarita, nunca fue usted amante de las indirectas: ¡dígalome como es! ¡Un manicomio!

—Sí, así es, pero...

—¿Pero...?

—No veo cómo pudo verlo, señor; está en Argentina.

—No, pues no... Imposible que sea el mismo... Margarita... ¿cree usted que habría alguien que me diera trabajo a mi edad?

—Pues sí, ¿por qué no? Es usted bueno en lo suyo, honesto, honrado, responsable...

—Pero viejo, Margarita... ¡viejo!

—¡Por favor, señor Alarcón! ¿Viejo? ¡Apenas tiene 50 años!

—Sí, medio siglo...

—Pero... no estará pensando en renunciar, ¿verdad? Si es así, ¡yo renuncio inmediatamente después!

—Calma, no he dicho que vaya a renunciar... sólo pensaba. ¡Tengo tantos deseos de conocer Villa Paz!

—¿La de Argentina?

—Ja, ja, ja, no, señorita, la de aquí. Estoy cansado, pero no loco, ja, ja, ja, cof, cof, cof...

Luego de la risa le sobrevino una intensa tos que casi lo ahoga. Seguido de otras dos dosis de caliente café, Margarita anunció que el taxi esperaba en la puerta a su pasajero. Margarita, eficiente como solía ser, no esperó la orden; ella pudo comunicarse con Zenaido, y ahí estaba, dos horas antes por su habitual pasajero.

—Gracias, Margarita, le debo una. En verdad me siento poco capaz de terminar la jornada de hoy. Avise, por favor, a la gerencia...

—Ya lo he hecho, señor Alarcón. Despreocúpese. Usted sólo descance. Siempre le digo que le hacen falta unas vacaciones, pero usted nunca me hace caso.

—Las tomaré, Margarita, verá que pronto las tomaré. Hasta mañana.

—Que descance, señor Alarcón. Cuídese.

—Zenaido, ¿notas el aire como más fresco y con un aroma especial?

—Es el aire de Villa Paz, don Carmelo. Hoy llevamos muy buen tiempo... ¿Quiere que paremos?

—¡Sí!

Tan pronto se detuvo el auto, Carmelo bajó y a bocajarro se topó con algunos residentes del lugar, quienes lo saludaron con bastante familiaridad y calor: “¡Qué bueno que llegas a esta hora, Carmelo, la cena está servida!”, dijo un señor de porte distinguido y de edad indefinida. “Es pescado fresco, lo he pescado yo mismo esta mañana”, esta vez era un chamaco descalzo, con los pantalones hasta las pantorrillas sostenido por un viejo lazo a manera de tirantes, con una raída playera que había sido blanca alguna vez y una vara con un cordel; sin duda el arma “pescadicida”.

—Qué bien se está aquí en Villa Paz, son ustedes muy amables... —empezó a decir Carmelo, cuando se percató que el taxi que lo llevaba ya no estaba. Tampoco se veía por ahí a Zenaido—. Bueno, ya regresará, mientras disfrutaré de la hospitalidad de estas buenas personas —pensó.

Zenaido llegó a casa de Carmelo, tocó la puerta y cuando asomó, Alicia le dijo:

—Señora, no sé cómo decirlo... El señor murió en el camino. Un infarto, creo... ¿Qué hacemos?

* Basado en alguna historia recurrente que he visto por ahí.

JOSÉ DE LA TORRE ALCOCER

*N*ació en San Luis Potosí, el 2 de julio 1950. Estudió la licenciatura en Medicina en la universidad autónoma de esa entidad. Hizo una especialidad en Cirugía General y estudios de maestría en Educación Superior en la UAA. Enseñó por muchos años y ahora está felizmente jubilado. También fue subdirector médico del IMSS y fundador y editor de las revistas *Lux Médica* y *Ars Médica*. Como escritor, publicó *Ajuste de cuentos* y *Reajuste de cuentos* (reedición). A raíz de la pandemia, se sumó con destacada participación a las reuniones virtuales de La Cofradía.

Al encuentro del covid

Salí de la casa con mi maleta, algunos libros y la computadora. Mi mujer gesticuló, gritó y cerró de un portazo.

Prefiere refugiarse en su paranoia pandémica y rechazar cualquier argumento diferente. Pues bien, luego de discusiones interminables, cansado de insistir, decidí terminar la cuarentena. Así de simple y complicado.

Me voy a infectar —me dije—, a contagiar, aceptar el reto y partírle su estructura con mis anticuerpos naturales. Asumo el riesgo. Confío en mi vitalidad, a pesar de los 70 cumplidos. Me siento apto para enfermar, sanar y volver a vivir sin miedos y precauciones.

Adriana —mi amiga enfermera— está convaleciente del covid-19. Me enteré, se lo propuse y aceptó, para mi sorpresa y regocijo. Siempre me había gustado su forma de mirar, entre divertida e interesada, una sonrisa confusa y decidida al mismo tiempo. Así que un café llevó a la copa y a la cama y a sueños y afanes compartidos.

Hasta que llegó la pandemia y nos dejamos de ver. No pudimos despedirnos cuando sus labores en el hospital nos separaron hace ya casi dos meses. Ella se infectó la semana pasada en terapia, donde es intensivista y la mandaron a casa. Sus 28 años la tienen en obligado encierro, pero hermosa y sana.

—Contágame, mi niña... Antes de que seas inmune —le pedí por teléfono.

—¿Estás seguro? —del otro lado de la bocina se ahoga un suspiro, y a continuación, sin más, me dice:

—¿A qué hora llegas?

—Voy para allá...

—¡Tráete tus cigarros y unas botellas de ron...!

Y aquí estoy, enfermo de amor y del coronavirus 19.

Adriana es insaciable y pronto me infecté, afortunadamente, sin mayores consecuencias. Como ella, un poco de fiebre, malestar y la tos, que pasaron pronto.

Ahora, cuando salimos a la calle y nos atrevemos –inmunes– a disfrutar el universo, no puedo sino agradecer al virus la recuperación de mi existencia.

COVID: la batalla cotidiana

A los compañeros caídos en batalla.

1

Suena la alarma y Juana María se levanta con premura, como todos los días, apenas clareando las cinco de la mañana. Luego del baño prepara un frugal desayuno y lo consume de pie, mientras dispone lo necesario para el almuerzo y comida de los hijos. Hace mucho no convive con ellos y agradece que sean autosuficientes. Las cosas terribles que ha visto en Urgencias de la Clínica 1 –donde es afanadora– la obligan a guardar la distancia estricta y el uso de mascarilla los pocos ratos que platican a gritos, ríen, lloran, se pelean y siguen en lo suyo.

Ahora duermen mientras ella recorre las calles desiertas tras el amanecer nublado.

En el reloj checador son las 6:55. Apenas reconoce a sus compañeros con el cubrebocas. A la distancia, en la fila que avanza con rapidez –mientras se frota gel alcohol en manos, boca y nariz–, escucha que Lolita, la enfermera con quien platica a diario de sus hijos mientras barre y trapea cerca de los niños enfermos –ella tan amable y sonriente con todos–, estaba internada en terapia intensiva. Sintió un golpe profundo de tristeza, rabia y confusión. Apenas la semana pasada le recomendó no acercarse a los hijos y juntas lamentaron la frustración de no poder abrazar a los nietos.

Con pesadumbre, pero más atenta que nunca, sigue por los pasillos escondiendo una lágrima que amenaza con humedecer

la mascarilla. Recuerda a su madre enferma en el rancho, a la que sólo ha visto de lejos, una vez, en los últimos seis meses.

En la fila para entrar a la *aduanas*, que en realidad son los vestidores –con toda la parafernalia de protección y cuidados especiales–, los comentarios se refieren a compañeros y familiares enfermos. Cuando llega su turno viste con cuidado la indumentaria que habrá de llevar las siguientes horas sobre el uniforme azul. Mientras afirma con precisión los *goggles* y sobre ellos la careta de protección, procura no dejar descubierto el más mínimo resquicio donde el virus pueda colarse. Sonríe al compañero monitor que la revisa y le da luz verde con el pulgar, le devuelve apenas el guiño arrugando los ojos.

Adentro, el calor es intenso. Médicos y enfermeras se miran y se comunican sin hablar; el ruido monótono de los ventiladores y el bip agudo de los aparatos resulta –por momentos– ensordecedor. Detrás de los uniformes esconden la tristeza y desazón de encontrar lleno el servicio y mucha gente afuera –con el pánico escondido en rostros enmascarados– esperando resultados que marcarán su existencia.

Apenas queda tiempo para hacer el trabajo. Hay dos aislados para limpieza total: dos muertes del último turno pendientes del proceso complicado –y de alto riesgo–, de disponer los cadáveres y dejar el espacio listo para ocuparse de inmediato. Y el trabajo de rutina: todo se complica por el uniforme, los espacios reducidos y el calor; pero el tiempo pasa rápido. Mirar tanta gente enferma sufriendo y muriendo ayuda a sobrevivir.

Al doctor Benjamín, jefe de Urgencias, tampoco lo han visto. Salió positivo al coronavirus la semana pasada y ya no regresó. Dicen que está enfermo en su casa. Lo confirma el chofer –con quien se cruzó mientras trapeaba el pasillo de las ambulancias– que le lleva el tanque de oxígeno. La tristeza se convierte en preocupación mientras las horas avanzan y no deja ni un momento de llegar más y más gente. Las camas ahora están llenas y los espacios para terapia intensiva saturados, lo

cual convierte a Urgencias en una terapia intermedia, con enfermos graves en espera de pasar al piso o... morir. Como los últimos dos del turno de la noche.

Por fin son las 14:30. Casi sin sentirlo, se acerca la hora de salida. A pesar de que su trabajo le entusiasma –está decidida a terminar su carrera pendiente de enfermería–, Juanita no deja de sentir un gran alivio mientras se despoja de su ropa y sigue los pasos del protocolo: baño y rocío con sustancias antisépticas. Se viste el uniforme de calle y, antes de salir, se detiene un momento frente a la Virgen de Guadalupe en el altar improvisado por devotos.

En esos momentos de reflexión y alivio, luego de rezar por los compañeros enfermos y fallecidos, sabe que no es lugar para lamentarse. Ya podrá pensar y meditar más tarde, cuando la noche y la almohada la conduzcan al siguiente amanecer de la interminable pesadilla.

2

Benjamín escribe en la computadora mientras observa de reojo la tomografía de la señora Pérez. Las extensas zonas de infiltrado pulmonar no dejan lugar a dudas: COVID-19. Es el quinto caso diagnosticado y apenas es miércoles. Y cada vez llegan con cuadros más avanzados...

Estornudó y la mascarilla dejó un olor diferente. El escozor de la garganta es mayor que ayer... Y el cansancio... ¿por no dormir lo suficiente?

Terminó de escribir las indicaciones para internar a la enferma en el último aislado disponible. Se despojó con desgano de los elementos del pesado uniforme, pidió un termómetro y se lo colocó en la axila mientras, desplomado en la silla, estampó su firma y recogió lentamente sus cosas. Había algo incómodo en su pecho desde la mañana y un poco de escalofrío.

—Hasta mañana —se despidió con prisas.

—¡El termómetro, doctor...!

—¡Perdón...! Casi me lo llevo puesto con las prisas. 38.2.

La enfermera no se fijó en la marca y apenas respondió al saludo del médico que parecía arrastrar los pies rumbo al estacionamiento. Encendió el auto y despertó a la realidad. *Fiebre. Tengo fiebre.* Entonces apagó el auto y descansó por momentos su cabeza en el respaldo. Bajó del vehículo y entró por Urgencias hasta el laboratorio.

—Necesito hacerme la prueba, compañera. Después le traigo la solicitud.

—Se ve un poco enfermo, doctor.

—Así es. Mucho cuidado al tomar la muestra, no te vaya a contagiar. Ja, ja, ja.

—Ay, doctor... Ojalá no sea positivo. ¡Ya verá...!

Pero sí fue positivo. Pasó a Rayos X y no necesitó esperar el resultado de laboratorio luego de observar su propia tomografía en la computadora. El radiólogo fue inmisericorde y él no pudo sino estar de acuerdo:

—Traes una neumonía muy agresiva.

A partir de entonces, Benjamín perdió un poco la noción del tiempo. Marcó al celular de Francisco y le informó:

—Pancho, tengo neumonía por coronavirus. Voy para la casa. No me voy a hospitalizar... todavía. Ok, ahí te espero. ¡Gracias!

Colgó y manejó como autómata hasta su casa.

En el camino, una y otra vez en su mente alucinada repasó en cámara lenta el momento del contagio.

El teléfono había sonado en la madrugada —la semana pasada— y la voz de la enfermera era de angustia. Paciente en paro. Colgó y se dirigió a toda velocidad rumbo a la clínica. No le importaron los semáforos en rojo. A esa hora (tres y media de la mañana) no hay casi autos en las calles. Se trataba de un paciente de edad con sobrepeso y un problema cardíaco: pro-

bable infarto agudo. La escena en Urgencias era dantesca. Un enfermero reanimaba al enfermo casi arriba de su tórax, mientras el médico de guardia administraba oxígeno por mascarilla. Las enfermeras rondaban con prisa acercando lo necesario para la reanimación.

—¡Doctor Benjamín...! Qué bueno que llegó tan rápido. ¡Creo que ya tenemos trazo...!

Sin perder tiempo se colocó la careta y los *goggles*, y procedió a realizar una intubación rápida y efectiva. El electrocardiógrafo señalaba arritmias y extrasístoles, pero mejoró la presión arterial y todo parecía bajo control. En minutos, el enfermo reaccionaba favorablemente... ¡faltaba la sonda nasogástrica...!

Golpeó el volante con disgusto reviviendo la escena. Aceleró y maldijo nuevamente... Ahí fue donde —en las rápidas maniobras— se desconectó el tubo corrugado y el paciente tosió con fuerza. Sintió la mascarilla humedecida y buscó la careta... *¿Dónde estaba la careta? ¡La careta!* El enfermo se recuperó, pero las radiografías revelaron que padecía también COVID-19. Él sabía que se había infectado. Siempre lo supo desde entonces.

En casa, su esposa y las niñas estaban dormidas. Llenó un vaso de agua y lo primero que hizo fue sacar de la bolsa unas aspirinas que encontró en el auto y se las tomó de un trago. Entonces se sintió verdaderamente enfermo.

Francisco, su compañero de especialidad y buen amigo, llegó con medicamentos y recomendaciones.

—¿Seguro que no quieres internarte? Con dificultades, pero quizá consiga una cama en el Hospital.

—Prefiero esperar un poco... quiero ver si lo controlo...

—Traes 89 de oximetría.

—Yo te aviso si baja más.

—¿Estás seguro? Estamos viendo evoluciones muy rápidas. Tú lo has vivido.

—Tengo buen médico. Gracias por preocuparte, pero saldré adelante.

—Estaré al pendiente y te enviaré un tanque de oxígeno. Más vale que lo tengas a la mano.

—Gracias. Espero no necesitarlo.

Pero necesitó no sólo el oxígeno, sino venoclisis y cuidados de enfermería otorgados por su esposa, ama de casa recién habilitada.

Al principio no aceptó siquiera la mínima aproximación, por temor a contagiarse y a las niñas. Luego acordaron una sana distancia y exageraron las precauciones.

Fueron tres días y tres noches de incertidumbre y zozobra. Los períodos de fiebre persistente, el dolor en todas partes y la sensación de falta de aire. La sola imagen de sí mismo con la sonda en la boca, conectado a un ventilador sin saber si saldría adelante, consciente de su obesidad e hipertensión.

A pesar de haber atendido a tantos enfermos, de sus recorridos por el internet asimilando todo el conocimiento generado del mundo, este maldito bicho sigue siendo una incógnita.

Ocho días fueron suficientes para su total recuperación. Cuando parecía que tardaría semanas en recuperarse, de pronto desapareció la fiebre y pudo levantarse de la cama. Cuando pudo hacerlo, decidió regresar y aplicar su experiencia, aprovechando el tiempo que permanecerá inmune... ¿Para siempre? Eso está aún por verse.

3

Lolita abrió los ojos y sus primeras percepciones fueron un intenso dolor en la garganta y el ruido ensordecedor de los monitores.

—¡Te vamos a extubar...! —escuchó muy lejos.

—¡Lolita...! ¡Respira tranquila...! ¡Abre la boca! ¡Te van a retirar el tubo!

Y luego nada... Un sueño profundo y la duermevela de la que por momentos emerge poco a poco.

Entre imágenes borrosas y voces desarticuladas, llega a su memoria su llegada al hospital. En Urgencias no parecía tan enferma. El médico le pidió esperar el resultado del estudio ya internada. Su respiración era dificultosa y la fiebre no bajaba. Pero decidió ir a casa prometiendo volver si las cosas empeoraban. Tenía que organizar todo y despedirse de su marido y sus tres hijos. No hubo que esperar mucho. Esa misma madrugada pidió la ambulancia y no recuerda nada desde entonces.

A pesar de su confusión, poco a poco se instala la alerta. Pretende moverse y no logra siquiera desplazar su mano. Está bocabajo: decúbito prono. Los tubos nasales se sienten fríos y lastiman la nariz. Pero el aire lleno de oxígeno puro es reconfortante. Recuerda sus clases de propedéutica: la ventilación es menos difícil y las secreciones drenarán mejor bocabajo y con la cabeza casi en el suelo. Nunca imaginó lo incómodo que puede ser... Trata de emitir algún sonido, pero la garganta no responde. Su campo visual sólo abarca parte de las sábanas y su mano vendada con tubos y agujas.

El dolor es ahora más intenso y consciente. Cierra los ojos y logra perderse en un sueño obnubilado.

—¿Qué hora es? ¿Qué día? ¿Cuándo me internaron?

—¿Era lunes?

—Sí era lunes porque...

—¿Y qué más da si fue el lunes o miércoles?

—No sé cuánto llevo aquí, inmóvil y ... ¡muda!

—¡Muda yo!

Si continuamente me reprochan mis compañeros que no dejo de hablar... y ahora muda e inmóvil, mis manos frías y adoloridas, hinchadas por punciones, venas dilatadas y tortuosas...

El ruido que martillea oídos y cerebro, por momentos parece un robot humanoide que se eleva como alucinación monstruosa...

—Es una máquina, nada más —alguien le explica.

En los escasos momentos de lucidez recuerda su casa y los hijos, ¿cómo estarán?, ¿los cuidará bien Consuelo, mi vecina? Pobre... ¿pobre? Pobre de mí, asfixiándome y esperando... Esperando como los mineros enterrados, como tantos enfermos inconscientes a mi alrededor. ¿Saldré viva...? ¿Lo lograré? No sentía fuerzas ni para pensar.

Una máscara asomó y una voz como en sordina exclamó:

—¡¡¡Lolita...!!! ¡Soy yo...! ¡Adriana...!

Abrió apenas los párpados y en la penumbra adivinó la sonrisa de dientes blancos de su amiga, saludando como siempre con su mano alzada. Enfocó la mirada y detrás de la careta, los *goggles* y el cubrebocas, reconoció los ojos de su compañera, feliz de poder hablarle.

—¡Casi te nos vas! —soltó su compañera—. ¡Llevas ocho días en terapia!

—Ocho días...

—Duérmete. Es lo mejor. Tus hijos están bien. Acabo de hablar con tu vecina.

Lolita mejoró muy lentamente. Tres días después dejó terapia intermedia y subió al piso. Ahí, el desfile de compañeros y personal era constante. De pronto era una especie de heroína famosa. Los días transcurrieron y hubo de soportar muchos ejercicios respiratorios, largas estadías con mascarilla y más ejercicios respiratorios con amorosa paciencia de los terapeutas, así como el incansable hormigueo de compañeros atendiendo su recuperación.

Cuando por fin fue dada de alta, casi quince días después, aún con oxígeno y en silla de ruedas, todo un comité se formó por los pasillos: entre aplausos y vivas. A la salida se encontraron al doctor Benjamín y Adriana —que empujaba la silla—, se detuvo y exclamó:

—Doctor Benjamín... ¿Ya por aquí...? ¿No debería estar en casa incapacitado?

—Ahora menos que nunca —respondió Benjamín con sonora carcajada.

—¡Somos inmunes! ¡Viva la vida!

Se estrecharon con un abrazo a la distancia y siguieron su camino rumbo a la ambulancia, agitando la mano y el corazón agradecidos.

NATHALIA F. JARAMILLO

Es profesora en Kennesaw State University, estudió en Harvard University. Es una de las principales exponentes de la teoría crítica en América Latina y trabaja en la Universidad de Los Ángeles, Estados Unidos, apoyando a mujeres inmigrantes en sus procesos de empoderamiento y emancipación. Tiene poder en la palabra y su presencia en Aguascalientes y en La Cofradía, realizada en el Bachillerato Reyes Heróles, motivó la reflexión y el compromiso por la educación y la cultura. Ella se considera cofrade y desde el país vecino sigue las actividades del grupo literario.

Otro mundo es posible y necesario¹

Actualidad de la pedagogía crítica en América Latina

Nací en el norte de Los Ángeles, de un padre y una madre emigrante de Colombia, pero me formé en una familia muy trabajadora y tradicional en el sentido colombiano, así que mi lengua natal fue el español. No aprendí a hablar inglés hasta que tenía los seis años. Los mejores amigos de mi familia eran colombianos y también mis amigos, así que me desarrollé en una cultura con unas características y tradiciones muy colombianas. Fue hasta que ingresé a la escuela cuando comencé a integrarme a la vida estadounidense. Pero yo soy primeramente colombiana. Desde antes de cumplir un año, mi papá me llevó a Colombia a conocer a mi familia y estuve ahí como dos meses. Cuando regresé no reconocía a mi mamá. Eso marcó toda mi juventud. Yo viajaba a Colombia dos o tres meses cada año, siempre manteniendo esa conexión con América Latina, el lenguaje, las costumbres y más. Entender la formación de nuestra sociedad y nuestras culturas para las mujeres de mi familia fue muy importante. Cuando estaba en Colombia me pasaba el tiempo en la cocina con mi mamá y mis tías.

Hablo de esta historia porque tiene que ver con las teorías, los aportes, las preguntas. Lo que pienso y digo representa quién soy y cómo me formé como ser humana. Fue esa formación en Colombia y en Estados Unidos que me permitió reconocer en las mujeres de mi familia las condiciones del trabajo y la opresión de las mujeres en esa época. Vi cómo a mis tías no se les permitía ir a la escuela, no podían trabajar y se esperaba que ellas se dedicaran toda su vida a cuidar a sus padres y hermanos. ¡Así era! Eso, desde que fui muy joven me

1 Este texto fue producto de la entrevista a Nathalia Jaramillo, realizada en Radio UAA por Gabriela Méndez Parga y Gustavo Meza Medina, el 26 de noviembre de 2013, en el programa *Horizontes educativos* de la UPN, Unidad 011. Parte de esta entrevista se publica aquí.

impactó. En Estados Unidos me surgieron otras preguntas a partir de otras experiencias. Mi papá, por ejemplo, llegaba a la casa y hablaba de actos de discriminación en contra de él. Yo vi a mi mamá batallar mucho y trabajar muy fuerte.

Me mandaron a escuelas católicas y ahí también aprendí sobre cómo es el compromiso hacia el pueblo. Todo eso marcó la carrera que iba a tomar en la corriente crítica. Ahora estoy en Aguascalientes como una profesora de Nueva Zelanda que realiza estudios críticos en educación. Soy profesora. Eso para mí y para mi familia era algo novedoso. Mi hermano fue el primero de nuestra familia en ir a la universidad y graduarse en Derecho, pero en mi familia no se hablaba de la educación superior. Yo, una mujer, me gradué de Psicología en la Universidad de California Riverside, y después de eso me ofrecieron un trabajo como maestra en una escuela primaria de la misma ciudad. Ése fue mi primer trabajo y yo pensé: “¡Zas! Voy a ganar dinero, voy a tener independencia”. Iba a lograr todas esas cosas que para mí significaban ser mujer. Porque yo no quería vivir la vida que había visto en las mujeres de mi familia; yo quería la independencia, quería el poder de la voz, quería pensar, quería criticar, quería estar presente en la sociedad de una manera que pudiera tomar decisiones como mujer.

Enseñé en la primaria por casi tres años en Riverside, California. La escuela estaba ubicada en una población súper marginada en la periferia. La mayoría emigrantes de México y Centroamérica. El 80 por ciento de los alumnos en esa escuela hablaban el español como su primer idioma, tenían un alto nivel de pobreza y sufrían violencia. En el primer día en esa escuela, al abrir la puerta, había un folleto solicitando apoyo económico para uno de los jóvenes que había sido asesinado en esa comunidad. Era un lugar en conflicto, pero también una comunidad de mucha esperanza, era una escuela distinta. Esa experiencia me marcó mucho.

Era una escuela comunitaria. Uno entraba y encontraba servicios sociales para las familias, la oficina de la enfermera trataba las necesidades de la comunidad y la directora de la escuela era muy luchadora. Un año antes de que yo llegara, ella había exigido a las autoridades de la ciudad que cerraran una calle que separaba el edificio de la escuela con el área de recreo, porque en la noche allí se hacían transacciones de droga, de prostitución, etc. Entonces en el día, los chavalos de la escuela cruzaban esa calle y se encontraban todo lo que habían dejado la noche anterior. La directora batalló mucho, luchó para mejorar los servicios y las oportunidades de la comunidad. Eso para mí fue muy importante y formó aún más mi conciencia de lo que significaba ser una maestra.

Llegué a la Universidad de Harvard porque me enojé con mi novio y quería estar lo más lejos de California. Allí estudié las políticas internacionales de educación, porque me interesaba aprender de dónde salen las políticas, cómo se escriben, quiénes están tomando las decisiones, cómo se relacionan en un contexto internacional. Fueron de los mejores años de mi vida. El primer año que verdaderamente estuve sola, completamente sola, y me enfrenté a una institución que no era nada fácil. Me empecé a reconocer como una pensadora. Empecé a ver mis habilidades, mis contribuciones y conocí gente súper buena, gente que verdaderamente estaba pensando en los problemas actuales de la sociedad y que estaba utilizando la experiencia de Harvard para poder ser líderes y mejorar la sociedad.

Después conseguí un trabajo en Washington D. C., en una organización grande que representa a la comunidad latina en Estados Unidos, se llamaba el Consejo Nacional de la Raza, y yo trabajaba en asuntos de educación; no duré mucho tiempo porque no tenían la visión que yo quería. Conseguí otro trabajo en una organización que representaba a más de 50 distritos escolares, yo me encargaba de las políticas sobre emigración, lenguaje, pobreza. Con esa responsabilidad me relacionaba con

las comunidades que yo representaba para identificar necesidades y poder defender sus ideas. Yo iba a reuniones con congresistas, me metía a reuniones donde estaba el presidente del país. Era en el 2000 y 2001, cuando la reforma educativa en el país se estaba debatiendo. Y aprendí, aprendí del poder, aprendí del poder del capitalismo, aprendí del poder de los intereses privados para formar educación que no era educación para el pueblo, sino que también era educación para el militarismo del gobierno norteamericano. Las escuelas pobres reclutaban jóvenes para ir a la guerra en Irak y otros países.

Todo aquello me aportó y ahora he escrito sobre “decolonizar nuestros pensamientos”. Así surgió el primer libro que escribí con Peter McLaren, *La pedagogía y praxis en la era del imperio. Hacia un nuevo humanismo*. Escribí otro con Erik Malewski: *Epistemología de la ignorancia en educación*. En este libro hay varios autores que tratan temas del suicidio en los jóvenes y la manera en que las escuelas cierran los ojos a esta realidad. Hay otro sobre la epistemología indígena y la manera en que el currículum en Estados Unidos reproduce una epistemología de ignorancia.

El libro que traigo ahora se llama *La inmigración y el desafío de la educación*, que analiza el drama social del sur de Los Ángeles y que representa los siete años de mi involucramiento en esos lugares. La mayoría venía de México y Centroamérica y yo me dediqué a investigar la cultura de la escuela, lo que llamo una “cultura neocolonial”, a través de las experiencias que tuve con las madres de esa comunidad, específicamente con una madre que se llama María Lourdes Jiménez.

En el libro se narran situaciones como la siguiente: las mamás de los alumnos iban a trabajar gratuitamente a la escuela. En una mañana, ellas estaban poniendo estampas en libros que yo había comprado cuando se les arrima un maestro y le pareció muy curioso que las mujeres estuvieran agachadas en una especie de línea de trabajo. Y él dice: “Ajá... parecen burritas”,

y todas nos reímos. Eso para mí fue un principio de una historia mucho más larga, que luego referí como la pedagogía del burro, es decir, la pedagogía de la forma en que nuestras instituciones oprimen al pueblo a través de un discurso y una práctica que tiene sus raíces desde la conquista y la colonización de las Américas.

La educación es un acto político

Para mí, la educación es un acto político, retomo esa idea de la contribución de Paulo Freire, en la cual nos enseñó que cada acto educativo es un acto político; que aún los maestros, en el silencio, están tomando una posición política en el aula. Por ejemplo, si uno dice, “bueno, yo soy maestro, yo entro a una escuela no para politizar a los alumnos, simplemente para enseñarles técnicas o las capacidades para que tengan la oportunidad de encontrar empleo en la sociedad”, ése es un acto político, porque tiene que ver con un sistema, con políticas y leyes que han formado el ámbito educativo que ofrece y nos dicta qué tipo de conocimiento es válido en el aula, qué tipo de técnicas son válidas en el aula y qué tipo de disciplina se tiene que tener en el aula. Todo eso forma parte de una sociedad, y es en ese sentido que la educación siempre es un acto político.

Por esto, los problemas los tiene que resolver la gente que está involucrada en sus propias comunidades, desarrollando las preguntas, identificando las necesidades, dialogando con los alumnos y con la comunidad para implementar las capacidades necesarias en el desarrollo de una conciencia crítica que se transforme en actos críticos. Es decir, que la educación sirva para abrir nuestras mentes. Hay muchos problemas en la sociedad y la educación debe ayudar para desempeñar un papel que nos permita encontrarle una solución a todos los problemas a los cuales nos enfrentamos, a nutrir nuestras identidades, a la formación de nuestras subjetividades, pero eso

solamente se puede hacer en los contextos actuales en los que se encuentran los maestros.

Alguna gente percibe que una está llamando a un movimiento, a la formación de guerrilleros, pero no. Lo que yo quiero señalar es que cada ser humano tiene el derecho de ser humano, de ser activo y no pasivo en la educación. De mejorar sus capacidades, su creatividad, de desarrollar nuestras mentes en maneras que no es para asimilarnos al poder del Estado, al poder de una nación. La nación debe reflejarnos a nosotros, a quienes somos, y no debe ser a la inversa. Eso para mí significa una democracia verdadera, cuando el Estado refleje el pueblo.

Ahora tenemos países en América Latina que están construyendo alternativas dentro de los experimentos del neoliberalismo, y eso me motiva tanto y me da emoción. Ver nuestros países, a nuestra sangre, que no se va a hacer cómplice en la historia, en los sistemas dominantes, sino que somos testigos de una verdadera creatividad para tratar de encontrar solución a los problemas que hemos heredado históricamente. Somos conscientes de que otro mundo es posible y necesario, podemos crear un mundo mejor para las generaciones que nos van a seguir; un mundo en el que se cuide el medio ambiente, la naturaleza, para desarrollar nuevas economías. Si no empezamos a abrir nuestras mentes para encontrar soluciones significativas y mejorar nuestra sociedad, entonces, ¿a dónde vamos a llegar? ¿O nos quedamos en lo mismo?

El pensamiento decolonial

Para hablar del pensamiento decolonial, los referentes serán el sociólogo peruano Aníbal Quijano; Enrique Dussel, que es un filósofo de la teología de la liberación; Ramón Grosfoguel, sociólogo; y Catherine Walsh, ecuatoriana y exponente de la interculturalidad. Yo estoy retomando estas ideas y aplicándolas, dada mi formación en la pedagogía crítica. Para mí, el pensamiento decolonial es una manera de entender las estructuras

globales en las cuales vivimos, a través de un origen que tiene que ver con la conquista y la colonización de las Américas. Estamos hablando de un sistema económico, pero también epistemológico, un sistema racial de sexualidad, de género, de relaciones con el medio ambiente, religioso, espiritual. Como vemos, en Ecuador o Bolivia, en diferentes países de la región se están recuperando otros conceptos para que sirvan como una guía. No solamente para la práctica educativa, sino para la práctica de toda la sociedad, como el sentido del buen vivir.

No es una ruptura total con el saber actual, más bien es abrir el pensamiento y tomar en cuenta nuestras raíces e incorporarlo a todo lo nuevo que hay, pero como un pensamiento ya más propio, más libre, más auténtico, no impuesto por el capitalismo, por el eurocentrismo y por el racismo que tenemos sobre los conocimientos. Se trata de abrir los espacios para que esas voces que han sido silenciadas históricamente puedan surgir, puedan ser articuladas, puedan ser oídas. Es que el mundo se ve de una manera muy distinta cuando lo vemos desde el punto de vista de una población subalterna. Se revelan otros conocimientos que no se pueden ver desde la posición dominante. Y esto no solamente entre la filosofía decolonial. En este contexto, también me podría referir a un movimiento feminista particular que surgió en Estados Unidos con una visión teórica, que es concebida como ciencia, inclusive más objetiva de lo que existe ahora.

Entonces, creo que históricamente siempre ha habido grupos en diferentes partes del mundo que tratan de promover las teorías, las ideas y los conceptos más allá de lo que tenemos, debido a que hay problemas, situaciones sociales que tenemos que atender. Para que exista una verdadera democracia tenemos que reconocer que no todos somos iguales y nunca lo vamos a ser; por tanto, debe haber pluralidad en vez de universalidad.

Es necesario dar espacios a las voces silenciadas y poder crear nuevas teorías, desarrollar nuevos conceptos que verdaderamente reflejen la sociedad en la que vivimos, nues-

tras historias, identidades y contextos actuales. Para hacerlo hay que decolonizar y eso tiene que ver mucho con los diferentes contextos. Hay un libro escrito por una académica de Nueva Zelanda que se llama *A decolonizar las metodologías*, y es interesante la manera como ella critica las tendencias en la antropología y sociología, porque ven el mundo como algo independiente de nosotros. La alternativa es invertir la ciencia positivista, que trata la realidad como algo objetivo, en la que el investigador debe tomar distancia de su estudio y no debe tener una acción directa. Decolonizar la metodología significa romper con esos esquemas.

Las teorías decolonizadoras tendrán eco, desde Perú hasta Nueva Zelanda. Me he dado cuenta de que el mundo sí es muy grande, pero también tenemos experiencias muy similares porque estamos viviendo un momento global, en el cual el sistema económico transnacional lo identificamos como capitalismo neoliberal y eso nos marca de una manera muy profunda. Entonces, por mi propia formación, tengo fe y creo en nuestras comunidades. Yo amo a la gente y creo que cada ser humano tiene el derecho de vivir una vida digna. Ésa es mi ética. Si alguien me va a culpar o a criticar por tener esa posición, pues lo recibo con brazos abiertos porque no voy a cambiar de posición. Ésta es una parte de la transformación para construir juntos un mundo mejor, más justo, posible y necesario.

En esta tarea todos debemos involucrarnos, por eso agradezco a la Universidad Pedagógica de Aguascalientes por invitarme y al grupo de La Cofradía por compartir su entusiasmo por la literatura y darme la oportunidad de contagiarme de su valor. Gracias.

J. TRINIDAD GUERRERO CASTORENA

*N*ació el 6 de marzo de 1991 en Rincón de Romos, Aguascalientes. Es licenciado en Artes Visuales por la Universidad de las Artes de Aguascalientes y maestro en Arte por la Universidad Autónoma de Aguascalientes. En 2013 y 2015 obtuvo mención honorífica en el ENAJ. Fue becario del PECDA (2013-2014) y posteriormente del FONCA en la categoría de Jóvenes Creadores, Medios Alternativos (2017-2018). Actualmente cursa el Doctorado en Filosofía e Historia de las Ideas de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

El mezquite

—Es lo que le digo, maistro, yo ya no sé qué hacer. El otro día le dije: “lo que me encabrona no es que le compres zapatos al niño, lo que me encabrona es que no me avises de la deuda que te echates”. Luego uno anda debiendo y debiendo por ahí y no se acaba, uno trabaja ya nomás para pagar aquí y allá. Si todos prestan, pero no hay que gastárselos así nomas, es como le dije a ella: “a mí me vale madres si como o no como, pero pues uno no puede trabajar día y noche nomás para trabajar así”. Le digo: “si un día me encuentran colgao de un mezquite por ahí, usted ya sabe por qué fue”.

—El martillo.

—Ahí le va, maistro. Le digo, es puro gasto pendejo, yo a ella le doy su dinero, y estoy seguro que le gustaría que yo trabajara día y noche nomás pa no verme, para salirse por ahí a gastárselo. Y todavía se enoja, uno no le puede decir nada a las pinches viejas, porque se ponen peor que una perra sin hueso.

—Ja, ja, sí, así son. Agarre la tabla.

—¿Ah, sí?, dele. Si luego luego se les ve cuando quieren hacerse putas, ¿para qué ocupa otros zapatos? Si los que tiene están buenos, y pues el niño tiene sus tenis y sus zapatos negros de la escuela, no tiene por qué andar pidiendo por ahí para comprar nada. Y lo peor es que no me avisa, pa que yo me entere me tiene que llegar de otra gente, le digo que eso es lo que me encabrona. Y cuando la caché que había pedido el préstamo, me dijo que iba a comprarme unos zapatos a mí. No, maistro, yo hasta me reí, y le dije: “cómpraselos al niño y cómprate unos tú, éstos todavía aguantan”. Son dos mil pesos, maistro, más el rédito, puras pinches drogas aquí y allá. El otro día me encontré a don Simón y pues le pedí cincuenta pesos porque ni para tragar teníamos, a usted ya le dije, a mí no me importa tragar, pero pues el niño y ella es otra cosa. Y don Simón hasta me dijo que si quería me prestaba cinco mil, pero dólares,

para que le pagara a un coyote y me fuera al norte. Que se los fuera pagando poco a poco ya estando allá, después de que me acomodara.

—¿Y qué le dijites?

—Pues que nomás quería los cincuenta pesos. Cómo la voy a dejar aquí, se va a hacer puta, así se hacen todas ya después, voy a estar como su peón, el negro, ja, ja, ése dice que cuando llega a su casa, llega chiflando y aventando piedritas en las láminas de su casa, ja, ja, que para que el sancho tenga tiempo de salirse y luego ya entrar él. Y el otro día que fui a su casa me dio un chingo de risa, ja, ja, porque en su casa sí tiene láminas en el techo, ja, ja.

—Ja, ja, qué pendejo. Hay que preparar otro bote de mezcla.

—Sí, maistro. Ps le digo, el otro día fuimos al baile que hicieron en el estadio, y pues ahí andaba ella baile y baile, y pues nomás la vi bailando con otros, como si nada, y pensé, si así se pone horita que aquí estoy, hora cuando me vaya. No, no la dejo sola, así no. Todavía el otro día que se enojó porque su mamá la regañó porque le dije lo de los zapatos, y pues me quería correr de la casa, nomás porque sí, y yo le dije: “pues si quieres me voy, al cabo y que no me ha de faltar con quién acurrucarme”, estaba hasta lloviendo, ja, ja. Y me dijo: “pero pues vas a dejar a tu hijo”, y yo le dije: “no, ése que me lo lleve tu hermana pa verlo, porque si me voy, a ti ya no te voy a querer ver”. Usted cree, maistro, no falta dónde meter la chingadera.

—Ja, ja, ja.

—Viejas hay muchas, eso a mí no me va a asustar. Pero pues que quiera andar de puta cuando yo ando de pendejo pagando sus deudas, pues eso sí no. Doscientos cincuenta pesos de puros intereses, con eso comemos toda la semana, maistro. Y ella baile y baile con todos, como puta, yo le dije ya cuando llegamos, sabe qué querrá, querrá que me cuelgue de un mezquite por ahí, o querrá que me pelié con todos eso cabrones con los que andaba bailando, querrá que ellos me maten. Ya ve que

hora todo mundo se cree narco. Yo le dije, pero ella no entiende. No entiende que ninguno de esos cabrones va a mantenerle a su hijo, ni a ella siquiera. Yo le digo que no trabaje porque conmigo nada le hace falta, ya ni chinga, ella me ve que trabajo todo el día para darle dinero a ella y al niño y le vale madres. Sabe qué querrá. A mí no me da coraje comprarle zapatos ni a ella ni al niño, usted cree, si es mijo, cómo me voy a enojar. Lo que me emputa es que no me dice, que uno trabaje y trabaje y ella gaste y gaste y no llena, y uno nunca sale de las deudas. Yo ya ni sé qué hacer. ¿Qué ocupa, maistro, el martillo o la coca?

—Las dos, ja, ja.

—Ahí le van. Todavía uno fuera de los que andan con un chingo de viejas y tienen un chingo de hijos regados por ahí, pero no, maistro. Yo no sé por qué no llena o qué quiere. Ella cada rato se enoja conmigo porque se acuerda de cuando yo no trabajaba, pero pues eso era antes, y lo que le pedimos a su papá se lo pagamos todo, maistro, y mire, si él antes me la hacía de pedo a mí por no trabajar, ahorita se la hace de pedo a ella por sus chingaderas. El otro día hasta me dijo que le iba a decir a su papá lo de los zapatos y yo le dije que pues yo mismo le decía, que lo que me encabrona es que no me diga. Y el chingazo de deudas que tenemos, pues que yo las pago, que para eso trabaja uno, pero pues por qué no me dice. Y ya cuando le dije eso ni me dijo nada, y le digo que hasta su mamá la regañó porque le dije y me la hizo de pedo. Y luego se enoja también conmigo porque me tomo mis cervezas el sábado, pues si es mi único gusto, maistro, yo ni compro nada pa mí, todo lo que tengo es pa ellos, y se enoja. Pues yo no sé, querrá que uno trabaje día y noche nomás pa no tenerme ahí. Nomás para andar de puta, pero pues uno cómo le hace. ¿Usted cree que no es justo, maistro? Si ni me gasto nada en las cervezas, muchas veces hasta me las pichan, porque ya saben cómo anda uno de jodido. Y pues porque uno devuelve el favor, y pues cuando uno tiene algo también picha a veces.

—Así son todas, pero pues a aguantar hasta que Dios diga. Ya anda uno aquí y pues es la suerte de cada quien, a chingarle pues.

—Pues sí, ja, ja, pero pues yo nomás le digo, que si me encuentran colgao de un mezquite por ahí, usté ya sabe por qué fue.

—Ja, ja, ja.

JULIO M. LLANES

*N*ació en Yaguajay, Sancti Spíritus, Cuba, en 1948. Es narrador, investigador y promotor cultural. También es profesor de la Universidad José Martí de Sancti Spíritus. Es uno de los más representativos creadores de la actual literatura infanto-juvenil en la isla. Ha publicado una veintena de libros en su país y en el extranjero (novelas, relatos, ensayos, testimonios literarios, crónicas), con los cuales ha obtenido premios (Premio Nacional Edad de Oro y La Rosa Blanca). Algunos de sus libros son: *Paquelé*, *El día que me quieras*, *El pájaro del alma*, *Todo lo que usted necesita es amor*, *Che entre la literatura y la vida*, *Sueños y cuentos de la niña mala*, *Las palomas de Guillén* y *Alicia, el vuelo de la mariposa*. En Aguascalientes se hizo presente en La Cofradía e invitó a los asistentes a eventos culturales de su país. Algunos cofrades le han tomado la palabra.

Miércoles, el difícil

Los que me conocen, al menos mis amigos más cercanos, dicen que en vez de Ransel, yo debí llamarme “Miércoles, el difícil”. Igual que el mismísimo día del medio de la semana, el atravesado, porque cuando la mayoría va en una dirección, yo camino en la opuesta; sin embargo, el apellido “difícil” es injusto, pues se debe a que no me quedo callado nunca y no me gusta decir las cosas por detrás, sino de frente.

—¿Por qué tienes que ser así, tan ríspido, tan discudidor y dueño de la verdad? —me preguntó un día papá, con el ceño fruncido y mirándome a los ojos, como si tratara de descubrirme con una gran mirada.

Realmente me extrañó esa pregunta suya, porque para él todo lo que no está en el marco de la literatura se encuentra fuera de sus prioridades. Sobre todo cuando se obsesiona con los personajes inventados por él mismo se transforma en otro: puede ser un negro esclavo del siglo XIX, que mira con odio porque lo trajeron a la fuerza de África, un filósofo del Medioevo que se pregunta angustiado cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler o una señorita melancólica que acaba de perder la virginidad. Lo digo porque cuando eso sucede yo no existo. Para comprobarlo, una tarde me puse al revés un pulóver muy vistoso de rayas rojas y azules, de esos que todos elogian y quieren saber dónde lo conseguiste, pero él ni cuenta se dio durante horas; sin embargo, no hice más que poner un pie fuera de la casa y la vecina me preguntó si lo hacía por una onda de moda o, sin darme cuenta, me había puesto el pulóver al revés.

Papá no sabe que en la escuela me llaman Miércoles, el difícil, y es mejor que nunca lo sepa. Ese apodo no me lo gané por maleducado ni por faltar el respeto, sino porque cuando levanto la mano y pido la palabra, todos dejan de escribir y me miran, convencidos de que voy a decir algo no esperado. La va a poner difícil, dice la cara de Yulieski. La voy a poner difícil, afirmo en

mi yo interior, contento, no lo niego, de saber que todas las miradas se concentran en mí. Pienso que el adjetivo “difícil”, más que injusto, es equivocado. Realmente, lo que sucede es que la gente sonríe si tú dices lo que esperan, y callan o se molestan cuando lo dicho es contrario a lo que piensan, a lo que desean o es lo que no se atreven a decir.

Recuerdo cuando se terminó el ensayo para la fiesta de finalización del curso anterior y el director de mi escuela pidió opiniones.

—Yo todo lo veo muy bien así; no obstante, me interesa saber la opinión de ustedes...

No iba a hablar ese día, pero, como él insistió tanto, levanté la mano y un murmullo recorrió el teatro. No me gustó que el director comenzara dando primero su opinión. ¿Entonces para qué quería la de nosotros? Por eso levanté la mano más alto y pregunté si el público iba a ser éste de la secundaria o si serían niños de alguna primaria. Ni me contestó. Parece que lo decepcionó mi intento de opinión disfrazado de pregunta. La escuchó disciplinadamente, hizo como que la anotaba en su agenda, pero me dio la impresión de que no le gustó ni le importó mucho.

—Lo que sucede, Ransel —me dijo muy serio papá cuando se lo conté—, es que hay muchas maneras de decir las cosas y tú siempre encuentras la que va de frente y eso choca.

Traté de defenderme, pero él insistió:

—Hay muchas maneras de decir las cosas. O sea, que si hubiese sido él, el escritor, seguramente seleccionaría las palabras, cambiaría el tono y haría una sugerencia. Pero resulta que yo soy yo, no un personaje literario de esos obligados a decir lo que quiere y conviene a la trama.

Las clases comenzaron hace sólo unos días. Me ubicaron en un grupo numeroso, pero la mayoría nos conocemos. La única nueva es la muchacha que vino de traslado de otra provincia y se sienta a la derecha, exactamente a tres metros de mi

asiento. Todos la miran. Las chicas para ver qué defecto tiene, porque no puede ser tan bella y tan perfecta, seguramente es más bruta que un caballo cerrero, como asegura Milena. Es tan hermosa que parece sacada de la foto de un álbum de belleza, pero no debe saber decir dos palabras interesantes, afirman otras. Encandila de sólo mirarla, dicen algunos... Habla con tanta dulzura que uno se cree que está pidiendo un beso, reafirma mi amigo Yulieski. Parece torneada en madera fina, qué clase de cuerpo, qué ojos, qué boca, qué cintura, me dijeron casi todos los varones en el receso. Es hermosa, pero no para tanto, dije, y traté de mirarla únicamente cuando ella no se diera cuenta, porque me fastidia que quieran comérsela con los ojos. Las mujeres, cuando saben que son demasiado hermosas, miran a su alrededor como si los demás fuéramos pulgas. Eso no es para ti, Difícil, me afirmó Donato; además, yo la vi primero, advirtió burlándose de la frase predilecta de Yulieski.

Entonces, por esos días, apareció con su sonrisa inteligente la profesora de literatura. Dio un paseíto entre los asientos y nos dijo:

—Hoy vamos a hacer un nuevo juego participativo, muy emocionante y dinámico —sonrió para ver si alguien lo adivinaba, pero no teníamos ni idea.

Una actividad muy creativa, se llama *cadáver exquisito*... He escuchado a otros profesores decir cosas parecidas. Traen lo último, lo más moderno, lo más creativo. Finalmente, la sorpresa resulta algo viejo, ya gastado. El *cadáver exquisito* no lo inventaron los profesores de literatura. En un libro de papá se dice que fueron los poetas y pintores surrealistas. Yo no pensaba hablar, pero como no especificó, y tal parecía que ella había inventado el juego de participación tan creativo, levanté la mano. Demoró en darme la palabra. Por fin, lo hizo a regañadientes:

—Bueno, veamos que nos quiere decir Ransel sobre esta nueva estrategia creativa...

—Yo, maestra, sólo quiero agregar lo siguiente: en un libro de la biblioteca de mi papá leí sobre el tema. Y, entre otras cosas, allí está escrito que por los años 27 y 30 del siglo pasado, los surrealistas inventaron el juego del cadáver exquisito. El nombre se deriva de una frase que se dijo cuando se jugó por primera vez en Francia: “El cadáver exquisito beberá el vino nuevo”.

La maestra se viró hacia el pizarrón y trató de escribir algo, pero la tiza parecía temblar en su mano. La vimos respirar hondo. Entonces, sin hablar, repartió una hoja grande, pidió que cada uno escribiera un verso improvisado y doblara el papel, para que el siguiente ignorara lo escrito por el anterior. Al final, designó a la alumna Angelina —el nuevo bombón del aula, la acaparadora de miradas varoniles— para que abriera el abanico de papel y leyera el conjunto de versos secretos. No era un poema como tal, pero resultó agradable, enigmático y sonaba bien al oído.

Cuando ya nos retirábamos al receso, la profesora me hizo una señal para que la esperara. Cuando todos salieron, ella me habló bajito, pero con las palabras lentas y fuertes, casi masti-cadas por sus dientes:

—Yo sé que a ti te llaman Miércoles, el difícil, y parece que te lo has creído de verdad. ¿Qué querías demostrar con lo de hoy? ¿Qué sabes mucho? ¿O que cuando tú hablas la tierra tiembla? ¡Conmigo no te hagas el gracioso, ni te equivoques! ¿Entendido?...

Quise explicarle que yo no le había faltado el respeto, pero no me dejó continuar. “Puede retirarse”, dijo, mientras recogía sus cosas y miraba hacia la pared.

Ya en casa, para desahogarme, cuento lo ocurrido. Y, como un disco rayado, papá me repite lo mismo de siempre:

—¿Para qué tenías que hacer esa precisión en clases? ¿No podías esperar y, más tarde, conversar a solas con ella?...

—Yo, simplemente, dije la verdad.

—¿Cuántas veces te voy a explicar que el problema no es decirla, sino cómo?

Papá está enojado conmigo. Yo lo estoy más con la profesora y, sobre todo, con él. Me pongo de pie.

—¡No he terminado de hablar! —advierte.

Pero yo no me voy de su cuarto de estudio, sino que busco una novela suya muy famosa y la pongo en su mesa de trabajo. Se titula *Diákara*, que en bantú significa “el mundo de la verdad”. En ella, Daniel, el personaje principal, siempre dice la verdad, aunque le cueste la vida.

—¿Por qué tu Daniel siempre dice la verdad y yo no puedo?...

Se queda callado, como si se hubiera transformado en una piedra. Yo estoy tan molesto que no me detengo:

—¿O es que en la literatura se puede decir siempre la verdad, pero en la vida no?

Salgo del cuarto de estudio en medio de un silencio enorme. Al rato, regreso.

—Perdóname por la forma en que me expresé —le digo con mi mano sobre su hombro, más que con la voz.

Esboza una sonrisa de no hay problema, que no le sale y se le pierde en un gesto de cabeza y labios apretados.

—Pero no me arrepiento de lo que dije —le preciso.

Él también sonríe. Levanta el índice y lo mueve ante mis ojos:

—Cualquier día te meto en una novela —sentencia en una amenaza jocosa.

Papá sabe que yo he descubierto en sus personajes virtudes, defectos y hasta frases de sus amigos o enemigos. Como tiene fama de poner buenos títulos a sus obras, bromeo con él:

—¿Ya tienes el título de tu próxima novela?

—Todavía no.

—Bueno, pues te lo regalo.

Me mira muy atento, porque cuando le hablan de literatura, sus oídos se afinan al máximo.

—“El amor es un cadáver exquisito”... —le digo solemnemente.

No me pregunta por qué ese título. Y yo, triunfador, disfruto de su semblante pensativo, especialmente de esa mirada suya, intranquila y fija que usa siempre cuando no comprende algo y trata de encontrar el misterio detrás de las palabras.

Tomado del libro *Todo lo que usted necesita es amor*, obra de literatura juvenil, recomendada por el jurado del Concurso Internacional Libresa y publicado por esa editorial en Ecuador.

CARMEN LUCÍA MEZA MARTÍNEZ

Es la más pequeña de las escritoras de La Cofradía, apenas con 13 años y ya con escritos que merecen compartirse. Actualmente cursa el segundo año de secundaria y prepara ya su fiesta de quince años. Sus aficiones son el dibujo, los mandalas y el cuidado de su perrita chihuahua, a la que llama “La Comadre”, es tesorera del Club Interact del Club Rotario Ejecutivo de Aguascalientes y aspira a ser actriz, escritora, futbolista o gimnasta.

El espejo de la casa blanca

Cuenta la leyenda que en la casa blanca de la Avenida Fundición que está cerca de mi casa vivía una pareja de gringos que eran dueños de una fábrica de hielos y exigían mucho a sus trabajadores.

Un día se descompuso una de las máquinas y nadie la podía arreglar. El gringo enojado se acercó a ver qué pasaba y decirles a los trabajadores cómo debían hacerlo. Entonces, pasó algo muy feo; repentinamente la cosa esa comenzó a funcionar como si no estuviera descompuesta y ¡pácatelas!, que le atrapa una mano al dueño.

Todos se asustaron y quisieron detener la máquina traidora, pero nadie pudo. Dejó de funcionar hasta que le destrozó el brazo al pobre gringo. Dicen que gritaba y lloraba desesperado: “¡Ayudaaaa! ¡Por favor!”. Aunque él no sabía hablar en español. Nada pudieron hacer y al poco tiempo se murió.

La viuda quedó muy triste porque sólo tenía a su marido, que ya había muerto. Desolada, se pasaba los días y las noches llorando frente a un espejo muy grande que tenía en su recámara. Dicen que, después de unos meses, no pudo más, y mirándose en el espejo se cortó las venas. En el espejo se quedó la imagen de la mujer aquella que murió al perder toda la sangre.

Cuentan que ese espejo todavía existe en esa casa blanca y que las familias que la han habitado no duran mucho tiempo ahí porque oyen los gritos del gringo que retumban por la casa: “¡Ayudaaaa! ¡Por favor!”, y cuando se asoman por el espejo aquel, todavía hoy, después de tantos años, se aparece la imagen de la señora con su cara triste y llorosa, sangrando de las venas... ¿Vamos?

Mi hermana brasileña

*¡Tengo una hermana brasileña!
Ustedes pensarán: ¿cómo que brasileña?
Pues sí, es mi nueva hermana y es brasileña.
“Lucinha”*

Miren, les voy a contar. El 23 de agosto, mi hermano Ángel acaba de cumplir sus 17 años, pero lo celebró en Brasil, a donde se fue de intercambio.

Ese día viajó a la Ciudad de México, se quedó allá un día y el 25 salió en avión a Santiago de Chile, de ahí a Río de Janeiro y de Río de Janeiro a Florianópolis, ¡y ya!, porque ahí era su destino. Estaba nerviosa porque él no sabe hablar portugués, bueno, muy poquito. Nunca había salido del país y todo el viaje lo hizo solo.

Por el intercambio del Club Rotario, en lugar de mi hermano vino a mi casa una muchacha brasileña de su misma edad. Se llama Camila. Pero, ¡no sabe hablar español ni inglés, sólo portugués! Y me pregunté: ¿cómo le voy a entender?, ¿cómo me irá a comunicar con ella?

En los primeros días no le entendía nada, pero ahora ya entiendo algunas palabras. Espero que ella también aprenda pronto el español para poder platicar más.

Se queda a dormir en mi cuarto que preparamos con adornos y todo lo necesario para que estuviera a gusto. Hay dos camas, una para mí y otra para ella, no hay problema porque compartimos como hermanas y puede poner sus cosas donde ella quiera. Casi siempre se la pasa escuchando música en portugués y creo que hasta me estoy aprendiendo las canciones.

Partí mi cuarto a la mitad, una parte para ella y otra para mí. Al principio era raro estar con alguien que vive en tu casa, come con nosotros, va a la prepa de mi hermano y le digo her-

mana, aunque no es de la familia. Pero nos estamos enseñando a compartir todo con ella y eso es algo maravilloso.

En su país, Brasil, hay dos horas adelantadas porque cuando aquí son las siete de la mañana, allá son las nueve. Vive en una ciudad muy bonita que se llama Goiânia. Algún día voy a ir a visitarla cuando termine el intercambio.

Por ella he conocido algunas tradiciones de Brasil: las comidas, el idioma, los paisajes, la música. Las comidas son diferentes, por ejemplo, la tapioca aquí es como gelatina, bueno, así la he probado, y allá son como crepas. En las fotos se ven muy ricas. ¡Quisiera probarlas!

Nosotros le enseñamos cosas en español, la música, lo que hacemos y nos acompaña a todos lados, hasta con mis abuelitos y toda la familia. Ya le tengo cariño y nos divertimos juntas. A veces platicamos por internet con su familia en Brasil y ella me dice de cariño Lucinha. Es padre tener una hermana brasileña, ojalá todos conocieran personas como ella de otro país para aprender muchas cosas.

Aunque... ¡extraño mucho a Ángel! Y sólo de pensar que va a durar todo un año en Brasil, pienso: “¡¡¡Noooo, es que es mucho tiempo sin ver a mi hermano!!!”.

¡Pero... bueno! Yo tengo la oportunidad de esta grandiosa experiencia y mi hermano la de poder conocer otro país. Pienso que tanto lo quiero que creo que no hay fronteras que nos puedan separar, a nosotros ni a nadie. Espero que así sea siempre, para cuando sea grande viajar por todo el mundo y conocer muchas personas.

J. BRIGITTE NÁJERA

Egresada de la Licenciatura en Estudios del Arte y Gestión Cultural de la UAA. Ha escrito en revistas y blogs en internet. Su pasión es cantar y todo lo que se relacione con la cultura, el feminismo y la salud. Es autora de una investigación sobre Cuquita Ponce y su obra, de la que ha elaborado un catálogo. Ha participado en La Cofradía en varias ocasiones y se ha presentado en tertulias musicales y literarias como Luilei (él y ella, canto y guitarra) en la Universidad Pedagógica Nacional.

Pasos

La vida bajo la luz incandescente es placentera y reveladora, pero, también, expone nuevos sufrimientos y desilusiones constantes. Así me decía ella, con su personalidad dual de una roca aterciopelada, había recorrido incansables rutas en las que habitó, para armar su conciencia y ver las cosas con más claridad.

Ella había sido atravesada por palabras ofensivas y también por halagos constantes que sólo eran medios para ganarse su confianza; se le manipuló. Ingenua, siempre odió a su acompañante, aquella confidente, camarada, quien posiblemente pudo haber sido una herramienta de ayuda contra aquella fuerza opresora.

Siendo humillada, soportó e imaginó infinidad de posibles escenarios a los que podía recurrir, pero sólo eran eso, fantasías que daban consuelo a una tristeza progresiva que se iba extendiendo por cada una de sus partículas.

Aquel impulso era como un torbellino sin fin y se estaba haciendo daño; cada uno de sus actos eran profundas punzadas, un tormento disfrazado de poder y deber ser. Falsas ilusiones.

Estaba aprendiendo a pensar y caminar de una manera diferente, a tropezones, pero con más seguridad y posibilidades. Decidió cambiar. Aquella fuerza, con una luz más bien ya opacada, está dando lugar a una nueva, más luminosa y llena de poder.

Confundida

I.

Tu mirada hincha mis labios, hace vibrar mis oídos.

Enciendes en mí cientos de conexiones neuronales, no hago más que pensar en ti.

Toco tus gestos, tu mirada suspira.

Atravieso tu cuerpo con mi canto; pequeñas melodías permanecen sobre tus hombros y navegan hasta las uñas de tus pies. Quiero bailar en todas partes contigo y quiero tener de cómplices migrantes, con su paso decidido y valiente que atraviesan aquellos rincones en los que tú y yo gritaremos, fuerte, de placer. Despertemos aquellas miradas curiosas.
Quiero, quiero, quiero...

II.

Aquella noche no fue difícil notar tu presencia.
Manejas energías poderosas, casi místicas.

Siento rico cuando te pienso.
Siento rico cuando proyecto tus caricias sobre mí, irreversibles.

Tu mirada criminal fulmina la contradicción.
Estoy confundida.

Sin sentido

La bendita palabra sin sentido.

Siento cómo se desvanecen aquellos proyectos que una vez hablamos, cómo se derrumban mis ilusiones, poco a poco se esfuman. Trato de mantener una actitud positiva, pero es simplemente imposible. Abrazo la tristeza, abrazo la desesperanza y aprendo sólo esto: siento más intensa la realidad, esta realidad que no me pertenece.

Después de varios días desvanecidos, respiro profundamente, me dirijo al desierto. No puedo recordar mucho, pero prefiero que sea así; otra vez comenzar de nuevo, como si nada hubiese sido, como si nada hubiese pasado. Me derrito en mis lamentos y me odio por comportarme así; sin embargo, nue-

vamente respiro, me abrazo, pienso en que algún día todo va a terminar.

Esto es una escalera llena de matices: puedo subir y bajar en un parpadeo, atravesarle como una melodía. Soy un tren de pensamientos, amargos y solitarios, rebosantes de infinitud. Amanezco cansada, me duelen las articulaciones, estoy afectada, exagero por nada. Aunque piense positivo, es un simulacro. Nada cambia.

Soy veneno, una gota letal que me recorre lentamente. Maldita cosa rara; pasa sensual, pretendiendo arrasar con todo, para continuar la farsa, la pelea vacía. Nada cambia. Exprimo al tiempo, pero no me alcanza. Maldita cosa rara.

Mi sueño más acariciado se fragmenta.

El pesimismo me acompaña, cada día, como mi café con leche de soya.

Sedución

No hay mucha luz, nada está claro. El calor es intenso y, no sé, parece más seductor de lo que esperaba. Por todas partes el suelo arde, siento como si estuviese parada en una nube de llamas. Veo a mi alrededor y, como debe de ser, las demás almas pecadoras me acompañan; ahora puedo tener más claridad, todo tiene más sentido, el sinsentido.

Todas las almas son enviadas en torrentes hacia su destino, el que siempre las persiguió. El mal encarnado es este sitio, ¡qué felicidad! No esperaba encontrarme con algo así, si en algún momento esperé algo. He recibido una grata sorpresa. Las personas en el mundo terrenal mentían al decir que esto sería insoportable; puedo saber cuán en lo correcto estaba y que mis decisiones valieron totalmente la pena. Ahora sé lo que se siente realmente vivir. No hay condena, sólo libertad, libertad eterna y totalmente embellecida.

Seres aparentemente horribles, para mí son bellos y puedo verlos por doquier. Recuerdo aquella filosofía que decía que lo que en realidad importaba era lo que somos más allá de la carne, el alma y nada más; tenía un poco de razón. La carne seguirá siendo carne, plenamente encantadora y en constante putrefacción.

Sí, lo veo claramente entre las sombras, están ahí, jugando, embriagándose, derrochando placer, bailando y festejando del sufrir y del martirio que siempre anhelaron en aquella otra vida. Todo encanta, pero es tan fascinante el poder deleitarse con ella y su presencia envolvente. Siempre supe por qué estaban en su contra esos religiosos mojigatos. El placer que evoca es catártico, ¿cómo resistirse a una tentación tan plena y placentera? Es por eso que estoy aquí, ella provocó que yo tomara grandes decisiones en mi otra vida y ahora ésta la dominará por completo; espero que así sea.

Ella estaba condenada a vivir en el infierno y yo, como su fiel seguidora, aquí estoy. Podré seguir disfrutándola, bailar en un éxtasis perpetuo. A pesar de las circunstancias, pudimos estar juntas en la tierra y por ello sufrí, y ahora estoy presuntamente condenada, aunque yo no lo perciba de esa manera. El fuego que arde en mí no se compara con lo que siento al escucharla. Todo sufrimiento vale la pena. Ella es mi fiel compañera y yo, claro, también le pertenezco. Nada importa ya.

Todos son felices al tener contacto con el canto, el tambor y el laúd. Mira qué bello es el infierno y ella en todo momento puede estar presente; “morir” a su lado es como renacer y seguir alimentándose del mejor alimento que pueda ser creado. La locura, el sexo, el derroche, todos huyen, pero nadie puede escapar. Son perseguidos, sólo juegan y se mezclan con la sinfonía que los atraviesa constantemente. Como siempre, ella hace que todo esté mejor. El consuelo que nos queda, el más elevado, es abrazar su presencia, acariciarla y sentir sus aterciopeladas notas, ritmos y disonancias.

El demonio baila de puntitas, toma y devora cuanto puede, nada lo sacia, su tamaño impone, pero el de ella, el arte más incorpóreo, sólo ella puede comparársele.

Los pecadores marchamos con ritmo y pompa hacia nuestro destino, la boca del fuego infernal, sobre un camino eterno, sin retorno, pero nada importa, ella está aquí y nada parará su ánimo. Como evocadora de un sinfín de fantasías, su destino es éste, junto al mío y al de todos los demás.

CALEB OLVERA ROMERO

Es licenciado y maestro en Filosofía por la UAA y la Universidad de Guanajuato, respectivamente, así como doctor en Humanidades y Arte por la Universidad Autónoma de Zacatecas, además de tener formación en Psicoanálisis. Ha realizado una investigación postdoctoral en la UNAM y una estancia postdoctoral en España. Tiene más de una veintena de libros publicados y más de 50 artículos en revistas nacionales y extranjeras, al igual que asistencias a congresos. Actualmente es docente del Doctorado en Filosofía e Historia de las Ideas.

Me llamo Azul y estoy a siete días de volver a nacer

Me llamo Azul y estoy a siete días de volver a nacer. En alguna ocasión me nombraron Kaduhus (el perro). La cosa fue bien y llegué a ser Blusskadhus (el gran perro). Al principio fui mujer un par de veces y lloré... lloré por un hermoso joven que pasaba a caballo por enfrente de mi tienda. Otras tantas fui esclavo de piratas en tiempos de la colonia inglesa. Casi toda esa vida remé y, finalmente, me ahogué con los demás esclavos. Fui sacerdote mitraico y escuché los secretos que sólo se aprenden del fuego. Como hindú trabajé alimentando a un tigre de nombre Batrer, quien me enseñó el arte de la memorización. En el Himalaya entré al gran salón del Potalach y medité hasta que conocí la verdad, el sendero y el silencio. Alguna vez fui Omar Abd ar-Rahmān, príncipe de los califas, y amé a las mujeres vírgenes tan hermosas como la luna, de cintura flexible como las ramas de los guayabos, de caderas redondas y aterciopeladas como cojines, tan jóvenes que apenas nacía el prado en su jardín, y fértiles como la tierra del Nilo; mujeres que desbordaban voluptuosidad por una existencia incapaz de contenerlas. Fui orgulloso rabino que recibió su lección al escuchar hablar a un burro y comprendí lo complicado de las manifestaciones divinas. Algunas otras vidas las pasé descifrando signos para poder leer el complejo corazón de la realidad humana.

Fui padre que recibió el inmenso regalo que nos hacen cuando nos dan un niño. Mis horas se llenaron de alegría con cada nueva creatura y mi vejez se tornó soportable y llena de agrado por sus risas. Conocí el dolor de perderlos antes de tiempo, esa sensación de que te han partido en dos de un solo jirón, de que nunca volverás a estar entero. Fui arquero de brazo certero en innumerables batallas y bajo las órdenes de varios reyes asalté ciudades.

Nací en el norte, muy al norte, de una madre que vivía resguardada bajo la piel blanca de un oso y contemplé las lu-

ces boreales año tras año hasta que los ojos se me cegaron. En África fui heredero de una hermosa y juguetona nube de colores. He sido labrador, escultor, soldador, artillero, hasta tamborilero, sin olvidar que fui rey, califa, zar, predicador y hermeneuta. De hecho, he sido todas las personas que han existido de una en una y, a la vez, todas juntas.

Ahora estoy a siete días de olvidarlo todo y volver a la vida, al cálido abrazo de mi madre, al dolor de la separación de la amada, a lo insoportable de la muerte de nuestros padres, a la alegría de engendrar vida. Una vez más giraré la rueda del mundo, una vez más veré el sol salir por el oriente. Una vez más tendré tiempo para abrazarte, para amar a Dios y sembrar la tierra.

El poeta y la noche

Te voy a contar la verdadera historia de uno de los cuentos de *Las mil y una noches* que Borges retomó y narró de manera algo distinta.¹

Uno de los más célebres poetas, después de 13 años de practicar el juego de la noche, quiso ingresar a la directiva. Realizó su solicitud y propuso su candidatura para narrar el juego y expresar la esencia de la noche. Entonces, el director habló con el poeta y le dijo: “La más frágil y tenue línea llena de inmortalidad es la palabra cuando se narra. No existe historia ni logro que no sea eternizado en la memoria si no es por las palabras. Así que tú, poeta, si quieres pertenecer a la noche, debes escribir la esencia de la noche, debes hacer una oda a

1 A mediados de los ochenta se gestó en el arte contemporáneo uno de los movimientos más interesantes, denominado apropiacionismo, el cual consiste en la reinterpretación de algunas obras clásicas. Este texto es un homenaje a esta corriente, ya que Borges retoma la historia de un pasaje de *Las mil y una noches* y aquí nos apropiamos de su cuento para contarlo de manera distinta.

la oscuridad y entonces tu candidatura será considerada. ¿Crees que tu arte está a la altura para completar la empresa? ¿Crees que es posible que en palabras se encierre la naturaleza intrínseca y sin sentido de la noche? ¿Acaso la oscuridad de la tinta puede reflejar de mejor manera la oscuridad que engloba al universo y por fin borrar todo adentro y todo afuera?”.

Tristemente y sin vacilar, el poeta respondió sí, como si fuera la confesión de un condenado a muerte que revela por fin sus crímenes, que acepta los hechos más insólitos e insostenibles solamente para terminar de una buena vez y para siempre con la tortura y el interrogatorio, con el círculo del tiempo que lo presiona. De esa manera se precipitó sin saberlo en un abismo que lo sobrepasa, se arrojó hacia la noche en busca de arrancarle el corazón o, tan sólo, de torturarlo para en sus lamentos escuchar un canto, una súplica vulgar que le diera el entendimiento.

El poeta agregó: “Como puedes ver, ya no soy joven. He dedicado mi vida a la búsqueda y colección de palabras. He estado más de 50 años detrás de la combinación precisa para reflejar la naturaleza de las cosas, su forma exacta, y he descubierto el color y sabor de la palabra manzana para escribirla sin más letras que las que necesita. He descubierto la inocencia de la palabra niño y sé a qué huele la palabra aire. Conozco la cavernosa redacción de la mitología y he estudiado todo tipo de conjuros y sortilegios. Conozco más de cinco lenguas y los recovecos de ellas. He dedicado mi vida entera a coleccionar palabras para un día poder estar aquí, frente a ti, y ofrecerte esta empresa, la de embarcarme en la aventura de capturar la noche ya sin estrellas. No necesito mayores premios por mi trabajo, he hecho de él un móvil, una manera de transportarme a lugares incógnitos, y ahora quiero ir más allá de los límites lingüísticos. Quiero llegar a la parte impronunciable de la existencia, fundirme con la oscuridad de donde han nacido todas las metáforas

que son la madre del delirio. Quiero internarme en la noche y narrar mi aventura”.

El director tomó un pequeño morral que le colgaba del pecho y vació en la mesa la ceniza que contenía, entonces escribió una palabra en sánscrito y después de cavilar, como si tratase de descifrar un aciago designio, dijo: “Muy bien, recoge tus libros y retírate. Se pondrá a tu servicio una pequeña villa al sur de Francia, estarás ahí un año entero. Aunque los sirvientes te atenderán en todo momento, no los verás si no los llamas, y así podrás gozar de la soledad y el tiempo que necesites para comprender y realizar tu tarea. Además, recibirás en pago una dote en oro que bien alcanza para mantener a una familia por el resto de tu vida, si es que la tuvieras. Retírate y, si eres capaz de atravesar el misterio oscuro y regresar con las palabras que lo expresen, te veré en este mismo lugar en un año, antes de que inicien los juegos”.

El poeta hizo reverencia y salió como quien sale a un mundo que ya no le pertenece, como quien va infectado en el alma por una enfermedad crónica y aún peor, pues tenía la fecha de su caducidad. Un año lo separaba del reencuentro con esa especie de divinidad que sentada desde su trono le había conferido una tarea que él ya esperaba, una tarea para la que él se sentía nacido. Así que fue conducido hasta su nueva casa y ahí permanecería un año.

Después de haber visto el correr de la luna y sentir el frío de cada noche, se terminó el plazo y el poeta se presentó ante el director. Se paró sobre la gran explanada y el agua comenzó a inundar el tablero del juego, creando ese gran espejo que pone sobre los continentes un mapa estelar. Entonces abrió la boca, pronunció sus primeras palabras, lentas, y aunque llevaba en la mano un puñado de hojas, no las movió, no volteó a verlas, sabía su labor letra por letra. Una seguridad invadía la declamación. Una pausa lenta se ajustaba a un cambio de voz, un par de gestos y una ligera mímica. A cada palabra, el público y el

director sentían revolverse el universo. El ánimo se les oprimía cuando el poeta lo quería y el pecho se les hinchaba cuando lo ordenaba el poeta. Cuando hubo terminado, se hizo un silencio solemne, que quizá fue la mejor parte. Un silencio que como un guiño intentó dejar claro que el resto era la esencia de la noche.

El director se inclinó un poco hacia el frente en su silla y, poniendo su peso en un solo brazo, dijo: “Es admirable tu trabajo, has llevado los versos a un límite de purificación. Has usado la metáfora como un arte y cuando decías espada, me han sangrado las mejillas. La noche es ese hermoso río de hombres que ya no van a ninguna parte. Has demostrado un magistral dominio de tu arte. Podría ahora morir y entender un poco del oscuro cielo que ha servido de cuna a la gran nada y, sin embargo, algo hace falta. Los cuerpos siguen de pie frente a ti y nada ha estallado. Nadie se ha arrancado la piel ni caído en delirio. No ha habido uno solo de los aquí presentes que declare que no necesita más la vida porque comprendió el oscuro cimiento de la existencia. De cualquier manera, considera mi aprobación hacia tu trabajo, pero me veo obligado a pedirte que realices esta tarea mejor; esta vez te daré tres años, después de los cuales te veré en este mismo lugar para escuchar cantar a través de ti, y ya sin ti, a la noche. Quiero un canto solemne ante el cual hasta las ballenas sientan miedo. Recibirás un castillo al sur de Inglaterra, considéralo desde este momento tuyo, ahí podrás encontrar el tiempo y la humedad necesarios para cumplir tu tarea. Tu dote en oro será tres veces mayor y recibirás un premio si logras componer lo que te pedimos”.

El poeta agachó la cabeza y se retiró, ahora salió como quien sale por un lugar ya sin puertas. No sabía del mundo ni de sí mismo, algo en el cerebro le empezaba a comer los sesos. Bien a bien ya no entendía la tarea y, sin embargo, sospechaba que la haría. Fue conducido hasta su castillo. Apenas lo miró se enclaustró en una de las habitaciones más bajas, más frías. Apenas comía y se presume que dormía de tres a cuatro horas

diarias. Nadie podría soportar tal tarea y de allí no se movió hasta concluido el plazo.

Esta vez traía un puñado de hojas, un verdadero amasijo que apretaba en su puño con violencia. Esta vez no hizo reverencia y, sin que nadie le dijera, comenzó su danza de palabras. Esta vez fue muy distinta a la anterior, pues la atmósfera se cubrió de un sustrato negro, los escuchas comenzaron a desmayar por la falta de aire y la violencia de las palabras inundaba las paredes. Ya no era un poema, era la oscuridad revuelta en el entrecejo del poeta, se movía con furia arrojando las palabras como lanzas en contra de los presentes. Un conjuro salvaje revolvió el cielo y el infierno, el arriba y el abajo. Dios mismo ahora era negro, cubierto de estrellas y con una corona celestial.

Los toros de la noche rugían en el agua siniestra y en el cielo nunca apareció la luna llena. Terminó como quien termina una faena, se sentía aún el fluir de su sangre que ensanchaba sus venas. Levantando un poco la cabeza, buscó al director para indicar que había terminado su poema. Pero eso era una obviedad, pues se sintió el apocalipsis, fue el fin del mundo el que narró en sus palabras, asistimos a la destrucción del universo por instantes.

El director tomó otra vez el pequeño morralito que le colgaba del pecho. Vacío sobre la mesa la ceniza que contenía y escribió una palabra en hebreo. Pensó en ella por casi una hora y después dijo: “Tu primer poema ha sido excelso, ha creado todas las metáforas que servirán de guía a los poetas por los próximos doscientos años; sin embargo, esta obra es aún más perfecta. Tiene el amargo sabor de las cosas que fermentan. Has dicho bien la inexistencia de los seres humanos y has pronunciado lo impronunciable hasta ahora. No obstante, quisiera pedirte que pulieras aún más tu proeza. Que fueras un poco más adentro, un poco más profundo. Para esto te daré siete años y un pequeño país en el sur de África. Ahí mandarás como si fueras un verdadero rey mitológico, tendrás lo que

necesites con tan sólo pedirlo. Y, al límite de este tiempo, regresarás para compartir tu tarea. Tu recompensa la extraerán tus sirvientes, pues en tus tierras se encuentran las minas de diamantes que nutren a Europa, y si necesitases algo más, nosotros lo proveeremos”.

El poeta salió –no podríamos decir que encolerizado–, como quien sale de sí mismo, como si fuera un demonio que ha sido exorcizado. No estaba enojado con nadie y, sin embargo, en su interior se libraba una batalla. Las palabras ya eran poca cosa, el silencio lo inundaba todo, sus pasos eran los pasos de un condenado al cadalso. Además, con su avanzada edad, quién sabe si soportaría el tiempo, ya no había mucho que descubrir. No obstante todo ello, el poeta fue conducido hasta el sur de África, pero a él ya nada le interesaba. Apenas vio sus tierras, se encaminó al monte más alto y se recluyó en una cueva donde sus sirvientes le llevaban comida. Ahí pasó el tiempo contemplando noche tras noche. Sabía que no moriría, no podía morir porque tenía una tarea encomendada, porque había atado su alma a una promesa escindida. Tenía el rastro de la noche en la punta de la lengua, podía saborear noche tras noche ese peculiar aroma y aún así se le escapaba. Un buen día desapareció y nadie supo de él hasta terminado el plazo. El director no lo mandó buscar, pues sabía que vendría, sabía que se encontraba en la cueva donde se recluyó y que, agazapado en la penumbra, esperaba el momento.

Terminados los siete años se presentó. Esta vez su aspecto era algo insólito, las uñas le habían crecido largas y amarillas, el pelo caía por su espalda como densos troncos que acariciaban su cintura, su vestimenta negra ahora era una armadura y no traía papel alguno. Cuando se presentó, todos despejaron la sala. Se mantuvo en silencio, de él emanaba un aura entre demoníaca y celestial. Ahora ya no era un hombre, era parte de la misma noche. Un ser verdaderamente extraño que ni siquiera Borges podría haber narrado.

El director preguntó, mientras tragaba saliva intentado deshacer el nudo de la garganta: “¿Has hecho tu tarea?”. El poeta respondió, con un tono apenas audible, la cabeza gacha y la mirada fija en el piso, un amable: “¡Sí! Ojalá dios o el mismo demonio me la hubieran prohibido. Quise morir antes de venir a repetirla, pero la noche es un juego extraño lleno de sentidos que nos sobrepasan y ahora estoy aquí, cuántos años, cuántas noches y a ahora estoy aquí”.

—¿Puedes recitarla? —preguntó el director.

—¿Puede un león asesinar sin culpa? ¿Puede la noche reducir a cenizas a la humanidad entera sin titubear un segundo?

El director dijo: “Recítala entonces”. El poeta levantó la cara, que hasta ese momento mantenía oculta, era algo espectral. Puso un pie delante del otro, así, lento, y luego el otro, balanceando su peso como un buque en altamar, como un barco abandonado que se mece por las olas, hasta que quedó muy cerca del director.

Entonces dijo: “Acércate”, y el director obedeció. El poeta acercó su boca al oído del director y pronunció su composición. Era un solo verso, quizá una palabra. Algo del interior del poeta había escapado de su boca hasta el director. Después se retiró. Lento.

El director quedó petrificado por largos minutos, extasiado, como quien contempla las esferas celestes, y antes de que pudiera reincorporarse totalmente, el poeta exclamó: “Me voy, no necesito más regalos”, y salió. Pero esta vez era como si él fuera la noche y como si los que saliéramos de su presencia fuéramos nosotros. Nos arrojó fuera de él. Caminó hasta el límite de la playa, se desnudó y se introdujo en el mar, en esa agua salada que sería su tumba, y nadó hasta que finalmente se ahogó, o se fundió con la noche. Nunca más nadie supo de él ni se encontró su cuerpo.

El director permaneció así, inmóvil, como atónito por semanas, hasta que finalmente murió. Se le diagnosticó demen-

cia, pero la verdad fue otra. Ya que la noche es incontenible en el cerebro de los humanos.

Sólo la niebla es real

Me ha resultado insoportable la idea de que las pequeñas cosas son la felicidad o el sentido de la existencia. Pero hoy me detuve a contemplar las rayas hechas en una losa de cemento, las acariciaba. No pude no imaginar quién las había hecho, cuánto tiempo de su vida había invertido en que esa losa tuviese una superficie no resbaladiza, corrugada, trazando miles y miles de rayas, quizá con una escoba o con cualquier otro instrumento. Las acariciaba una a una tratando de resolver el secreto de la existencia, del anonimato intrínseco y sin sentido de la vida. ¿Alguien apreciaría ese trabajo? ¿Alguien apreciaría la vida? La mayor parte del tiempo pasa en cuestiones quizás intrascendentes, simplemente estamos ahí, desgastando el tiempo de la existencia. ¿Quién habría hecho esas rayas? ¿Qué historia tiene? ¿Dónde vive? ¿Era joven? ¿Amaba algo? ¿Qué problemas tenía o tiene? O, simplemente, ¿existía? O ¿no son esas huellas más que el reflejo proyectado de una gran mente que ha puesto en escena el teatro de la realidad?

Cuando niño, me asaltaba constantemente la sensación de que el mundo es una gran puesta en escena, algo similar a los estudios de cine donde sólo se ve la fachada. Y pensaba que si abría de manera azarosa una puerta, del otro lado sólo encontraría los andamios que sostienen dicha fachada. Es como si los miles de millones de humanos no existieran y sólo fueran una cifra. Miles de millones y yo sólo conozco a unos cuantos que, por cierto, año con año los desmantelan y arman de manera distinta, los combinan para dar la impresión de que son nuevos, de que son más de los que realmente son, aunque son siempre

las mismas piezas; los mismos ojos de uno con la boca de otro, las orejas del primero con el pelo del quinto, etcétera.

¿Quién rescatará los instantes de esta existencia, las miles de horas que paso aquí sentado viendo la pared? ¿O todas las palabras escritas en esos libros que quizá nunca leeré? Veo mis libros y la niebla burlona me susurra al oído, me dice, casi rozando mi oreja con sus labios: ¡fasto! Metáfora del fracaso de una vida arrojada al estudio, lejos del amor de Margarita. Entonces leo y escribo reseñas, pero más que para compartir o recomendar, es para tratar de ganarle un poco al olvido, para rescatar del gran hocico de la niebla estas horas de vida sin importancia. Antes leía y olvidaba, ahora reseño y trato de recordar. Antes podía volver a vivir lo mismo, pues ya lo había olvidado, hoy sólo intento que la vida no se desdibuje por la niebla. Sólo la niebla es real. Miles y millones de existencias desdibujándose en la niebla. Pero no importa, me repito a manera de plegaria cada noche, pues mi cerebro recordará de pronto el nombre de todos los borrados, la importancia de todos los segundos, de todas las visiones. No importa, pues en algún momento ya no seré yo, sino la niebla, la conciencia, el fruto, la vía, la vida. La vida que late fuerte pintando de colores el lienzo nebuloso, proyectado, una bicicleta, un país entero sobre la niebla, la sonrisa de la güerefituca que estira el cuello cuando hace travesuras.

Una vez en Bruselas, ante un inmenso corredor lleno de edificios, me atrapó la angustia. Tanta y tanta gente debía de habitar esos edificios y, sin embargo, nunca los conoceré, no sabré qué tipo de películas ven, qué ropa les gusta, qué historia los forma. Mi historia estará por siempre incompleta, limitada, siempre seré sólo una parte de ese gran todo al que pertenezco, de ese gran libro que contiene la historia de cada uno de nosotros. Soy sólo una parte porque no conoceré la totalidad de la historia, no sabré cómo se ven, qué aspecto tienen; si hoy, 16 años después, regresarán. La moda ya habría cambiado y no lo sabría, pues en aquel momento no los podría ver. Sus caras estarán llenas

de arrugas, pero yo no lo sabría, pues carezco del primer referente. La niebla se los tragará igual que a todo Bruselas, y Amberes ya no será más que un recuerdo, una foto que se desdibuja con el tiempo en el álbum de la memoria. No he vuelto a estar frente a ese corredor de edificios, no he vuelto a estar en Bruselas, así que no he visto ni veré a esa gente, ni a ese tono especial de luz típico de ahí. Ellos no saben de mí, de mi sentimiento ante la inmensidad de las posibilidades, ante el despliegue de la vida en el tiempo. Ellos no saben y no sabrán de mí. Trato de convencerme de que sólo la niebla es real y de que se lo traga todo. Pero algo me dice que de pronto se salvarán todos los naufragios. Algo me dice que puedo disputarle al mar los higos.

CLAUDIA PATRICIA QUEZADA RODRÍGUEZ

*N*ació en San Luis Potosí y es licenciada en Relaciones Internacionales por El Colegio de San Luis. Desde 2002 se ha dedicado a la gestión cultural, la promoción de la literatura y el cuidado editorial. Ha colaborado en instituciones culturales en San Luis Potosí y Aguascalientes. Desde 2017 es coordinadora del Centro de Investigación y Estudios Literarios de Aguascalientes, CIELA Fraguas. Ha publicado entrevistas, ensayo, narrativa y poesía en revistas como *Kronos*, *El Tonal*, *Blasfemia*, *Caja curva*, *México Kafkiano* y *Generación*. Ha sido editora de publicaciones institucionales, literarias, académicas y de divulgación. Recién se incorporó a La Cofradía virtual y ha involucrado a sus integrantes en actividades de difusión literaria.

Carta de presentación

Pronto cumpliré 40 años. Creo en Dios y creo que todo sucede bajo su atención, con el guion de su sofisticada, prodigiosa creatividad. Me gustan las palabras y su poder de trazar e iluminar historias, de las que siempre estoy sedienta; me gusta escucharlas, leerlas y recrearlas. Me gusta sentirme conmovida por lo que las personas dicen o construyen, ideas o pirámides. Me gustan las personas que leen, las que escriben, las que tocan el piano. Me gusta mucho la música. Y los libros. Desde niña, disfruto leer y preguntar a las personas por sus lecturas y por la razón de sus escrituras. Desde entonces, escribo diarios. Lo he hecho siempre para que los lea quien seré en el futuro. Me gusta volver a abrir esos cuadernos y entender cómo ha sido mi historia y comprobar cuán distinta soy a la de entonces y cuánto no ha cambiado. Me emociona releer las tramas que he protagonizado y todos sus desenlaces. Me encanta saber que cada capítulo, tarde o temprano, termina, y los finales resuelven las viejas preguntas, revelan cada misterio. Casi la mitad de mi vida la he pasado siendo mamá; amo a mis hijos con admiración, sin solemnidad y mi mayor deseo es no lastimar su historia con palabras terribles o presiones egoístas. También me gusta trabajar porque mi oficio consiste en leer, conversar y convencer. Lo mejor es cuando las personas aceptan mis invitaciones; lo que más me gusta es que se me diga que sí. No temo a mi muerte, pero sí a provocar tristeza. He amado mucho y hasta me casé un par de veces, pero no he aprendido a permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Tampoco soy buena para los idiomas. Quizá hay algo de esto en aquello.

Tartamuda

La cabeza, negro desastre que gotea en el intento por decir claro sí, decir claro no. Definir la sintaxis de la marea; la estructura del Maelström; la cadencia del huracán que naciste un martes. Porque de luz en la razón sólo un eco polvoso, un estertor que sugiere tu nombre “alto, sonoro, significativo” (como quien lo porta). Y disimular la invocación desesperada por las huellas de dolor sordo que tu galope dejó en la entraña de su cuerpo risa naufragada en cielo echada en la azotea enciende fuegos en la noche de San Juan para saltar desafiante a la pálida alarma de la luna que no tiene más remedio que callarse.

A un académico

A fuerza de leerle la elegancia,
su fina y literaria trayectoria,
confirmar su belleza fue la gloria,
magnética hechicera su arrogancia.

Ignoro si interpreté la abundancia,
de mi anhelo por conocer su historia,
¿hallará mi inmensa avidez notoria
por conocerle toda la sustancia?

Su idea del placer, magnificarle.
En cada luz de su constelación
su propio zodiaco revelarle.

Se encienda en gozo la conversación
para la inteligencia sublimarle
en el incendio de mi adoración.

CLAUDIA SORAYA RODRÍGUEZ REYES

*I*nvestigadora educativa siempre encontrando la felicidad de sí misma y de los demás. Trabaja a favor de la convivencia por amor a los niños, quienes son su motivación. El conocimiento sobre neurociencias le ha permitido abordar conceptos y técnicas multidisciplinarias en el tratamiento para ayudar y comprender a personas con problemas psicológicos.

Autorretrato

Soy la voluntad que eleva mi conciencia,
soy un deseo más grande que mirarme,
deseo mirar a todos... inclusión total en mí.
Soy voluntad propia, el fundamento de mi alegría.
Soy cielo porque quiero, infierno sin querer.
Soy oscilante entre la bondad y la maldad.
Soy ser humano con un sí a la vida,
dispuesta, voluntaria...
Soy yo como mi vida, no la vida de los demás,
es ésta mi manera.
Soy significativa con todas las personas, bellas y no,
son las personas que hay.
Soy libertad, decido ser feliz o infeliz.
Soy creación; soy mi creación.
Soy una y mil puertas.
Soy miedo y valor.
Soy sí y no.
Soy todo y nada.
Soy emoción, lágrima, asombro,
risa, furia y besos.
Soy amor y pasión.
Soy eros, psiquis y alma,
¡tú eres yo!

La esencia de tu ser

La esencia de tu ser
se impregna en los recuerdos
con el fluir del tiempo
se recorren las veredas
llanas, floridas en penumbras,

en resplandor, en presencia.
El amor escondido en una flor
evidencia del silencio
rompe en explosión de pétalos.
Y el botón de la rosa abre sus brazos
para acoger la ternura que te envuelve
siempre hermosa.
¡No más!
No se puede ocultar el sentimiento.
El amor... ¿quién sabe?
Sólo la mariposa que se posa en ti
y esta flor
que hace cosquillas en mis labios.

Dos almas, dos soles

Un prodigio de amor nace en el cielo,
el universo propicia que se encuentren
dos soles que siempre se esperaron.
Sus almas juegan por doquier
y brincan por el mundo, salpican de alegría,
revolotean en el mar y en el cielo;
en el mar se juntan en las olas,
y en el cielo entre las nubes se besan.
Caen en suaves gotas
y en la brisa del amor se convierten.
En la noche dos centellas se hacen una,
recorren los placeres palmo a palmo.
Se estremece la luna con suspiros,
con dulzura susurran sus latidos,
y con estruendo disfrutan el encuentro.
Dos luces, dos almas, dos cuerpos,
en éxtasis destellan los dos soles.

Polvo en el mar

Estando juntos
las palabras tienen alas para llegar hasta tu boca
y tus ojos luz para iluminar el cielo.
Vamos cabalgando entre senderos de estrellas,
nuestros corazones vibran dejando estela
somos melodías que se elevan de la piel al universo,
irradiando amor y dulzura como lluvia,
como el fuego
danza amante en nuestros sueños.
Destellos de lugares infinitos
en todos los destinos
palpitan frente a frente con miradas
se integra en los cuerpos chispeantes, ardorosos
polvo ardiente de luceros
que fluye con el viento
y revolotea en los mares
para inundar este placer
de compartir
profundidades.

Mi niña interior

Niña, niña mía, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?
Me siento triste, sola, no hay nadie aquí conmigo.
Lloro, lloro y nadie viene, nadie acude.
Me da miedo estar así.

Mi mamá no está, mi mamá no se ve,
mi papá tampoco, lo busco y no lo encuentro,
mamá, papá, ¿en dónde están?
Mamá, papá... no me dejen.

Pequeñita, pequeñita mía,
bonita mía, no te confundas,
te quiero, chiquita,
te amo, muñequita.

Tal vez no recuerdes,
tú fuiste concebida por amor,
tu vida nace de ellos, de tus ancestros,
estás aquí por ellos.

Hónranos siendo feliz,
por el inmenso amor que pusimos en ti.
Siente y disfruta,
no te hieras.

Queremos que seas tú misma,
que te aceptes como eres.
Un milagro de Dios,
libre, valiente,
intensa, inocente,
divertida, fuerte.

Sí, papá. Sí, mamá.
Cumpló mi misión,
no decaigo,
sigo mi camino
y llegaré.

Criatura celeste

Como luz iluminaste mi vida,
mi ser irradia tu brillo

se propaga en mi corazón
vuelve a ti y se dispersa a las almas.

Albor que no encuentro en el mundo,
iluminas todo el entorno.
Aclamo y chispeas mis caminos,
guías el hilo luminoso y das respuesta.

Relámpago fulminante te llevó de mí,
infringió mi corazón, dolor que sangraba a gotas,
pizcas en intentos adhería, formaba tu hado,
integraba tu brillo, aún en la llaga.

Mi consuelo, tu destino hacia la luz,
encontraste tu esencia,
el amor diseminado en sanación
inducido en los quebrantados.

Feliz, tu vida en ellos estaba
sostenida en fortaleza,
vida amorosa para ellos,
cuánto amor para siempre.

Luces en mí, gratitud eterna
colosal amor,
sigue siendo luz
la divinidad lo dicta.

Tu hija que te ama.

ECOS
DEL CARACOL
Textos de La Cofradía

Primera edición 2021 (versión electrónica)

El cuidado de la edición estuvo a cargo
del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión
y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes